Bernardo García Martínez

Las regiones de México

Breviario geográfico e histórico

EL COLEGIO DE MÉXICO

Bernardo García Martínez, doctor en historia (Harvard, 1980) y miembro de la Academia Mexicana de la Historia, es profesor del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Ha canalizado la mayor parte de su labor de investigación a los problemas de la geografía histórica, la historia ambiental y la historia de las instituciones, con especialidad en el periodo colonial y algunos temas del siglo xx. Sus publicaciones incluyen *El Marquesado del Valle: Tres siglos de régimen señorial en Nueva España* (El Colegio de México, 1969), *Los pueblos de la Sierra: El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700* (El Colegio de México, 1987) y *Las carreteras de México (1891-1991)* (Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1992), así como numerosos artículos en revistas especializadas de varios países. Es compilador de la serie *Estudios sobre historia y ambiente en América*, de la que se han publicado dos volúmenes (El Colegio de México, 1999, 2002). También ha escrito estudios de síntesis que reflejan los avances más notables de la investigación histórica, como su innovadora *Historia de México* (Ed. Everest, 1985) y otras contribuciones que aparecen en diversas visiones de conjunto de la historia nacional, como *El poblamiento de México: Una visión histórico-demográfica* (Consejo Nacional de Población, 1993), *Historia general de México: Versión 2000* (El Colegio de México, 2000), *Gran historia de México ilustrada* (Ed. Planeta, 2002) y *Nueva historia mínima de México* (El Colegio de México, 2004). Actualmente prepara un diccionario de conceptos novohispanos y un estudio detallado de la organización corporativa de los pueblos de indios en el México colonial.

LAS REGIONES DE MÉXICO
BREVIARIO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

SEMINARIO DE TEXTOS UNIVERSITARIOS

LAS REGIONES DE MÉXICO
BREVIARIO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

Bernardo García Martínez

EL COLEGIO DE MÉXICO

917.2
G2166r

García Martínez, Bernardo.
Las regiones de México : Breviario geográfico e histórico / Bernardo García Martínez. - 1a ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2008.
351 p. : mapas ; 22 cm -- (Colección Tramas).

ISBN 968-12-1322-X

1. México -- Descripción y viajes -- Siglo XXI. 2. México -- Historia. I.t. II. Ser.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Primera edición, 2008

DR © Concepción, diseño y lenguaje cartográfico: Bernardo García Martínez

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1322-X

Impreso en México

CONTENIDO

Introducción, 11

EL MÉXICO CENTRAL

Introducción, 41; Recorridos por el México Central, 43;
Regiones del México Central: El Valle de Puebla y el Seco, 46; El Valle de México, 51;
El Valle de Toluca, 56; El Valle del Mezquital, 58; La Mixteca Alta, 60;
El Valle de Oaxaca, 62; Michoacán, 64; El Bajío, 68; La Ciénega, 71;
Guadalajara y su entorno (o Región Tapatía), 74; Los Altos de Jalisco, 77;
Las Barrancas, 79; Aguascalientes, 81.

LA VERTIENTE DEL GOLFO

Introducción, 85; Recorridos por la Vertiente del Golfo, 87;
Regiones de la Vertiente del Golfo: La región de Orizaba-Córdoba, 90;
La región de Xalapa, 92; Veracruz y su hinterland (o Región Jarocha), 95;
La Sierra Norte de Puebla, 97; Tuxpan y su hinterland, 100;
La Cañada y la Sierra Mazateca, 102; La Sierra Zapoteca, 106;
Sotavento, 109; La Sierra de Hidalgo, 113; La Sierra Gorda, 114;
La Huasteca, 117; Tampico y su hinterland (o Huasteca Baja), 119.

LA VERTIENTE DEL PACÍFICO

Introducción, 125; Recorridos por la Vertiente del Pacífico, 127;
Regiones de la Vertiente del Pacífico: Morelos, 133;
La cuenca del Balsas (parte oriental), 135; La Mixteca Baja, 138;
La Montaña, 140; La Sierra del Sur, 141; La Tierra Caliente del Balsas, 144;
La cuenca del Balsas (parte occidental), 146;
La Sierra y la Tierra Caliente de Michoacán, 150; Colima, 153;
El Sur de Jalisco, 155; Tepic, 158; La Costa Grande, 161;
La Costa Chica y la Mixteca de la Costa, 165; La Sierra de Miahuatlán, 168.

LA VERTIENTE DEL NORTE

EL SECTOR CENTRAL

Introducción, 173; Recorridos por el sector central de la Vertiente del Norte, 175; Regiones del sector central de la Vertiente del Norte: Zacatecas, 180; Durango, 183; La región de Parral, 186; Chihuahua, 189; La región de El Paso-Juárez, 192; El Bolsón de Mapimí y los espacios vacíos del altiplano, 194; San Luis Potosí, 197; La región de Saltillo, 200; La Laguna, 203; La región de Delicias o Valle del Conchos, 206; La Sierra de los Huicholes, 208; La Sierra Tarahumara, 211.

EL NOROESTE

Introducción, 217; Recorridos por el Noroeste, 221; Regiones del Noroeste: La región de Mazatlán, 223; La región de Culiacán, 225; El Norte de Sinaloa, 227; El Valle del Yaqui, 230; Sonora, 232; El Desierto de Sonora, 236; El Valle de Mexicali, 238.

BAJA CALIFORNIA

Introducción, 243; Recorridos por Baja California, 245; Regiones de Baja California: La región de La Paz, 246; Las sierras y el Desierto Central de Baja California, 248; La región de Tijuana, 251.

EL NORESTE

Introducción, 257; Recorridos por el Noreste, 261; Regiones del Noreste: Tamaulipas, 263; Nuevo León, 265; El Bajo Bravo, 269; La región de Monclova y Piedras Negras, 271.

LA CADENA CARIBEÑA

Introducción, 279; Recorridos por la Cadena Caribeña, 283; Regiones de la Cadena Caribeña: Coatzacoalcos, 286; Tabasco, 290; Campeche y su hinterland, 294; Yucatán, 296; Chetumal y su hinterland, 300; Cancún y su hinterland, 303.

LA CADENA CENTROAMERICANA

Introducción, 309; Recorridos por la Cadena Centroamericana, 311; Regiones de la Cadena Centroamericana: Tehuantepec, 313; Soconusco, 316; Los Valles Centrales de Chiapas, 319; Los Altos de Chiapas, 321; El Lacandón, 324.

Índice toponímico, 329

Para Taka, que está presente en todo lugar

INTRODUCCIÓN

UN LIBRO SOBRE REGIONES

En este libro ofrezco una descripción pormenorizada de las regiones de México. Siguiendo un orden semejante al de una guía, repaso el medio físico de cada una de ellas y presento diversos rasgos de su poblamiento, con atención especial a aspectos de la producción y el urbanismo, entre otros. Desde esta perspectiva, se trata de un libro de geografía que ofrece gran cantidad de información particular sobre todos y cada uno de los espacios regionales que integran el país.

Sin embargo, por varias razones, éste no es un libro equiparable a otros que se ocupan de la geografía de México. Una de ellas es que contiene poca información sobre el conjunto, como, por ejemplo, datos generales sobre la producción agrícola, industrial o de otro tipo. No proporciona cifras globales sobre migraciones o comercio, ni un análisis de las tendencias generales de la población. No hay apartados especiales para la geografía física del conjunto del país, ni para la económica o humana, ni consideraciones generales sobre el medio urbano o el rural.[1] Asimismo, contrariamente a lo que ocurre en muchos libros de geografía mexicana, las divisiones políticas no son elemento significativo en la organización del material, de modo que sería inútil buscar en sus páginas cifras agregadas por estados. Todo lo que se diga de éstos será en función de las regiones que les correspondan.

Además, este libro proporciona cierta dosis de información histórica, especialmente en lo tocante a la identidad regional, la conformación del poblamiento y la evolución de las ciudades. De ninguna manera se trata de un libro de geografía histórica ni espera ser considerado como tal, pues su tema es la geografía mexicana del presente —es decir, de principios del

[1] A este respecto resultan sugerentes los primeros cuatro capítulos del último libro de Claude Bataillon, *Espacios mexicanos contemporáneos*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1997.

siglo XXI—, pero no se escatiman las referencias al pasado cuando éste proporciona elementos necesarios o útiles para comprender el presente.

La razón de esto es que el propósito del libro es, como ya quedó señalado, ocuparse de las *regiones* de México. Las regiones, como se verá, son un producto histórico enlazado con un medio físico. Son un terreno en que se expresan con gran intimidad las relaciones entre la geografía y la historia o, para decirlo de otra manera, entre el espacio y el tiempo. En vista de esto será necesario proceder, en primer lugar, a hacer un examen de lo que aquí se entiende por región y, a continuación, explicar la forma en que se estudiarán las regiones mexicanas.

El concepto de región es tan sencillo como complicado. Lo primero, porque una región es al espacio lo que una época al tiempo, es decir, una parte del conjunto, un pedazo del total. Sin embargo, hacer la delimitación no es tan sencillo, aunque pudiera parecerlo. En lo referente al tiempo, por ejemplo, disponemos de calendarios que nos permiten distinguir partes de un todo —meses, años, siglos—, aunque esta solución la dejaremos de lado pues sirve para contar y agrupar conjuntos de días pero no para definir periodos de tiempo en función de sus características o su importancia, que es lo que nos interesa. Respecto del espacio, lo equivalente serían las delimitaciones y medidas que se obtienen trazando meridianos y paralelos en la esfera terrestre, o cuadrados de un kilómetro de lado como en los mapas topográficos. Pero esto tampoco nos sirve, pues es pura geometría. No hay regiones cuadradas de un kilómetro de lado, ni de dos, ni de veinte.

Las épocas pueden delimitarse o dividirse y subdividirse de mil maneras diferentes, abarcando periodos históricos de muy poco tiempo, como por ejemplo el del gobierno de un presidente, o de mucho, como cuando se habla de la época prehispánica o la colonial. Algunos periodos pueden tener un principio y un fin muy precisos mientras que otros sólo se pueden delimitar vagamente, como la época de las reformas borbónicas o el ambiguo "siglo de las luces"; además, unos pueden superponerse a otros, especialmente si se les ve desde perspectivas diferentes. Los periodos de la historia de la cultura (por ejemplo, el neoclasicismo) no necesariamente son los de la historia económica (la revolución industrial) o política (el despotismo ilustrado), y a pesar de ello puede haber coincidencias. De esto no debe desprenderse que el tema de las épocas conduzca a un caos total, pues hay una regla a seguir. Ésta nos indica que, cualquiera que sea la división en épocas que se haga del tiempo, debe ser

razonable y razonada, y que cada época debe ser consistente con los principios usados para determinarla y congruente con las épocas que tiene antes y después. Porque, por obvio que parezca, debe hacerse hincapié en que no puede definirse un periodo de tiempo sin que haya otros más o menos equivalentes (o contrastantes) frente a los cuales distinguirlo.

Con las regiones ocurre prácticamente lo mismo. Pueden ser enormes o pequeñas: tan válido es decir que América Latina es una región, como lo es hablar de la región sur del valle de Toluca. Puede pretenderse que sean muy definidas en sus límites, como las regiones administrativas —zonas postales, distritos electorales—, o dejar sus linderos en la ambigüedad —como es el caso de las regiones calificadas como áridas o dinámicas. De los mismos ejemplos se desprende que unas pueden superponerse a otras y que su delimitación ha de variar según se apliquen criterios económicos, culturales, ecológicos o de otro tipo, e igualmente que puede haber regiones y subregiones o, como algunos apuntan, macrorregiones y microrregiones. Y aquí cabe repetir, casi literalmente, lo dicho al final del párrafo anterior respecto a que hay una regla a seguir: cualquiera que sea la división en regiones que se haga del espacio, debe ser razonable y razonada, y cada región debe ser consistente con los principios usados para determinarla y congruente con las regiones que tiene como vecinas. Porque, aunque parezca obvio, debe hacerse hincapié en que no puede definirse una región sin que haya otras más o menos equivalentes frente a las cuales distinguirla.

De México se han hecho mil y una delimitaciones regionales. Se hallan, con su matiz particular, en textos o documentos de ecología, economía, antropología, política, lingüística, mercadotecnia, administración pública, historia y variedad de disciplinas más, incluyendo desde luego la geografía. También las hay en la percepción común de la gente. Aquí no vamos a referirnos a ellas ni a discutirlas. Las habrá más o menos razonables, congruentes o acertadas, y serán o no útiles para el fin para el que se hayan propuesto. Sería ilusa la pretensión de tener la última palabra respecto de la conformación de un sistema regional. Nos limitaremos a decir que la regionalización propuesta en este libro es diferente a otras. Tal diferencia no debe extrañar, pues las regiones, como las épocas, surgen de la percepción y la comprensión de la realidad y mezclan la experiencia de quien las vive o ha vivido con la de quien las estudia. Difícilmente habrá dos mentes que produzcan resultados idénticos. Cada una percibirá de modo particular las partes del conjunto, los pedazos del total.

Como historiador muy compenetrado en la geografía, espero haber logrado delimitar del modo más razonable, congruente y acertado posible las partes y los pedazos que he percibido en la geografía mexicana o, para expresarlo de otro modo, los componentes de su espacio.

UNA GEOGRAFIA "NACIONAL"

Ya quedó dicho que este libro ofrece pocas observaciones sobre el conjunto del país en razón de que su propósito es el de ocuparse de sus regiones. No obstante, es imprescindible hacer algunas consideraciones de tipo general sobre los principios básicos que guían, primero, la determinación del conjunto, luego, su partición y, finalmente, el acomodo de las partes en un orden determinado.

Atendamos primero la determinación del conjunto, espacio que, por principio, estamos aceptando como definido y delimitado por su identidad nacional. Es evidente que se encuentra comprendido en el continente americano y que dentro de él tiene una posición relativa que no vamos a analizar aquí. Si hiciéramos caso omiso de la identidad nacional, este espacio no sería "mexicano" sino que estaría asociado, por partes, a conjuntos muy diversos: por ejemplo, el de la cadena de montañas que se extiende desde las Rocosas canadienses hasta la Sierra Madre, o el de las llanuras costeras del Golfo de México que dibujan un arco de Yucatán a Florida, o bien —tomando en consideración aspectos humanos— los conjuntos de las áreas culturales y lingüísticas uto-azteca o maya, o el espacio ocupado por los hispanohablantes. Cualquiera de estos conjuntos puede servir de base para un estudio geográfico tan legítimo como cualquier otro. Sin embargo, aquí los descartamos en favor del que se define como estado-nación bajo el nombre de República Mexicana,[2] es decir, como país, en el sentido más usual de la palabra.

Este conjunto se ha definido, en gran medida, por su historia: experiencia compartida, identidad, desarrollo político y otros elementos que no hemos de considerar en este lugar. Pero, prescindiendo de cómo pensemos la historia, no podremos olvidar que el México analizado en este libro es el de hoy, 2007, y que esto conlleva un trasfondo histórico y un ámbito espacial di-

[2] Lo cual no significa ignorar el nombre oficial del país, que prácticamente nadie usa fuera del ámbito gubernamental o burocrático.

ferente al de, digamos, 1847 o 1520. Esto significa que para explicar y analizar el conjunto hemos de buscar un punto de apoyo común a la historia y a la geografía. Desde luego, cualquiera que hallemos implicará ventajas y limitaciones. Pero no habrá que ir muy lejos. Bastará con que nos ubiquemos en el punto que dio origen a la propia palabra *México*: la ciudad de México.

Esta ciudad tiene preeminencia en la historia del país: ha sido un centro indiscutible de poder político y económico y en ella se han tomado muchas de las decisiones más trascendentales. Tan es así que a menudo se da por hecho que la historia de México se entiende con sólo tomar en cuenta lo ocurrido en esta ciudad —por ejemplo, la caída de Tenochtitlan, la obra de los virreyes o las vicisitudes de la silla presidencial. Esto provoca gran distorsión en nuestro conocimiento, pues en realidad casi toda la historia de México, el país, ha ocurrido fuera de México, la ciudad. Sin embargo, hemos de reconocer que lo acaecido en ella ofrece una pauta invaluable para organizar el conocimiento que tenemos de otras áreas. De no ser así sería difícil armar una historia "nacional".

Con la geografía ocurre algo parecido. Una "geografía de México" es una geografía "nacional". Y aunque la geografía de carne y hueso sólo se conoce examinando región tras región, una geografía "nacional" requiere un elemento que la estructure y dé una pauta útil para organizar nuestro conocimiento. En este caso se trata del conocimiento geográfico, que (en esencia) es el que nos lleva a comprender cómo el espacio cobra forma, se organiza o se modifica. Y podemos servirnos una vez más de la ciudad de México como elemento estructurante.

Comencemos reflexionando sobre la toponimia: la república de México, el Estado de México, el Valle de México, Nuevo México, aun el Golfo de México, toman su nombre de una ciudad fundada en el siglo XIV a 2 200 metros sobre el nivel del mar. Son sólo nombres, pero dicen mucho de la influencia de la ciudad sobre su entorno. Cuando Nueva España llegó a su fin, México, el país, decidió tomar el nombre de México, la ciudad. No fue algo carente de fundamento ni significado, sino reflejo de una realidad evidente. De hecho, México es el único país en el mundo que ha tomado el nombre de su capital.[3] Así pues, la geografía y la historia del país corresponden a un espacio definido por ese centro tan relevante.

[3] Excepción hecha de algunos países pequeños, como Guatemala o Panamá, que por su historia y tamaño se equiparan más bien a unidades regionales. Otra excepción relativa se halla en Argelia, que toma su nombre de Argel. Considérese lo artificial, pero también

En este punto hay que hacer un breve repaso de la historia general desde un punto de vista geográfico. No existía "México" antes del siglo XIV, pero en las tierras altas de esta parte del continente —Mesoamérica, si se quiere usar un término acuñado por los antropólogos a mediados del siglo XX— se había formado, desde tiempos de Teotihuacán y Tula, un centro hegemónico sobre el que no es necesario abundar en estas páginas. México (o, si se quiere precisar, México-Tenochtitlan) heredó su posición y encarnaba esa hegemonía en el momento del contacto indoeuropeo. Las conquistas de la Triple Alianza habían consolidado el dominio de una parte del altiplano, y en particular del Valle de México, sobre las sierras y las tierras bajas vecinas, es decir, las vertientes que daban frente a uno y otro mar (lo que hoy llamamos el Golfo y el Pacífico). El altiplano frío y seco y las vertientes cálidas y húmedas se complementaban para integrar un conjunto funcional y ecológicamente activo. Todo ello propiciaba un comercio rico y variado; además, las regiones dependientes abastecían con sus tributos a la gran ciudad del altiplano y ésta respondía con el ejercicio de su poder y su ascendiente cultural o ideológico. Los principales caminos habían sido dispuestos para atender las necesidades de estos intercambios. Los pequeños mapas de las páginas 20 y 21 reflejan los elementos básicos de la secuencia que vamos a examinar.

Es importante recalcar que los elementos del medio físico y del desarrollo histórico en el conjunto se enlazaron de modo que dieron por resultado una integración que se puede calificar como ecológica. Por un lado, la configuración del relieve en esta parte del continente sitúa al altiplano en una posición central y casi equidistante de uno y otro litoral. Además, la diferencia de altitud, que es mayor a los 2 000 metros, establece un contraste muy nítido entre unas tierras y otras pues en las latitudes tropicales del planeta los efectos de la altitud en el clima son mucho más marcados que en otras partes. De este modo, la disposición de las vertientes entre el altiplano y los litorales no sólo da fe de la exis-

lo necesario, de la distinción que se ha establecido desde hace no mucho tiempo entre mexicano y mexiquense (relativo al Estado de México), así como la todavía más artificial distinción que hace la lengua francesa desde mediados del siglo XIX para designar al país —Mexique— y a la ciudad —Mexico.

tencia del plano inclinado implícito en toda cuenca hidrológica, sino de muchas otras manifestaciones de desnivel, gradación o jerarquía. Esto nos lleva al terreno histórico. El predominio de la ciudad de México (así como de sus predecesoras) y su entorno inmediato dio por resultado una disposición similar en los terrenos político, económico y cultural, lo cual se puede representar igualmente con la figura de una cumbre y sus vertientes. Así, es posible identificar una zona que merece el calificativo de nuclear o central y otras que resultan sus subalternas o complementarias y que irradian de aquélla. Centro y vertientes integraban un sistema espacial armónico y bien estructurado, y de ahí su integración ecológica. Podemos percibir su geografía como congruente con la historia del conjunto, o viceversa.

No todo lo que hoy es México, el país, funcionaba dentro de este sistema. Pero tampoco había otro equiparable. El área maya tuvo localidades de la misma relevancia que Teotihuacán, Tula o Tenochtitlan, pero no estuvieron concentradas en una misma región y carecieron de sucesoras directas, algo muy diferente a lo que ocurrió en el altiplano. La relativa unidad étnica y lingüística de los mayas no obró como contrapeso de esta situación, como tampoco su acceso a rutas marítimas, y su potencial para articular un sistema de gran preeminencia se perdió o no se realizó. Muy al contrario, su espacio, fragmentado y en cierta medida difuso, acabó sujeto a la esfera de influencia del altiplano, aunque no dominado directamente. Los comerciantes mexicanos, como es bien sabido, controlaban el comercio hasta tierras del actual El Salvador. Otras áreas mesoamericanas, como las de Oaxaca y Michoacán, se desarrollaron en espacios más constreñidos. Por otra parte, esa esfera de influencia del altiplano, tan dinámica hacia el sur, el este y en cierto sentido también hacia el oeste, era limitada hacia el norte. Por este rumbo, cerca de la propia ciudad de México había un límite cultural más allá del cual se extendía una tierra diferente en su poblamiento y cultura.

La conquista española introdujo en este escenario una serie de cambios y continuidades. Estas últimas nos resultan particularmente importantes. Los españoles llegaron a la gran ciudad del altiplano con una percepción clara de su importancia y posición. De todos los espacios que ambicionaban conquistar ningún otro les pareció tan importante, y en ello tuvieron razón. Lógicamente, la toma de México-Tenochtitlan fue concebida como prioridad estratégica. Lo que de manera común se conoce como "conquista de México" es la guerra por el control de esta ciu-

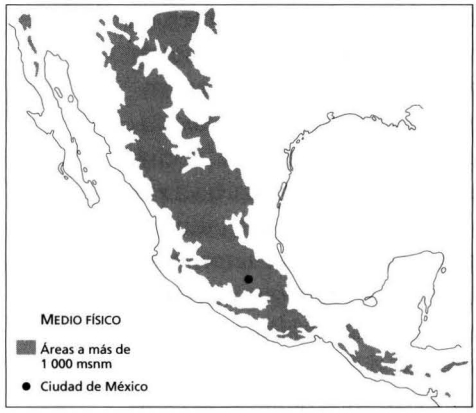
dad, sus regiones adyacentes y su ruta al exterior (hacia España). La empresa conquistadora se completó con el sometimiento de las provincias sujetas a México (los dominios de la Triple Alianza) así como de otros señoríos independientes. La creación política de los españoles, el Reino de la Nueva España, fue heredera directa del estado mexica y conservó, reconstruida pero sin solución de continuidad, su misma capital y con su mismo nombre (o al menos la mitad de él). En este proceso se hizo sentir una primera percepción de lo que debería ser una verdadera empresa de conquista, rica en pervivencias. Una de las muestras más evidentes de este proceso se halla en la subsistencia de los numerosos cuerpos políticos prehispánicos, rediseñados como *pueblos de indios*, que desempeñaron un papel central en la historia del siglo XVI en el área mesoamericana. Y si bien es cierto que con el tiempo el planteamiento de los españoles fue sustituido por otros —pues la historia colonial estuvo llena de transformaciones y conflictos—, aquella determinación original de recoger la herencia prehispánica marcó la historia por venir y determinó el desarrollo futuro de la organización del espacio.[4]

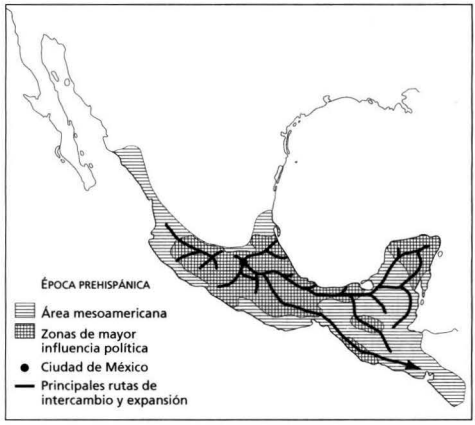
En efecto, las continuidades se hicieron patentes en la geografía. Los patrones de poblamiento, la naturaleza de los intercambios, los caminos y las estructuras básicas del ordenamiento del espacio en la época prehispánica se habían conformado para responder a la primacía de la ciudad de México, y esto no cambió mayormente tras la conquista. En otras palabras, la "geografía de los mexicas", con su área central y las vertientes que irradiaban de ella, se hizo desde un principio reconocible en la geografía de la conquista y luego en la de Nueva España. Ésta no sólo heredó el altiplano hegemónico y lo mantuvo como tal, sino que reforzó su posición al consolidar en esta parte sus principales fundaciones. A este reforzamiento contribuyeron también la asimilación política de Michoacán y los subsiguientes asentamientos en el Bajío y sus áreas vecinas. Para remachar el proceso, el despoblamiento de las tierras costeras después de las epidemias que acompañaron la conquista durante el siglo XVI contribuyó a acrecentar el contraste entre la zona central y las vertientes, al tiempo que los enlaces internos entre las regiones particulares de éstas últimas se debilitaron o disminuyeron.

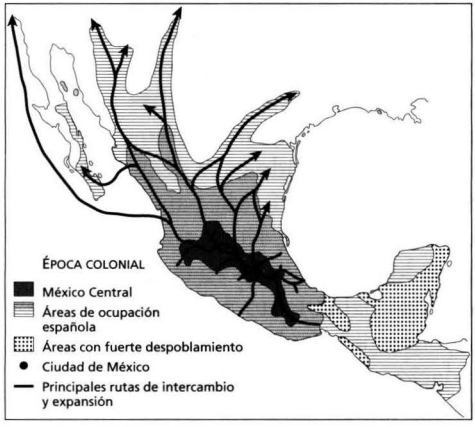
[4] El significado de esto puede valorarse mejor si se compara la experiencia de México con la del Perú, pues en este país los españoles optaron por fundar una capital totalmente nueva y armar de otra manera la estructura de su poder.

Naturalmente, así como hubo continuidades también se presentaron rupturas y cambios. Las transformaciones, donde las hubo, fueron radicales y en algunos casos violentas, traumáticas y aun trágicas, sobre todo si se piensa en las epidemias. Un gran giro ocurrió en la conformación del espacio: la reorientación del área de influencia de la ciudad de México. Ya no hubo mayores esfuerzos en expandirla hacia la zona maya y en general hacia el oriente —es decir, hacia el extremo sur de Norteamérica. Las conquistas de Yucatán y Guatemala fueron consideradas desde un principio como algo distinto y se dejó que esas provincias siguieran un destino propio, en gran parte separado o ajeno al mexicano. Si alguna vez el altiplano o la ciudad habían ejercido alguna influencia o dominio sobre la Laguna de Términos, la costa del Caribe frente a Cozumel, o Soconusco, esto quedó en el pasado. Ahora los intereses y las prioridades se dirigían hacia las tierras septentrionales, más allá del espacio mesoamericano. Esto significó una verdadera revolución.

La expansión de Nueva España hacia el norte había empezado mal informada y con las miras puestas en un lugar indefinido al que se llamó Tierradentro. El descubrimiento de plata en Zacatecas en 1548 dio un sentido nuevo a la expansión, pues el espacio norteño adquirió un contenido concreto que parecía alcanzable. Sólo que por este lado la apropiación del territorio no implicó una conquista en el pleno sentido de la palabra. Los cambios fueron radicales y las continuidades muy pocas o nulas. El exterminio de la población nativa, con la que casi no hubo acomodo posible, significó el fin casi total de sus centros rituales, sus rutas de intercambio, sus espacios regionales, en fin, su geografía. Los españoles construyeron otra nueva, libre de herencias, en la que los centros mineros fueron los nodos principales y los gérmenes de regiones que se integraron con las zonas agropecuarias vecinas. Nueva España había encontrado un espacio para expandirse, tanto en población y economía como en territorio, un espacio "nuevo", y en este sentido cabe decir que halló una vertiente de expansión sobre la que fue creciendo paulatina y gradualmente o, si se quiere, vertiendo su influencia. No se trataba desde luego de una vertiente en el sentido hidrográfico, pues en la extensión enorme y variada de las tierras norteñas había tanto zonas de altiplano cuanto sierras, áreas costeras y hasta una península, pero sí era una vertiente en el sentido de implicar gradación, desnivel o jerarquía con respecto del centro que en buena medida la alimentaba.





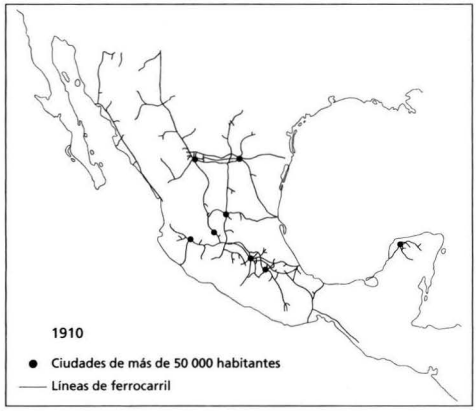


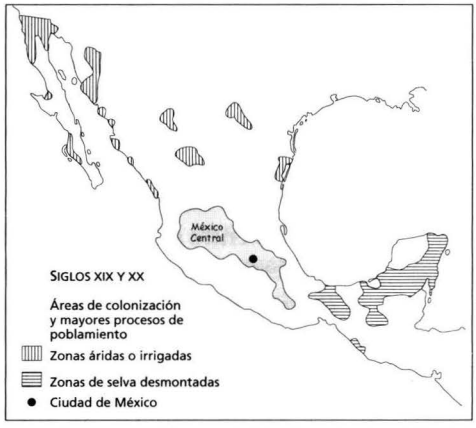
Estos rasgos de la geografía novohispana se consolidaron en los años siguientes, conforme la expansión siguió su marcha hacia la sierra occidental y más al norte propiciando la fundación de Nueva Vizcaya, Nuevo León, Nuevo México y otras provincias con sus propios gobiernos (las cuales, a pesar de varias transformaciones, subsisten con rasgos característicos bien definidos). Esta expansión determinó el trazado de nuevas vías de comunicación, en especial un camino de la ciudad de México a Zacatecas y más allá, el "Camino de Tierradentro", del cual casi todas las demás rutas fueron, en gran medida, tributarias. Y así, determinado por el centro que lo dominaba, el conjunto norteño adquirió una configuración radial, como en abanico, con pocos enlaces entre los sectores. Se podía percibir, además, la orientación de la expansión hacia el interior del continente, dejando en segundo plano las costas y los litorales. Este rasgo se sumaba a lo ocurrido en la parte medular del país luego del despoblamiento de las tierras bajas: Nueva España se consolidaba como un país volcado hacia su interior e integrado sobre la base de rutas que confluían en la ciudad de México, como rayos de una rueda. Tal rasgo, por lo demás, no era atribuible sólo al predominio político y económico de la capital virreinal, pues también era producto de las características monolíticas del comercio trasatlántico que privilegiaba el uso de una y sólo una ruta o camino exclusivo. Esta situación afectó incluso a Texas y

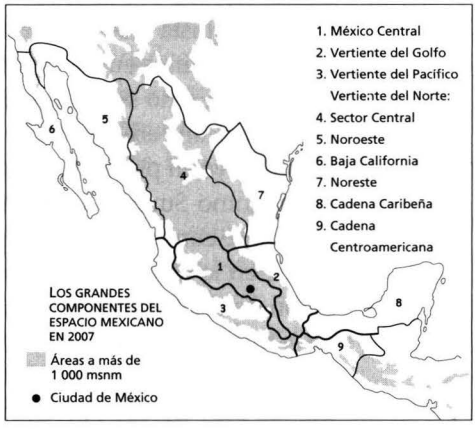
Alta California, que fueron epílogo y extremo de la vertiente de expansión, donde se consolidó y se acrecentó el interés por el norte. Por eso, con el tiempo, el denominador de Tierradentro fue sustituido por el de Septentrión, y después por el de Norte, haciendo del rumbo un nombre propio, tal como se acostumbra hoy y como lo recogemos en este libro.

El resultado final de esta historia fue la consolidación en tierras del altiplano de un área dominante, nuclear o central a la que aquí denominaremos ***México Central***, y otras tres áreas dependientes de ella en mayor o menor medida, a las que llamaremos ***Vertientes***. Las dos primeras, las del ***Golfo*** y el ***Pacífico***, se configuraron como tales desde la época prehispánica, siendo al mismo tiempo vertientes hidrográficas y su complemento ecológico; la tercera, la del ***Norte***, se incorporó al conjunto como vertiente de expansión en los años coloniales. La disposición radial de esta última conduce a la distinción de cuatro sectores dispuestos en abanico: un sector central, el Noroeste, el Noreste y Baja California. Los cuatro —cuyas particularidades se analizarán en su momento— son producto de una combinación de características del medio físico y de la configuración que tuvo, desde sus inicios, el proceso de expansión que dio vida al Norte.

Esta organización del espacio habría de experimentar cambios después de la independencia, pero no se alteró en lo sustancial. Lo más trascendente fue que el fin del sistema comercial cerrado del







régimen español permitió la apertura franca al exterior, fomentando la fundación de puertos y, sobre todo, mitigando la onerosa dependencia comercial del Norte con respecto al México Central. Luego, la invasión de Estados Unidos en 1847 cercenó la mayor parte del espacio sobre el que México había orientado su expansión —los extremos septentrionales de los sectores del Norte—, pero el hecho no implicó un cambio estructural, máxime que afectó directamente a un porcentaje muy pequeño de la población. Quitando estos acontecimientos, la geografía del México del siglo XIX mantuvo rasgos coloniales en toda su estructura. El crecimiento demográfico y económico del país continuó, ante todo y como siempre, en el México Central, donde permaneció el nodo de la integración política; la dinámica de crecimiento sobre la Vertiente del Norte se mantuvo, y persistió el contraste poblacional —y también el ambiental— frente a las otras Vertientes, si bien atenuado en algunos puntos. De esto se puede encontrar evidencia, entre otros aspectos, en la disposición general de las vías de comunicación, y de modo particular en los ferrocarriles. La red ferroviaria siguió el patrón de las redes coloniales: un entramado cerrado y homogéneo en el México Central (donde, con pocas excepciones, todas las poblaciones de importancia estuvieron ligadas entre sí) y una serie de extensiones dispuestas radialmente sobre las Vertientes. La ulterior red carretera no se habría de apartar de este esquema. En suma, como había ocurrido durante la conquista, el paso por la independencia implicó cambios pero también continuidades, y éstas fueron evidentes en la geografía y la organización del espacio.

Sin embargo, en otras partes hubo desarrollos muy significativos. Lo más destacado es que se revirtió el desencuentro que había desde tiempos de la conquista respecto de las áreas orientales de Nueva España, por lo demás tan afines culturalmente por su herencia mesoamericana. De modo gradual, y no sin conflictos que no viene al caso referir aquí, la República Mexicana aseguró su consolidación territorial y la ciudad de México reconstruyó su primacía sobre lo que en tiempos recientes se habría de conocer como Sureste. La plena integración de esta parte del continente a México se completó en los siglos XIX y XX, primero en lo político y gradualmente en lo económico y lo demográfico. Poco a poco estas tierras, hasta entonces muy mal comunicadas, en buena parte despobladas y cubiertas de selvas de diverso signo, se convirtieron en una área de expansión cuyo desarrollo fue a menudo depredador y se ligó a una transformación ambiental muy notable, acelerada sobre todo en los últimos cincuenta años.

Esta expansión, sin embargo, no fue gradual como la vivida en el Norte, ni implicó como ahí la desarticulación de las poblaciones preexistentes para afirmar la extensión del ámbito territorial. En el Sureste había un precedente de ocupación colonial y algunos espacios eran tan antiguos y estaban tan bien consolidados como los del México Central, si bien eran de dimensiones más pequeñas y estaban poco interconectados. Aquí como allá, la conquista había planteado continuidades, si bien éstas sólo fueron posibles en espacios aislados y las epidemias habían dejado una huella más profunda que en otras partes del país. Así, después de la independencia, esta nueva expansión implicó más que nada la ocupación de gran variedad de espacios intermedios y áreas periféricas, y en este carácter ha continuado hasta el presente: no hay mejor muestra de ello que la ocupación y el espectacular crecimiento demográfico y urbano del litoral del Caribe, ocurrido a partir prácticamente de cero en los últimos cincuenta años, y no menos elocuente es el creciente poblamiento del Lacandón, como también lo ha sido, desde mediados del siglo XX, la desarticulación del espacio fluvial de Tabasco.

Por otra parte, el medio físico de esta parte del país da lugar a un mosaico de espacios dispares y no siempre complementarios, de relieve plano en su mayoría. La interacción ecológica, si ocurre, es diferente a la del altiplano y sus espacios vecinos. Hay elevaciones prominentes y zonas altas, pero no constituyen un espacio equivalente a ese altiplano ni por su extensión ni, sobre todo, por su relación con las áreas vecinas. De aquí que no sea aplicable a esta parte del país el concepto de vertiente en el sentido que lo hemos usado para las Vertientes del Golfo, el Pacífico y el Norte, dado que no están presentes los elementos de gradación, desnivel o jerarquía implícitos en una vertiente, y también porque a lo largo del tiempo ha habido patentes discontinuidades en la relación con el México Central. Cada región del Sureste tiende a establecer o privilegiar sus propias redes de interacción y complementariedad, como si formaran sistemas ecológicos separados. No en balde han tenido una historia muy marcada por etapas de aislamiento.

Hay que notar, por último, que no está presente, o lo está de manera más vaga, la estructura radial centrada en la ciudad de México que domina en las áreas de las Vertientes; hay, en cambio, dos líneas predominantes que, en buena medida, son paralelas y reflejan clara distinción, e incluso separación, entre las partes del Sureste que apuntan al Caribe —tierras planas que siguen los contornos del Golfo de México y la

península de Yucatán— y las que apuntan hacia América Central —complejas en su topografía pero dispuestas casi en línea recta frente al Océano Pacífico. Los dos conjuntos resultantes son tan diferentes y están tan separados entre sí que llevan a cuestionar y desechar, por engañoso, el concepto englobador de Sureste muy a pesar de la popularidad que ha alcanzado.[5] No lo usaremos más en este libro.

Pero no por ello dejan estos dos conjuntos de ser componentes de la geografía nacional, ni de estar enlazados con el México Central, ni de depender de él en varios sentidos. De hecho, conforme el tiempo pasa, tanto su integración como su interacción se hacen más sólidas. Mas no siendo aplicable el concepto de vertiente para calificar esta relación hemos de recurrir a otro, y tomando en cuenta la disposición de ambos conjuntos y la concatenación de sus elementos los denominaremos ***Cadenas***, haciendo distinción precisa de cada una de ellas: la ***Caribeña*** y la ***Centroamericana***.[6]

No cerremos este panorama histórico sin una consideración sobre los tiempos más recientes. El rasgo más relevante de los últimos cincuenta años de la historia de México ha sido la explosión demográfica. No es algo que explique todo lo ocurrido y en algunos aspectos puede ser un elemento sin importancia, pero está presente en cualquier escenario del desarrollo reciente del país: el político, el económico, el social, el cultural, el ambiental. Considérese la distribución del poder, la dinámica de la producción y los mercados, el desarrollo urbano, las necesidades de la educación, la demanda de recursos o cualquier otra expresión de ese desarrollo. No había ocurrido una alteración demográfica de tanta magnitud desde las epidemias del siglo XVI, y esta vez la población involucrada ha sido mucho mayor pues el país pasó de los cuarenta a los cien millones de habitantes. Los efectos de las cifras se han dejado sentir sobre todo en las concentraciones urbanas, pero también en las zonas

[5] A partir de mediados del siglo XX, cuando se empezó a usar en este sentido.

[6] Entendidas como sistemas espaciales, ambas Cadenas tienen expresión más allá de las áreas comprendidas dentro de la República Mexicana, pues la primera arranca en Tehuantepec y llega hasta Costa Rica, en tanto que la otra abarca desde la región de Coatzacoalcos y es reconocible aun en Puerto Rico. No estudiaremos en este lugar los eslabones no mexicanos de estas Cadenas, pero advertiremos que tanto Guatemala y Chiapas, como Cuba y Yucatán, históricamente han participado, y en cierta media aún participan, de un entramado común de relaciones espaciales.

rurales. A principios del siglo XXI pequeños asentamientos otrora insignificantes de tres o cuatro casas suman ya centenares de moradores. Las redes de comunicación han crecido de manera más o menos correspondiente, y los espacios deshabitados e inaccesibles que subsistían en 1950 se encuentran hoy integrados a una red nacional que llega virtualmente a todas partes y ha llevado consigo el germen de poblaciones que crecen día con día. Los cambios que afectan a la geografía del país han sido, sin duda, muchos.

A pesar de todo, permanece la estructura básica del ordenamiento del espacio heredada de tiempos anteriores. El examen particular de las regiones en el cuerpo principal de este libro dará ocasión de presentar múltiples pruebas de ello. Pero podemos dejar asentadas, de manera general, algunas apreciaciones globales. El centralismo del país, a pesar de lo que ha podido mitigarse, sigue manifiesto en el predominio y la mayor densidad demográfica del México Central y las exorbitantes dimensiones de la capital. Las Vertientes, no obstante su crecimiento demográfico y económico, permanecen sujetas a la estructura radial heredada de la época colonial, lo que puede comprobarse, por sólo dar un ejemplo, con la configuración básica de algo tan moderno como las rutas aéreas. La irrigación ha enriquecido el entramado regional del Norte, pero no ha cambiado la orientación del conjunto. Sólo las Cadenas presentan mayor profundidad en sus cambios: son los componentes más dinámicos del espacio nacional, en sus extremos se viven los procesos más intensos de colonización, y es en ellas donde se han dado los casos más recientes de formación de nuevos sistemas regionales. Pero todavía no se ha llegado a un punto en el que pueda hablarse de una alteración fundamental en la organización de su espacio. En suma, las décadas recientes dan testimonio de una modificación cuantitativa pero no estructural en la geografía mexicana, y por ello las continuidades resultan, en última instancia, de mayor peso que los cambios. De ahí el significado tan grande que tiene la historia, e incluso una historia relativamente antigua, para explicar la geografía del país.

El resumen de lo dicho es el siguiente: a partir del análisis de una combinación de elementos del medio físico y de la experiencia histórica, hemos desembocado en una "geografía nacional" del México actual estructurada sobre la base de seis conjuntos o componentes fundamentales: ***el México Central, la Vertiente del Golfo, la Vertiente del Pacífico, la Vertiente del Norte (con sus cuatro sectores), la Cadena Caribeña y***

la Cadena Centroamericana. Estos componentes determinan las divisiones básicas del análisis de la geografía mexicana que se ofrece en este libro. Y, desde luego, son la base que seguiremos para ordenar y agrupar las regiones individuales que hemos de estudiar.

DEFINIENDO LA REGIÓN

Ya anticipamos qué es una región y hemos prestado atención al conjunto y los subconjuntos que normarán nuestro análisis regional del espacio mexicano. Ahora debemos entrar en algunas consideraciones respecto de cómo hacer este análisis o de por qué lo haremos de una manera u otra. En este asunto, como se comprenderá a la luz de lo mencionado en las primeras páginas, hay muchos elementos subjetivos, pero igualmente hay razones o criterios para proceder. La cuestión que surge primero es cómo distinguir una región o espacio regional, y en seguida cómo delimitarlo. Ya no estamos enfrentándonos al problema de explicar la estructura del país o la integración de la geografía "nacional", sino al de analizar componentes de menor escala y sus rasgos individuales o particulares.

Es necesario poner un punto de partida tomando en cuenta al menos dos perspectivas. La primera es la del medio físico. Se puede decir mucho al respecto, pero nos limitaremos a señalar que, en el caso de México, lo que más interesa destacar son las diferencias en altitud, o altura sobre el nivel del mar, resultado de millones de años de evolución geológica —fallas, plegamientos, volcanes, etc. Estas diferencias se expresan en planicies, montañas, mesetas, valles, barrancas y otras manifestaciones del relieve o la fisiografía. Combinadas con la latitud, el clima, la naturaleza del suelo y diversos factores más, las conformaciones del terreno dan por resultado diferentes regímenes hidrológicos y cubiertas vegetales muy variadas, desde las zonas áridas y frías con corrientes de agua ocasionales hasta los bosques templados con arroyos y cascadas o las selvas húmedas cruzadas por ríos caudalosos. Al hablar de regiones no es posible desligarlas de un determinado paisaje del medio físico, y en él puede destacar, según el caso, un lago del altiplano, una barranca serrana o un tramo de litoral en el que se alternan playas y farallones.

La segunda perspectiva por considerar es la de la ocupación humana, en la que hemos de resaltar los diferentes procesos que han dado lu-

gar a las expresiones actuales del poblamiento: antigüedad, distribución, volumen y otras características. De estas variables dependen diversos patrones de asentamiento —concentrados o dispersos— y perfiles sociales o culturales que pueden ser igualmente muy variados —tradicionales o modernos, urbanos o rurales, homogéneos o heterogéneos. Si a esto se añaden cuestiones políticas y económicas el resultado se manifiesta, entre otras cosas, en espacios dominantes (como capitales políticas o emporios industriales) y dependientes o marginados; en una determinada distribución de las redes de intercambio (comercio, caminos, etc.), o en la división territorial que asigna y a menudo privilegia áreas jurisdiccionales o de otro tipo. Así pues, las regiones están indisolublemente asociadas a un determinado paisaje cultural cuyo elemento dominante puede ser una ciudad antigua, una zona de reciente colonización, un distrito de riego o un área con características étnicas específicas.

La visión que se obtiene con la primera perspectiva no necesariamente arroja un paisaje similar al que se desprende de la segunda. Pero tampoco tiene que haber una contradicción. La cumbre orográfica del Pico de Orizaba proporciona un buen punto de partida para explicar el medio físico, y esa cumbre política y económica que es la ciudad de México ofrece otro no menos bueno para entender y organizar el paisaje cultural. Recuérdese que hicimos notar que los elementos del medio físico y del desarrollo histórico se enlazaron de tal modo que dieron por resultado una integración ecológica. Mas no hay que esperar que ambas visiones, por más que se combinen, den igual resultado. Al armonizar una y otra perspectivas se hallarán coincidencias y diferencias, algunas de éstas difíciles de conciliar, y debemos estar prevenidos para entender que entre el medio físico y los sistemas regionales no siempre se dan las concordancias que pudiera sugerir un vistazo superficial. Consideremos por ejemplo el istmo de Tehuantepec. Que esta parte del continente se halle en un angostamiento donde los mares se acercan es un hecho que favorece sus funciones como lazo entre regiones y asiento de vías de comunicación, pero no necesariamente lo convierte en espacio regional —y se verá en su momento que no lo identificamos como tal, sino como parte de dos conjuntos muy diferentes. En otro ejemplo, tomemos nota de cómo el Valle de Puebla está en la vertiente hidrológica del Pacífico pero cultural y socialmente se vuelca hacia la del Golfo. Muchas cuencas fluviales casi coinciden con los espacios regionales que se tejen en ellas, pero no siempre ha de ser así, como se podrá advertir al considerar situaciones como

la del Lago de Chapala o el río Armería. Un macizo montañoso aislado como el de los Tuxtlas podría tomarse como un espacio regional, y sin embargo un análisis cuidadoso lo sitúa mejor como lindero entre dos regiones. Por último, no deberá sorprender que elementos muy relevantes en la estructura fisiográfica del país —como los parteaguas continentales y los "nudos" orográficos, fundamentales para el entendimiento del relieve y del medio físico en general— sean, en ocasiones, elementos muy débiles en el entramado regional: es el caso de la Sierra Mixe. En suma, una región se construye apoyada en un medio físico y estrechamente relacionada con él, mas no por eso sujeta a su configuración o características.

La identificación y el análisis de las regiones debe hacerse en medio de coincidencias y divergencias como las que acabamos de señalar entre las perspectivas arrojadas por el medio físico y la ocupación humana. Al final, sin embargo, enfrentados a la búsqueda de una llave para comprender este aspecto de la geografía, encontramos que los movimientos e intercambios humanos a lo largo del tiempo cuentan, en términos generales, más que el medio físico. Los rasgos de éste nos resultan indispensables para visualizar la identificación de las regiones y orientar nuestro recorrido por las mismas, pero, en última instancia, lo que las explica mejor es el tejido espacial que se ha formado a lo largo de la historia en cada una de ellas.

Este tejido espacial es algo esencialmente vivo, y al analizarlo se descubre que su conformación, lejos de ser producto de coincidencias o circunstancias particulares, lejos también de estar determinado de manera absoluta por el medio físico o cualquier otro factor específico, es expresión de un sistema funcional. La razón es que las regiones surgen de la interacción entre los elementos de un sistema que opera en un espacio dado. Para que esa interacción se logre debe haber flujos de gente, productos, información y decisiones, así como una red de enlaces que los permitan, además de puntos o nodos que amarren todo ello conforme a ciertas jerarquías y dentro de un área definible. Quienes participan de esta interacción suelen estar conscientes de su existencia: perciben un espacio propio, familiar, conocido, diferente de otros espacios ajenos. Así, las regiones deben su existencia a condiciones que les dan individualidad y les permiten funcionar; tienen una etapa de conformación y otra de plenitud y suelen desarticularse si las condiciones se modifican; son espacios cambiantes y modelados por la cultura, y por lo mismo históricos, ligados desde luego al medio físico pero no definidos por él.

Habida cuenta de lo anterior, aventuraremos una definición de región que se ajuste al enfoque geográfico de este libro. Una región, en el sentido que aquí nos interesa, es un espacio funcional y dinámico que alberga relaciones, intercambios e identidades culturales integradas históricamente y cuya individualidad es percibida por quienes participan de ellas. En virtud de esta definición es que también nos referimos a las regiones como sistemas regionales, pues cada región es un ámbito en el cual opera un sistema en constante movimiento.

VARIEDAD Y DIVERSIDAD DE LOS SISTEMAS REGIONALES

La comprensión de las regiones se ve a menudo distorsionada por el afán de buscar en ellas homogeneidad de rasgos físicos o culturales.[7] Pero aunque algunos sistemas regionales muestren características particularmente dominantes o distintivas que den una imagen orientada en ese sentido (circunstancia que no siempre ocurre), lo cierto es que son o suelen ser muy diversos. Tómese en cuenta que la diversidad es un factor básico, cuando no necesario, para generar los flujos e intercambios que dan significado al espacio, o, si se prefiere, al movimiento en el espacio, que es donde se encuentra el meollo de todo sistema espacial. Por obvias razones nada de esto es estático, y la historicidad de un sistema también influye en su diversidad. En general esa diversidad se conoce y se aprecia más en la medida en que se gana familiaridad y compenetración con un sistema dado.

La diversidad mencionada no impide que algunas regiones puedan ajustarse, al menos en apariencia, a una especie de patrón ideal. Podría pensarse en ciertos elementos "clásicos" que lo definen: un medio físico

[7] En la geografía física, que con más propiedad debería llamarse geografía del medio físico, considerada a menudo sin la participación de la actividad humana, se habla también de regiones, como las de bosque húmedo tropical, tundra y desierto, entre otras. En estos casos es indudable que se desea resaltar un rasgo de homogeneidad característico de cada espacio. Pero el concepto involucrado es completamente diferente a pesar de que se use la misma palabra. La homogeneidad del espacio humano, donde la hay, es un rasgo que se acomoda mejor al concepto de paisaje —el cual conduce a consideraciones sumamente importantes para la geografía pero que están fuera del ámbito de este libro.

fácilmente individualizable o distinguible de los vecinos (como podría ser una cuenca, meseta o península); un centro dominante bien definido política y económicamente (una capital, un núcleo industrial, una zona de riego); variedad de asentamientos integrados jerárquicamente al conjunto; un sistema efectivo de intercambios; un perfil cultural discernible, y plena conciencia de identidad regional. Podemos percibir este patrón ideal en ciertas regiones, como los Valles de México y Toluca, la Laguna, los Altos de Chiapas y algunas otras, pero siempre habrá que señalar matices y excepciones. Lo cierto es que la mayoría de las regiones no encaja en este ni en ningún otro patrón. Las variedades son tantas como los elementos que intervienen en su definición, y son infinitas las expresiones de diversidad que cabe hallar en un sistema regional.

Consideremos el medio físico. En muchas regiones éste no proporciona un elemento específico, individual o distinguible frente a las vecinas, sobre todo si comparten un mismo espacio fisiográfico cuyas diferencias locales son pequeñas o se manifiestan de manera gradual, como ocurre a lo largo de las llanuras costeras del Golfo de México y la península de Yucatán o en las zonas serranas. En situaciones como éstas los elementos que intervienen en la diferenciación de una región frente a otra son predominantemente culturales, económicos o demográficos, y así son por ejemplo los que distinguen la de Tuxpan de las de Veracruz y Tampico, o la Sierra Mazateca de la Zapoteca, como se explicará en su momento.

Otras regiones tienen gran variedad y hasta contraste en su medio físico, como sucede en la de Colima, Sotavento y casi todas las del Noroeste (que incorporan elementos serranos y costeros), o las de Durango y San Luis Potosí (que albergan espacios con marcadas distinciones ambientales). Las disparidades del medio físico en esas regiones pueden ser muy grandes, pero no por ello han de desorganizar un sistema bien amarrado sobre la base de otros fundamentos, como poblamiento, integración económica o perfil cultural.

Algunos sistemas regionales carecen de la centralidad que implica una ciudad dominante, pero tienen varios centros de importancia comparable fuertemente entrelazados, y la posibilidad o el hecho de que alguno sea de mayor tamaño o jerarquía política no implica predominio ni la subordinación de otros. Ejemplos relevantes se hallan en el Bajío (donde, además, la posición relativa de sus muchas ciudades ha cambiado con el tiempo) y el Bajo Bravo. Algunas de estas regiones,

como la de Orizaba y Córdoba o la de Colima, tienen una composición francamente bipolar, con sólo dos centros muy diferenciados. Se les podría analizar como cabezas de sistemas distintos, pero también se debe reconocer que la interrelación y el entramado del conjunto en estos casos es tanto o más fuerte que las diferencias, de manera que en realidad se trata de variantes formales pero no sustanciales en cuanto a la funcionalidad y la articulación de redes e identidades. No obstante, esto no es una regla fija, pues en otras situaciones se justifica considerar por separado dos componentes de lo que, bajo otra perspectiva, podría tomarse como unidad. Ejemplos de ello, entre varios que se explicarán en este estudio, se encuentran al considerar a Orizaba y Córdoba frente a Xalapa, o al enfrentar la Sierra y la Tierra Caliente de Michoacán.

Otras regiones, en fin, se apartan del modelo de un perfil cultural discernible o de la conciencia de identidad regional, ya sea porque se asemejan mucho a sus vecinas o porque son de conformación muy reciente. Algunas carecen incluso de un nombre propio específico o usan uno meramente circunstancial y no siempre compartido por todos, como Sur de Jalisco o Norte de Sinaloa. En este libro hemos utilizado apelativos relativamente arbitrarios para designar las regiones de Tuxpan, Tampico, Chetumal, Cancún y otras que no son conocidas con un topónimo tradicional como los de la Huasteca, el Bajío o la Laguna. Desde luego, en este terreno puede haber opiniones divergentes. Por contraste, en otros escenarios encontraremos sistemas regionales distintos asociados a un mismo nombre, como en Michoacán o las Mixtecas. La toponimia no debe oscurecer que en cada una de estas partes del país nos encontremos con varias regiones completamente diferentes. Cierto que el nombre refleja algo (o mucho) de la identidad de un espacio (y ya lo destacamos a propósito del propio México) y ayuda a explicarlo, pero, a final de cuentas, no es el nombre lo que hace a una región.

La identidad regional también se diluye si es opacada por otro elemento de identidad, como la pertenencia a un estado de la república. Uno de los casos más llamativos es el de Oaxaca, cuya fuerte identidad (formada en la época colonial) ha prevalecido tanto ante otros criterios que en varios estudios se le ha llegado a considerar como una sola región o como un conjunto aparte, siendo que abarca regiones que pertenecen a conjuntos del todo diferentes. Distorsiones como éstas han sido producto de un análisis incompleto o simplificado de los sistemas

involucrados.[8] Hay regiones estrechamente identificadas con las circunscripciones políticas de algunos estados, e incluso comparten el nombre (Morelos, Colima, Zacatecas, Sonora, Tamaulipas, Tabasco, Yucatán, etc.), pero los linderos de unas y otros suelen coincidir sólo en parte y de manera muy aproximada, o no coincidir. El hecho es que casi todas las regiones tocan territorio de varios estados y casi todos los estados comprenden varias regiones. En la inmensa mayoría de las veces la presencia o ausencia de un lindero político es un elemento secundario en la organización del espacio, aun cuando sea parte del corazón mismo del punto central y articulador de una región, como ocurre —caso excepcional— en la Laguna. El Valle de México proporciona otro ejemplo elocuente. Se advertirá que en este libro se hace muy escasa mención de la pertenencia de las regiones a uno u otro estado o de los límites interestatales.

De mayor relevancia, desde luego, son los límites internacionales, donde los elementos de identidad entran en juego de modo mucho más intenso, en especial frente a Estados Unidos. A pesar de ello, en este libro se trasciende la frontera para considerar los sistemas regionales que se desenvuelven a lo largo de ella incorporando espacios de ambos lados (excepto el de Tijuana). La razón es que no se podría comprender la parte ubicada en un país sin incluir al menos una consideración sobre la otra (actividad agrícola, uso del agua, flujo de población, entorno urbano compartido, etc.). El constante empeño de Estados Unidos en obstruir el paso de personas a través de su frontera es testimonio, por un lado, de la vitalidad del movimiento mismo y, por otro, de la posibilidad de que ese movimiento llegue a bloquearse y se rompa la funcionalidad de los sistemas regionales involucrados, algo no del todo improbable al considerar que ese empeño puede llegar al extremo de construir bardas, fosos, picas, trampas o mecanismos similares. Naturalmente, si se pone énfasis en lo político, se podrían hacer lecturas diferentes de estos espacios.

Nos hemos acercado a esta cuestión de los linderos regionales a propósito del asunto de la identidad, pero el tema merece otras reflexiones.

[8] De esta falla adoleció un primer y muy abreviado avance del presente estudio de las regiones mexicanas que publiqué en 1976, con el título "Consideraciones corográficas", en la primera versión de la *Historia general de México* de El Colegio de México. Para la más reciente *Historia general de México: Versión 2000* preparé una nueva versión, depurada y diferente, titulada "Regiones y paisajes de la geografía mexicana".

Si son muchas las maneras de identificar los sistemas regionales, no son menos las que surgen a propósito de su delimitación, en lo cual intervienen infinidad de circunstancias, variaciones y alternativas. Pero es de advertirse un aspecto esencial de esta delimitación: no involucra límites fijos o establecidos como ocurre con los linderos de carácter territorial, que se expresan como líneas demarcadas con precisión para delimitar espacios excluyentes entre sí, como las circunscripciones políticas o los estados nacionales. Los linderos regionales son de otra naturaleza debido a su carácter sistémico: son por naturaleza fluidos y cambiantes, sujetos a una relativa interpretación, y no están reñidos con el traslape o la superposición de los espacios involucrados. No se les puede expresar con una línea precisa, sino como una franja o área que puede ser compartida.

Algunas veces los linderos regionales tienen manifestación en el medio físico y pueden ser visibles en el filo de una cordillera o el borde de una cuenca, pero por lo regular no es así. La mayor parte de las veces son difusos, se hacen sentir gradualmente, y deben buscarse en algún punto en medio de cambios en el paisaje y el patrón de poblamiento como ocurre entre el Bajío y la Ciénega de Chapala o entre varias de las regiones veracruzanas. Los linderos de la Huasteca son motivo de frecuente discusión dependiendo del énfasis que se quiera poner en sus elementos étnicos o sociales. Las zonas de colindancia pueden ser tomadas como parte de una región o de su vecina según el punto de vista que se tome o de cómo se perciban los elementos que intervengan.

Hay ocasiones en que no es fácil determinar un lindero regional y sólo un análisis cuidadoso lo puede descubrir. Así ocurre cuando ciertos elementos constitutivos de una región se hallan en alguno de sus bordes, próximos a la región vecina. Uno de los casos más difíciles de resolver es el de delimitar la Región Tapatía frente a la de Colima, con buen número de poblaciones de una y otra región casi entreveradas en un espacio donde el contraste entre altiplano y sierra es menos conspicuo que en otras partes. Sólo hay que advertir que la vecindad de dos poblaciones no necesariamente ha de hacerlas parte de una misma región si hay otros factores involucrados. Es cierto que cercanía e intercambio son elementos a tomar en cuenta para enlazar los componentes de un sistema regional, pero no es menos cierto que esos elementos también son cruciales para establecer la distinción entre regiones diferentes.

Sobre todo, nunca hay que perder de vista que los linderos regionales son cambiantes, como la conformación de los sistemas regionales

que engloban. Es muy común que algunas poblaciones se reorienten de una región a otra, encontrando nuevas afinidades y lazos económicos. Esto es más que evidente en los sistemas de reciente formación, como los de Chetumal y Cancún, que paulatinamente han ido incorporando elementos de los espacios vecinos, pero también se ve en las colindancias de una región de origen más antiguo pero dinámica y expansiva como lo es la de Coatzacoalcos. Viendo hacia atrás en la historia hay muchos ejemplos, como el que proporciona Taxco, que en su origen estuvo ligado al sistema que formó la región de la Sierra del Sur pero que con el tiempo orbitó hacia la de Morelos. Varios más se expondrán en los apartados respectivos. En una escala diferente, las Barrancas han experimentado un giro que las hace estar más ligadas al México Central que a la Vertiente del Norte.

Puesto que las regiones son en gran medida producto de la historia, el paso del tiempo influye en ellas de muchas maneras, a veces en forma más evidente en unas que en otras en virtud de la intensidad de los cambios que han experimentado. Esto se ve, por ejemplo, en regiones cuyos cambios estructurales han reorientado radicalmente sus relaciones, como las de Tabasco y Sonora, frente a otras que han tenido pocas transformaciones en este sentido, como la Sierra Zapoteca y los Altos de Chiapas. Algunas, entre ellas el Bajío, son muestra evidente de crecimiento, pero dentro de un entorno estable, y otras, como la Mixteca Alta, han tenido poco crecimiento pero cambios importantes en su conformación.

Una última consideración por hacer es que, dado que las regiones son un producto histórico y el cambio es consustancial a su estructura y desarrollo, es de esperarse que haya espacios donde el proceso no se ha cumplido del mismo modo, se ha detenido o se ha revertido. Y en efecto así ha sido. Ejemplo elocuente es el Lacandón, que siglos atrás fue sede de una civilización ya desaparecida con todo y los sistemas regionales que en su momento sostuvo. También vienen a cuento una parte considerable de la cuenca del Balsas y de los entornos de la Laguna de Términos, que constituyeron sistemas regionales bien definidos hasta que el despoblamiento o la contracción económica los desmantelaron desde el siglo XVII. Otros casos presentan situaciones menos radicales pero en los que igualmente se advierte un sistema en contracción o manifestaciones diversas de marginación, como ocurre en algunas de las zonas serranas, en particular la de los Huicholes y la Tarahumara.

Algunos de estos espacios se han transformado recientemente de modo que en ellos se han creado sistemas regionales distintos a los del pasado. Tal ha ocurrido en las partes del país que han experimentado los procesos de poblamiento más intensos de los últimos años: las regiones de Tabasco, Campeche, Chetumal y Cancún. En cambio, no ha habido una reconstrucción similar en la cuenca del Balsas y gran parte de su espacio permanece desarticulado. A todo esto hay que añadir grandes extensiones del Norte, específicamente el Bolsón de Mapimí y el Desierto Central de Baja California, donde no hay testimonio de que en épocas históricas haya existido un volumen de población suficiente como para alimentar y sostener los elementos básicos de un sistema regional.

Nos encontramos, pues, con espacios que no son regiones según las hemos definido en este libro. Son áreas que se han visto desfavorecidas o en desventaja por su medio físico o su ubicación, y por lo tanto económicamente marginales y poco pobladas. Su evolución las ha privado de algún elemento de integración regional, de manera que no tienen ningún centro urbano relevante (sobre todo si se les compara con los de otras regiones), poseen redes de comunicación muy deficientes, o su identidad cultural se ha diluido con el tiempo. Son espacios en los que no hay un entramado o sistema funcional, sino sólo elementos más o menos sueltos: cierto territorio, alguna población dispersa, redes marginales, etc. Pero con estas áreas no ocurre lo que con algunos rincones marginados de pequeñas dimensiones que se hallan en las periferias de los sistemas regionales y se les puede contar como meros apéndices o extensiones de ellos, pues se trata de espacios que en sí mismos son significativos y, sobre todo, de gran tamaño. Lo que procede hacer, entonces, es colocarlos en una categoría diferente. En vista de que no poseen los elementos que individualizan a los sistemas regionales, los consideraremos como espacios indiferenciados, y en esta calidad los estudiaremos cuando corresponda.

En un nivel intermedio, hay algunos espacios con características menos extremas pero que tampoco se perfilan claramente como sistemas regionales, o lo hacen sólo de manera parcial. A pesar de ello poseen diversos atributos que los distinguen claramente de las regiones vecinas, de tal manera que sería cuestionable presentarlos como parte de ellas o absorbidos por las mismas. Veremos ejemplos de ello, entre otros, en la Cañada, el Sur de Jalisco y las Sierras de Hidalgo y Miahuatlán. Y aunque los estudiaremos y analizaremos con el mismo detalle y atención

que todas las regiones, tendremos cuidado de precisar que conviene considerarlos no como sistemas plenos sino como espacios de transición, es decir, que están en una etapa intermedia entre los indiferenciados y los que poseen los atributos propios de los sistemas regionales. Casi siempre son partes del país que están en un momento crítico de su historia, en trance de disolución o recomposición. Tal vez estén en camino a integrarse a algún conjunto que todavía no se puede definir, o a consolidarse como sistemas plenos en una forma que tampoco es posible predecir. Pero la incertidumbre es parte de la naturaleza histórica de las regiones. Nunca se insistirá lo suficiente en que los espacios regionales son siempre susceptibles de dividirse y transformarse, y en que la geografía de un momento es parte de la historia.

OBSERVACIONES SOBRE EL CONTENIDO DEL LIBRO

En las páginas anteriores se explicó la organización básica de este libro —estructurado con base en la identificación de seis grandes conjuntos o componentes fundamentales que integran el país— y los criterios que fundamentan la identificación, agrupación y delimitación de las regiones comprendidas en cada uno de ellos.

Más adelante, al principio de los capítulos correspondientes a cada uno de esos grandes conjuntos y con ayuda de mapas generales muy condensados, se darán precisiones adicionales y se explicará el orden en que se procederá al examen de sus regiones individuales. El principio básico será el de simular un recorrido por las mismas. Tal recorrido estará dispuesto en función de las vías de comunicación existentes, de modo que desde esta perspectiva el libro puede seguirse como una guía.

En los apartados correspondientes a cada una de las regiones (y también a los espacios no considerados como sistemas regionales) se incluyen dos secciones: la primera, encerrada en un recuadro gris, presenta las observaciones pertinentes al medio físico; la segunda, que constituye el cuerpo principal del texto, analiza lo correspondiente al ámbito de la historia, la sociedad, la economía y otras cuestiones relevantes para el conocimiento y la comprensión de los sistemas regionales. Esta parte va

acompañada, en todos los casos, de un recuadro menor que recoge las cifras de población de las localidades mayores, tomadas del conteo de población del año 2005 (las más recientes disponibles) con el redondeo de las cifras a la cincuentena superior más próxima. Cuando las localidades forman una conurbación se da la cifra correspondiente al conjunto que la integra. (En esto se sigue un criterio propio, que no necesariamente da por resultado conjuntos iguales a los de las definiciones oficiales.) Todas las regiones reciben un tratamiento equivalente, que puede ser más o menos extenso en virtud de su mayor o menor complejidad, pero no de su mayor o menor relevancia económica. Ninguna se ve ni privilegiada ni desdeñada.

Adicionalmente, 50 mapas particulares recogen en lenguaje cartográfico los elementos fundamentales de la estructura de las regiones en el momento actual: el año 2007. (Algunos mapas abarcan más de una región.) La idea que rige a los mapas es la de expresar que los sistemas regionales implican la existencia de redes de enlaces que permiten flujos de gente, productos, información y decisiones, así como de puntos o nodos (especialmente centros de población) que amarran todo ello conforme a ciertas jerarquías y dentro de un área perceptible pero sin límites fijos o precisos. Por eso no se marcan los contornos de los espacios regionales, prefiriendo que éstos hagan por sí mismos explícitas sus áreas con la mera presencia de centros de población y líneas de comunicación.

Todos los mapas están a una misma escala en cada uno de los seis grandes conjuntos mencionados: 1:2 000 000 en los del México Central, las Vertientes del Golfo y del Pacífico y las Cadenas Caribeña y Centroamericana; 1:4 000 000 en los de la Vertiente del Norte en todos sus sectores.

Los sombreados que distinguen las áreas de mayor altitud parten de una misma curva de nivel en cada uno de los conjuntos. Se ha escogido la que proporciona en cada caso la imagen más elocuente de este aspecto del relieve: 3 200 metros en los del México Central (con sombreado oscuro), 2 400 metros en los de la Vertiente del Norte (con sombreado medio) y 1 600 metros en los de las Vertientes del Golfo y el Pacífico y las Cadenas Caribeña y Centroamericana (con sombreado claro). Las cumbres más prominentes se marcan con pequeños triángulos.

La simbología para los elementos culturales es la misma en todos los mapas y representa los siguientes valores:

Poblaciones de más de 1 000 000 de habitantes

Id. de 500 000 a 1 000 000 de habitantes

Id. de 100 000 a 500 000 habitantes

Id. de 10 000 a 100 000 habitantes

Id. de menos de 10 000 habitantes (sólo las mencionadas en el texto)

Principales vías de comunicación

Vías de comunicación secundarias

Aeropuertos

Todos los mapas fueron concebidos y diseñados manualmente por el autor a partir de referencias cartográficas del dominio público, y la ejecución final, con ayuda de programas de diseño, fue hecha durante el proceso editorial bajo su supervisión.

EL MÉXICO CENTRAL

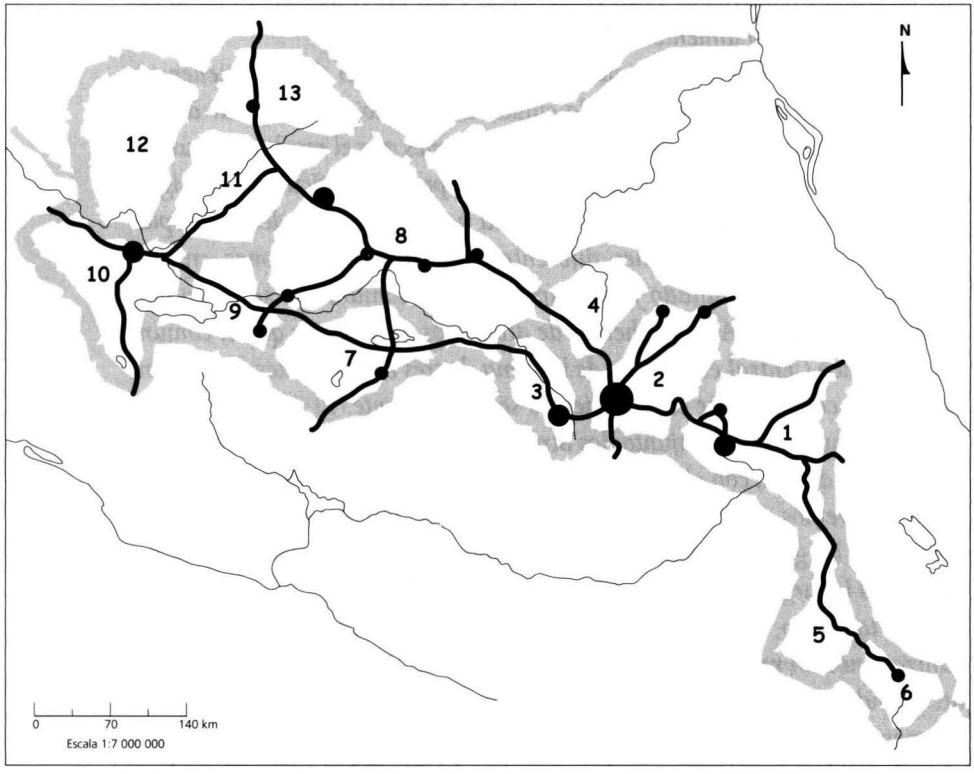
El México Central es el elemento fundamental del espacio mexicano en tanto nos lleva a la delimitación de los otros que componen el conjunto. Dado que corresponde a la parte más conspicua del altiplano y algunas de las tierras altas que le son vecinas, de sus bordes se desprenden las dos vertientes de intercambio que, a lo largo de su descenso, cubren los espacios comprendidos entre tales bordes y los litorales del Golfo y del Pacífico, e igualmente se desprende el sector central de la vertiente de expansión que abarca el Norte. Las posiciones relativas de estos componentes son las responsables de la estructura y el funcionamiento de la geografía mexicana.

Los lazos de intercambio que se tejen en el México Central tienen un principal punto de confluencia en la ciudad de México, pero a pesar de ello son tan amplios y se extienden en tantas direcciones que el resultado es un tejido en el que difícilmente se puede señalar un patrón particular. Esto significa que para examinar la geografía de esta parte del país podemos desplazarnos en muchas direcciones diferentes y visitar sus regiones en casi cualquier orden: el resultado y la comprensión del conjunto no se verán mayormente alterados. Aun así, hemos de atenernos al hecho de que el conjunto del México Central está hecho de la suma de tres componentes fundamentales y que conviene que los estudiemos separadamente. El primero de ellos es la parte nuclear del conjunto; los otros dos, sus extensiones hacia oriente y occidente. Además, con objeto de apoyarnos en un elemento visible del medio físico, tendremos presente, donde sea posible, la vecindad de la cadena montañosa que los geógrafos han llamado "Eje Volcánico Transversal" y que se desarrolla a lo largo del paralelo 19.

De tal modo, siguiendo una porción del Eje Volcánico de este a oeste, organizaremos un **primer** *recorrido por los valles de Puebla, México y Toluca, atendiendo también otros espacios y regiones adyacentes hasta completar el examen de la parte nuclear del México Central. Luego, volviendo atrás y abandonando por un momento la compañía del Eje Volcánico, emprenderemos un* **segundo** *recorrido que nos llevará a los componentes orientales del conjunto: la Mixteca Alta y el Valle de Oaxaca. Finalmente, regresaremos al Eje en el punto en que lo dejamos para iniciar un* **tercer** *recorrido que nos*

llevará a los componentes occidentales, primero Michoacán, la Ciénega y la Región Tapatía, que lindan con la Vertiente del Pacífico, y luego, ya apartados de nuestra guía montañosa y aproximándonos a los linderos de la tierras norteñas, el Bajío, los Altos de Jalisco, las Barrancas y Aguascalientes.

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos una serie de recorridos panorámicos que nos permitan conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones del México Central: **1.** Valle de Puebla y el Seco; **2.** Valle de México; **3.** Valle de Toluca; **4.** Valle del Mezquital; **5.** Mixteca Alta; **6.** Valle de Oaxaca; **7.** Michoacán; **8.** El Bajío; **9.** La Ciénega; **10.** Guadalajara y su entorno (o Región Tapatía); **11.** Altos de Jalisco; **12.** Las Barrancas; **13.** Aguascalientes.

RECORRIDOS POR EL MÉXICO CENTRAL

La cumbre del Pico de Orizaba o Citlaltépetl, a 5 700 metros sobre el nivel del mar, es el punto más alto de México y un buen lugar para organizar nuestras observaciones del medio físico previamente al inicio de nuestros recorridos. El cráter que se abre a nuestros pies, rompiendo las nieves permanentes de la montaña, nos recuerda que estamos en un punto prominente del Eje Volcánico Transversal. En efecto, mirando hacia el oeste veremos casi en línea recta el aislado cono de la Malinche, la extendida masa del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, y más atrás las siluetas del Ajusco y el Nevado de Toluca, sin contar otras elevaciones menores ubicadas sobre la misma línea. En la dirección opuesta el Eje no se prolonga del mismo modo, sino que dobla al norte formando el estrecho filo de la Sierra Negra de Puebla, que remata, a 4 280 metros de altitud, en el Cofre de Perote. En ningún lugar es tan evidente el borde del altiplano como a lo largo de este filo. Por otra parte, la naturaleza volcánica del Eje, y en general de gran parte del México Central, se hace patente ostentosamente en la actividad del Popocatépetl, que después de cuatrocientos años de calma casi total reanudó en 1997 sus emanaciones de gases, cenizas y, en ocasiones, un poco de lava.

Nuestro elevado punto de observación nos permite advertir, en primer lugar, la gran diferencia de altura que distingue el altiplano de la Vertiente del Golfo. Mientras que hacia el oriente nuestra vista se clava, por así decirlo, hacia abajo, y a menudo se ve interrumpida por mantos de nubes que se detienen en las laderas de la Vertiente, mirando hacia el lado opuesto la atmósfera más seca del altiplano nos permite llevar la vista (si no hay mucha contaminación) hasta un horizonte muy lejano. Así podemos advertir, en escalonada sucesión de oriente a occidente, los cuatro grandes recintos fisiográficos que forman la parte nuclear del México Central: primero, el Valle de Puebla (que es el único de los espacios del altiplano que se prolonga al sur del Eje Volcánico) y su anexo el Seco o Salado

Poblano, enseguida la cuenca de México y finalmente los valles de Toluca y el Mezquital.

Como en el altiplano predominan, evidentemente, los espacios planos, las oportunidades que se abren para nuestro **primer** recorrido, por la parte nuclear del México Central, son casi infinitas. Además, el desarrollo histórico de esta parte del país ha fomentado toda clase de intercambios y de ello se deriva que tales oportunidades hayan sido bien aprovechadas y convertidas en caminos fácilmente practicables aun en aquellas partes en que deben librar espacios que no son planos. En efecto, si bien podemos percibir claramente una línea prioritaria de comunicaciones que se expresa en la sucesión de autopistas que nos conducirá a las ciudades de Puebla, México y Toluca, otras vías no menos importantes se abren en diferentes direcciones. Si no objetamos el utilizar, en lugar de carreteras tan principales, otras de menor envergadura, o caminos vecinales, o vías férreas, las combinaciones que podemos hacer para completar nuestro recorrido son innumerables. Sólo las partes montañosas están relativamente exentas de caminos, y aun así, aunque sea sólo por diversión, es posible subir cómodamente en automóvil hasta el interior del cráter del Nevado de Toluca a 4 500 metros sobre el nivel del mar. Con excepción de algunas áreas de montaña, ningún punto de esta parte del México Central está a más de dos o tres kilómetros de un lugar a donde llegue un vehículo de motor. Y sin embargo, paradójicamente, no existe una forma expedita de rodear la ciudad de México si no se desea pasar por ella —inmensos camiones de carga con largos remolques circulan arrogantemente a sólo cinco calles del pomposo pero degradado centro simbólico y ceremonial de la nación—, y tampoco se ha concluido un enlace carretero de primer orden, con autopista directa y sin rodeos ni cuellos de botella, entre las dos principales ciudades del conjunto —y del país—: México y Guadalajara.

La configuración alargada, las dimensiones reducidas y el menor desarrollo económico de las regiones orientales del México Central determinan que las posibilidades que se abren para nuestro **segundo** recorrido sean mucho menores y de hecho se limiten a una única ruta que parte de un punto de gran importancia para los contactos regionales: Tehuacán, en el extremo sudoriental del altiplano, que es el punto de enlace mejor situado para amarrar los componentes medulares de la geografía mexicana

—el México Central y las vertientes del Golfo y del Pacífico—. Una carretera de reciente construcción, pero trazada sobre rutas muy antiguas, nos permite pasar directamente del conjunto que visitamos anteriormente a este otro, siempre por tierras elevadas y recorriendo la Mixteca Alta hasta llegar al Valle de Oaxaca. Variantes de la misma ruta nos permiten hacer un enlace similar, pero a costa de descolgarnos ya sea por la Mixteca Baja (en la Vertiente del Pacífico) para luego volver a subir a la Alta, que es lo que hace la desusada "Carretera Panamericana" (tramo de un proyecto continental de caminos consolidado hacia 1950), o por la región de la Cañada (en la Vertiente del Golfo) para de ahí enfilar directamente al Valle de Oaxaca, como hace la vía del ferrocarril. La Mixteca Alta nos ofrecerá algunas alternativas para recorrerla, pero limitadas, y la mayoría sin salida, lo que nos restringe el paso hacia las regiones vecinas como no sea por un tortuoso camino hacia la Mixteca de la Costa y por el único enlace que hay con el Valle de Oaxaca. Éste, en cambio, dispone de una red radial de comunicaciones bastante completa que permite lo mismo explorarlo que desplazarse hacia las regiones de los alrededores.

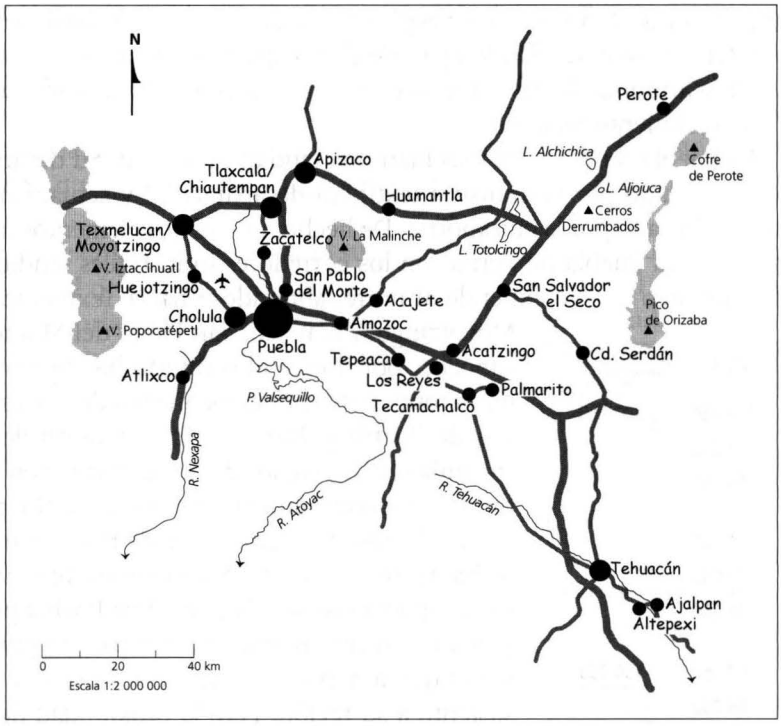
Para nuestro **tercer** recorrido, que cubrirá las regiones occidentales del México Central, hemos de regresar a cualquiera de los puntos más occidentales que tocamos en el primero y de ahí continuar por un entramado de rutas prácticamente tan denso como el que hay en éste y aun más dilatado. Podemos tomar como guías la carretera 45, que nos conducirá a Aguascalientes; la 90, que nos llevará a Guadalajara, y la 80, que establece un enlace entre ambas, pero es posible optar por otras muchas combinaciones de caminos principales y secundarios. La red ferroviaria, sin embargo, es menos completa que en la parte nuclear del México Central. También nos encontraremos algunas limitaciones en la región de las Barrancas, una de las más occidentales del conjunto, donde la fisiografía, mucho más quebrada que en cualquier otra parte del México Central, se combina con la menor densidad de población para dar por resultado un espacio relativamente menos comunicado.

El Valle de Puebla y el Seco (mapa 1)

El espacio que nos recibe al descender del Pico de Orizaba para internarnos en el México Central se extiende del borde oriental del altiplano al macizo del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. Tales referentes dan por resultado un recinto fisiográfico bien delimitado, máxime que también lo está por el norte, donde se percibe sin dificultad el comienzo de la Vertiente del Golfo, aunque algo menos por el sur, donde el paso a la Vertiente del Pacífico es algo más difuso. Pero la continuidad de este espacio se ve rota en su centro por el cono volcánico aislado de la Malinche, responsable de una complejidad fisiográfica que impone notables diferencias entre las distintas partes del conjunto y hace necesario que lo dividamos en dos.

La primera de estas partes es, con mucho, la más importante. Si nos ubicamos en la cumbre de la mencionada Malinche (o Matlalcuéyetl, a 4 460 metros de altitud) y miramos hacia el oeste y el sur veremos abrirse las cuencas de dos afluentes del Balsas, el Nexapa y el Atoyac, que en su parte alta (a 2 000 metros en promedio) albergan el Valle de Puebla. Éste, en realidad, más que un valle es un conjunto de valles inclinados en términos generales hacia el sur, erosionados en sus laderas pero con fondos de suelo aluvial muy fértil. Los ríos que corren por estos valles nacen en las tierras altas de Tlaxcala y terminan escurriéndose hacia la parte baja de sus respectivas cuencas por varios pasos angostos que marcan el lindero con la Vertiente del Pacífico. Luego, si de la cumbre de la Malinche volteamos hacia el sureste, alcanzaremos a ver una peculiaridad: el último de los valles que se abre por este rumbo, el del río Tehuacán, no es tributario del Balsas sino del Papaloapan, pues corre en dirección casi opuesta en busca del río Salado y la región de la Cañada en la Vertiente del Golfo. El parteaguas hidrológico es imperceptible y no altera casi en nada la continuidad del Valle, el que sólo dejaremos atrás, por este rumbo, cuando el descenso y un cambio ambiental nos indiquen que hemos pasado a tierras de la Vertiente.

La segunda parte es un espacio diferente y lo notaremos dirigiendo la vista desde nuestro mirador en la cumbre de la Malinche hacia el este y el noreste. Se trata de una cuenca cerrada, plana, un poco más alta y considerablemente más seca debido a que se halla en una zona protegida de los vientos húmedos provenientes del Golfo de México por la mole montañosa del Pico de Orizaba, el cordón de la Sierra Negra y el Cofre de Perote. Se le conoce, apropiadamente, como el Seco o Salado Poblano, y en gran medida es una especie de recodo del Valle de Puebla, con el que tiene una gran continuidad. En este lugar se hace evidente, con menos espectacularidad que en el Popocatépetl pero con no menos elocuencia, la naturaleza volcánica de esta parte de México. Podemos hallar malpaíses (terrenos cubiertos de lava), inmensas montañas de arena y piedras que se salvan del desmoronamiento gracias a su sorprendente cubierta arbolada (los cerros Derrumbados), grietas con emanaciones de gases o agua hirviente que alimentan pequeñas instalaciones geotérmicas cerca de Perote, y cráteres superficiales que en algunos casos albergan lagunas muy características, como en Alchichica y Aljojuca. En esta parte los suelos son muy permeables, de modo que casi no hay corrientes superficiales, y los pocos escurrimientos se concentran en la laguna de Totolcingo, un extenso e irregular espejo de agua salobre que, a pesar de su exigua existencia, es el mayor remanente del paisaje lacustre que dominó, hasta hace un par de siglos, el fondo de los recintos nucleares del México Central.



Mapa 1

El Valle de Puebla constituye una de las cuatro regiones nucleares del México Central y en muchos aspectos la más compleja, tanto por su experiencia histórica como por la variedad de sus entornos particulares. Alberga los asentamientos humanos más antiguos de que se tiene noticia en Mesoamérica, y Cholula (fundida ahora con la ciudad de Puebla) es uno de los centros urbanos de más larga historia en el país. Tlaxcala, en el extremo norte, ha mantenido siempre una personalidad indiscutible. El estado del mismo nombre es el único de la república que como tal puede remontar sus orígenes de manera directa a una construcción política de la época prehispánica. Pero los elementos que conformaron la región en la forma como ha llegado al presente fueron producto de la experiencia colonial. La Puebla de los Ángeles, fundación española sin precedentes prehispánicos, fue la segunda ciudad en importancia de Nueva España y una de las más espléndidas fundaciones europeas en el continente por su traza y singular arquitectura, notablemente armónica y rica en combinaciones de azulejos, ladrillo rojo y

franjas blancas. Si ya perdió su esplendor se debe a que se le ha destruido sistemáticamente, dando ejemplo de incapacidad para conservar la belleza y armonía de un entorno urbano —sin contar lo desordenado de su crecimiento reciente.

La Puebla moderna es más bien una ciudad industrial. Su desarrollo fue iniciado por la industria textil (ya desaparecida) y actualmente está encabezado por la automotriz. De hecho, uno de los elementos más visibles de la Puebla moderna son los corredores industriales tendidos sobre un arco que se extiende al norte, abriéndose hacia Texmelucan, Moyotzingo, Zacatelco, San Pablo del Monte y Amozoc, por donde el conjunto ha absorbido numerosas poblaciones pequeñas de los estados de Puebla y Tlaxcala. Tal extensión lleva, sin embargo, los signos de una conurbación arbitraria y eventualmente inmanejable. El potencial de un aeropuerto, cerca de Huejotzingo, se ha aprovechado de manera muy limitada. Como quiera que sea, la ciudad de Puebla proporciona un centro funcional sin par, un punto nodal que amarra la red de relaciones que da sustento a su región. Pero la proximidad de la ciudad de México opaca un poco su importancia y le quita algo del predominio al que pudiera aspirar en su posición de cuarta aglomeración urbana más grande de la república.

Población	*2005*	*Conurbación*
Puebla	1 399 550	2 109 050
Cholula	172 250	
Amozoc	60 550	
San Pablo del Monte	55 800	
Zacatelco	35 050	
Tehuacán	238 300	
Texmelucan/ Moyotzingo	98 150	130 350
Atlixco	86 200	
Tlaxcala/ Chiautempan	83 700	275 200
Apizaco	49 500	182 500
Huamantla	47 300	
Perote	34 700	
Tecamachalco	25 800	
Tepeaca	25 150	
Ajalpan	24 900	
Huejotzingo	23 900	
Acatzingo	23 800	
Ciudad Serdán	22 200	
Los Reyes	18 500	
Acajete	18 300	
Altepexi	16 400	
San Salvador el Seco	15 950	
Palmarito	15 700	

Puebla debe mucho de su importancia a su ubicación en la red de comunicaciones. Desde el siglo XVI el importante camino de Veracruz a México se trazó por Puebla, haciendo de esta ciudad un punto nodal en la geografía del país. Perdió parte de esta función al establecerse los ferrocarriles porque las líneas troncales entre esos dos destinos se tendieron más allá de Tlaxcala, al norte, aunque con ramales hacia Puebla (y de ahí a Oaxaca). Después recobró esa función perdida, pues a lo largo del siglo XX las carreteras modernas revivieron el trazo de las rutas tradicionales, así

que se puede decir que Puebla sigue marcando la puerta oriental del altiplano y su principal salida hacia la Vertiente del Golfo y más allá. Considérese que el hecho de que el Valle pertenezca a la vertiente hidrológica del Pacífico no impide que económica y socialmente se vuelque hacia la del Golfo. Lo anterior ilustra algunas de las variadas situaciones que pueden influir en la orientación y el desarrollo de una región.

Reflexiones del mismo tipo surgen a propósito de Tehuacán, segunda ciudad de la región. Situada en su extremo sudoriental, en un punto cuya importancia ya resaltamos, ha vivido relaciones variadas y complejas. Siguiendo la historia de esta ciudad, en cuyas vecindades se han encontrado los restos humanos más antiguos de Mesoamérica, podremos ver que a lo largo del tiempo las regiones circundantes la han integrado o le han dado la espalda de diversos modos. En la primera mitad del siglo xx estuvo muy amarrada a la región de Orizaba y Córdoba; actualmente destacan sus lazos con las regiones orientales del México Central, revitalizados tras la apertura de la nueva carretera a Oaxaca. Tehuacán, por lo demás, se ha destacado por su producción avícola y de aguas minerales y encabeza un pequeño conjunto de localidades menores entre las que destacan Ajalpan y Altepexi.

Con una historia de relaciones humanas tan rica y compleja, la población del Valle de Puebla, en general, es mestiza racial y culturalmente, si bien el ascendiente indoamericano es más evidente en la zona más alta y septentrional, la de Tlaxcala, así como en las faldas orientales de los volcanes y en la periferia de Tehuacán. Pero la distribución de la población es desigual, aun sin contar el enorme conglomerado que implica el área metropolitana de la ciudad de Puebla. La región tiene áreas de gran densidad demográfica y otras de bajo poblamiento. Las primeras son las más próximas al centro regional y a la vez las más fértiles y mejor regadas, que tienen considerable producción de cereales, frutales y hortalizas. Por aquí están las ciudades secundarias de mayor población: Tlaxcala (que en su conurbación se combina con Chiautempan y engloba un conjunto complejo y algo desorganizado de varias localidades), Atlixco (ubicada en la cuenca vecina del Nexapa), Texmelucan y Apizaco. El poblamiento es más tenue y las condiciones menos favorables hacia el este y el sur, donde los centros dominantes —Acajete, Tepeaca, Acatzingo, Los Reyes, Tecamachalco y el moderno Palmarito— son de dimensiones más modestas. Llaman la atención las muestras de aislamiento y la mar-

ginación que se ven inmediatamente al sur de la ciudad de Puebla, en el área llamada Valsequillo, hacia los linderos de la Mixteca Baja.

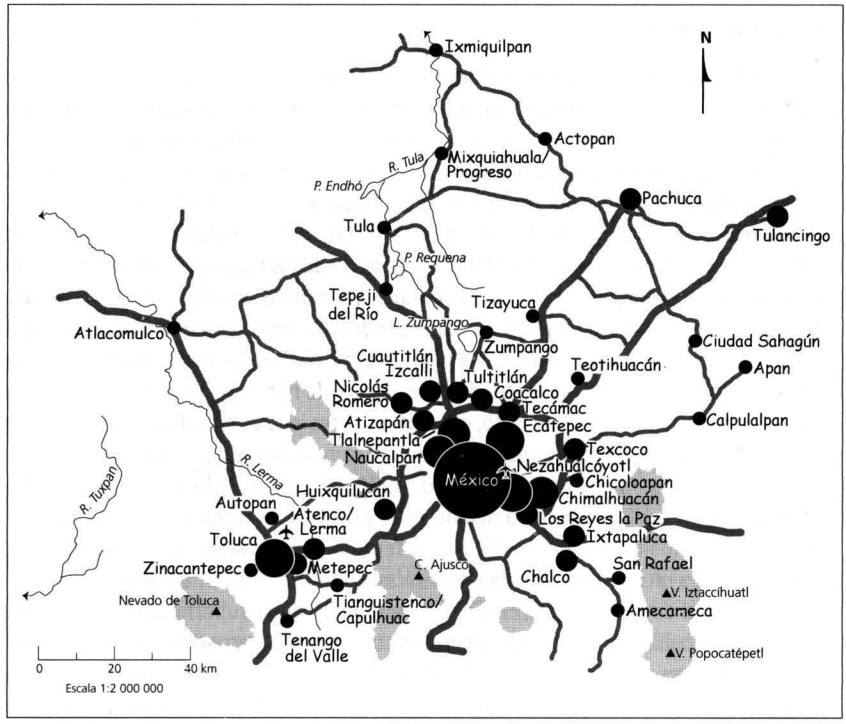
El espacio del Seco o Salado Poblano merece distinguirse del Valle de Puebla por varias razones, y no específicamente por las diferencias tan notables en su medio físico. La carencia de aguas superficiales inhibió su poblamiento de tal manera que la zona estaba casi despoblada en el momento de la conquista española y no fue sino después, con la excavación de pozos muy profundos, que se logró establecer algunas poblaciones y aprovechar el potencial agrícola de sus suelos. Por otra parte, el fin de las guerras prehispánicas permitió la expansión de los señoríos tlaxcaltecas y de ahí surgió Huamantla, que es la mayor ciudad de esta parte de la región. Así, el Seco tiene un poblamiento más moderno que la parte medular del Valle de Puebla, aunque también derivado, como en su caso, de la experiencia colonial y muy influido por el tendido de los caminos de Veracruz a México. Tan es así que la segunda población más importante del Seco, Perote (que cae en jurisdicción del Estado de Veracruz), fue en sus orígenes una modesta venta en el camino; más tarde se distinguió por la construcción de un fuerte militar, que se consideraba estratégicamente situado a la orilla del altiplano. La zona sigue siendo un corredor importante para las comunicaciones y la economía local se complementa, muy apropiadamente, con una sencilla industria de carrocerías para camiones. La agricultura, sobre todo cerealera, depende en buena parte de pozos profundos, excepto en el extremo occidental, que es más húmedo, y en las laderas de la Sierra Negra, tradicionales productoras de papa. En los últimos años el paisaje se ha cubierto de granjas porcinas muy tecnificadas.

A pesar de todas estas peculiaridades el Seco no puede ser considerado como una región aparte. Sus ligas con la parte medular del Valle de Puebla son mucho mayores que cualesquiera elementos que pudieran servir para distinguir un entramado regional propio, en caso de que lo hubiera. Además, su población es poca y su economía muy limitada y dependiente casi totalmente de la de Puebla. Las localidades que siguen a Perote en jerarquía, como Ciudad Serdán (antigua Chalchicomula) y San Salvador el Seco, son de dimensiones mucho menores que aun las más medianas del resto del conjunto.

El Valle de México (mapa 2)

El Valle de México es uno de los recintos fisiográficos más conspicuos del país, en parte porque en realidad no es un valle sino una cuenca cerrada de fondo casi plano (2 200 metros en promedio sobre el nivel del mar), poco extensa y claramente delimitada por su parteaguas, y en parte por estar bordeado en tres de sus lados por montañas muy prominentes desde cualquiera de las cuales se le domina perfectamente. La bien conocida y simbólica silueta del volcán Popocatépetl (5 450 metros) y su compañero el Iztaccíhuatl (5 326 metros) resume la imagen por excelencia de este lugar central del espacio mexicano. El recuerdo de los lagos que cubrían gran parte de su suelo ocupa un lugar importante en el imaginario del mundo prehispánico. Y no menos paradigmáticas del Valle de México han sido las magnas obras de ingeniería que desde el siglo XVI hasta el XX le han abierto desagüe artificial hacia la cuenca del río Tula (y de ahí al Moctezuma y al Pánuco), así como las que, paradójicamente, desde el siglo XX le han complementado su necesidad de agua para el consumo humano. En efecto, como las fuentes locales no cubren la enorme demanda (y los mantos freáticos están colapsándose), la ciudad toma el líquido de una cuenca vecina: el principal sistema de abastecimiento se provee desde 1951 del Valle de Toluca, chupando las fuentes del alto Lerma, al que virtualmente ha dejado seco, y desviando los caudales de la cuenca alta del Cutzamala (río Tuxpan y sus afluentes). Así, la sencilla fisiografía del Valle de México está estrechamente ligada a un complejo sistema de trasvase hidrológico que ha transformado sus condiciones naturales. Casi todas las corrientes y los cuerpos de agua superficiales que subsisten (Texcoco, Zumpango, Xochimilco) han sido canalizados o reducidos a espacios controlados. Pero a pesar de ello permanecen inalterados rasgos fundamentales del medio físico, como que el sur, inmediato a las montañas, es más húmedo, boscoso y rico en suelos fértiles (pero urbanizados), y el norte, de horizontes un poco más bajos, es en términos generales más seco, árido y salitroso. Hacia el noreste el espacio regional se prolonga en los Llanos de Apan, como se conoce otra cuenca igualmente cerrada, pequeña, pero de diferente régimen hidrológico y un poco más elevada, que funge como una especie de apéndice y se extiende, por un lado, hasta tocarse con el extremo septentrional del Valle de Puebla y, por otro, hasta donde el altiplano se quiebra para dar paso a la Sierra Norte de Puebla. En estos llanos también había algunas lagunas, como la de Tecocomulco, que ya han sido casi totalmente desecadas.

En el punto nodal de los espacios nucleares del México central, la posición dominante del Valle de México en la historia y la geografía del país es evidente y, a mayor abundamiento, ya ha sido explicada. En pocos lugares del país se hace tan difícil separar un apreciación del medio físico de la que se haga de la ocupación humana, la cultura y la economía como en esta región. Tomemos por caso las complejidades que involucra satisfacer sus necesidades de agua, añadiendo una reflexión a lo dicho en el recuadro anterior. De todos es sabido que Tenochtitlan fue una ciudad lacustre diseñada como tal, pero que su



Mapa 2

sucesora colonial, la ciudad de México, fue concebida como una ciudad terrestre en medio de un entorno lacustre que hubo que violentar y desecar (en lo que se trabajó afanosamente hasta bien entrado el siglo xx). Cuando la ciudad se inundó por cinco años a partir de 1629 algunas personas sensatas propusieron mudarla a la orilla del antiguo lago —sólo unos pocos kilómetros al oeste, al área de Tacubaya— para así conservar los cuerpos de agua y dar a la ciudad un asiento más adecuado, pero los intereses creados impidieron que la propuesta se llevara a efecto. De ahí la necesidad de emprender tantas obras que de otro modo hubieran sido probablemente innecesarias, y la intervención humana no hubiera dado por resultado el que aguas que habrían de llegar al Pacífico terminaran en el Golfo. No es éste el lugar para explicar cómo la ciudad de México llegó a ser la gigantesca metrópoli que es. Baste con tomar en cuenta que es una de las mayores concentraciones urbanas del mundo, si no es que la mayor, todo dependiendo del modo como se cuente su población, y un centro industrial de

primer orden. La ciudad ha conurbado muchas localidades y día a día da un paso más en la absorción de otras. Cómo se integran al conjunto urbano es una cuestión crítica. El hecho de que la mayoría de estas localidades se halle en el Estado de México y no en el Distrito Federal añade complejidad al asunto y entorpece la realización de un plan congruente de desarrollo. La infraestructura de servicios, que en la parte medular de la ciudad es muy completa (y de la cual la expresión más acabada son las escasas líneas de Metro que se construyeron el siglo pasado), muestra tantas más deficiencias cuanto más se extiende el espacio urbano sobre antiguas localidades rurales que no estuvieron diseñadas para vivir como satélites de una ciudad tan avasalladora. Su futuro, si bien les va, será el de convertirse en zonas residenciales más o menos urbanizadas, y si no, en barriadas malamente integradas. Huixquilucan al occidente, Tultitlán y Nicolás Romero al noroeste, Coacalco, Tecámac y Ecatepec al noreste, Los Reyes la Paz, Chalco, Chimalhuacán e Ixtapaluca al oriente, todos, se han convertido en parte integrante del conjunto urbano, centros industriales y en cierta medida ciudades dormitorio. Para dar ejemplo de éstas últimas, junto con la peor cara del crecimiento descontrolado, nada mejor que algunas partes de Chalco, burda y atropelladamente construidas sobre lo que alguna vez fueron los mejores suelos agrícolas del Valle de México. Sólo la proletaria Nezahualcóyotl y el difuso Cuautitlán Izcalli nacieron diseñados como complemento de la traza urbana; una nueva extensión se dibuja ahora en terrenos de Ixtapaluca, donde kilómetros de edificios monótonos están dominando el paisaje de los cerros. Naucalpan, Tlalnepantla y Atizapán, de perfil industrial y mayor nivel socioeconómico, están relativamente mejor integrados pero no por ello mejor comunicados: sus dos millones de habitantes están ligados al resto prácticamente por una sola vía troncal de comunicación, no obstante que el terreno es plano y no hubiera habido obstáculos para crear una excelente red de vialidades —si sólo se hubieran planeado y construido antes de que la ciudad se abalanzara sobre su entorno. La posibilidad de establecer una red ferroviaria suburbana, para lo cual había precedentes útiles, fue torpemente descartada desde mediados del siglo XX.

El espacio funcional de la ciudad de México es desde luego mayor que el de su mancha urbana: en los días hábiles la metrópoli ocupa a la mayoría de los trabajadores disponibles en un radio de más de cien kilómetros y los fines de semana lanza hordas de paseantes sobre esa

extensión. Las actividades recreativas de los citadinos sustentan en considerable medida la economía de la periferia. Obviamente, la ciudad domina el mercado y absorbe la producción agropecuaria de un área dos veces mayor. Pero no es necesario abundar aquí sobre algo tan evidente como el ascendiente económico y político de la capital nacional, ni tampoco detallar los elementos de la vida cotidiana de una concentración humana de tal naturaleza: contaminación, violencia, ruido y otras calamidades, apenas compensadas por un arbolado urbano muy extenso, por cierta laxitud en las costumbres y por una vida cultural relativamente amplia y sofisticada —aunque muy pobre si se le considera comparativamente con la magnitud de la ciudad o con otras grandes metrópolis del mundo.

Más allá de los linderos urbanos, un primer cinturón alrededor del área metropolitana incluye poblaciones como Zumpango, Texcoco, San Rafael y Amecameca que casi han sido absorbidas por ella o están a punto de serlo. Cerca de alguna de las dos primeras se ha propuesto, sin éxito, construir un aeropuerto que sustituya al actual, muy conveniente pero encerrado por el área urbana de la capital. Las dos últimas se benefician de la proximidad de los grandes volcanes, cuyas gigantescas masas cubiertas de bosque influyen en la humedad ambiental y permiten la subsistencia de una agricultura modesta pero saludable y una pequeña fábrica de papel. Hacia el noreste, albergando Tizayuca y Teotihuacán, se hallan espacios más secos pero más amplios en los que se desarrolla parte de la producción agropecuaria que consume la ciudad y, notablemente, la siembra del nopal, que antes era una planta silvestre y ahora es cultivada de manera intensiva por su valor industrial. Finalmente, en el extremo norte de la región, aún más seco y un poco más elevado, se encuentra Pachuca, ciudad de tradición minera que vive hoy día de actividades comerciales y de servicios. A pesar de su relevancia como el segundo mayor núcleo urbano del Valle de México y capital del Estado de Hidalgo, no deja de llamar la atención que su población apenas rebasa la de algunas de las localidades menores de la zona metropolitana de la ciudad de México. Compañero de Pachuca en muchos aspectos es Tulancingo, un poco menor, que destaca como uno de los pocos centros textiles subsistentes en el país. Se halla fuera del contorno fisiográfico de la cuenca de México (pues sus aguas sí tienen salida natural hacia la del Moctezuma), pero esto no impide que forme parte de su sistema regional.

Una consideración similar cabe hacer a propósito de los Llanos de Apan, que se extienden al sur de Tulancingo y reproducen en pequeña escala un ambiente natural muy parecido al del norte del Valle de México. Son de notar sus antecedentes ligados al cultivo del maguey y la elaboración del pulque. Estas actividades fundaron un sistema económico y su cultura característica e hicieron prosperar localidades como Apan y Calpulalpan (bajo jurisdicción de Tlaxcala) amen de numerosos asentamientos rurales. La huella del pulque permanece en los magueyes que subsisten y en la fastuosidad de las haciendas abandonadas. Si se piensa que la bebida se enviaba masivamente a la ciudad de México y era consumida por todas las clases sociales hasta mediados del siglo XIX, se comprenderá que en los Llanos de Apan se vivió una época dorada. Los ferrocarriles remacharon ese auge, ya que no sólo se tendieron por esta zona las esenciales rutas entre México y Veracruz (dejando de lado a Puebla, como vimos) sino también numerosas líneas locales. Pero la cultura del pulque ha desaparecido, la población se ha estancado, las tierras se destinan a otros usos, y el motor económico de la zona está en Ciudad Sahagún, desarrollo industrial iniciado a mediados del siglo XX con resultados más que modestos. Así, este espacio, que otrora pudo merecer que se le considerase como una región de por sí, ha perdido parte de su dinamismo e individualidad para ser absorbido por el sistema regional más dinámico del Valle de México. La evolución de un mapa regional, con regiones que nacen y decaen o mueren, y que cambian de características o de linderos, es un fenómeno común que hemos de presenciar varias veces más.

Población	*2005*	*Conurbación*
México	8 463 950	18 655 750
Ecatepec	1 687 600	
Nezahualcóyotl	1 136 300	
Naucalpan	910 450	
Tlalnepantla	674 450	
Chimalhuacán	524 250	
Cuautitlán Izcalli	477 950	
Chalco	475 650	
Atizapán	471 950	
Ixtapaluca	290 100	
Coacalco	285 850	
Nicolás Romero	242 800	
Los Reyes la Paz	232 250	
Tultitlán	198 450	
Chicoloapan	168 600	
Tecámac	161 850	
Huixquilucan	118 200	
Texcoco	99 300	
Pachuca	305 200	
Tulancingo	96 600	204 700
Zumpango	53 500	
Tizayuca	38 800	
Teotihuacan	33 900	
Amecameca	31 500	
Calpulalpan	30 050	
Ciudad Sahagún	28 650	
Apan	25 700	
San Rafael	19 750	

Para completar la imagen del paisaje cultural del Valle de México tomemos nota de los modelos arquitectónicos y urbanos característicos de

las tierras secas del altiplano, ya que son frecuentes en esta región aunque ciertamente no exclusivos de ella. El modelo tradicional se basa en una casa de adobe casi sin ventanas y techo plano o ligeramente en declive, muy introvertida, pero con patio por cuya barda asoman nopales y frutales. El color dominante es parduzco, pues las casas rara vez están pintadas o encaladas y se ha abandonado la teja de color que ofrecería mayor contraste. Paredes de abobe y calles de tierra, que muchas veces no forman entre sí ángulos rectos sino una curva irregular, parecen todo de una pieza. Pero este panorama tradicional ya casi ha desaparecido para dar lugar a la expresión de un modelo arquitectónico y urbano moderno basado en casas de planta diferente, más abiertas hacia la calle, sin patio, erigidas con estructura y losa de concreto armado y muros de tabicón, usualmente pintadas de colores estridentes y rematadas con antenas y puntas de varilla de acero que dan testimonio de un piso adicional proyectado pero nunca edificado. El paisaje nuevo va acompañado de entornos públicos nítidamente demarcados por banquetas, pavimento o adoquinado industrial, árboles de ornato, y muchos, muchos, postes y cables que soportan y conducen el mundo de la electricidad. Donde hay comercio, el panorama se ve cubierto de anuncios y letreros de todo tipo y tamaño. En pocos lugares del sobrepoblado Valle de México es posible voltear hacia algún lado y no ver nada de esto.

El Valle de Toluca (mapa 2)

Relativamente estrecho y alargado, de clara y sencilla fisonomía, el Valle de Toluca no es otra cosa que la cuenca alta del río Lerma, que corre en dirección al noreste a partir de sus orígenes en la parte más alta del Valle, enmarcada por la Sierra de las Cruces (que la separa del Valle de México) y el volcán Chicnauhtécatl o Nevado de Toluca, cuya enorme masa que se eleva hasta los 4 750 metros sobre el nivel del mar domina la cabecera del Valle, en general más húmeda que el resto de la región. Diversas elevaciones completan su contorno diferenciándolo de la Sierra del Sur y otras regiones vecinas, y dejan al río apenas una salida estrecha hacia las tierras del Bajío. El Valle de Toluca es el recinto fisiográfico más elevado del país, pues su parte medular se halla a 2 400 metros como promedio, y asimismo es el más frío y húmedo del México Central. Parte considerable de las corrientes que alimentan el río Lerma ha sido desviada artificialmente hacia la ciudad de México, lo que ha provocado la desaparición de varias lagunas y pantanos que cubrían la parte más baja de la región. Aun así, en ella subsiste un rico manto freático y la naturaleza aluvial de sus suelos los hace generalmente fértiles y productivos aun con agricultura de temporal.

Estamos ahora en la tercera de las cuatro regiones nucleares del México Central, y con mucho la más sencilla y homogénea tanto en lo natural como en lo cultural. Conformada en lo esencial alrededor de un núcleo urbano muy conspicuo y dominante, el Valle de Toluca es una región que posee una estructura funcional relativamente equilibrada. La ciudad de Toluca, en sus orígenes pueblo de indios que se hispanizó rápidamente y se convirtió más tarde en capital de estado, se consolidó a lo largo del siglo XX como un centro industrial cada vez más complejo y variado —iniciándose con la cerveza y la cerámica para culminar con la industria química y la de motores. Su crecimiento económico y desarrollo urbano han sido notables en las últimas décadas. Pero, por otra parte, la proximidad de la capital nacional, a poco más de sesenta kilómetros —menos de una hora de camino de orilla a orilla por buena carretera—, le ha impuesto a Toluca ciertos frenos, y así como le ha brindado mercado para varios productos se lo ha quitado para algunos servicios. De hecho, en los últimos tiempos se le ve funcionar, parcialmente, como satélite de aquélla, pues no es poca la gente que se desplaza cotidianamente de una a otra, viviendo en Toluca y trabajando en México o viceversa, o bien para utilizar su aeropuerto, que se ha convertido en complementario del de la capital.

El área urbana de Toluca es notable por su gran dispersión. El núcleo urbano propiamente dicho, que constituye la quinta zona metropolitana del país por su población, incluye la propia ciudad y sus vecinas Metepec, Atenco, Lerma, Zinacantepec y Autopan, pero también tiene extensiones que la llevan a tocarse con otras localidades cercanas como el conjunto de Tianguistenco y Capulhuac. Estos lugares, ubicados a lo largo o cerca de la ruta principal que liga Toluca con la ciudad de México, y tortuosamente conectados entre sí, forman una maraña de espacios que intercalan los rasgos de un urbanismo desordenado con los de un medio rural en contracción. Otras extensiones, especialmente hacia el noreste de Toluca, se ven cubiertas por una constelación de pequeñas poblaciones sumamente dispersas. Un recorrido por estas partes del Valle de Toluca brinda un paisaje raro en México, que se extiende por kilómetros con la vista de casas muy separadas unas de otras y

Población	*2005*	*Conurbación*
Toluca	467 750	1 610 800
Metepec	164 200	
Atenco/Lerma	63 400	
Zinacantepec	46 600	
Autopan	30 550	
Tianguistenco/ Capulhuac	37 800	
Atlacomulco	20 500	
Tenango del Valle	20 250	

entreveradas con pequeños campos cultivados. Como resultado de ello no sólo es muy relativo delimitar el área metropolitana de Toluca, sino que es casi imposible marcar un lindero entre el entorno urbano y el rural. Tenango del Valle, al sur, también está dentro de la esfera inmediata de Toluca pero ofrece un espacio urbano más independiente y ordenado. En otras partes de la región, cuyo suelo agrícola está dedicado casi por completo a los cereales, hay sólo poblaciones chicas, con la única excepción de Atlacomulco, que debe su crecimiento a una pequeña planta industrial.

El Valle del Mezquital (mapa 2)

Vecino al Valle de México por el norte, alejado del Eje Volcánico y receptáculo de su desagüe artificial, el Valle del Mezquital es un recinto de complicada fisonomía que alberga el río Tula y un abigarrado conjunto de pequeños afluentes, tributarios todos del Moctezuma y el Pánuco. Contiguo asimismo al Valle de Toluca, está separado de éste por un cordón montañoso —los montes de Jilotepec, continuación al norte de la Sierra de las Cruces— que le brinda paisajes boscosos y frescos. Pero alturas, orientaciones y vientos forman un variado mosaico ambiental. Así, en la mayor parte de su extensión el Mezquital está muy marcado por procesos de erosión y desforestación, especialmente al norte y en las colinas notablemente blanquecinas y pedregosas que separan los diversos afluentes del Tula. En el extremo nororiental, en vecindad con la Sierra de Hidalgo, hay unos recodos particularmente áridos. A pesar de ello las zonas planas cercanas al río son ricas en depósitos aluviales y resultan útiles para la agricultura. Ésta debe mucho al riego que le permiten los excedentes del Valle de México, regulados por las pequeñas presas de Requena y Endhó —cuyo aroma y sospechosas espumas nos recuerdan constantemente que se trata de aguas residuales procesadas.

El Valle del Mezquital está estrechamente asociado a su historia de poblamiento otomí, del cual subsisten elementos muy notables en la mayor parte de sus áreas rurales. Dado que los otomíes fueron un pueblo discriminado desde la época prehispánica, la región fue frecuentemente citada como paradigma de marginación y pobreza, a lo cual contribuyó no poco el acusado deterioro ambiental que sufrió desde el siglo XVII como consecuencia del excesivo pastoreo, especialmente en las partes más bajas. Esta imagen ya no es aplicable en la actualidad, puesto que el Valle del Mezquital tiene un población muy variada y centros urbanos que replican el perfil sociocultural del Valle de México, así como zonas de riego y una planta industrial considerable que incluye fábricas de ce-

mento, una importante termoeléctrica y la refinería más moderna del México Central. Pero la carencia de un espacio urbano comparable a las ciudades de Puebla o Toluca, no se diga México, coloca a esta región en la posición menos destacada de las cuatro regiones nucleares del México Central. No hay que olvidar, sin embargo, que Tula fue una de las fundaciones más relevantes del mundo prehispánico y acaso la que tuvo mayor prestigio.

El Valle del Mezquital tiene una jerarquía de centros urbanos bastante equilibrada. Tula, convertida en la actualidad en cabecera de un corredor industrial que se continúa hasta Tepeji del Río por un lado y hasta Zumpango (en el Valle de México) por el otro, sigue siendo la ciudad más poblada de la región. Pero otras localidades de importancia, como Mixquiahuala y su vecina Progreso, Actopan e Ixmiquilpan, no van muy a la zaga y presiden sobre enclaves agropecuarios, de poca extensión pero muchos de ellos bien regados con los líquidos excedentes del Valle de México, en los que hay un número proporcional de localidades pequeñas.

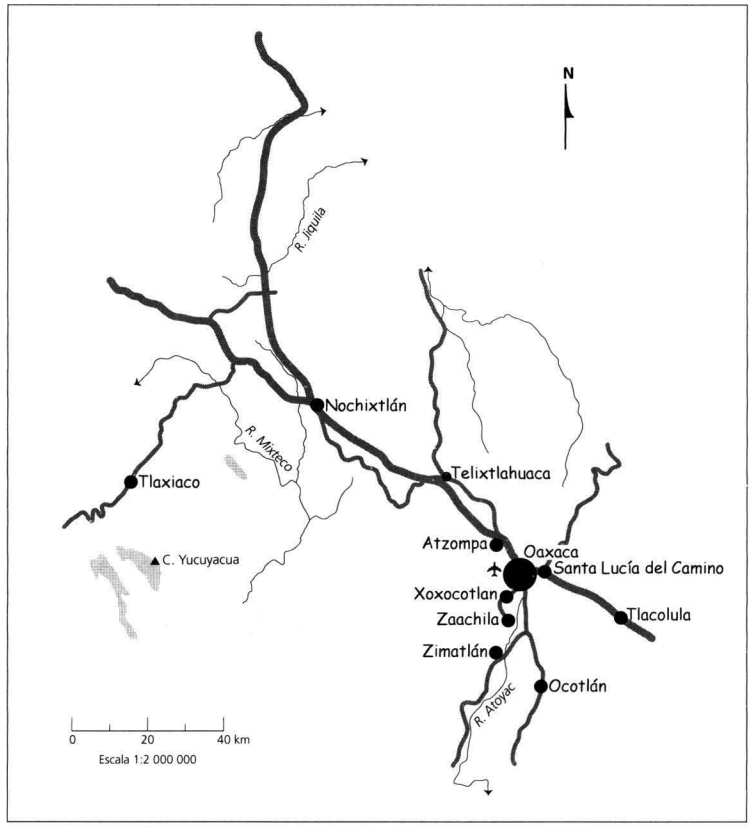
Las características del Valle del Mezquital podrían llevar a cuestionar que se le considere una región de por sí arguyendo que debe verse en él una extensión del Valle de México: algo similar al trato que hemos dado a los Llanos de Apan o a lo que hemos hecho con el Seco en el Valle de Puebla. Pero el Valle del Mezquital es un espacio de mayor sustancia y población que cualquiera de los dos mencionados, con una jerarquía de ciudades más compleja y con antecedentes históricos más profundos. Si bien es cierto que en algunos aspectos parece una extensión del Valle de México, no lo es menos que posee elementos de un entramado regional propio, el cual no por estar económicamente subordinado al de su región vecina deja de ser funcional y distinguible. El propio nombre del Valle del Mezquital está muy difundido y evoca por lo regular la imagen de un espacio aparte. Sin negar la pertinencia de un argumento en otro sentido, dado que nunca hay una última palabra en cuestión de delimitar regiones, aquí hemos preferido resaltar las particularidades de este espacio tanto en lo físico como en lo cultural.

Población	*2005*
Tula	50 450
Mixquiahuala/Progreso	38 900
Ixmiquilpan	32 700
Tepeji del Río	32 600
Actopan	26 800

La Mixteca Alta (mapa 3)

Nuestro segundo recorrido se inicia en el extremo sudoriental del Valle de Puebla, del cual ya hemos observado que es el único espacio del altiplano que se prolonga al sur del Eje Volcánico. Dónde termina el altiplano es, en realidad, cuestión de opinión pues habrá quien quiera ver sus límites en el Eje Volcánico mismo, caso en el cual el propio Valle de Puebla quedaría fuera de él, y con mayor razón la región en que estamos penetrando: la Mixteca Alta. Y sin embargo la Mixteca Alta, coronada por el cerro Yucuyacua, está a la misma altitud que las partes vecinas del altiplano, entre 2 400 y 1 600 metros, de las que se desprende como una prolongación de sus bordes montañosos separando la Vertiente del Golfo de la del Pacífico, de tal modo que no puede disociársele de aquél. En algunos textos se suele identificar este conjunto con el nombre de Nudo Mixteco —concepto que revela algo de la complejidad de desentrañar su estructura. Ciertamente no es una planicie ni un recinto fisiográfico delimitado con nitidez, pero sí un cordón montañoso que marca el parteaguas continental y alberga una sucesión de pequeños recintos o valles con planos escalonados que se asoman a una u otra de las vertientes, en su mayor parte a la del Pacífico. Por este lado da frente a la Mixteca Baja y a la Mixteca de la Costa (desaguando hacia los ríos Mixteco y Verde). Por el otro lado, descolgándose hacia la Cañada y el Río Salado, se abren barrancas espectaculares, de las cuales la mayor es el Cañón de Jiquila. La Mixteca Alta es una región otrora boscosa pero ya muy desforestada cuyos suelos se han erosionado notablemente por la sobreexplotación agropecuaria: es muy frecuente la vista de enormes canalones abiertos por aguas torrenciales.

A pesar de su nombre de evocación prehispánica, la Mixteca Alta es una región conformada a partir de la época colonial a la sombra de las relaciones tejidas entre el Valle de Oaxaca y el resto del México Central. Los espléndidos conventos dominicos que se erigieron en ella durante el siglo XVI, y que son su más conspicua característica cultural, son reflejo y símbolo del papel a la vez nodal y de enlace que se dio a la región. La evolución económica de los siglos posteriores obró en contra de su desarrollo, de tal modo que la participación proporcional de la Mixteca Alta en la cultura y la economía del país ha decaído marcadamente desde mediados de la época colonial hasta el presente. Esto explica que carezca de grandes centros urbanos, que nunca haya disfrutado de un enlace ferroviario y que la mayoría de los viajeros pasen por ella como si fuera sólo una etapa en el camino al Valle de Oaxaca. Sin embargo, después de 1990, una nueva carretera ha retomado el camino antiguo de manera directa y ha vuelto a acercar la Mixteca Alta y el Valle, más que nunca, a la parte medular del México Central. Desde el punto de vista de la estructura del espacio, la reciente construcción de esta carretera ha tenido un significado trascendental.



Mapa 3

A pesar de las profundas recesiones que ha vivido y aún vive, la Mixteca Alta posee una apretada red de relaciones de intercambio que se apoya en poblaciones pequeñas de estructura muy tradicional, entre las que destacan por su tamaño Tlaxiaco y Nochistlán, situadas en valles altos y frescos compartidos por pobladores en su mayoría mestizos por sangre y cultura. El motor de la modesta economía de la Mixteca Alta es la agricultura de temporal y la ganadería menor, pero el sustento material de estas actividades está en situación crítica. Las tierras planas son pocas y una ocupación humana de muchos siglos ha dejado su huella en las laderas erosionadas. Hay evidencia de terrazas construidas en la época prehispánica para defender los suelos, y también hay obras modernas de consolidación y reforestación, pero por otra parte se dejan sentir los efectos negativos de la ganadería. De ésta proviene la mayor parte de la

Población	*2005*
Tlaxiaco	16 700
Nochixtlán	10 850

carne de chivo y el cabrito que se consume en el país, pero también el impacto más agresivo sobre esos mismos suelos. En no pocas localidades pequeñas, especialmente hacia el sur de la región, es común ver a la población casi totalmente dedicada a humildes actividades artesanales, como el tejido de sombreros o canastas, no por tradición sino por el agotamiento de otras fuentes de riqueza.

El Valle de Oaxaca (mapa 3)

Nuestro segundo recorrido desemboca en el espacio más extremo del México Central, que con un promedio de 1 600 metros de altitud es uno de los más bajos del conjunto (los otros son la Región Tapatía y sus espacios vecinos) —lo que lo pone al nivel de las tierras más altas de las vertientes. Su columna vertebral son las últimas elevaciones que, continuándose de la Mixteca Alta, marcan la separación entre las vertientes del Golfo y el Pacífico sirviendo de respaldo a la Sierra Zapoteca y a la de Miahuatlán. Más abajo penetrarán en la región de Tehuantepec dando inicio a la Cadena Centroamericana. Pero el corazón de la región está en el valle alto del río Atoyac (que no debe confundirse con el de igual nombre en el Valle de Puebla), mismo que alimenta, tras bordear la segunda sierra mencionada, el Río Verde. Ese valle, que con el añadido de un afluente forma una estrella de tres puntas, alberga tierras planas y fértiles que se benefician de un clima no muy diferente del predominante en el altiplano. Las laderas son más secas pero en algunas partes se cubren de bosques de encino.

Las características fisiográficas del Valle de Oaxaca son tales que pudiera ser discutible el incorporarlo como parte del México Central. Podría argumentarse con cierta razón que forma parte de la Vertiente del Pacífico, hacia la cual desagua. Pero no es sólo el medio físico el que ha normado nuestra apreciación de las regiones mexicanas, sino una combinación de elementos naturales y humanos. Y al tomar en cuenta éstos nos encontramos con que el Valle de Oaxaca es un recinto fisiográfico no muy diferente a los valles del altiplano en su organización y estructura regional y en sus condiciones ambientales, aunque mucho más pequeño. La ciudad de Antequera, hoy Oaxaca, fue un punto de primer orden en la organización temprana del espacio novohispano, compartiendo esa posición con Puebla, México y Valladolid (Morelia). Su desarrollo urbano fue equiparable al de estas ciudades y no se frenó sino hasta el siglo XX, en que se rezagó frente a otras por su escaso desarrollo indus-

trial y el estancamiento económico de su área de influencia, integrada por empobrecidas regiones de población campesina. Pero, por otra parte, en su calidad de capital de la circunscripción política del mismo nombre (un estado complejo que abarca regiones muy diversas del México Central y las vertientes del Golfo y del Pacífico, y aun de la Cadena Centroamericana), ha concentrado funciones administrativas y de servicios que no están disponibles en los espacios a su alrededor. No sólo dentro de su propio espacio regional, sino también en las regiones vecinas, las demás localidades existentes están muy por debajo de ella en lo demográfico y lo económico. Esto le ha permitido un predominio comercial muy notable. No tiene ninguna otra que compita con ella en más de cien kilómetros a la redonda: la ciudad de Oaxaca es como un único gran astro en medio de una constelación de centenares de pequeñas estrellas ubicadas tanto en su propia región como en las que tiene en torno de sí. En tiempos recientes ha crecido hasta formar un considerable núcleo urbano que ha absorbido muchas localidades menores, como Xoxocotlan, Santa Lucía del Camino y Atzompa, y casi engloba también a Zaachila, al sur. Parte de su economía se apoya en el turismo, que se beneficia de la subsistencia de notables restos arqueológicos —Monte Albán, Yagul, Mitla y otros—, de la producción artesanal de los alrededores, y del hecho de que la ciudad de Oaxaca ha podido conservar, al menos hasta ahora, la armonía original de su trazo y su arquitectura.

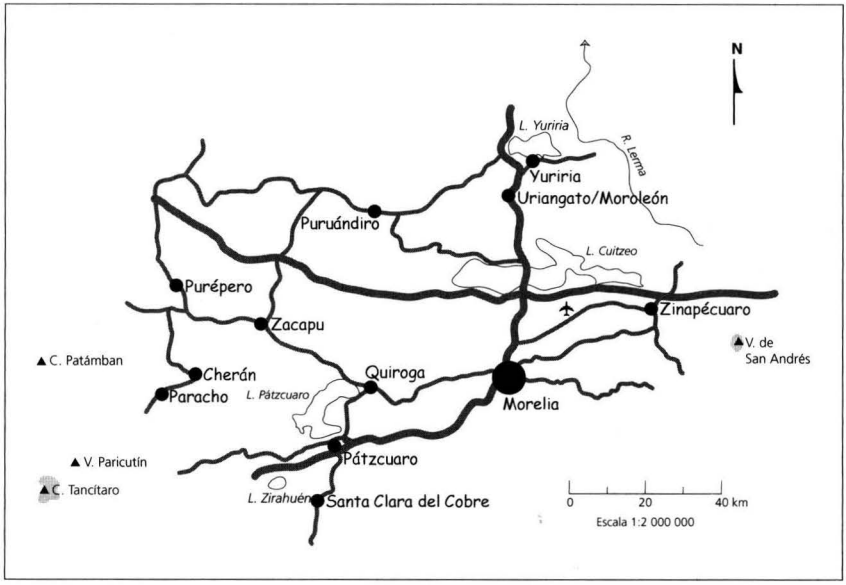
Aparte de la ciudad, el Valle de Oaxaca es una zona de poblamiento estable con alta densidad demográfica y una pléyade de asentamientos de pequeño tamaño cuyo ambiente urbano es muy similar al del altiplano: cabe mencionar como más relevantes a Zimatlán, Ocotlán, Tlacolula y Telixtlahuaca. El conjunto forma el centro de una estrella, más prolongada hacia el sur, de la que irradian caminos hacia casi todos los puntos cardinales. El más importante, como ya se adivinará, es el que enlaza el conjunto con el resto del México Central a través de la Mixteca Alta, pero los otros no lo son menos en la medida en que proveen al Valle de Oaxaca de un sistema de intercambios con las tierras bajas de las vertientes. Es esto lo que le permite participar de uno de los rasgos que definen la esencia del México Central.

Población	*2005*	*Conurbación*
Oaxaca	265 100	504 150
Xoxocotlan	59 200	
Santa Lucía del Camino	42 600	
Atzompa	16 900	
Tlacolula	14 100	
Ocotlán	13 750	
Zaachila	13 750	
Zimatlán	10 400	
Telixtlahuaca	9 350	

Michoacán (mapa 4)

El Eje Volcánico despliega un paisaje muy peculiar a partir del Volcán de San Andrés, que se alza a 3 690 metros sobre el nivel del mar y es llamativo por sus emanaciones de azufre y lodo. Estamos en el inicio de nuestro tercer recorrido, que nos conducirá por las regiones del Occidente mexicano. Poco a poco aparecerán otros edificios volcánicos de menores dimensiones y el paisaje estará dominado por los característicos conos regulares coronados por cráteres que dibujan el estereotipo del edificio volcánico de reciente formación en términos geológicos y aun históricos. En ninguna otra parte del México Central su naturaleza volcánica es tan omnipresente como aquí. El conjunto, cubierto parcialmente de bosques de coníferas, culmina en sus cumbres más altas, las del Tancítaro (3 845 metros) y el Patámban (3 750 metros), y junto a ellas la más joven y retratada, el Paricutín, pequeño pero emblemático cono de arena y lava nacido ante los ojos de todo el mundo entre 1943 y 1952. Al norte de esta cadena de montañas, y en parte entreveradas con ellas, se extienden varias cuencas cerradas relativamente húmedas y fértiles. Éstas pueden agruparse en dos conjuntos. El primero incluye las del lado oriental, más bajas y extensas, que albergan los lagos de Cuitzeo y Pátzcuaro. El de Cuitzeo, poco profundo, de extensión variable según la época del año y cruzado por una calzada, hace pensar en los desaparecidos lagos del Valle de México, que debieron haber presentado un aspecto semejante en tiempos pasados. Pero su deterioro es rápido y gran parte de su superficie se ha convertido ya en campos de cultivo. El de Pátzcuaro, menor en extensión pero más hondo y estable, enfrenta menos amenazas para su futuro a pesar de que parte de su espacio ya ha sido reclamado para la agricultura y su fauna nativa ha sido punto menos que aniquilada. Un pequeño tercer lago, Zirahuén, completa la serie por el sur. Los suelos son en general muy ricos y no sufren de procesos de salinización tan acelerados como en los espacios similares del México Central. El segundo de los conjuntos mencionados comprende las cuencas cerradas del lado occidental. Éstas son ligeramente más elevadas (2 400 metros en promedio) que las del lado oriental y muy pequeñas, sin aguas superficiales, y a menudo se reducen a pequeños espacios entre los conos volcánicos. A este conjunto, que tiene una extensa cubierta forestal, se le conoce como Meseta Tarasca, tomando el nombre de la población indoamericana predominante en ella. La región también comprende otras pequeñas cuencas cerradas ubicadas al norte de los conjuntos anteriores (como la de Zacapu, que albergó una laguna desecada intencionalmente a principios del siglo XX) y algunos espacios que alcanzan a desaguar en el río Lerma y participan de varios de los rasgos fisiográficos del Bajío. Ahí se asienta la laguna de Yuriria, producto de obras hidráulidas del siglo XVI.

Lo que aquí identificamos como Michoacán es la parte medular de un conjunto de espacios asociados a este nombre: así, junto con el Michoacán propiamente dicho debemos tener presente su región serrana (de la que hablaremos en otro capítulo), que forma parte de la Vertiente del Pacífico y en tal calidad complementa su espacio. La parte medular de Michoacán constituye una región bien definida desde tiempos prehispánicos, cuando fue centro de un estado independiente, fuerte pero relativamente aislado y poseedor de una cultura y un idioma propios. Tan



Mapa 4

notables eran sus particularidades que incluso los españoles, en un primer momento, plantearon su conquista como algo separado de la de México. Muy pronto, sin embargo, prevaleció la idea de que Michoacán no era sino una de las diversas provincias de la naciente Nueva España (a la par que las de Puebla o Oaxaca), y en consecuencia se le fue integrando no sólo política sino también cultural y económicamente al conjunto mayor. A pesar de todo, Michoacán (y también su región serrana) ha conservado hasta la fecha una identidad muy resaltada, parte de ella expresada en su carácter de estado de la república y parte en la subsistencia parcial de algunos elementos culturales, como el idioma, la cocina y la artesanía, que refuerzan tal conservación. No está por demás aclarar que el sistema regional que examinamos en este momento, al igual que el de su vecina región serrana, está estrechamente relacionado con la circunscripción política del Estado de Michoacán, pero que los linderos de aquéllos y de éste coinciden sólo en parte y de manera muy aproximada.

Bien definida como está, la parte medular de Michoacán dista de ser un espacio homogéneo. Ya tomamos nota de sus dos entornos fisiográficos —el de las cuencas bajas y el de la Meseta Tarasca— y ahora hay que distinguir sus partes más antiguas de otras de conformación

más reciente. Las primeras tienen su punto focal en Pátzcuaro; las segundas en Morelia, que desplazó a la anterior como centro regional desde el siglo XVII. La experiencia de haber vivido este proceso constituye uno de los rasgos particulares de Michoacán y las diferencias a que dio lugar aún son perceptibles para el observador cuidadoso.

Pátzcuaro, que fue fundada tras la conquista a poca distancia de la capital prehispánica y recibió originalmente el nombre de ciudad de Michoacán (como cabecera de la región homónima), tiene traza española y población mestiza, pero es un lugar de mucha relevancia en la tradición indígena. Ha conservado mucho de su arquitectura colonial gracias, en buena medida, a su rezago económico y demográfico. Su lago resalta por la abundancia de pequeñas poblaciones ribereñas —la mayor de las cuales es Quiroga— que todavía tejen sobre sus aguas una vida de relación muy activa apoyada en una red de intercambios tradicionales, de manera que Pátzcuaro tiene el entorno cultural más rico de todos los lagos mexicanos. Desafortunadamente no pocos de estos valores se han visto corrompidos por un turismo poco sofisticado, que, por otra parte, es uno de los puntales económicos de esta zona, que también abarca Santa Clara del Cobre.

La Meseta Tarasca comparte con la zona de Pátzcuaro buen número de sus atributos tradicionales, pero contrasta por su mucho mayor aislamiento y la prevalencia de localidades de dimensiones muy reducidas que viven precariamente de la agricultura y la explotación forestal. Por sobre todas descuellan Paracho y Cherán, que deben su relativa prosperidad a su artesanía y su ascendiente comercial.

Morelia —antigua Valladolid— data de mediados del siglo XVI y fue fundada en una zona limítrofe que por entonces estaba casi despoblada y servía de colchón entre los reinos de Michoacán y México. No es casualidad que conserve en sus inmediaciones, al sureste, áreas llamativamente deshabitadas, tanto, que en la parte contigua de la Vertiente del Pacífico se abre uno de los más grandes espacios carentes de integración regional en todo el país. La ciudad desplazó pronto a Pátzcuaro como capital y desde entonces ha prosperado por sus actividades administrativas, universitarias y comerciales, pero carece de una industria de consideración.

La porción norte de Michoacán constituye un espacio de transición con el Bajío, la región vecina. Aquí también es posible distinguir una parte más antigua, próxima a Pátzcuaro y la Meseta Tarasca, y otra más

moderna, ligada en particular con Morelia. La primera, más extensa y predominantemente agrícola, está constituida alrededor de una serie de poblaciones claramente jerarquizadas entre las que destacan, por orden de importancia, Zacapu (uno de los asentamientos humanos más antiguos del país), Puruándiro y Purépero. La segunda, que rodea el Lago de Cuitzeo, más pequeña y donde es de destacarse la industria textil, está dominada por el núcleo urbano de Uriangato y Moroleón y abarca hasta Yuriria y Zinapécuaro. Aunque de origen netamente michoacano, las tres primeras localidades pertenecen al Estado de Guanajuato y por ello sus lazos con el Bajío son tan estrechos que queda la tentación de asimilarlas a esta región. En realidad es casi imposible precisar por este lado dónde termina Michoacán y principia el Bajío.

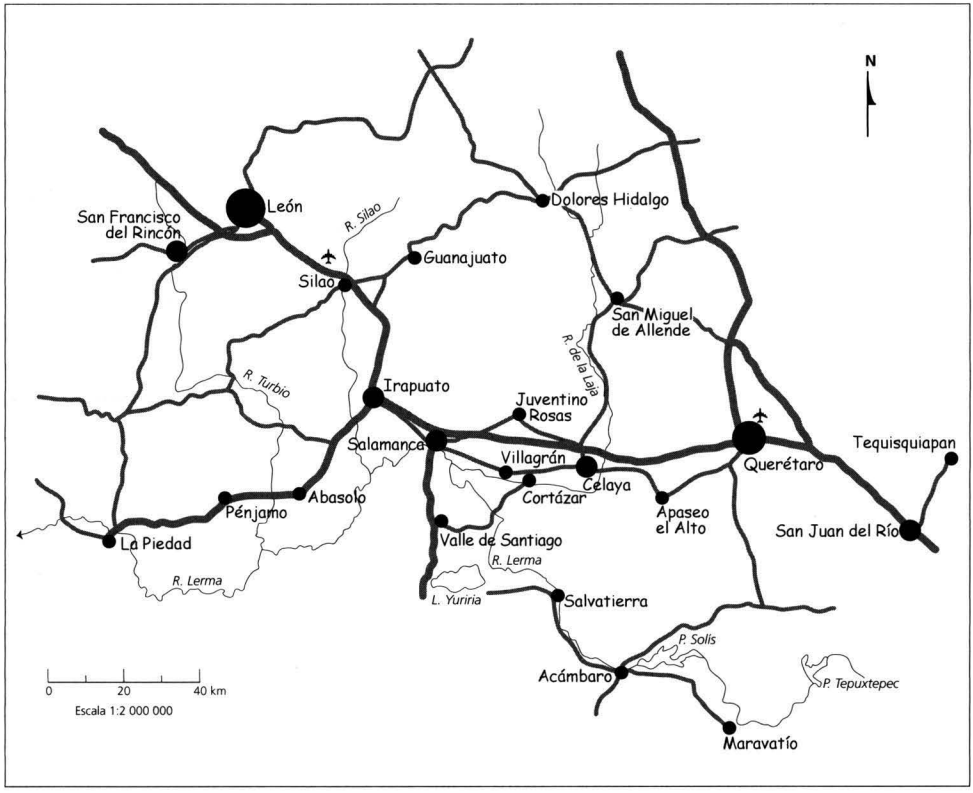
Michoacán ha ocupado un lugar marginal en la red nacional de comunicaciones, ya que las rutas troncales que amarran el Occidente con el conjunto del México Central se han tendido desde tiempos coloniales más al norte, por el Bajío, descolgando sólo ramales hacia las localidades michoacanas. Esto fue siempre lo más sencillo atendiendo a la fisiografía del terreno, pero también debe tomarse como un reflejo de la tenue industrialización de Michoacán. Una carretera construida poco antes de 1940 de modo que situara a Morelia en un eje de comunicaciones entre México y Guadalajara tuvo un trazo discutible y nunca fue muy favorecida como ruta troncal. No fue sino hasta los últimos años del siglo XX que se abrió una autopista que cruzó por la región (pero no por su parte medular sino mucho más al norte) para tender un enlace (todavía inconcluso) entre México y Guadalajara. Aun así, Morelia sigue siendo la mayor ciudad mexicana que no está directamente sobre la ruta de una carretera troncal de primer orden: es necesario abandonar la ruta principal y hacer uso de un ramal.

Población	*2005*	*Conurbación*
Morelia	608 100	735 700
Uriangato/ Moroleón	88 500	99 850
Zacapu	51 400	
Pátzcuaro	51 150	
Puruándiro	29 200	
Yuriria	21 750	
Paracho	16 850	
Zinapécuaro	14 700	
Purépero	13 750	
Quiroga	13 650	
Santa Clara del Cobre	13 100	
Cherán	12 350	

El Bajío (mapa 5)

El Bajío toma su nombre de la extensa pero irregular llanura aluvial que forman el Lerma y sus afluentes en su cuenca media, desde que el río sale del Valle de Toluca hasta que baja a una altitud de 1 700 metros en las inmediaciones de La Piedad —un recorrido de casi 400 kilómetros con un descenso suave y uniforme de menos de 500 metros. En ese trayecto el río, nacido en las laderas del Chicnauhtécatl, se aleja del Eje Volcánico y las cuencas cerradas que le están adosadas para correr sin obstáculos por las tierras bajas aluviales que dibujan una especie de arco al norte de Michoacán. Sin embargo, el nombre de Bajío se aplica también a la mayoría de los espacios más altos y no llanos de la mencionada cuenca, que en su conjunto dan forma a un recinto fisiográfico amplísimo, de relieve muy ondulado, fértil pero no muy húmedo, y de conformación un tanto atípica. Esto se debe a que el río Lerma no corre por el centro de su cuenca sino a lo largo de su orilla sur, casi rozando con los terrenos volcánicos y las cuencas cerradas de Michoacán. Por eso prácticamente todos sus afluentes —los ríos de la Laja, Silao y Turbio— le llegan del norte. De hecho son estos afluentes los que mantienen vivo el Lerma, pues su caudal propio es muy pobre. Ya de por sí escaso de flujo (por el envío de parte de sus aguas del Valle de Toluca a la ciudad de México) y reprimido más adelante por las presas Tepuxtepec y Solís, el otrora impetuoso río que en tiempos coloniales mereció la construcción de formidables puentes corre en nuestros días por las tierras del Bajío como un modesto arroyo que en algunos puntos se cruza por una pequeña losa de concreto. A pesar de todo, sigue siendo un referente unificador para el medio físico de la región, que por otra parte incluye espacios muy diferenciados: la citada llanura aluvial, apropiada para el riego y de gran productividad agrícola; montes pedregosos y semiáridos dedicados a la ganadería, sobre todo al norte, y montañas aisladas, relativamente altas y boscosas. Y aunque artificiales, también forman parte del medio físico del Bajío los centenares de pequeñas presas rurales o "bordos" que aprovechan los recodos y las hondonadas más insospechadas para retener al menos temporalmente las no muy abundantes aguas superficiales. Ya anticipamos que el lindero fisiográfico del Bajío con Michoacán es difuso, y este rasgo lo hallaremos aún más acusado con respecto a los Altos de Jalisco y, sobre todo, a la Ciénega. Sólo al norte el límite del Bajío es más claro, pues el parteaguas de la cuenca coincide con una zona agreste y poco poblada que hace evidente su separación frente a la región de Aguascalientes y, sobre todo, a la de San Luis Potosí en la Vertiente del Norte.

Una característica que distingue el Bajío del resto del México Central es la naturaleza de su poblamiento. En la época prehispánica estaba poco habitado y quedaba fuera de los linderos de la población sedentaria. El hallazgo de las minas de Zacatecas en 1548 empujó a los españoles al Norte y los movió a fundar asentamientos intermedios entre el México Central y la nueva zona de expansión. Esas fundaciones, reforzadas con grupos indoamericanos que penetraron en esas tierras ocupadas, fueron la base de una sociedad nueva y de un paisaje humano que fue madurando durante el siglo XVII. La mayoría surgió en estrecha asociación con



Mapa 5

algún río. Sobre los afluentes septentrionales del Lerma se fundaron Querétaro, Celaya, Irapuato, Silao y Guanajuato, y un poco más arriba San Miguel el Grande (hoy de Allende), Dolores Hidalgo y León. Inmediatas al Lerma, acompañadas por puentes muy relevantes, surgieron Acámbaro, Salvatierra, Salamanca y La Piedad. Todas ellas amarraron un sistema regional muy equilibrado y bien integrado.

El siglo XVIII encontró un Bajío hecho, sólido, opulento, no sólo íntimamente fundido con el resto del México Central sino casi dominándolo. De la época colonial datan la apertura de la frontera agrícola, las haciendas y gran parte de las rutas y obras hidráulicas que aún subsisten, y asimismo el mestizaje hispanizado de la sociedad. Esto se advierte todavía en ciertos rasgos, como la concentración de la población en núcleos urbanos grandes, bien trazados y de construcciones masivas, y en la toponimia, que en su mayor parte es completamente española.

Población	2005	Conurbación
León	1 137 500	1 425 250
Querétaro	596 500	918 100
Irapuato	342 600	
Celaya	310 450	
Salamanca	143 900	
San Juan del Río	121 000	
San Francisco del Rincón	102 150	159 150
La Piedad	78 400	
Guanajuato	70 800	
Silao	66 500	
Valle de Santiago	62 200	
San Miguel de Allende	62 050	
Cortázar	57 800	
Acámbaro	55 100	
Dolores Hidalgo	54 900	
Juventino Rosas	38 200	
Salvatierra	36 350	
Pénjamo	36 000	
Maravatío	32 200	
Tequisquiapan	26 900	
Abasolo	25 400	
Villagrán	25 350	
Apaseo el Alto	25 050	

Sólo en los linderos de Michoacán —que no son muy precisos— la presencia indoamericana dejó una huella mayor.

Con excepción de Guanajuato, cuya riqueza minera la llevó a ser la tercera ciudad en población de Nueva España (después de México y Puebla), las demás localidades del Bajío fueron los puntos de enlace de un sistema económico eminentemente agrícola. Ninguna de ellas descolló particularmente sobre las demás, y sólo Querétaro se ubicó aparte debido a que circunstancias políticas y su ubicación en las rutas comerciales le dieron un lugar especial como capital de un estado de la república. Más recientemente ha sido la industria la responsable de una nueva jerarquía en los centros urbanos. Querétaro desarrolló tempranamente fábricas textiles (hoy desmanteladas) y continuó con una planta industrial muy variada. Le siguió León con la fabricación de calzado, ampliada después a otras ramas manufactureras con tal ímpetu que ha colocado esta ciudad en el séptimo lugar del país por sus dimensiones. Salamanca cambió su perfil con la instalación de la mayor refinería del México Central en 1950. En fechas más recientes Silao ha ganado un lugar importante en la industria automotriz. Un corredor industrial que une todas esas ciudades abarca también a Celaya e Irapuato. Debe señalarse que la creciente industrialización de estas ciudades ha originado un proletariado urbano de gran magnitud, así como serios problemas de contaminación.

Otras ciudades reflejan situaciones diferentes. San Juan del Río y Tequisquiapan (ubicados fuera de la cuenca del Lerma y fisiográficamente afines al Valle del Mezquital) han prosperado como puntos de enlace del Bajío con las regiones nucleares del México Central. Guanajuato, con su economía minera en el pasado, ha concentrado actividades administrativas y universitarias y se ha convertido, al igual que San Miguel de Allende, en una ciudad turística. La Piedad (en el Estado de Michoacán),

San Francisco del Rincón, Dolores Hidalgo, Valle de Santiago, Apaseo el Alto y la mayoría de las ciudades medianas que se ubican en el borde sur del Bajío (Pénjamo, Abasolo, Salvatierra, Acámbaro y Maravatío, este último también en territorio de Michoacán) conservan su tradicional papel de centros agropecuarios. Lo mismo Cortázar, Villagrán y Juventino Rosas, que fueron en sus orígenes haciendas ganaderas. Todo este conjunto da al Bajío el sistema de centros urbanos más complejo y equilibrado del país. En la mayoría de los casos el trazo y la arquitectura de las ciudades refleja el gusto del siglo XIX combinado, o entremezclado, con la infraestructura industrial y las obras utilitarias y masivas del siglo XX. La región también tiene una red de comunicaciones densa y moderna, favorecida por una topografía fácil y el hecho de que sus mayores ciudades se encuentran relativamente alineadas a lo largo de un eje que en términos muy generales corre entre los paralelos 20 y 21.

El riego no es indispensable en las partes más fértiles del Bajío, pero sólo con él es posible cubrir las demandas de una agricultura intensiva y mecanizada en la que la presencia de semillas patentadas de diversos cereales es notable. Más que de campesinos, es una zona de agricultores, a menudo adinerados, aunque no por ello están borradas las contradicciones sociales que predominan en México. Contiguas a las áreas de riego, sólo con pasar a terrenos ligeramente más altos, se despliegan las zonas pobres y marginadas.

La Ciénega (mapa 6)

Siguiendo su trayecto por el arco de tierras bajas aluviales que se extienden al norte de Michoacán —es decir, por el Bajío—, el río Lerma, que se había alejado de sus orígenes en las estribaciones del Eje Volcánico, vuelve a acercarse a éste en la parte más baja de su cuenca, a 1 600 metros sobre el nivel del mar, poco antes de desaguar en el Lago de Chapala. Al sur, flanqueando la cuenca, el Eje Volcánico alberga las tierras elevadas de la Meseta Tarasca y sirve de respaldo a los espacios serranos de Michoacán y Colima. El Lerma recibe por este flanco una corriente menor que proviene de dicha meseta, el Duero, y ambos ríos corren por breve distancia sobre un espacio plano y anegable en el que confluyen tres regiones: el Bajío, Michoacán y los Altos de Jalisco (que también alimentan el conjunto con otras corrientes menores). Aquí se formaba una ciénega que se ha ido desecando con el azolvamiento y el uso de las aguas para la irrigación, de manera que ahora está cubierta de campos de cultivo. Sin embargo, aún se le conoce con el nombre de Ciénega, o Ciénega de Chapala si se quiere ser preciso. Se trata, indudablemente, de un espacio de transición, pues, salvo la altitud y la humedad, no hay ningún lindero fisiográfico frente

al Bajío, y el ascenso a las regiones de Michoacán y los Altos es gradual. Pero adosado a él está un recinto fisiográfico incomparable: el mencionado Lago de Chapala.

El lago llena una hondonada rodeada de montañas al pie del Eje Volcánico. En ella desemboca el Lerma, y daría lugar a una cuenca cerrada como casi todas las del altiplano si no fuera porque el agua almacenada tiene suficiente volumen como para alcanzar un resquicio que le da paso hacia una salida encañonada por donde arroja sus excedentes de manera natural. Pero debe destacarse que el punto donde desemboca el Lerma y el sitio del desagüe (donde se origina el río Santiago, que en realidad es el Lerma con otro nombre), están muy juntos uno del otro, ambos en el extremo oriental del lago, de manera que funciona como un gran bolsón o apéndice adosado a un costado del río, lo que hace de aquél, a fin de cuentas, una virtual cuenca cerrada. El Lago de Chapala, con todo y ser el mayor del país, sufre de acelerado deterioro por azolvamiento, contaminación y descenso de su nivel, cosa evidente en todo su entorno pero más en los terrenos de la Ciénega.

El espacio de la Ciénega se funde con el sistema regional del Bajío y bajo muchos aspectos podría considerársele como parte de él, pero es necesario diferenciarlo, por un lado, porque su poblamiento es más antiguo y su mestizaje menos hispanizado al tiempo que su desarrollo económico es más reciente, y, por otro, porque su vecindad con la Vertiente del Pacífico le permite una serie de intercambios de los que el Bajío carece. Por otra parte, la Ciénega tiene lazos estrechos con las regiones michoacanas y con los Altos de Jalisco, máxime que el río Lerma sirve de lindero entre los estados de Michoacán y Jalisco y da pie a fuertes sentimientos de identidad política a uno y otro lado. Aun si se cuestionara el considerar a la Ciénega como una región de por sí, habría que aceptar que se trata de un espacio de transición que no puede ser plenamente incluido en ninguna de las regiones vecinas. Por otra parte, la Ciénega posee un centro bien definido, una clara jerarquía de asentamientos interrelacionados entre sí, actividades económicas complementarias, identidad frente a las zonas vecinas y otros atributos que se pueden sumar para considerar que merece un lugar propio entre las regiones.

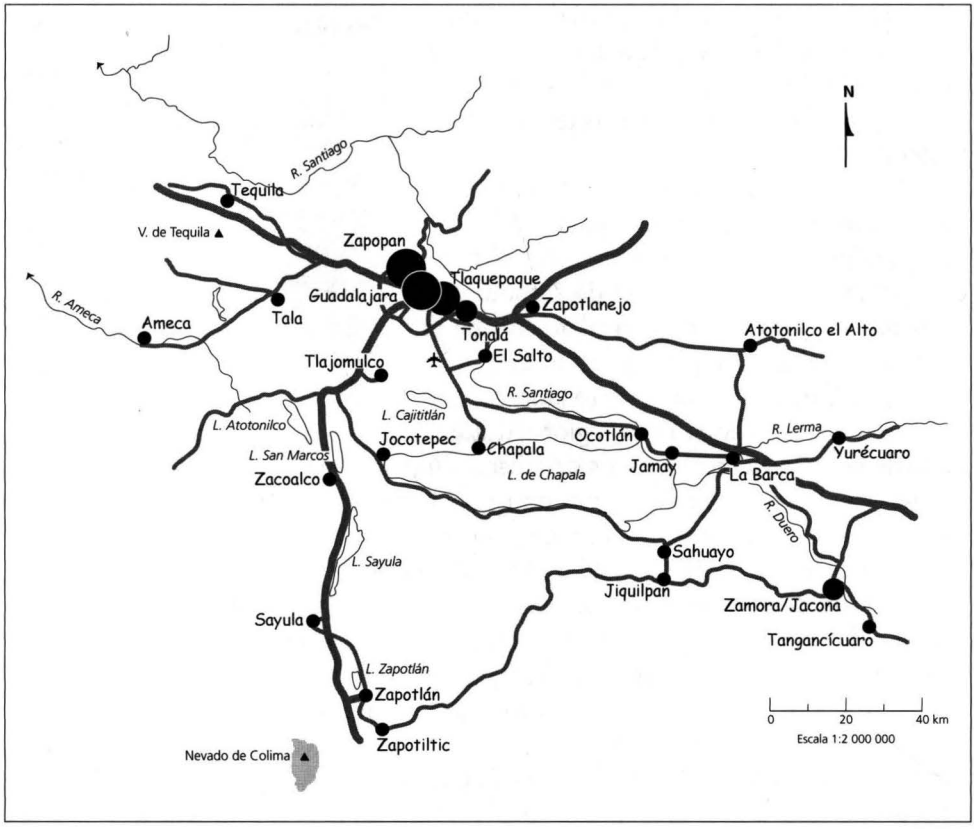
El centro indudable de la región es Zamora, no obstante su ubicación en la periferia regional casi a orillas de las tierras altas de Michoacán. Es una ciudad de tradición agrícola que domina una zona de riego muy productiva y que ha absorbido recientemente a su vecina Jacona, en lo que algunos ven, exagerando un poco, una especie de mestizaje entre componentes hispano e indígena. Como quiera que sea, esta ima-

gen refleja algo del perfil cultural de la región. Cercanas a ella, Sahuayo, Jiquilpan y Tangancícuaro completan el escenario michoacano de la región y su enlace con las tierras de la Vertiente del Pacífico.

Población	*2005*
Zamora/Jacona	181 500
Ocotlán	81 200
Sahuayo	59 350
La Barca	33 700
Atotonilco el Alto	26 100
Jiquilpan	23 200
Yurécuaro	20 600
Jamay	16 000
Tangancícuaro	14 150

Ocotlán muestra la cara industrial de la región, su frente al Lago de Chapala y su enlace con Guadalajara. Su crecimiento reciente ha sido no menos acelerado que el de Zamora y ha detonado un proceso de conurbación que se entrelaza con los campos agrícolas de Jamay, La Barca y Yurécuaro a uno y otro lado del Lerma. En el extremo norte de la región, Atotonilco el Alto encarna el contacto de la Ciénega con los Altos de Jalisco. Su posición queda revelada, por una parte, en su nombre, y por otra en el hecho de que, a 1 600 metros de altitud, es menos alto que cualquier otro centro urbano de los Altos y más bajo que la mayoría de las localidades del Bajío.

Es evidente que el medio físico de la Ciénega no se puede disociar del lago de Chapala, sin el cual no se explica su configuración fisiográfica. Pero sólo el extremo oriental de éste puede ser considerado como elemento del sistema regional que examinamos aquí. A diferencia de lo que ocurre en lagos que ocupan un espacio central dentro de sus entornos regionales (como por ejemplo el de Pátzcuaro), el de Chapala no ha jugado un papel significativo como vía de intercambio o como integrador cultural, y en cambio puede percibirse como un lindero. En efecto, las poblaciones ribereñas de su porción occidental orbitan claramente en el ámbito de Guadalajara, no en el de la Ciénega. Así, este extenso lago nos proporciona un ejemplo muy ilustrativo de cómo entre el medio físico y los sistemas regionales no siempre se dan las concordancias que pudiera sugerir un vistazo superficial, y también nos muestra cómo una región se construye apoyada en un medio físico y estrechamente relacionada con él, pero no necesariamente sujeta a su conformación o sus características.



Mapa 6

Guadalajara y su entorno (o Región Tapatía) (mapa 6)

La cumbre del Nevado de Colima, picacho rarísima vez nevado que con sus 4 450 metros marca el punto más alto del Occidente, nos permite visualizar la continuación del Eje Volcánico —que en este punto dobla hacia el norte luego de haber lanzado una filuda protuberancia hacia el sur— así como el extremo oeste del altiplano del México Central, que en esta parte es considerablemente más bajo que su extremo oriental en el Valle de Puebla. También su borde es menos evidente: justo a los pies del Nevado, abriéndose paso a un lado de la protuberancia mencionada, el altiplano se disuelve paulatinamente en los paisajes serranos de la región de Colima. Más allá ocurrirá lo mismo en la orilla que colinda con la región de Tepic. Para hacer más difuso el panorama, el espacio que se abre a nuestros pies, lejos de ser un recinto fisiográfico claramente delimitado, como fueron, por ejemplo, los valles de Puebla y México, es una suma de espacios adosados. En primer

lugar, a nuestros pies, vemos una serie de cuencas cerradas —Zapotlán, Sayula, San Marcos, Atotonilco y Cajititlán— encadenadas a lo largo de un eje dispuesto de sur a norte y que constituyen de por sí un conjunto particular dentro de la región. Con su fondo a poco menos de 1 600 metros, son los espacios menos elevados del altiplano y albergan lagunas que sufren un acelerado proceso de degradación o se extinguieron apenas en la pasada década, como las de Sayula y San Marcos. En segundo lugar, más lejos, nos aparece a un lado el extremo occidental del lago de Chapala, que se inserta como una cuña lanzada desde la Ciénega. En tercer lugar, un poco hacia el oeste, vemos la cuenca alta del río Ameca, bordeada el norte por la aislada cumbre del Volcán de Tequila (2 870 metros), que se abre paso hacia la Vertiente del Pacífico y desagua en dirección a Tepic como si fuera una réplica en pequeño del Santiago. Y finalmente, al fondo, coronando este espacio por el norte como última y desvaída expresión del altiplano, alcanzamos a distinguir varios valles y mesetas de modestas dimensiones que se ven violentamente cortados en su costado septentrional por la abrupta barranca que alberga el río Santiago desde poco después de su salida del Lago de Chapala hasta su entrada en la región de Tepic.

Situada de manera excéntrica en un extremo del conjunto de espacios que acabamos de describir, a la orilla misma de la barranca del Santiago, la ciudad de Guadalajara domina sin discusión alguna sobre este conjunto y proporciona el elemento integrador que permite que estos espacios tan disímiles den forma a un sistema regional bien amarrado. Con todo, esta región no tiene un nombre propio, como no sea el de la ciudad que la encabeza —o el de Región Tapatía, que utilizamos aquí recogiendo el patronímico de sus habitantes. Privilegiada desde su fundación por su carácter de capital de Nueva Galicia, la ciudad creció, sobre todo a partir del siglo XVIII, sin dar lugar a que ninguna de sus vecinas próximas la igualara. Ese predominio es perceptible aun hoy, pues hay una notable desproporción entre ella, que es la segunda del país por su población, y las otras ciudades no sólo de su ámbito regional sino también de los vecinos. Sólo frente a la ciudad de México Guadalajara no pudo competir. Aquélla la incorporó dentro de su área de influencia, supeditó Nueva Galicia a la Nueva España, y Guadalajara quedó, al igual que todas las regiones que dependían de ella, como parte integrante del México Central. No obstante, se ha mantenido como el centro urbano mayor y más destacado de toda esa parte del país que se identifica con el apelativo de Occidente.

La clave de la prosperidad actual de Guadalajara, ciudad bien trazada y que físicamente se ha modernizado de manera muy positiva, ha estado no sólo en sus características y en su importancia a escala nacional, sino también en su equilibrio: tiene actividades gubernamentales,

industriales, comerciales y de servicios, todas intensas, pero sin que ninguna predomine desproporcionadamente. A pesar de todo, Guadalajara enfrenta serios problemas por contaminación, escasez de agua, falta de un sistema moderno de transporte urbano y el crecimiento desbordante de su periferia. La integración de las ciudades inmediatas, como Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá, que ocurrió desde la primera mitad del siglo XX, fue bastante ordenada, pero la expansión más reciente, que ya está rozando El Salto y Tlajomulco, es mucho más anárquica y potencialmente inmanejable. La perspectiva de crecimiento no se ve favorecida por la posición excéntrica de Guadalajara, al borde de una profunda barranca y a orillas de la región. Este hecho ha limitado el desarrollo de un entorno regular y ha obligado a que la expansión urbana se dé sólo en una o dos direcciones, al sur y al oeste. Al oriente, la propia barranca bloquea la expansión hacia el cercano Zapotlanejo. Por el sur, sin embargo, el paisaje es más variado. Pasando la zona conurbada una cadena montañosa interviene para marcar distancia frente al Lago de Chapala. A orillas de éste, la pequeña ciudad del mismo nombre, junto con su cercana Jocotepec, difícilmente se fundirán en la mancha urbana, pero forman parte de la ciudad en calidad de centros de recreo para su población.

Población	*2005*	*Conurbación*
Guadalajara	1 600 900	4 095 900
Zapopan	1 026 500	
Tlaquepaque	542 100	
Tonalá	374 300	
El Salto	19 800	
Tlajomulco	18 500	
Zapotlán	93 700	
Ameca	35 100	
Tala	32 200	
Zapotlanejo	30 200	
Sayula	27 400	
Tequila	26 900	
Zapotiltic	21 500	
Chapala	20 000	
Jocotepec	17 500	
Zacoalco	16 250	

Guadalajara tiene su complemento rural antiguo y bien desarrollado en los valles inmediatos, sobre todo a lo largo de su ruta hacia Tepic, por donde destaca el cultivo del ágave tequilero, cuyo producto destilado recibe su nombre de la pequeña ciudad de Tequila, que fue donde primero se desarrolló. Ameca, Tala y otras poblaciones menores completan la lista de centros urbanos de tradición agropecuaria.

La segunda ciudad de la región es Zapotlán (también conocida como Ciudad Guzmán), polo comercial situado al sur de la cadena de cuencas cerradas que también alberga los pequeños centros urbanos de Zacoalco y Sayula, que encabezan una zona agrícola rica pero expuesta a una transformación ambiental cuyas consecuencias todavía no se manifiestan del todo. Basta tomar en cuenta el escenario de sus lagunas desecadas. La carretera principal cruza

por los lechos arenosos de lo que alguna vez fueron cuerpos de agua y ofrece al viajero paisajes desoladores.

La posición de Zapotlán no es menos excéntrica que la de Guadalajara, sólo que en el extremo sur de la región, inmediato al extremo norte de la de Colima. Esto la pone en un lugar que plantea complicaciones al elaborar el mapa regional, ya que resulta problemático determinar dónde termina una región y empieza la otra. Las varias poblaciones de regular importancia que se despliegan al sureste de Zapotlán (Zapotiltic, Tuxpan, Tamazula y Tecalitlán) están próximas y muy ligadas a éste (y pertenecen por igual al Estado de Jalisco), pero, con excepción de la primera, no pueden considerarse como parte del México Central en virtud de su ubicación en una de las áreas serranas de la Vertiente del Pacífico. Esto hace más razonable incorporarlas a la región de Colima, con la que tienen lazos igualmente fuertes y en la cual ocupan una posición mucho menos excéntrica que en la Región Tapatía. El asunto nos lleva a reflexionar sobre el hecho de que la vecindad de dos poblaciones no necesariamente ha de condicionar la delimitación regional o impedir el trazo de un lindero, máxime si hay otras consideraciones que intervienen. Ya hemos señalado que la presencia o ausencia de linderos políticos tampoco debe influir en estos razonamientos.

Los Altos de Jalisco (mapa 7)

La amplia cuenca del Río Verde, primero de los grandes afluentes septentrionales del Santiago, es el recinto fisiográfico que alberga los Altos de Jalisco. Éstos, vistos bajo otra perspectiva, son la continuación hacia el occidente de las tierras altas y onduladas del norte del Bajío, de las que apenas se distinguen por ser un poco más secos. De este modo, si entráramos a los Altos desde el Bajío el paso sería casi imperceptible en lo tocante al medio físico. Igualmente gradual, pero más notable, sería el ascenso desde tierras de la Ciénega. En cambio, entrando desde la Región Tapatía, el lindero regional es más notable y se ve reforzado por la intermediación del cañón del río Santiago y la entrada de lleno en la cuenca del Verde. El terreno de los Altos es en su mayor parte ondulado y pedregoso, sin ninguna elevación particularmente destacada excepto por algunas cumbres ubicadas el extremo oeste, donde la Sierra del Mixtón y montañas vecinas marcan la separación con la región de las Barrancas. Sin duda es la porción menos plana del altiplano del México Central, pero no por ello ha de excluírsele de él. También son llamativos aquí los "bordos", que igual que en partes del Bajío aprovechan recodos y hondonadas para retener lo más posible de las aguas superficiales.

Los Altos de Jalisco son una especie de cruza cultural entre el Bajío y la Región Tapatía. Aunque su medio físico es poco distinguible del de las partes vecinas del Bajío, los Altos se diferencian de esta última región por su poblamiento menos denso, por tener localidades relativamente más pequeñas y por poseer lazos de intercambio más limitados, lo que no impide que formen una constelación de ciudades que cubre de manera muy regular el espacio regional. Así, Yahualica, Nochistlán (bajo jurisdicción de Zacatecas), Teocaltiche, Encarnación, Lagos de Moreno, San Juan de los Lagos, Jalostotitlán, San Miguel el Alto y Tepatitlán forman una especie de herradura alrededor de la cuenca del Río Verde, con Arandas un poco más al oriente y casi en contacto con el Bajío. Con excepción de Lagos de Moreno (que tiene una planta urbana antigua y bien desarrollada), las ciudades de los Altos tienen en general infraestructura más pobre y menor presencia arquitectónica que las de la región vecina. Esto da lugar a que sus grandes iglesias resulten muy llamativas y a que en no pocas ocasiones se antojen ostentosas y desproporcionadamente grandes. Es una característica que refleja la afirmación cultural de sus habitantes más tradicionales.

En el pasado los Altos tuvieron un lugar destacado en las rutas comerciales, pues el Camino de Tierradentro, espina dorsal del Norte, tocaba la región y por ella se desprendía la ruta más favorecida entre México y Guadalajara. San Juan de los Lagos fue sede de una importante feria mercantil desde el siglo XVIII y después prosperó como centro de peregrinaciones religiosas. Pero ese predominio comercial decayó con el desarrollo de otras rutas más convenientes, y las vías férreas sólo tocaron tangencialmente la región. En el proceso la ciudad más favorecida fue Lagos de Moreno, única que pudo conservar un lugar privilegiado en las rutas troncales de comunicación. Esto le ha facilitado el desarrollo de algunas plantas maquiladoras.

Población	*2005*
Lagos de Moreno	92 750
Tepatitlán	83 000
Arandas	46 100
San Juan de los Lagos	42 500
Encarnación	23 950
Teocaltiche	21 700
Jalostotitlán	21 700
San Miguel el Alto	21 100
Nochistlán	15 400
Yahualica	14 300

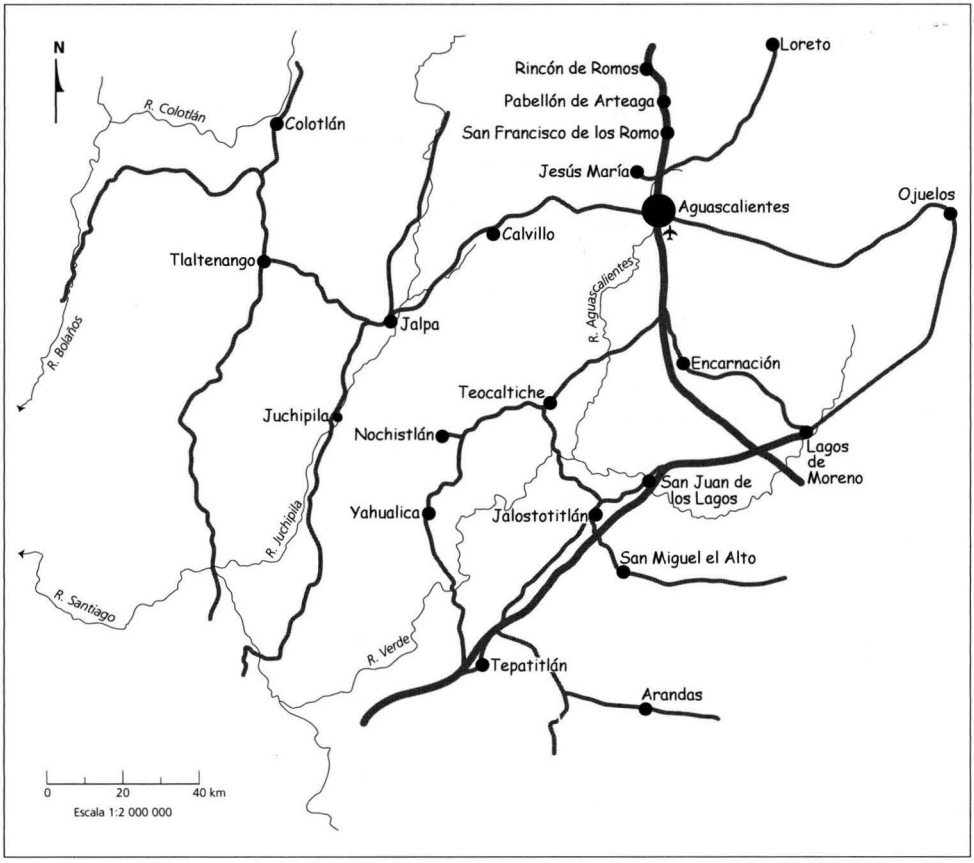
Fuera del comercio, y a falta de una industria significativa, el motor económico de la región ha sido tradicionalmente la ganadería. El paisaje de los Altos, ondulado, a menudo pedregoso y parco en su cubierta forestal, es rico en expresiones de cultura pecuaria. La producción agrícola es básicamente cerealera, pero el cultivo del agave tequilero ocupa extensiones importantes en la parte sur.

Las Barrancas (mapa 7)

Al occidente de la cuenca del Río Verde se abren otras dos, estrechas y alargadas, que albergan el segundo y tercero de los grandes afluentes septentrionales del Santiago: los ríos Juchipila y Bolaños. Uno y otro corren por dos barrancas profundas y casi paralelas bordeadas por tres cadenas montañosas dispuestas en la misma dirección. La más oriental incluye la Sierra del Mixtón y otras elevaciones discontinuas que marcan el lindero con la cuenca del Verde y los Altos de Jalisco; la central es menos elevada, puede describirse sin violencia como una lengua o apéndice del altiplano, y está hendida en medio por el valle del río Colotlán, afluente del Bolaños; la tercera es la más húmeda, agreste y boscosa Sierra de Bolaños, que marca el lindero con la Sierra de los Huicholes, una de las regiones marginales del sector central de la Vertiente del Norte. Las barrancas dan a esta región no sólo su nombre, sino un medio físico muy llamativo y una disposición muy particular. El paisaje alterna espacios elevados más o menos planos u ondulados con bruscas pendientes y paredes casi verticales, al tiempo que los fondos de las barrancas se distinguen por fértiles vegas que se continúan por varios kilómetros y dan sustento a una moderada actividad agrícola.

Nos hallamos en un espacio extremo del México Central, el más alejado de sus áreas nucleares y el menos comunicado. Indudablemente posee muchos atributos norteños, de manera que no sería descabellado considerarlo como una de las regiones del sector central de la Vertiente del Norte, compañera o continuación de la de Zacatecas, con la que tiene ligas muy estrechas. Pero frente a lo anterior hay que hacer otras consideraciones. La apertura de vías de comunicación en la segunda mitad del siglo XX ha reforzado el ascendiente de Guadalajara sobre las Barrancas. Y de manera muy especial, éstas tienen la misma disposición general que los Altos de Jalisco y son como su prolongación occidental. El gradual descenso demográfico que se deja ver a partir del Bajío y a través de los Altos conforme se cruzan de este a oeste se continúa aquí del mismo modo, terminando en la barranca del Bolaños, la más occidental y la menos poblada. También se observa un cambio gradual en las características culturales, que van del mestizaje hispanizado del Bajío a los diversos matices de los Altos y la barranca del Juchipila hasta la mezcla de sabor indígena predominante en la del Bolaños. De este modo, las Barrancas nos resultan un espacio que encaja con sus vecinos del México Central más que con cualquiera del Norte. Podría pensarse en considerarlas como apéndice de los Altos, excluyendo la barranca del Bolaños, la más extrema y aislada, puerta de

Población	*2005*
Jalpa	14 800
Tlaltenango	14 550
Colotlán	11 900
Juchipila	6 000



Mapa 7

entrada a la Sierra de los Huicholes, pero eso implicaría ignorar los elementos de individualidad que distinguen las Barrancas. Así pues, debemos pensar en ellas como una de las regiones del México Central, así sea la más exótica de todas. La situación nos hace considerar una vez más las variadas posibilidades que se presentan al proponer una delimitación de sistemas regionales.

La economía de las Barrancas es fundamentalmente ganadera, con espacios agrícolas en las vegas de los ríos y algunos espacios mineros de antigua tradición, en especial en la cuenca del Bolaños, donde sorprenden las ruinas de espléndidas construcciones coloniales. Pero en la actualidad el panorama urbano de la región es muy limitado, con apenas cuatro localidades principales de muy modestas dimensiones: Tlalte-

nango, Jalpa y Juchipila, en el Estado de Zacatecas, y Colotlán, en el de Jalisco. Aquí cabe advertir una peculiaridad más de las Barrancas, y es su intrincada división política, de la que se desprende que su mitad oriental, que es la más afín a los Altos de Jalisco, pertenece a Zacatecas, y la occidental, que no tiene un enlace directo con Guadalajara y en cambio está mejor comunicada con Zacatecas, pertenece a Jalisco. La razón de este rebuscado arreglo está en las motivaciones que hubo antiguamente para asignar las localidades a una u otra jurisdicción, motivaciones que con el paso del tiempo dejaron de ser tan claras como alguna vez parecieron serlo. Éste es un rasgo que, con variaciones, está presente en gran parte de las divisiones políticas del país.

Aguascalientes (mapa 7)

En Aguascalientes llegamos al recinto fisiográfico más septentrional del México Central. Se trata de la cuenca del río Aguascalientes, que no es otra cosa que la corriente principal que da lugar al Río Verde, de manera que este espacio viene a ser simplemente la parte más elevada y norteña de los Altos de Jalisco, de los que se distingue poco. Incluso alberga uno de los afluentes superiores del Juchipila, lo que marca cierta continuidad con la región de las Barrancas. Sin embargo, tiene en comparación suelos más ricos, cuya calidad aumenta gracias al riego que le facilitan algunas pequeñas presas construidas en las corrientes que lo alimentan, y el clima es un poco más húmedo, debido en parte a la proximidad de las montañas que rodean la cabecera de la cuenca, entre las que destacan la Sierra Fría y la de Pinos. Éstas, por otra parte, marcan el lindero con la región de Zacatecas y nos recuerdan que estamos en un espacio de transición hacia las regiones del Norte.

Aguascalientes, destino final de nuestro tercer recorrido, nos muestra un sistema regional conformado de manera sencilla por una ciudad muy destacada y su entorno inmediato. El conjunto está delimitado con bastante nitidez y a mayor abundamiento coincide casi exactamente con la jurisdicción política del estado del mismo nombre, desprendida del de Zacatecas en la primera mitad del siglo XIX como reflejo precisamente del peso demográfico, económico y político que iba adquiriendo la ciudad. Ésta fue una población de mediana importancia durante la época colonial, pero favorecida por su ubicación sobre el Camino de Tierradentro, la principal vía de enlace con el Norte. Ya en el siglo XVIII se podían percibir los atisbos de un sistema regional que surgía en torno de ella, diferente del de los Altos o del de Zacatecas. Se trata, por tanto, del más joven de los sistemas regionales del México Central, y también del que

Población	*2005*	*Conurbación*
Aguascalientes	663 700	805 650
Jesús María	38 650	
Pabellón de Arteaga	26 800	
Rincón de Romos	25 850	
Loreto	22 100	
Calvillo	18 300	
San Francisco de los Romo	13 300	
Ojuelos	10 700	

tiene mayor relación y proximidad con los espacios del Norte tanto por su historia como por su posición relativa.

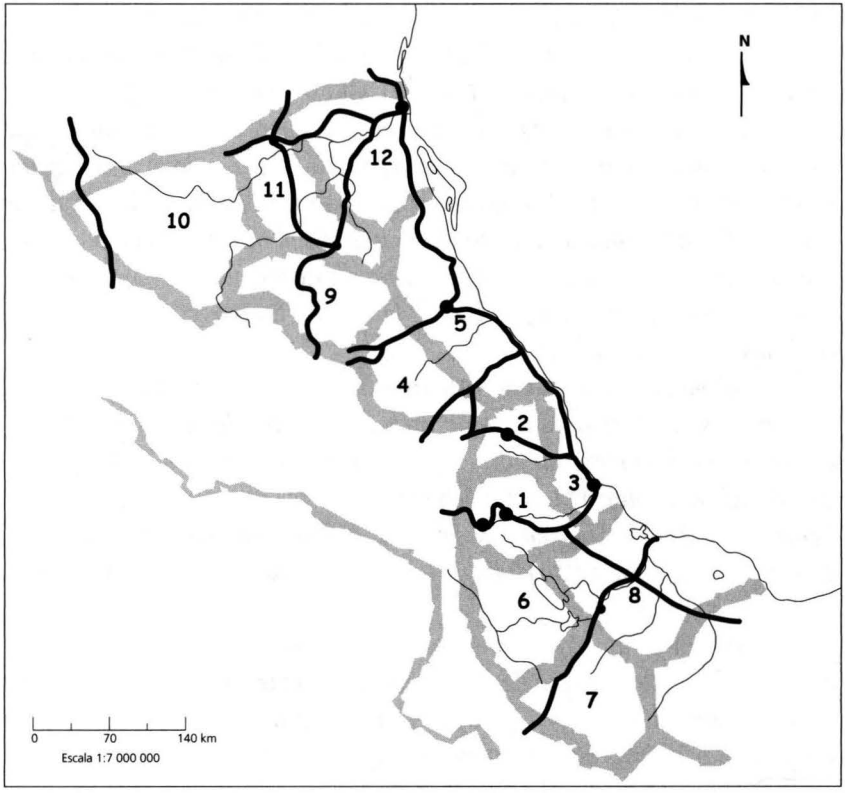
La región se consolidó y prosperó a partir de una base agropecuaria y a mediados del siglo XX destacó mucho por su actividad vitivinícola, hoy prácticamente olvidada. Entretanto fue consolidando una base industrial importante, originada en la ciudad de Aguascalientes y expandida luego por un corredor hacia el sur, que se ha distinguido en las ramas del vestido y los automóviles. Por debajo de ella, sin embargo, no hay una jerarquía escalonada de centros urbanos, pues las otras localidades de la región son muy inferiores en población e importancia. Su perfil marcadamente rural se hace evidente en Jesús María, San Francisco de los Romo, Pabellón de Arteaga y Rincón de Romos, muy cercanos el uno al otro y surgidos de antiguas haciendas. El centro minero de Loreto cae bajo jurisdicción de Zacatecas. Más alejados, Calvillo funge como punto de contacto con la región de las Barrancas y Ojuelos (en el Estado de Jalisco) con la de San Luis Potosí.

LA VERTIENTE DEL GOLFO

La esencia de esta Vertiente, como ya quedó explicado, es la integración que podría llamarse vertical entre el altiplano y el litoral. Ya se vio también que los lazos de intercambio predominantes en ella se ajustan a la estructura radial de la mayor parte del país, y que lo mismo ocurre en la Vertiente del Pacífico. Así, procederemos al examen de sus regiones siguiendo un orden igualmente radial, como si viéramos una por una las hojas individuales de un abanico. Tomando una de ellas, pondremos atención primero a su espacio más próximo al altiplano, que es el más alto, y procederemos, siempre bajando, hasta el más exterior, es decir, el litoral. Luego repetiremos el proceso a lo largo de las otras hojas del abanico.

De tal modo, siguiendo un **primer** *radio, analizaremos las regiones de Orizaba y Xalapa seguidas de la de Veracruz; luego, a lo largo de un* **segundo** *radio inmediatamente al norte, examinaremos la Sierra de Puebla y la región de Tuxpan; sobre un* **tercero** *veremos las áreas serranas del sur de la Vertiente y la región de Sotavento, y sobre un* **cuarto** *y último analizaremos, al extremo norte, la Sierra de Hidalgo, la Sierra Gorda, la Huasteca y la región de Tampico.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos una serie de recorridos panorámicos que nos permitan conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Golfo: **1.** Orizaba-Córdoba; **2.** Xalapa; **3.** Veracruz y su hinterland (o Región Jarocha); **4.** Sierra Norte de Puebla; **5.** Tuxpan y su hinterland; **6.** La Cañada y Sierra Mazateca; **7.** Sierra Zapoteca; **8.** Sotavento; **9.** Sierra de Hidalgo; **10.** Sierra Gorda; **11.** La Huasteca; **12.** Tampico y su hinterland (o Huasteca Baja).

RECORRIDOS POR LA VERTIENTE DEL GOLFO

PARA INICIAR EL PRIMERO DE LOS RECORRIDOS RADIALES que anunciamos nos situaremos en la cumbre más alta de México, el Pico de Orizaba (5 700 metros). Al hablar del México Central hicimos una primera observación sobre el panorama que se nos ofrece mirando desde ese punto clave del borde del altiplano hacia el oriente. Ahora descenderemos para encontrar a sus pies la ruta buscada, de la cual, como es muy transitada, hay muchas variantes —por ejemplo las carreteras y vías férreas que se descuelgan por los pasos de Maltrata y Acultzingo con destino a Orizaba y Córdoba. Otras variantes se abren desde las estribaciones del Cofre de Perote, en el mismo borde del altiplano pero un poco más al norte, con rumbo a Xalapa. Todos estos caminos aprovechan pasos convenientes que se abren desde las tierras altas del México Central, y el descenso inicial es realmente vertiginoso. Luego continúan bajando por vías diversas hasta la zona costera y el litoral. La mayoría confluyen en el puerto de Veracruz y sólo rutas secundarias enlazan unas variantes con otras. Una línea imaginaria del Pico de Orizaba a Veracruz podría resumir de manera sencilla la disposición general de la Vertiente.

No es muy diferente en lo esencial el **segundo** recorrido radial al que nos referimos al principio. Para emprenderlo regresaremos del litoral al Cofre de Perote y, tras la subida, dejando éste a nuestras espaldas, seguiremos el borde del altiplano rumbo al noroeste (teniendo al lado el Salado Poblano y los Llanos de Apan). Aquí volveremos a bajar. Este recorrido también nos ofrece variantes, pues son varios los caminos que se desprenden del México Central hacia esta parte de la Vertiente cruzando sus áreas serranas por trayectos más o menos paralelos —los más importantes por Huauchinango y Teziutlán. Más abajo, pasado el abrupto descenso inicial, se abren en abanico para llegar a varios puntos del litoral, siendo Tuxpan el más relevante de ellos. Hay algunos lazos transversales, muy sinuosos, entre unos caminos y otros, y una carretera se desarrolla frente al litoral en la mitad sur de la zona costera.

El **tercero** de nuestros recorridos radiales ofrece mayor complejidad por sus numerosas variantes. Para iniciarlo debemos subir una vez más del litoral al borde del altiplano, pero volviendo a donde iniciamos el primer recorrido, es decir, al Pico de Orizaba. Sólo que ahora nos desplazaremos hacia el sur, siguiendo el borde del México Central, aunque aquí el altiplano ha desaparecido y lo que queda es un cordón de tierras elevadas entre las vertientes (la Mixteca Alta) que se continúa hasta el Valle de Oaxaca. A lo largo de este trayecto encontraremos dos caminos que bajan desde distintos puntos: uno lo hace de manera casi imperceptible a partir de Tehuacán hasta el extremo norte de un recinto amplio y encerrado (la Cañada); otro lo hace más bruscamente desde el Valle de Oaxaca hasta el extremo opuesto del mismo recinto. Ambos se encuentran en Teotitlán del Camino, de donde vuelven a elevarse para finalmente bajar a Tuxtepec. Se trata de carreteras poco transitadas y que tienen un trayecto atípico porque, en vez de hallar el descenso directo hacia el litoral característico de otras zonas serranas de la Vertiente, se topan con una especie de pinza montañosa (la Sierra Mazateca) que encierra a la Cañada. Una vez salvada esta singularidad, en el trayecto de bajada podremos percibir claramente los grandes embalses de las presas Miguel Alemán y Cerro de Oro, tras los cuales se sigue la región de Sotavento. Una variante de este recorrido también liga el Valle de Oaxaca con Tuxtepec pero por una ruta más oriental, casi directa (pero al mismo tiempo serpenteante) y cruzando una región serrana diferente, la Sierra Zapoteca. Más al este hay todavía otra carretera de construcción reciente que baja en forma paralela a la anterior. Ambos son caminos relativamente secundarios y de poco tránsito. Pero de Tuxtepec hacia el litoral ya no es así. Una vez dentro de Sotavento todas las variantes de nuestro tercer recorrido se unen, las rutas se vuelven transitadas y se entrelazan, ya sobre terreno plano, en una retícula de carreteras que cubre la región en muchas direcciones y la conectan (en el entronque de la Tinaja y por el litoral mismo) con las regiones de Orizaba y Veracruz. Con ellas también hay enlace ferroviario. El rasgo más llamativo de la red de comunicaciones de Sotavento es que sus principales rutas (que se desarrollan en dirección paralela al litoral pero tierra adentro) son, si cabe decirlo, rutas de paso, tendidas con el propósito fundamental de ligar el México Central con las cadenas Caribeña y Centroamericana.

Finalmente, para el **cuarto** y último de estos recorridos radiales, que nos han llevado de arriba a abajo una y otra vez, hemos de regresar nuevamente al borde del altiplano, pero desplazándonos ahora al norte. Dejaremos atrás el punto donde iniciamos el segundo recorrido por la Sierra de Puebla y nos colocaremos al norte del Valle del Mezquital y sus zonas adyacentes, descolgándonos al extremo oriental del Bajío. El recorrido que vamos a emprender nos ofrece algunas variantes, pues hay varios caminos más o menos paralelos que podremos seguir —uno de ellos es un tramo de la antigua y ya desusada "Carretera Panamericana". Este nuevo descenso no será menor ni menos sinuoso, pero sí un poco más largo y menos empinado. Después de bajar las regiones serranas y de cruzar la llanura su punto final es el litoral a la altura de Tampico. Sólo rutas secundarias enlazan unas variantes con otras, y una más se desarrolla a lo largo del litoral, aunque a cierta distancia de él. Y con esto concluimos nuestro viaje panorámico por la Vertiente del Golfo.

La región de Orizaba-Córdoba (mapa 8)

Éste, que es el primer espacio que encontramos a lo largo de nuestros recorridos por la Vertiente del Golfo, nos recibe con un fuerte descenso inicial de casi mil metros que corresponde al borde del altiplano. Tal borde es aquí muy definido y tiene una silueta inconfundible. Pero aparte de este perfil característico la región no tiene un rasgo fisiográfico englobador, como no sea la inclinación gradual de las tierras en dirección a las áreas costeras y la sucesión de barrancas que descienden en forma más o menos paralela desde el Pico de Orizaba, en particular la del Río Blanco (no muy conspicua pero central y muy poblada) y la del Jamapa (grandiosa pero relativamente marginal y en partes inaccesible). Aunque se originan a gran altura como cañadas profundas, las barrancas también se abren para dar lugar a valles amplios, cómodos y fértiles, siempre en medio de un paisaje serrano y húmedo cuyos bosques, ricos en coníferas y encinos, han sido en gran parte sustituidos por pastizales. El agua abunda todo el año y los ríos forman cascadas aprovechadas para generar energía eléctrica. Al sur, como apéndice, se halla la Sierra de Zongolica, asentada sobre un terreno considerablemente más agreste y que, a diferencia del resto, desagua en un tributario del Papaloapan, el Río Tonto (llamado así por sus sucesivos sumideros y resurgimientos, producto de la naturaleza cárstica del terreno). Este apéndice de la región posee rasgos físicos extraordinarios, entre los que descuellan montañas de formas caprichosas, las cavernas más complejas y profundas del país, y algunas extensiones pequeñas pero resplandecientes de bosque húmedo subtropical (por ejemplo, el monte conocido como Sierra Tlacuiloteca, a un paso de Córdoba, la zona de tal naturaleza más cercana al México Central).

Conformada en lo esencial alrededor de un conglomerado urbano, la región de Orizaba carece de un nombre propio tradicional, de modo que le damos el de su ciudad más antigua, aunque ha de considerarse aceptable que se le añada un segundo nombre en atención a Córdoba, de fundación más reciente pero casi vecina de la anterior. A pesar de su cercanía ambas ciudades son muy diferentes y compiten en importancia y personalidad, pero al mismo tiempo su ligazón es muy estrecha y es imposible considerar a una sin la otra. Aunque no están unidas físicamente, de ellas puede decirse que forman el núcleo urbano más grande y complejo de las regiones serranas del país. Como quiera que sea, el conjunto puede definirse como el corazón de la Vertiente del Golfo y el paradigma de muchas de su regiones. Uno de sus rasgos fundamentales es que desempeña de manera muy visible el papel de la Vertiente en las funciones de intercambio, es decir, en el enlace del altiplano con las tierras bajas.

La región en su conjunto cubre espacios muy transitados desde hace siglos, cuando se estableció la hegemonía de los grandes centros urbanos del altiplano y la necesidad de intercambiar productos. En la época colo-

nial, cuando se fundó Veracruz y se le destinó a ser el principal (y virtualmente único) punto de enlace de México con el mundo exterior, la importancia de esta parte del país se magnificó debido simplemente a su ubicación. Con tal proceso se remachó el carácter de la Vertiente ya no sólo en el sentido fisiográfico sino en el cultural y económico. Los lazos de la región con el México Central se hicieron cada vez más fuertes, y esta estrecha interdependencia se ha mantenido vigente. Con excepción del tránsito predominantemente turístico que se mueve entre la ciudad de México y Cuernavaca, ésta es la ruta de mayor movimiento entre dos puntos cualesquiera de dos de los grandes componentes de la geografía mexicana.

Este sistema regional se consolidó como tal durante el siglo XIX al abrigo de la incipiente industrialización del país, primero textil y después asociada a la cerveza y el papel. La infraestructura creada con este fin permitió que muchas poblaciones de esta zona gozaran de energía eléctrica desde los primeros años del siglo XX —antes que otras partes. En su desarrollo pesó mucho la decisión de tender la primera y principal vía férrea entre la ciudad de México y Veracruz precisamente por esta ruta; además, Córdoba fue elegida como punto de enlace para las líneas con destino a la parte oriental del país. Siguiendo principios similares, las carreteras modernas han realzado la importancia comercial del conjunto. La industrialización, en constante aumento, ha dado a la región una fachada de progreso al tiempo que ha ocasionado la fusión de muchas localidades adyacentes a Orizaba —Río Blanco, Nogales, Ciudad Mendoza, Ixtaczoquitlán— a lo largo de un corredor estrecho y contaminado. También ha dado lugar a una disparidad muy fuerte entre los componentes del sistema. Esto se ve desde el momento en que se compara el abigarrado conjunto de Orizaba, que posee un marcado proletariado industrial, con la compacta Córdoba, más cercana a lo rural y complementada con el modesto centro turístico de Fortín de las Flores.

Población	*2005*	*Conurbación*
Córdoba	136 250	293 750
Fortín de las Flores	20 900	
Orizaba	117 300	381 100
Río Blanco	40 000	
Ciudad Mendoza	34 300	
Ixtaczoquitlán	25 350	
Nogales	21 150	
Huatusco	29 100	
Coscomatepec	13 800	
Tezonapa/ Cosolapa	12 700	
Zongolica	5 900	

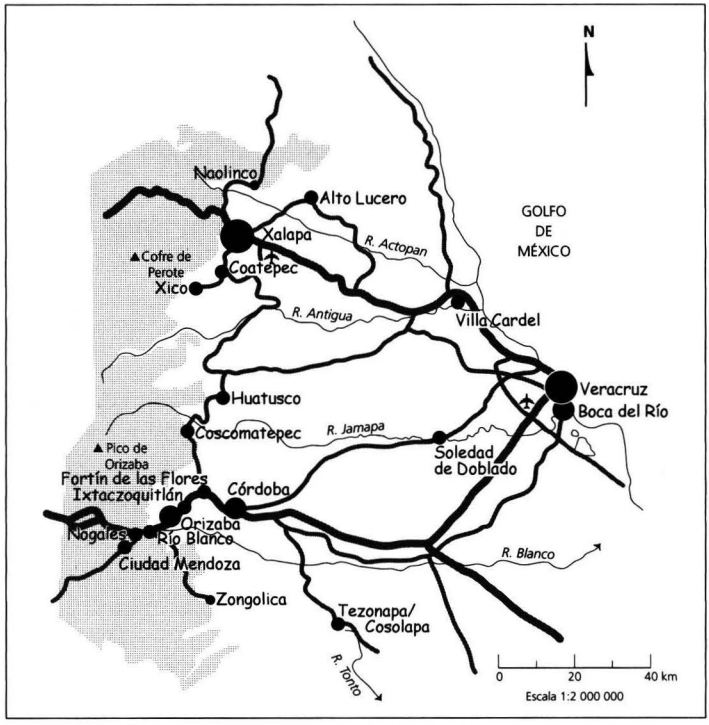
Fuera de su núcleo, el sistema regional de Orizaba y Córdoba comprende diversos ámbitos más o menos diferenciados y algunos sumamente contrastantes. En uno de ellos, situado al norte y presidido por las pequeñas pero dinámicas ciudades de Huatusco y Coscomatepec,

el poblamiento y la economía giran alrededor de la ganadería y algunos cultivos comerciales, particularmente el café. En otro, situado en una zona más pobre al sur, hacia Tezonapa/Cosolapa (localidad que cambia de nombre al cruzar una calle que funge como límite entre Veracruz y Oaxaca), domina el cultivo de la caña y la economía azucarera, al tiempo que la población se asemeja culturalmente a la de las regiones costeras.

También al sur está la Sierra de Zongolica, que puede definirse como un marginado apéndice rural de la región. Pero este espacio tiene características tan peculiares que merece ser considerado de modo especial, como un área de transición (y algunos la considerarían como una región de por sí). La Sierra de Zongolica toma el nombre de su principal población, alrededor de la cual se desparraman pintorescas localidades (algunas bajo jurisdicción de Puebla y muy ligadas al área de Tehuacán) en las que prevalece un campesinado netamente indoamericano de lengua náhuatl. En las zonas marginales de la Sierra subsistían hasta hace unos quince o veinte años espacios que se antojaban impenetrables debido a su densa vegetación y su escaso poblamiento, pero hoy se hallan destruidos y contaminados por la ganadería y las actividades asociadas al cultivo de plantas ilegales.

La región de Xalapa (mapa 8)

Este segundo espacio, gemelo en algunos aspectos del anterior aunque más pequeño en extensión y sencillo en sus componentes, puede explicarse de manera parecida. Igual que ocurrió antes, está bordeado por el horizonte inconfundible del altiplano y carece de un rasgo fisiográfico englobador; sin embargo, también hay diferencias. Su relieve se desenvuelve sobre una sucesión de barrancas contiguas, como las de los ríos Jalcomulco (o de la Antigua) y Actopan, que, en este caso, provienen de las estribaciones del Cofre de Perote. Un afluente del primero forma una barranca tan profunda, la de Huitzilapan, al pie de Ixhuacán de los Reyes, que funge como lindero efectivo entre esta región y la de Orizaba. La pendiente global del conjunto es pronunciada porque del Cofre de Perote (que tiene 4 280 metros de altitud) al Golfo de México se mide una de las distancias más cortas posibles en línea recta entre altiplano y litoral en todo el país: 75 kilómetros (la otra se cuenta del Nevado de Colima al Océano Pacífico). El panorama incluye lo mismo áreas de bosque denso frío o templado que extensas zonas desmontadas; niebla y lluvia son parte del paisaje cotidiano durante la mayor parte del año. Al norte del conjunto, y como desprendimiento del propio Cofre de Perote, cabe resaltar la presencia del extremo oriental del Eje Volcánico, que por esa parte prolonga la zona serrana (conocida con el nombre local de Sierra de Naolinco) hasta muy cerca del litoral. Es una zona con pendientes fuertes y ríos torrenciales muy apreciados por su potencial deportivo.



Mapa 8

Esta región está constituida, al igual que la anterior, alrededor de un conglomerado urbano, pero su historia la ha configurado de manera diferente. Xalapa precedió a Orizaba como centro comercial. La aparente insalubridad del litoral motivó a los comerciantes coloniales a reunirse en esta ciudad de clima templado y agradable para realizar sus intercambios, lo que justificó la apertura de un camino carretero y la celebración anual de ferias comerciales en el siglo XVIII. Pero en los tiempos que siguieron Xalapa no se industrializó y su camino perdió preeminencia frente al de Orizaba. En cambio, adquirió supremacía política al ser declarada capital del Estado de Veracruz. Hoy día, la ciudad posee una mezcla, rara en México, de actividades administrativas y universitarias, donde las segundas son muy conspicuas y dan a la ciudad un tono juvenil y complaciente.

La modernización de Xalapa ha sido muy discutible, pues desde un primer momento destruyó su arquitectura tradicional y después no logró adecuar su planta irregular y ondulada a las demandas de un crecimiento

extraordinario, sobre todo en los últimos años. Su íntima relación con las localidades de la periferia —entre las que descuella Coatepec, que de hecho es un satélite de Xalapa— ha dado forma a un conjunto urbano enredado y discontinuo, algo explicable hasta cierto punto por la topografía pero también por la falta de planeación. El resultado es una ciudad terriblemente congestionada que busca solucionar sus movimientos a base de puentes o túneles y que se mantiene muy mal comunicada; es, junto con Tampico, una de las dos grandes ciudades mexicanas que no han sido integradas a la red de autopistas. Aun sus rutas hacia el puerto de Veracruz, a pesar de tener tramos de primer orden, son en su conjunto tortuosas y fragmentadas.

A pesar de todo, Xalapa tiene un entorno muy agradable, pues aledañas a la aglomeración urbana, y entreveradas con una serie de localidades pequeñas, como Xico, se hallan pujantes zonas agrícolas renombradas por su producción de café, hortalizas finas y flores. La parte más extensa del hinterland rural de la región se desarrolla sobre todo al norte, ocupando las barrancas que integran la Sierra de Naolinco. Ésta es una zona muy contrastada tanto física como culturalmente y por lo mismo de poblamiento desigual. Carece casi por completo de centros urbanos, excepto por pequeñas poblaciones como Alto Lucero o Naolinco, y partes de ella, incluso algunas no muy lejos de Jalapa, han permanecido hasta la fecha muy marginadas.

La comunicación entre los sistemas regionales de Orizaba-Córdoba y Xalapa ha sido tradicionalmente escasa y durante mucho tiempo la mayoría de los contactos se realizaba por el puerto de Veracruz o de un punto cercano a él, haciendo uso de un puente sobre el río de la Antigua, que no en balde adquirió renombre y se llamó originalmente del Rey y después Nacional. Esto se explica en parte porque no parecía sencillo atravesar las cañadas de la Vertiente por su parte alta y resultaba preferible desplazarse sobre los parteaguas en dirección este a oeste. Esta condición se ha atenuado un poco, pero la comunicación sigue siendo indirecta y limitada. La razón de fondo, sin embargo, no está en las barrancas sino en que ambas regiones son competidoras antes que complementarias. Sin duda podemos ver en ellas tantas similitudes como diferencias; cada una es, en cierta medida, espejo de la otra. Ninguna pesa demasiado

Población	*2005*	*Conurbación*
Xalapa	387 900	545 600
Coatepec	49 600	
Xico	17 250	
Alto Lucero	13 550	
Naolinco	8 550	

con respecto a su par y ambas comparten una relación simétrica con el México Central y el puerto de Veracruz. Así, podría argüirse que se trata no de dos sino de una sola región de carácter bipolar (lo que supondría una variante formal, pero no sustancial, en la funcionalidad y articulación de la serie de relaciones de intercambio y de identidades culturales que definen a una región). Pero en contra de este argumento se alza el hecho de la patente separación entre ambos sistemas, así como la relevancia y la marcada individualidad de cada uno de ellos. El que estos sistemas vecinos apunten tan poco a la integración mutua es expresión concreta de la estructura espacial de las vertientes.

Veracruz y su hinterland (o Región Jarocha) (mapa 8)

Descendiendo de Orizaba y Córdoba o de Xalapa hacia la costa se llega a un nivel —alrededor de los 400 o 500 metros— donde el espacio se amplía notablemente aunque el horizonte se pierde entre incontables —y pareciera que indefinibles— lomeríos divididos de cuando en cuando por los ríos que bajan de las zonas serranas. En efecto, la región a la que entramos (y en la que concluiremos nuestro primer recorrido por la Vertiente) carece de rasgos físicos llamativos, excepto por la abundancia de dunas a lo largo del litoral. Dominan el bosque bajo y los potreros ganaderos. El lindero con las vecinas regiones de Orizaba y Xalapa es vago y hemos de buscarlo no tanto en el medio físico, sino más bien atendiendo al paulatino cambio en el paisaje y el patrón de poblamiento.

Veracruz y su hinterland —lo que denominaremos Región Jarocha, recogiendo el patronímico de sus habitantes— forman un sistema regional en el que la presencia de un gran centro urbano integrador lo hace comparable a los anteriores. Pero difiere de ellos por ser más extenso, estar menos densamente poblado, y sobre todo por carecer de una jerarquía de ciudades secundarias. Las más importantes de su entorno, Villa Cardel y Soledad de Doblado, le son desproporcionadamente pequeñas, y la mayor parte de la región se caracteriza por poseer asentamientos humanos muy elementales. Parte de la explicación radica en que todo su espacio se despobló radicalmente durante el siglo XVI y en que por mucho tiempo después no se dieron las condiciones económicas ni de salubridad requeridas para repoblarla y mucho menos para consolidar centros urbanos. También difiere de las regiones anteriores en la menor importancia de sus actividades agrícolas, lo que en parte es consecuencia de la relativa pobreza de los suelos.

Población	*2005*	*Conurbación*
Veracruz	444 500	654 200
Boca del Río	129 450	
Villa Cardel	19 400	
Soledad de Doblado	12 300	

El papel que Veracruz desempeñó por tres siglos como la casi única puerta del país hacia el exterior es bien conocido. Tuvo un núcleo urbano consolidado tempranamente, pero su desarrollo demográfico estuvo frenado por la vulnerabilidad de su población ante diversas enfermedades y epidemias. No fue sino hasta principios del siglo XX que empezó a crecer y a absorber las pequeñas poblaciones de sus alrededores (como Boca del Río) y a desarrollar un ambiente urbano de gran personalidad, retratado en su malecón, sus cafés y sus tranvías (que fueron tontamente desechados en 1981). Es un hecho que el crecimiento le ha hecho perder mucho de su carácter, máxime que la ciudad carece de un entorno llamativo. Veracruz ha sido siempre el sitio de mayor movimiento portuario en el país pero lo inconveniente de su medio físico (pues está en un lugar casi a mar abierto, protegido sólo por una diminuta isla) y su falta de infraestructura no lo han dejado crecer como tal y lo hacen ocupar una posición muy modesta en el contexto mundial (un poco menos de 15 millones de toneladas anuales). Como complemento ha desarrollado actividades turísticas (no particularmente destacadas) y una mediana planta industrial ligada a la metalurgia, todo lo cual, aunado a una intensa actividad comercial, da sustento hoy día a más de medio millón de habitantes y a la economía local.

Pudiera cuestionarse que con elementos tan escasos se diga que la Región Jarocha integre un sistema regional pleno, caso en el cual convendría calificarla como una simple zona de transición entre sus vecinos o, alternativamente, considerar la posibilidad de añadirla como un tercer elemento dentro de un conjunto que abarque también las dos regiones anteriores. Esto supondría una variante formal, pero no sustancial, en la funcionalidad y articulación de la serie de relaciones de intercambio y de identidades culturales que definen una región. Sin embargo, dado que el conjunto resultante, además de complejo, incluiría tres centros en manifiesta competencia por el predominio, hemos preferido considerar separadamente, como regiones de por sí, cada una de sus partes.

La Sierra Norte de Puebla (mapa 9)

Por cualquier camino que iniciemos nuestro segundo recorrido, una vez rebasadas las últimas tierras secas del altiplano entramos a una región húmeda, fértil y quebrada cuyo nombre se abrevia indistintamente, en el uso cotidiano, como Sierra de Puebla o Sierra Norte. El conjunto puede describirse en términos generales como la parte alta de la cuenca del río Tecolutla, cuyos cuatro afluentes principales (Apulco, Zempoala, Laxaxalpan y Necaxa) forman otras tantas barrancas, las cuales, sinuosas, encajonadas, húmedas y boscosas, con sus decenas de afluentes secundarios, dominan su paisaje natural. Deben añadirse también la cuenca alta del río Nautla (con el Bobos, linde con la zona serrana de Xalapa), la del San Marcos (o Cazones), y las del Pantepec y el Vinazco (tributarios del Tuxpan, linde con la Sierra de Hidalgo). El conjunto se desplaza, en términos generales, de los 2 000 a los 500 metros sobre el nivel del mar. Lo accidentado del relieve y los desniveles tan fuertes no le quitan un aire acogedor y cierta suavidad que le es característica, pero sí marcan diferencias agudas en clima y vegetación. A veces una distancia muy corta separa zonas de coníferas marcadas por noches frías de otras dominadas por el ambiente bochornoso de un bosque húmedo subtropical. Excepcionalmente, una porción de la cuenca del alto Apulco que cae en zona de sombra de lluvia es, por contraste, áspera y muy seca. La parte más baja de la Sierra, de paisaje abierto, se ha modificado mucho ante el avance de la ganadería.

La Sierra de Puebla se singulariza por su desarrollo equilibrado y su rica integración regional. Puesto que se halla inmediata a la parte medular del México Central, sus relaciones con el altiplano son muy estrechas. Desde tiempos prehispánicos pasaban por ella las principales rutas entre éste y el litoral del Golfo, especialmente el camino de Tuxpan. El surgimiento de Veracruz llevó al desplazamiento de esas rutas principales hacia otras regiones (Xalapa y Orizaba), pero la Sierra de Puebla conservó una densa red de caminos tradicionales. En lo político casi toda la Sierra quedó comprendida dentro del territorio puesto bajo el control de Puebla en la temprana época colonial, y de ahí, obviamente, su nombre. Algunas porciones se asignaron a Veracruz cuando se creó esta unidad política, pero no por ello dejan de ser parte de la Sierra Norte (aunque pudiera ser que el orgullo local lo niegue). Entre estas tierras serranas y sus vecinas costeras los contactos han sido siempre estrechos, aunque de corte más tradicional y económicamente menos significativos que los habidos con el México Central.

De todas las zonas serranas de México, ésta es una de las que más ha vivido manifestaciones de un relativo desarrollo económico sin perder su carácter rural. Durante el auge cafetalero del siglo XIX se construyeron puentes y caminos empedrados que cruzaban la Sierra a través de rutas inverosímiles, algunas veces practicadas sobre la roca viva. Esta red ha

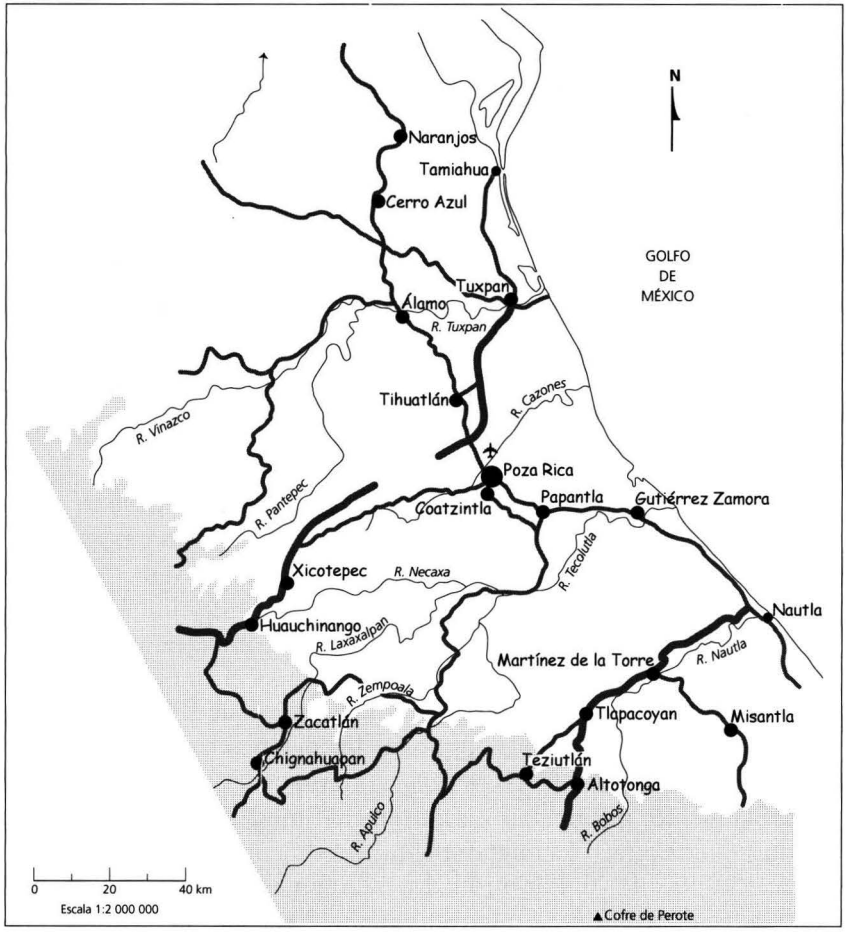
sido sustituida recientemente por numerosas carreteras (destruyendo de paso, sin necesidad pero con ignorancia, el patrimonio cultural de espléndidas obras de ingeniería). También llegaron a ella algunos cortos ramales ferroviarios, hoy abandonados. La generación de energía para la ciudad de México se inició en 1905 con base en un complejo hidroeléctrico construido en la cuenca del Necaxa, sede de algunas de las primeras (y muy modestas) presas modernas del país.

Una nota elocuente a propósito de la topografía de la Sierra es su escasez de superficies planas horizontales, a falta de las cuales las siembras (que varían según la altura, desde el trigo y las manzanas hasta el café y los cítricos) se han hecho en las laderas de los montes, en pendientes cada vez más y más empinadas, sin terrazas y con gran deterioro de los suelos. Esto es reflejo de una situación fácilmente perceptible: la Sierra de Puebla tiene una densidad de población rural de las más altas del país, con 100 a 180 habitantes por kilómetro cuadrado y en algunas zonas hasta más de 300.

La Sierra compensa su alta densidad demográfica con un patrón de poblamiento muy equilibrado. Los centros económicos más significativos son ciudades medianas: Altotonga, Teziutlán, Chignahuapan, Zacatlán, Huauchinango y Xicotepec. Todas, salvo la última, están casi al borde del altiplano (entre los 2 000 y los 1 600 metros), en una zona conocida como bocasierra. Luego, la Sierra tiene un sistema jerarquizado de poblados bien consolidados, gran parte de ellos de origen colonial —de lo que dan testimonio sus notables construcciones religiosas. Hay varias localidades diminutas pero compactas, y los asentamientos dispersos son pocos. En casi toda la región hay población mestiza e indígena (nahua y totonaca) en comunicación estrecha: de todas las regiones del país ésta es la que tiene un carácter pluriétnico más equilibrado y socialmente reconocido.

Para completar esta imagen del paisaje cultural de la Sierra conviene comentar la traza y arquitectura características de sus poblaciones, entendidas como paradigma de las serranas y obviamente diferentes a las del México Central: reflejan su situación en tierras inclinadas y de mucha lluvia: calles en desnivel bordeadas de casas con mucha madera y tejados de enormes aleros. Las ciudades serranas están ubicadas en lugares muy favorecidos, tienen traza definida y una infraestructura urbana bastante amplia. Las poblaciones menores ofrecen una variedad

Población	*2005*
Teziutlán	60 600
Huauchinango	51 900
Xicotepec (Villa Juárez)	37 050
Zacatlán	30 850
Altotonga	18 100
Chignahuapan	16 900



Mapa 9

fascinante: una localidad al abrigo de un cerro o recostada en una ladera, como Ahuacatlán, tiene calles tortuosas y discontinuas con escalinatas, mientras que otra en la cima de una colina, como Iztepec, ofrece una disposición radial con manzanas indefinidas. Zapotitlán, que aprovecha un terreno ancho en la ribera de un río, es caso atípico entre las poblaciones pequeñas por su trazado regular de calles rectas. No dejemos de ver, sin embargo, que construcciones modernas similares a las del México Central están cambiando y estandarizando con rapidez los espacios urbanos, tanto los privados como los públicos. El cemento reclama un lugar cada día más llamativo en el otrora idílico paisaje serrano.

Tuxpan y su hinterland (mapa 9)

Siguiendo el desagüe natural de la Sierra de Puebla por cualquiera de sus barrancas, cada vez menos verticales y más anchas, llegamos a la cuenca baja del Tecolutla, cuyo espacio se funde con las cuencas vecinas: la del Nautla al sur y las del Cazones y el Tuxpan al norte, amén de otras pequeñas, numerosas. Ningún lindero definido, salvo el de la altitud (500 metros más o menos), y un cambio no siempre perceptible en el paisaje natural, la densidad y la composición demográfica, separan la Sierra de estas tierras costeras que le son vecinas. La abundancia de pastizales es otro rasgo llamativo de ellas. Se trata de un espacio de gran anchura. Está sembrado de lomeríos que disfrazan el horizonte, interrumpido de cuando en cuando por algunos picachos aislados muy prominentes, separado del mar por cadenas de médanos y bordeado al sur por la quebrada Sierra de Naolinco, que lo separa de la Región Jarocha. Pero no tiene límite preciso al norte. Por este lado se deja ver sin mucho esfuerzo la huella de la actividad petrolera.

El extenso espacio costero vecino a la Sierra de Puebla carece de nombre propio, al igual que otros que hemos visitado, de manera que lo llamaremos región de Tuxpan por paralelismo con la de Veracruz. Es un sistema regional claramente individualizable pero de difícil demarcación. Su proximidad con el México Central es manifiesta, no sólo porque comprende el punto del litoral más cercano a la ciudad de México, sino porque tiene lazos económicos y culturales que se remontan a la época prehispánica, si bien el desplome demográfico radical que ocurrió en el siglo XVI rompió muchas posibles continuidades. La mayor parte de su poblamiento, por tanto, es relativamente moderna, y aún más si se añade la fuerte atracción migratoria que produjo la explotación petrolera entre 1930 y 1970. Por otro lado, internamente, la región tiene una cerrada red de relaciones e intercambios que ha sido evidente desde mucho tiempo atrás, y en esto se distingue de su vecina jarocha. Esta red ha subsistido a pesar de que la naturaleza de las actividades dominantes ha cambiado de manera muy abrupta y de que también han cambiado sus centros o puntos de apoyo.

Un rasgo representativo de esta región se halla en elementos que dan testimonio de cambios en su organización y perfil poblacional, la superposición de actividades y economías, y la sucesiva sustitución de sus centros dominantes de tal modo que unos han crecido al tiempo que otros han decaído. La sucesión de Papantla, Tuxpan y Poza Rica como virtuales capitales regionales ilustra la profundidad de los cambios habidos.

Papantla es una localidad de contexto tradicional ligada a la Sierra de Puebla. Fue el centro indiscutible de la región mientras la población de habla totonaca fue la predominante en la zona, y en ese papel se mantuvo hasta mediados del siglo XIX. Desde entonces ha crecido relativamente poco y su economía no ha variado sustancialmente, excepto que su carácter tradicional le ha ayudado a sostener una imagen turística positiva. A esto ha contribuido también la cercanía de las ruinas de El Tajín, en las que se conservan monumentos del periodo clásico que popularmente se identifican, sin razón, con Papantla y su cultura de rasgos indígenas pero de origen colonial.

Tuxpan, aunque de fundación muy antigua (y en posición parecida a la de Tampico, cerca de la desembocadura de un río), fue convertido gradualmente a lo largo del siglo XIX en puerto de altura. Su posición con respecto al México Central, mucho más favorecida que la de Tampico, pudo haber obrado en su favor. Pero ese potencial nunca se realizó, en parte por razones políticas y en parte porque nunca se completó un enlace ferroviario, de manera que Tuxpan no pasó de ser un puerto de segundo orden en el conjunto nacional. Pero sí logró arrebatar a Papantla mucha de su importancia comercial y estimuló el crecimiento demográfico de la franja litoral. Resultado parcial de estos desarrollos fue el notable crecimiento de la ganadería en la costa. Tuxpan, por otra parte, posee la mayor planta termoeléctrica del país.

Poza Rica representa una tercera etapa del desarrollo cambiante de la región. Tal etapa, iniciada hacia el segundo cuarto del siglo XX, está ligada a la explotación petrolera y es la que ha producido los cambios más rápidos y profundos. De esta zona provenía, hacia 1960, 67% del petróleo y 27% del gas natural producidos en México. Los años más activos de tal explotación han quedado atrás porque la mayor parte de los campos más productivos de esta región —los más antiguos del país— ya se agotaron. Pero las transformaciones que produjo el petróleo llegaron para quedarse por mucho tiempo. Las estructuras regionales tejidas alrededor de su explotación han absorbido o desplazado a las que antes eran predominantes. Poza Rica, ciudad con algo

Población	*2005*	*Conurbación*
Poza Rica	174 550	458 350
Coatzintla	30 100	
Tuxpan	78 550	
Martínez de la Torre	56 450	
Papantla	51 750	
Tlapacoyan	33 200	
Misantla	24 550	
Álamo	23 600	
Cerro Azul	21 400	
Naranjos	19 200	
Gutiérrez Zamora	13 500	
Tihuatlán	12 800	

de ostentación y poca gracia, nació y creció con el proceso rápido y desordenado de inmigración asociado al oro negro. La llegada masiva de trabajadores ahogó demográfica y culturalmente a las poblaciones existentes y tragó a la vecina Coatzintla. Papantla, con toda su tradición, quedó como satélite económico de Poza Rica, y aunque Tuxpan no fue avasallado tan radicalmente sí quedó en posición secundaria. Esto podría estar cambiando, ya que la actividad petrolera ha decaído y, en cambio, el potencial comercial de Tuxpan parece renacer. En esto ha de desempeñar un papel fundamental la eventual conclusión de una carretera moderna de alta velocidad que ligará el puerto con el México Central, lo que significará que por primera vez se podrá sacar provecho inmediato de la favorecida posición de Tuxpan en el conjunto nacional.

Además de estas localidades representativas de las diversas etapas de la integración regional, hay otras no menos sustanciales. Entre todas forman un acervo urbano importante y bastante bien distribuido espacialmente. Al sur, en un zona de actividad sobre todo ganadera y no tocada por el petróleo, Martínez de la Torre encabeza un conjunto de ciudades medianas que incluye Tlapacoyan, Misantla y Gutiérrez Zamora. Al norte, donde sí alternan el ganado y la actividad petrolera, se hallan Tihuatlán, Álamo, Cerro Azul y Naranjos en relativa igualdad de circunstancias. Pequeñas localidades costeras como Nautla y Tamiahua se combinan con una gran cantidad de pequeños asentamientos para dar albergue a la población rural y a espacios de pesca y agricultura de temporal.

La Cañada y la Sierra Mazateca (mapa 10)

Nuestro tercer recorrido nos lleva de entrada a dos lugares tan diferentes como relacionados entre sí. No podemos darle primacía a uno sobre otro, de manera que los consideraremos separadamente.

El primero es un espacio semiencerrado: la Cañada. Así se conoce tradicionalmente el valle de los ríos Salado y Grande, perteneciente (al igual que el de Tehuacán) a la cuenca alta del Santo Domingo, el principal afluente del Papaloapan. A diferencia de la mayoría de los espacios serranos de la Vertiente del Golfo, las barrancas que nacen en la Mixteca Alta (inmediatamente al oeste) no bajan directamente a la costa, sino que se detienen en este valle (un poco abajo de los 800 metros sobre el nivel del mar), el cual puede definirse como una especie de escalón transversal que concentra todas las corrientes y les da salida por una sola abertura, al centro, entre una pinza montañosa a la que nos referimos páginas atrás. Por ella se desprende perpendicularmente el Santo Domingo

propiamente dicho. Esta posición atípica convierte la Cañada en zona de sombra de lluvia, cálida y seca. Alberga al más ancho y plano de todos los valles serranos de la Vertiente del Golfo y su suelo es relativamente fértil, pero las laderas son áridas y erosionadas, albergue de una sucesión interminable de biznagas y enormes órganos. Las laderas del lado oeste están surcadas por las barrancas que se abren desde la Mixteca Alta, entre las cuales debe destacarse el impresionante Cañón de Jiquila, uno de los recintos naturales más espectaculares de México.

Pasemos ahora al otro espacio que anticipamos. Una llamativa hendidura abre el frente oriental de la Cañada para dar salida, de forma perpendicular, al mencionado Santo Domingo, el cual desciende a lo largo de una garganta profunda y accidentada. Éste es el recinto focal de la Sierra Mazateca. La región se ubica a ambos lados de la barranca (al noroeste y al sureste) asentándose sobre la pinza montañosa varias veces aludida. Esta curiosa disposición hace que sus declives apunten hacia todas direcciones y no sólo hacia el litoral: según su orientación, unos son secos y áridos, y otros —los que miran hacia la costa— sumamente húmedos y cubiertos de espesa vegetación. Asimismo, la altitud determina contrastes climáticos equiparables a los de otras regiones serranas de la Vertiente. La mitad norte de la Sierra Mazateca se conecta con la de Zongolica (parte de la región de Orizaba), y la mitad sur lo hace con la Sierra Zapoteca. No hay un lindero fisiográfico claro frente a estas regiones, pero sí espacios intermedios relativamente abruptos y de escaso poblamiento.

A primera vista, la Cañada (*La* Cañada, si hemos de ser puristas) casi no se distingue del espacio vecino por el que entramos en ella, el de Tehuacán (integrado en los sistemas regionales del México Central), porque el lindero fisiográfico, ambiental y económico que los separa es gradual. Pero debemos tener presente que la zona de Tehuacán, como se dijo en su momento, es en sí misma un espacio de transición. Además, dejando de lado la porción más próxima a Tehuacán (que pertenece al Estado de Puebla), el resto de la Cañada (que cae en jurisdicción de Oaxaca) es un espacio con atributos serranos de gran singularidad.

Se trata de una parte del país relativamente aislada y poco conocida, pero no siempre ha sido así. En la época prehispánica se tejieron por ella importantes redes de intercambio, muchas de las cuales subsistieron durante la colonia. El nombre de la Cañada deriva del hecho de haber albergado la línea troncal de una red de *cañadas* o caminos ganaderos muy relevantes en esa época. La Cañada se favoreció

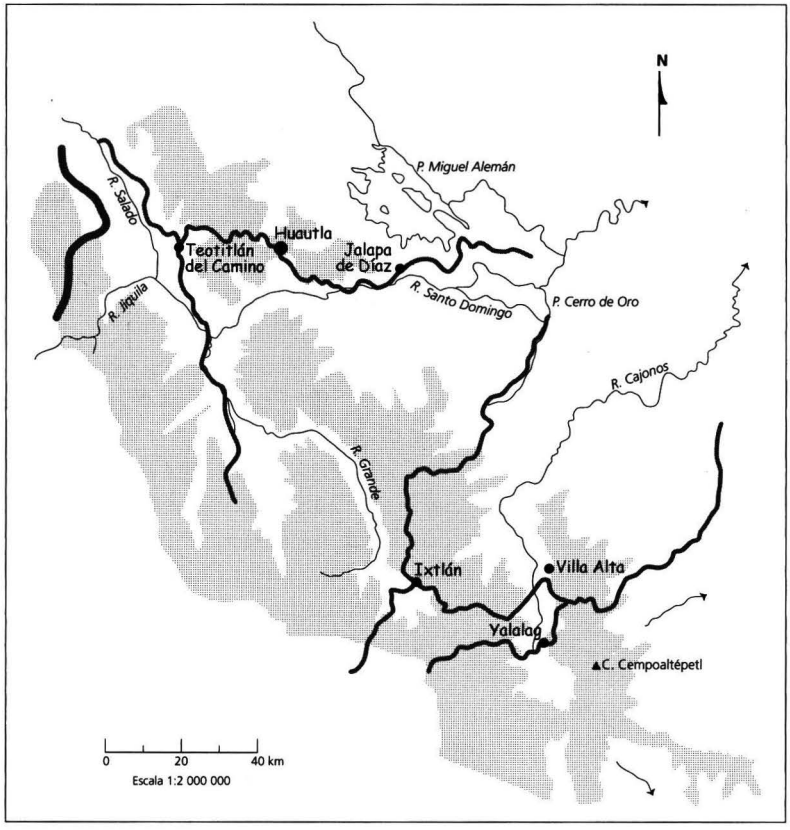
Población	*2005*
Huautla	11 550
Teotitlán del Camino	7 400
Jalapa de Díaz	6 100

mucho por brindar un paso conveniente entre Tehuacán y el Valle de Oaxaca, atípico por su disposición general (ya que desciende del altiplano para luego volver a ascender) pero ventajoso por su topografía. La ruta ferroviaria hacia Oaxaca se tendió por allí a fines del siglo XIX y desde entonces se acentuó la diferenciación entre este espacio (que se hizo más accesible y experimentó cierto desarrollo económico) y el resto del conjunto, o sea la Sierra Mazateca (que se fue volviendo tanto más aislada, en términos relativos, cuanto más quedaba marginada de los procesos de modernización). Sin embargo, el desarrollo de la Cañada fue moderado. Una carretera que replicó el trazo del ferrocarril nunca fue muy favorecida, y otra más moderna la toca apenas tangencialmente.

Circunstancias como las referidas explican que el desarrollo urbano de la Cañada sea pobre y se pueda definir como una sencilla cadena de asentamientos medianos, de los cuales el más importante es Teotitlán del Camino, centro comercial que, como su nombre lo indica, saca ventaja de la posición relativa de la región. Ésta alberga también una modesta industria azucarera que se alimenta de la caña sembrada en su parte más baja y llegó a tener fama por sus excelentes rones o *habaneros* que no se producen más. Pero más arriba, en las laderas, la economía se limita en gran parte a la tradicional cría de cabras.

La Sierra Mazateca (nombre relativamente circunstancial que no es compartido por todos) se divide en una porción al norte y otra al sur del Santo Domingo de una manera tan radical que el hecho la singulariza entre todas las regiones serranas de la Vertiente. Pero hay que destacar que tal división no es sólo fisiográfica. La disposición dual de este espacio se ve acentuada por el poblamiento y la accesibilidad. La porción norte alberga la ruta troncal de la Cañada a la costa y los pocos caminos que llevan a la Sierra de Zongolica o permiten ciertos enlaces internos. La porción sur, más agreste y menos poblada, carece de una ruta equiparable: es una zona muy pobremente comunicada. Linda con la Sierra Zapoteca, pero no hay camino que permita pasar de una a otra a no ser que se sigan, a pie, veredas tradicionales.

En esta región se manifiesta la subsistencia y el predominio de una sociedad y economía tradicionales. Prevalece la agricultura campesina y hay una densa red de intercambios tradicionales que contrasta con la pobreza de las comunicaciones modernas. Cabe destacar su muy escasa interrelación con el resto del país y su tenue mestizaje. Su población



Mapa 10

incluye habitantes nahuas, mixtecos, cuicatecos y, naturalmente, mazatecos, entre quienes hasta hace poco se percibían rasgos de supervivencia cultural muy notables en comparación con otras regiones mexicanas. Huautla, en la parte más alta, y Jalapa de Díaz, en la más baja, son las localidades que amarran el entramado regional, aunque se trata de centros urbanos poco desarrollados y la jerarquía de localidades dependientes es difusa.

El perfil de la Sierra se alteró en 1955, cuando su parte más baja fue transformada sustancialmente por la vecindad del extenso embalse a que dio lugar la construcción de la Presa Miguel Alemán (la quinta por su capacidad en el país) sobre otro de los afluentes del Papaloapan y, adicionalmente, por el flujo migratorio que propició. Varias localidades reorientaron sus comunicaciones por el embalse y modificaron sus acti-

vidades tradicionales. Más recientemente, en 1989, se concluyó una segunda presa, la Cerro de Oro, ésta sí sobre el propio Santo Domingo aunque en una zona menos poblada. Éstas son las dos únicas grandes presas de la Vertiente del Golfo y fueron construidas con el propósito principal de regular los escurrimientos de la cuenca del Papaloapan en la región de Sotavento, inmediata a la Sierra Mazateca por el lado de la costa. Debido a ellas, pero sobre todo a la segunda, la región entera vive en estos tiempos un parteaguas en su historia y tal vez salga pronto de su aislamiento, aunque aún es pronto para decir si se redefinirá radicalmente o no.

La Sierra Mazateca y la Cañada son espacios que pueden ser considerados, según el punto de vista que se tome, como dos regiones distintas o como una sola con dos partes diferenciadas y en cierta medida contrapuestas. En favor de la primera perspectiva está la acusada diferencia entre el medio físico, la historia y las condiciones socioculturales de una y otra; en favor de la segunda puede citarse el hecho de que cada parte por separado es de poca significación y que, en cambio, su conjunto forma un espacio asociado a un solo recinto fisiográfico dominante (la cuenca del Santo Domingo) cuya integración parece ir creciendo. Tan válida puede ser una perspectiva como la otra, y la opción no reviste gran importancia, pero lo que sí debe subrayarse es que estas situaciones han ido cambiando con el paso del tiempo, lo cual es muestra de que la definición misma de las regiones está sujeta a circunstancias históricas.

La Sierra Zapoteca (mapa 10)

Una variante de nuestro tercer recorrido nos introduce en un espacio serrano ocupado por algunos de los afluentes más meridionales del Papaloapan, entre los que sobresalen la parte superior del Río Grande (que baja hacia la Cañada) y el Cajonos (tributario del Tesechoacán). Las dos inmensas barrancas que albergan estas corrientes —y que nos proporcionan paisajes de amplias perspectivas— son los recintos dominantes de la Sierra Zapoteca, que en su parte central es identificada como Sierra de Juárez. Se trata de un espacio serrano no muy diferente del último que visitamos, aunque más extenso, seco, poblado y erosionado, excepto en sus contornos, lo que hace que sea relativamente fácil percibir la entrada a esta región desde cualquiera de sus vecinas. De manera muy notable, una franja relativamente inaccesible de tierras montuosas, poco pobladas y cubiertas (por ahora) de espesos bosques separa la Sierra Zapoteca de la región de Sotavento. Adicionalmente, del macizo montañoso que bordea el río Cajonos por el este —donde se alza el cerro Cempoaltépetl— nacen

varias barrancas que confluyen en su mayoría en el río San Juan, el más oriental de los afluentes del Papaloapan, más unas pocas que se dirigen al Tehuantepec. Y como una prolongación de este macizo todavía más hacia el oriente se asienta la escabrosa aunque poco elevada Sierra Mixe, montada sobre el parteaguas continental y punto de enlace fisiográfico entre la Vertiente del Golfo, la del Pacífico y las cadenas Caribeña y Centroamericana.

Culturalmente más conspicua e integrada que su vecina la Mazateca, la Sierra Zapoteca reúne con holgura los rasgos funcionales de un sistema regional, así sea por su individualidad y su aislamiento. Dos de los puntos que mejor distinguen a ambas sierras es que la Zapoteca ha estado mucho menos expuesta que la Mazateca a innovaciones y contrastes. En la época prehispánica no estuvo ligada políticamente al México Central, o lo estuvo muy tardíamente, y después quedó al margen de las principales rutas de comunicación. A la fecha, fuera de sus nexos con el Valle de Oaxaca, las relaciones de esta región con sus demás vecinas son de poca monta. Así, ha estado notablemente más distante que su vecina de la presencia o influencia de industrias y ferrocarriles, y ha vivido por completo ajena a la experiencia transformadora de presas y embalses. Tampoco ha pasado por movimientos importantes de población, excepto por cierta tendencia a la emigración, acentuada en los últimos años. Como resultado de todo esto es una región que podría parecer encerrada en sí misma.

La Sierra Zapoteca tiene poblamiento en su mayoría indoamericano (zapoteco, por supuesto), aunque culturalmente mestizo. Los españoles habían planeado crear un centro de colonización en Villa Alta, que subsiste pero nunca prosperó y casi no se distingue de otros asentamientos. La Sierra quedó limitada desde entonces a depender fuertemente del Valle de Oaxaca y a vivir de una economía de subsistencia en la que se ha mantenido con pocas excepciones (como fue el caso de su participación en la producción de grana durante parte de la época colonial). El panorama económico actual, casi limitado a una primitiva agricultura de temporal y estimulado peligrosamente por la explotación forestal (cuya sustentabilidad en este caso es discutible), muestra pocos visos de cambio. Sin movimientos migratorios de consideración y escaso mestizaje, el panorama demográfico es también poco dinámico.

El paisaje de la Sierra Zapoteca está salpicado de localidades pequeñas y muy concentradas donde vive la mayor parte de su población. Muchas de estas localidades son espectaculares por su ubicación al borde de

inmensas barrancas, pero sin embargo son de pobre presencia arquitectónica. Ninguna puede ser clasificada como un centro urbano, aunque el calificativo de predominante puede concedérsele a Ixtlán en la porción que mira al Río Grande y a Yalalag en la que mira al Cajonos.

Una peculiaridad de esta región es la carencia de poblamiento en su declive nororiental, es decir, en el frente que colinda con las zonas costeras —justo la porción oriental de la región de Sotavento y el inicio de la Cadena Caribeña. Esto es explicable, pues no debe perderse de vista que tanto la Sierra Zapoteca como Sotavento marcan el extremo oriental de la Vertiente del Golfo, y el Valle de Oaxaca el extremo correspondiente del México Central, de manera que no es de extrañar que se encuentren muestras de la disolución del sistema de relaciones entre el altiplano y el litoral que es propio de las vertientes. Tal situación, por lo demás, es producto de un prolongado proceso de despoblamiento que se inició en el siglo XVI y se mantuvo hasta el XIX, el cual afectó no sólo la parte baja de la Sierra sino también la costa. Sólo a principios del siglo XX empezó a promoverse la reocupación de esta última y se procuró reforzar las escasas vías de comunicación que subsistían. La parte baja de la Sierra se mantuvo despoblada hasta hace diez o veinte años, pero en la actualidad no se necesita mucho esfuerzo para encontrar testimonios de colonización reciente y agresiva.

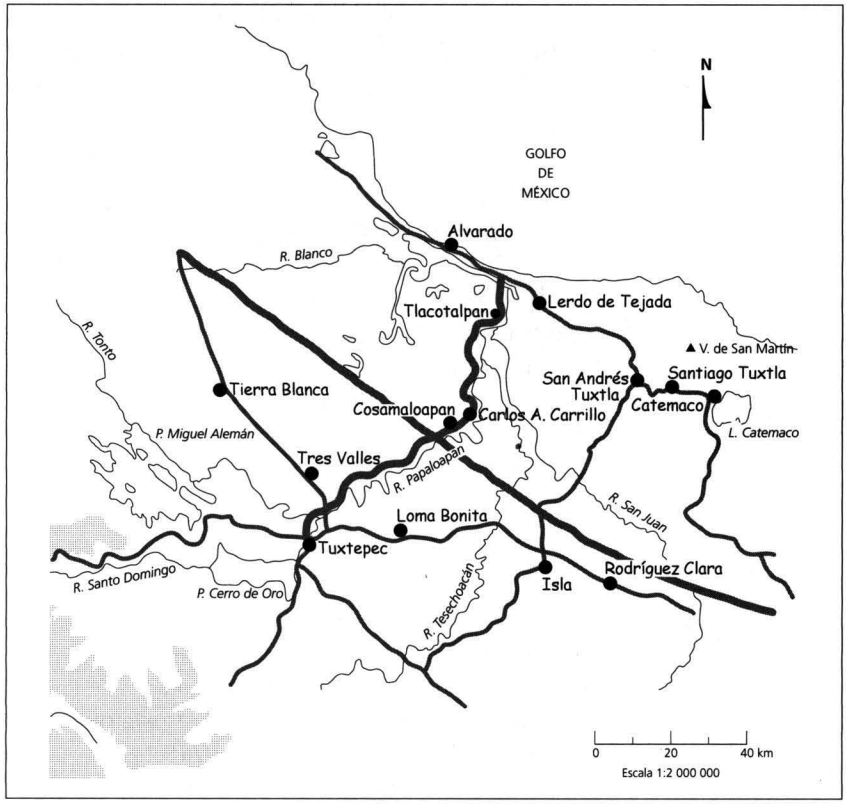
Un espacio vecino a la Sierra Zapoteca merece distinguirse de ésta por su acusada individualidad cultural y por poseer una muy difusa red de relaciones. Se trata de la Sierra Mixe, al oriente del Cempoaltépetl, a la que se entra por un ramal de la más oriental de las rutas que descienden por la Vertiente. Este agreste y húmedo espacio tiene entre otras peculiaridades la de haber permanecido (igual que la Sierra de los Huicholes en el Norte) como un enclave no colonizado por españoles hasta el siglo XVIII. Por ello, y porque aun en el periodo prehispánico había sido una zona marginal, no compartió con otras partes de Mesoamérica etapas importantes de su experiencia histórica; fue, en cambio, una especie de presencia del pasado. Aunque la Sierra Zapoteca le es vecina, el lindero cultural que separa ambas regiones es perceptible si se hace un recorrido por los pocos senderos que hay, y más distante aún es el contacto con sus otras vecinas, la zona serrana de Tehuantepec y un punto extremo de la Vertiente del Pacífico. Muy encerrada en sí misma, sumamente hostil hacia toda intromisión exterior, la Sierra Mixe no había sido

Población	*2005*
Ixtlán	2 500
Yalalag	1 700
Villa Alta	1 200

hollada por un automóvil antes de 1970. Pero los pequeños cambios que se han introducido en las últimas décadas han alterado su perfil tradicional. Sobre ella tienen mucho impacto los intensos procesos de colonización que se están viviendo en su flanco norte, en las zonas marginales de la región de Coatzacoalcos, primera de la Cadena Caribeña, tanto que no sería descabellado prever que acabará integrándose a ésta. Como quiera que sea, es interesante observar que la Sierra Mixe, siendo como es un elemento tan relevante en la estructura fisiográfica del país y punto en que se tocan los componentes fundamentales de su geografía, sea al mismo tiempo un elemento tan débil en el entramado regional. Aquí, el único lugar donde podría haber contacto directo entre las vertientes del Golfo y del Pacífico sin ningún espacio del México Central de por medio —lo cual se antojaría un escenario prometedor— lo que hay es un lindero a lo largo del cual no hay casi ninguna interacción.

Sotavento (mapa 11)

Los linderos de este espacio con las áreas serranas de las que procedemos son evidentes en los bruscos cambios fisiográficos y poblacionales que se perciben entre uno y otras, de modo que en ninguna otra parte de la Vertiente del Golfo hay un contraste tan acusado entre el entorno serrano y el costero. Llegados al punto donde se juntan las variantes de nuestro tercer recorrido por la Vertiente del Golfo, a unos 500 metros sobre el nivel del mar, empieza Sotavento, una región de perfil plano y abierto que se prolonga hasta el litoral. Dos ríos, el Tonto y el Santo Domingo, se juntan para formar el Papaloapan, al que se unen más abajo el Tesechoacán y el San Juan —de todos los cuales hemos hablado ya. El Papaloapan es el rasgo físico dominante de Sotavento y el elemento focal de su paisaje. Regulado parcialmente en su flujo por las presas Miguel Alemán y Cerro de Oro, es un río plácido de ancha cuenca que, con sus vecinos, forma una extensa llanura aluvial surcada por meandros y sembrada de numerosas (aunque decrecientes) lagunas. Entre estas aguas, la mayor parte de Sotavento está ocupada por una sucesión aparentemente interminable de suaves colinas, o por dunas que marcan la línea del litoral: no difiere mucho su paisaje —dominado sustancialmente por pastizales— del de la Región Jarocha, de la que no lo separa tampoco ningún accidente fisiográfico, pero es más húmedo y posee un patrón de poblamiento diferente y vegetación más rica. El conjunto tiene un componente adicional al oriente, pues el sistema regional de Sotavento abarca también la mayor parte de una aislada zona montañosa de origen volcánico, abigarrada topografía y riquísima vegetación que se alza hasta más de 1 700 metros frente al mar: la Sierra de los Tuxtlas, coronada por el Volcán de San Martín y sede del profundo lago de Catemaco, el único de consideración en toda la Vertiente del Golfo. Ella termina aquí y a sus espaldas, hacia el oriente, da inicio el primer eslabón de la Cadena Caribeña.



Mapa 11

El de Sotavento es sin duda el sistema regional costero de la Vertiente del Golfo que ha tenido mayor continuidad y estabilidad en su poblamiento, y por lo tanto, el de mayor riqueza y variedad cultural. Nació sobre vías fluviales y sobre ellas fundó su existencia y desarrollo hasta el advenimiento de los ferrocarriles a fines del siglo XIX. Sacando provecho inteligentemente de este entorno, la región consolidó una economía consistente (fundada a partir de la época colonial en la ganadería y la explotación forestal) y centros urbanos bien definidos. El Papaloapan era un río verdaderamente navegable. Sobre él, a pocos kilómetros de la costa, Tlacotalpan era un puerto de altura al que llegaban barcos de considerable calado. Con el tiempo la red de ferrocarriles reorientó la región hacia el interior, alimentó procesos de colonización e inició el desmantelamiento de su sistema fluvial. Éste, por otra parte, vio disminuido su caudal. El proyecto de desarrollo de la Comisión del Papaloapan, crea-

da en 1947, originó la primera gran presa mexicana, la ya mencionada Miguel Alemán, concluida en 1955 sobre uno de los principales afluentes del Papaloapan, el Río Tonto, al pie de la Sierra Mazateca. Su función principal fue regular los escurrimientos del río y fomentar la desecación de pantanos y lagunas. Como última consecuencia, facilitó el tendido de carreteras y dio el paso definitivo en el proceso de borrar el carácter fluvial de la región. Entre tanto, el proyecto de desarrollo en sí quedó estancado. Basta visitar el pequeño poblado llamado Ciudad Alemán, inmediato a Tuxtepec, para encontrar el símbolo de muchos de los grandes proyectos nacionales: infraestructura de calles bien trazadas, pero vacías y abandonadas entre cañaverales. Se le imaginó como la capital de un emporio agrícola e industrial.

Despojada de su entorno fluvial y asimismo de la mayor parte de sus bosques, y alimentada por varias oleadas colonizadoras, la región ha orientado su economía a actividades ganaderas y la producción de caña de azúcar, piña, mango, tabaco y otros productos agrícolas de mercado amplio. Significativamente para su tamaño, carece de comunicación aérea.

La zona de los Tuxtlas (estrictamente hablando, *Los* Tuxtlas) difiere mucho en su medio físico. Pudiera argumentarse este hecho como elemento para considerarla como una región aparte, pero el medio físico en sí no necesariamente ha de llevarnos a romper un sistema regional bien amarrado sobre la base de otros fundamentos, y así ocurre en este caso. El poblamiento y el perfil cultural de casi toda esta parte montañosa es afín al de la parte regada por el Papaloapan. Ambas han tenido relación muy estrecha desde por lo menos los inicios del periodo colonial. Justo en el área donde confluyen las tierras bajas con las montuosas, Hernando Cortés sembró caña de azúcar por primera vez en México y construyó el primer ingenio. La producción azucarera decayó después, pero volvió a resurgir a finales del siglo XIX centrada en las riberas del propio río y apoyada por varios ingenios, entre ellos el gigantesco de San Cristóbal (Carlos A. Carrillo), cercano a Cosamaloapan. Por otra parte, cabe notar que la Sierra de los Tuxtlas, en la que también es de señalarse el cultivo de tabaco, marca

Población	*2005*
Tuxtepec	94 250
San Andrés Tuxtla	58 800
Tierra Blanca	44 200
Loma Bonita	29 800
Cosamaloapan	29 050
Carlos A. Carrillo	17 450
Catemaco	26 200
Isla	24 050
Alvarado	22 350
Lerdo de Tejada	17 300
Tres Valles	16 050
Santiago Tuxtla	15 250
Rodríguez Clara	13 000
Tlacotalpan	8 050

el lindero oriental de la Vertiente del Golfo y que a sus espaldas ya se asoman rasgos afines a la región de Coatzacoalcos. Los Tuxtlas, en suma, figuran en nuestra geografía como lindero y no como región.

Sotavento posee la red de centros urbanos más elaborada de la costa. Algunas de las ciudades más antiguas —Cosamaloapan, Alvarado y Tlacotalpan— están sobre el Papaloapan y nacieron y se desarrollaron ligados a él hasta que perdieron gradualmente su carácter de ciudades fluviales. A pesar de las transformaciones vividas, su aspecto no deja lugar a dudas en cuanto a la presencia de una sociedad tradicional y bien establecida. Hay una cultura arquitectónica evidente en las casas sólidas y con portales, que contrastan con la mayoría de las construcciones de la costa, bastante frágiles y a menudo de madera. Ambos tipos de habitación son apropiados para el clima cálido y húmedo, pero corresponden a realidades sociales muy diferentes. Tlacotalpan, desde que el río dejó de ser navegable por obra y gracia de los fabricantes de paraísos, ha perdido su importancia económica y se halla muy reducida, no obstante lo cual posee esos rasgos de solidez de la vida asentada hace tiempo. El centro de la ciudad se puede recorrer bajo portales, curioseando las salas de las casas populares más limpias y elegantemente amuebladas de México.

El panorama urbano no se limita a estas ciudades. Hay varias otras igualmente antiguas, bien trazadas y de dimensiones considerables. Remontando la corriente de los ríos se halla la mayor concentración urbana de la región, Tuxtepec (que cae bajo jurisdicción de Oaxaca), y en las estribaciones de los Tuxtlas, en tierras ligeramente más altas, San Andrés Tuxtla, con su acompañantes menores, Santiago Tuxtla y Catemaco. Aparte, hay un buen número de centros urbanos de fundación más moderna, surgidos a principios del siglo xx a lo largo de la ruta del ferrocarril y en relación directa con los movimientos de colonización y el inicio de la agricultura comercial: Tierra Blanca, Tres Valles, Loma Bonita, Isla y Rodríguez Clara. Son ciudades que crecieron bruscamente, poco afortunadas en lo arquitectónico y llamativas sólo por su tamaño. Otras, como Lerdo de Tejada y varias de menor importancia, están desparramadas en la mayoría de los intersticios que se abren entre las poblaciones mayores.

La Sierra de Hidalgo (mapa 12)

Nuestro cuarto recorrido, distante del anterior y mucho más al norte, nos ofrece en su parte inicial dos variantes más o menos paralelas que consideraremos separadamente.

La primera nos lleva a un recinto fisiográfico amplio y relativamente bien acotado: la cuenca del Amajac. Éste es el corazón de la Sierra de Hidalgo, que puede entenderse también como la continuación, al noroeste, de la Sierra de Puebla, pero de la que se distingue por tener paisajes relativamente más abiertos, mayor altitud promedio (baja de los 2 000 a los 800 metros), ocupación humana menos densa y un sistema regional apenas perceptible. Pero tanto en una como en otra las partes altas difieren de las bajas por las condiciones climáticas y la vegetación preponderante, y los contrastes ocurren dentro de distancias muy cortas. Caso muy llamativo es el de la cabecera del Amajac, en parte encañonada y en parte ocupada por un afluente que alberga un valle conocido como Vega de Metztitlán, que contiene una pequeña laguna y tiene la peculiaridad de caer en zona de sombra de lluvia y ser notablemente seca y árida excepto por su fondo bien regado y rico en aluviones. El paisaje de la Vega se asemeja al del inconfundible recinto de la Cañada, y también al del Mezquital (a cuya espalda se encuentra, pero casi sin comunicación con él). Al occidente de todo este conjunto, el encañonado río Moctezuma, recientemente represado, marca un lindero muy radical con la Sierra Gorda.

Nos hallamos ante la más extensa de las áreas serranas de la Vertiente, área en la que cabe señalar dos espacios superiores —la Sierra de Hidalgo y la Sierra Gorda— y luego, más abajo, un tercero —la Huasteca—, muy relacionados pero también claramente diferenciados entre sí. Por eso los veremos de manera separada, aunque los atributos culturales, económicos o fisiográficos y las funciones articuladoras de los dos primeros son comparativamente muy limitados. Además, por sus particularidades, no se les puede asimilar a las regiones vecinas.

La Sierra de Hidalgo carece de un nombre tradicional. En la época colonial, cuando era una zona con escasos rasgos distintivos, se hablaba a veces de ella como la Sierra Alta (en contraposición a la Sierra Baja, nombre ocasionalmente dado a la de Puebla). Se ha dado en llamarla como lo hacemos no por otra razón que la de caer en jurisdicción del Estado de Hidalgo. Su límite con la Huasteca (y también con la Sierra de Puebla) es impreciso y depende de la percepción que se ha tenido en diversos momentos o de la forma como se pondere el antecedente huasteco (u otomí), más o menos difuso, que puede hallarse en parte de sus habitantes.

La población de la Sierra de Hidalgo tiende más a la dispersión que a la congregación, y éste es uno de los rasgos que más la distinguen de la de Puebla. Así, cuenta con infinidad de pequeños asentamientos pero pocas

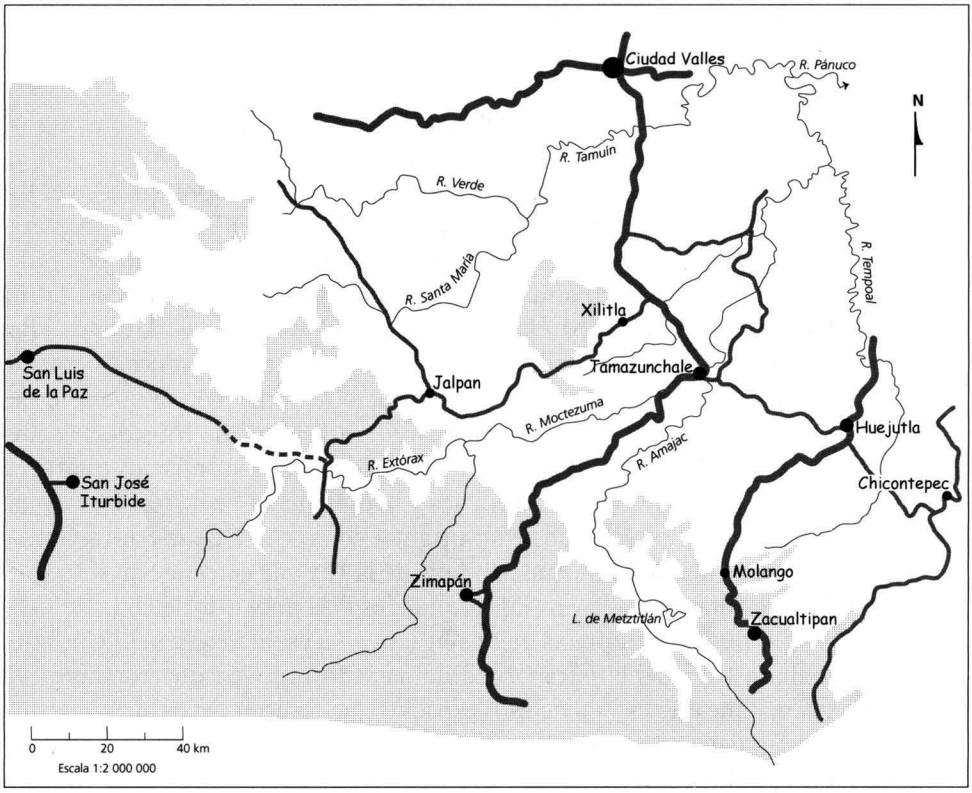
Población	*2005*
Zacualtipan	17 600
Zimapán	11 500
Molango	3 950

localidades de tamaño sustancial, entre las cuales apenas se puede contar a Zacualtipan, Zimapán y, muy por detrás, Molango, que se benefician del tendido de las dos rutas troncales que cruzan la Sierra ligando el México Central con la Huasteca. Zimapán conoció en el pasado colonial una breve época de prosperidad minera, revivida fugazmente por el turismo norteamericano en los años de auge de la "Carretera Panamericana" (tramo de un proyecto continental trazado exóticamente por las pendientes de esta zona hacia 1935 y que fue utilizado como ruta troncal sólo mientras no hubo otra alternativa menos sinuosa y más expedita). El crecimiento de Zacualtipan es reciente y más aún la popularidad de sus entornos, incluido Molango, como área de recreo para los habitantes de la parte norte del Valle de México. La minería continúa siendo actividad económica importante en algunos puntos, en especial cerca de Molango, pero funciona como enclave que no ha dejado una huella notable en el paisaje cultural.

Fuera de las carreteras principales, la red de caminos vecinales es incompleta y deficiente. Dado que hay espacios rurales muy marginados, en particular en las partes más áridas, el perfil socioeconómico de la zona es, comprensiblemente, de bajo nivel, expuesto a fuertes contrastes y propenso a conflictos. La agricultura prevaleciente es de subsistencia y se complementa con una moderada explotación forestal.

La Sierra Gorda (mapa 12)

Una variante de nuestro cuarto recorrido nos conduce a lo largo del borde occidental de la cuenca del Moctezuma, al que se baja, en algunos lados, casi a pique. Entramos así en la Sierra Gorda, el más occidental de los espacios serranos de esta parte del país. El río marca, como ya se dijo, un lindero tajante con la vecina Sierra de Hidalgo, de la cual se distingue fundamentalmente por el hecho de tener una historia diferente. Fuera de esto, una y otra se asemejan en su medio físico muy contrastado, aunque la Sierra Gorda lo tiene aún más, al grado de poseer paisajes tan diferentes que cuesta trabajo reconocer que pertenecen a un mismo sistema regional: al sur, en la cuenca del Extórax, tributario del Moctezuma, se encuentran los espacios semidesérticos más extensos del México Central; al noreste, en zonas que desaguan hacia el Santa María (o Tamuín), afluente también del Pánuco, el paisaje está sembrado de parches de la vegetación más feraz. Por este último rumbo el medio físico, que se distingue también por la abundancia de grandes y profundas cavernas, se continúa sin cambios mayores dentro del apéndice serrano de la región de San Luis Potosí, en el sector central del Norte.



Mapa 12

La Sierra Gorda se distingue por el hecho de tener una historia diferente a la de cualquier otra de las regiones serranas de la Vertiente del Golfo. Situada en el linde de las poblaciones nómadas prehispánicas, su poblamiento fijo por parte de los españoles se inició tardíamente en la parte occidental, por el área de San Luis de la Paz, pero sin penetrar en la oriental, la cual no fue ocupada sino hasta el siglo XVIII en circunstancias especiales, alrededor de asentamientos misionales y bajo la jurisdicción de Querétaro, en la cual permanece casi en su totalidad. En este sentido la historia de la Sierra Gorda se asemeja a la de las regiones norteñas, entre las cuales se podría contar de no ser porque los años transcurridos le han borrado muchos de sus rasgos originales. De su pasado le queda, sin embargo, una herencia arquitectónica muy rica —las célebres misiones franciscanas de la Sierra Gorda— que se ha explotado, con acierto, para el fomento del turismo. Las zonas desérticas también han

resultado atractivas, sobre todo por la recolección de cactáceas, actividad que ha despertado gran interés aunque al mismo tiempo ha conducido a la sobrexplotación. El delicado equilibrio ecológico de estos espacios se ha mantenido gracias a su relativo aislamiento y poca población, mas no por ello deja de verse seriamente amenazado.

El componente occidental de este conjunto (comprendido en el Estado de Guanajuato), donde se halla San Luis de la Paz, fue considerado tradicionalmente como la parte más importante de la Sierra Gorda, pero tal posición actualmente no es muy clara ya que esta zona orbita hacia las regiones de San Luis Potosí (en la Vertiente del Norte) o el Bajío (en el México Central). Con ellas está muy bien comunicado, mucho más que con el resto de su propio espacio regional, con el que sólo tiene enlaces muy precarios. Sin embargo no se le puede considerar como parte esas regiones, máxime que en cualquiera de las mismas estaría en una posición por demás excéntrica y marginal. Así pues, resulta razonable mantenerlo en su posición original como parte de la Sierra Gorda, con la peculiaridad de que San Luis de la Paz y la cercana San José Iturbide resultan ser, a la vez, las localidades más pobladas de la Sierra Gorda y al mismo tiempo las menos ligadas a su espacio regional. Una anomalía así no debe extrañarnos demasiado una vez que tomamos en cuenta que éste es uno de esos espacios que carecen de los atributos culturales o económicos y de las funciones articuladoras que justificarían designarlos como sistemas regionales plenos, pero tampoco se les puede asimilar a las regiones vecinas. Deben ser clasificados más bien como zonas de transición y englobarse dentro de un conjunto que se identifique por algún elemento particular, como, en este caso, una experiencia histórica compartida.

El componente oriental del conjunto es menos significativo demográficamente pero en cambio tiene mayores elementos de integración regional. Aunque apenas cuenta con la pequeña ciudad de Jalpan como único centro urbano relevante y encrucijada de carreteras, esta parte de la Sierra Gorda está relativamente bien comunicada con el exterior, tanto con la Huasteca como con Querétaro y la región de San Luis Potosí. El enlace con el área de San Luis de la Paz se da, como ya se anticipó, a través de un camino secundario, sinuoso y poco frecuentado.

Población	*2005*
San Luis de la Paz	46 000
San José Iurbide	20 100
Jalpan	9 000

La Huasteca (mapa 12)

La entrada a la Huasteca desde las regiones que acabamos de visitar es casi imperceptible, tanto que será frecuente hallar discrepancias respecto de dónde marcar los linderos de ésta, que en su extremo sudoriental llega a fundirse también con la Sierra de Puebla. Pero, a pesar de estas imprecisiones, la Huasteca puede ser definida fisiográficamente como el conjunto de las cuencas de los ríos Tempoal, Moctezuma (en su curso bajo), Tamuín y otros menores antes de su unión para formar el Pánuco. Estas corrientes serpentean entre lomeríos de pendientes moderadas aunque ocasionalmente interrumpidos por abruptos peñascos, rodeados de un paisaje muy transformado cuyos antiguos bosques han sido sustituidos por interminables pastizales. Abundan los espacios amplios y planos, nunca faltos de abundante agua y buenos suelos. La Huasteca tiene una situación excepcional entre todas las áreas serranas de la Vertiente porque es de menor altitud, ya que se desarrolla más abajo que las demás (entre 1 000 y 200 metros sobre el nivel del mar), aunque sin llegar a ser una región costera. Adicionalmente, debemos notar al oriente un flanco montañoso, rico en formaciones cársticas e impresionantes cavernas que poseen, como en el Sótano de las Golondrinas, cercano a Aquismón, algunos de los tiros verticales más largos del mundo. Este flanco montañoso se abre para dejar pasar a los ríos Santa María y Verde, procedentes del apéndice serrano de la región de San Luis Potosí, que no es muy diferente de la Huasteca. Se trata de otro de los pocos puntos en que la Vertiente del Golfo se toca con el sector central de la del Norte.

Además de sus particularidades fisiográficas, la Huasteca (en rigor, *La* Huasteca) tiene dos rasgos que la distinguen de las demás regiones serranas de la Vertiente del Golfo. El primero es que sus polos más dinámicos están en las partes más bajas y cálidas, lo que le da una relación más estrecha con la costa que con el México Central. El segundo es que su evolución la ha llevado a romper muchas de las estructuras socioeconómicas tradicionales que prevalecen en otras zonas serranas.

La Huasteca también obtiene peculiaridades de su cercanía y estrecha relación con las regiones norteñas de México. De todos los espacios serranos de la Vertiente el Golfo es el más alejado del altiplano y del México Central, no tanto en razón de la distancia física y la presencia intermedia de la Sierra de Hidalgo y la Sierra Gorda, sino de la precariedad de los intercambios, rasgo que proviene de la época prehispánica y que sólo se atenuó, parcialmente, con el comercio de ganado. Apenas en la primera mitad del siglo XX se estableció un enlace significativo y relativamente directo entre la Huasteca y el México Central, con la construcción de la ya mencionada "Carretera Panamericana". La región nunca fue penetrada por la red ferroviaria.

En el agitado trasfondo histórico de la Huasteca se combinan raíces indoamericanas muy diluidas —huastecas, nahuas, totonacas y otomíes— con oleadas de colonización novohispanas y modernas, estas últimas dominadas por fuertes intereses ganaderos y acompañadas de reclamos agrarios. Parte de la complejidad de este desarrollo se refleja en la carencia de unidad política, pues la Huasteca (que en la época colonial fue un espacio muy marginal) cae por partes, y sin mucha lógica, dentro de los territorios de San Luis Potosí, Hidalgo y Veracruz. La conveniencia de incorporarla en una circunscripción única se añadió a las razones aducidas tras el fallido proyecto de crear un estado encabezado por Tampico. Pero al anularse esa oportunidad la Huasteca quedó sujeta a un desarrollo políticamente disparejo y a una posición secundaria en Veracruz e Hidalgo, aunque no tanto en San Luis Potosí. Algunos de estos desequilibrios se han atenuado en las últimas décadas.

Con todo y su enorme potencial económico, la Huasteca padece de comunicaciones deficientes, marginación, caciquismo rural y desigualdad social, todo ello agravado por su alta densidad demográfica. La notable carencia de actividades industriales no contribuye a la movilidad ni al desahogo de las tensiones sociales.

La conflictiva historia de esta región ha corrido paralela a un desarrollo urbano escaso y desequilibrado. Dejando de lado poblaciones medianas como Huejutla (en Hidalgo), Tamazunchale y Xilitla (en San Luis Potosí) y Chicontepec (en Veracruz), gran parte de la Huasteca, especialmente las áreas altas, se recorre tocando sólo localidades campesinas pequeñas y a menudo dispersas. La gran excepción es Ciudad Valles (en San Luis Potosí), que no sólo es muy dinámica sino que es la segunda ciudad en importancia de ese estado. Pero su ubicación dentro de la Huasteca es en tal extremo tangencial que difícilmente se puede considerar como una capital regional integradora o articuladora, y si acaso, a lo más, sólo de las áreas potosinas. En cambio, funge como punto de enlace con las tierras norteñas. En esto viene a ser para las zonas serranas lo que Tampico para las costeñas, lo cual no es de extrañar tratándose, como se trata, de las dos ciudades más septentrionales de la Vertiente del Golfo.

Población	*2005*
Ciudad Valles	116 300
Huejutla	36 350
Tamazunchale	21 600
Xilitla	6 050
Chicontepec	4 350

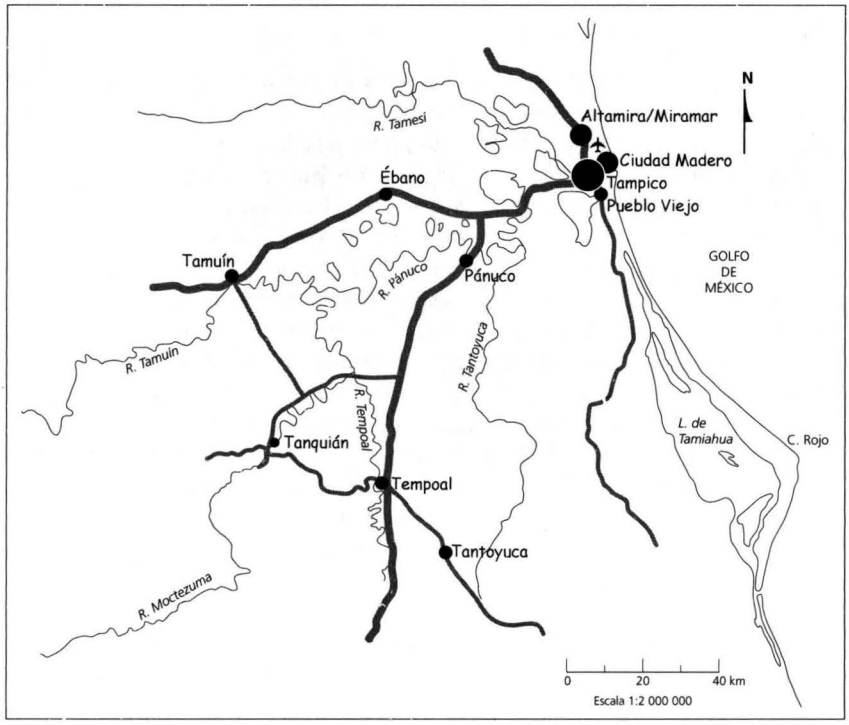
Tampico y su hinterland (o Huasteca Baja) (mapa 13)

De alrededor de los 200 metros de altitud hacia abajo el relieve se nivela en gran medida y el espacio se amplía para dar cabida a una de las zonas costeras más homogéneas de la Vertiente del Golfo, salpicada de pastizales, sembradíos y áreas aisladas de bosque bajo. A este lugar, punto final de nuestro cuarto y último recorrido por la Vertiente del Golfo, se le denomina a veces Huasteca Baja. El Pánuco y sus afluentes —sobre todo el bajo Moctezuma y el Tamuín, así como el bajo Tamesí y las lagunas cercanas a su desembocadura— constituyen su rasgo fisiográfico más notable, pero no el central, ya que estas corrientes se desplazan hacia el borde septentrional de la región y se concentran en ese extremo. Las partes central y sur de este gran espacio, a uno y otro lado del río Tantoyuca, carecen de rasgos conspicuos. El litoral, en cambio, se hace inconfundible gracias a la protuberancia del Cabo Rojo, que encierra la laguna de Tamiahua: el elemento físico más llamativo de todo el litoral de la Vertiente del Golfo. El lindero de esta región con la Huasteca propiamente dicha es gradual y hemos de buscarlo no tanto en el medio físico sino atendiendo al paulatino cambio en el paisaje y el patrón de poblamiento. Lo mismo cabe decir en cuanto al lindero de este conjunto con la región de Tuxpan, al sur, pues ambos se entrelazan sobre un amplio espacio. Sólo frente al vecino Noreste la diferenciación es más clara.

Tampico y su hinterland constituyen un sistema difícil de definir, máxime que no hay conciencia muy clara de su identidad regional. Se trata de un sistema dominado por la presencia de un gran centro urbano integrador, como ocurrió en el caso de Veracruz y su hinterland.

Tampico, puerto fluvial casi inmediato a la desembocadura del Pánuco, es (con la adyacente Ciudad Madero y anexos como Altamira, Miramar y Pueblo Viejo) la segunda mayor aglomeración urbana de la Vertiente del Golfo. Debe su preeminencia al establecimiento de instalaciones para el embarque de productos petroleros, a una refinería y, más recientemente, a la actividad industrial ligada a la petroquímica y la siderurgia. Pero ya antes de alcanzar esta posición se había distinguido por ser uno de los primeros puertos de entrada que se abrieron hacia el Norte de México una vez que fueron suprimidas las restricciones coloniales al comercio exterior. Desde entonces (1821) tendió fuertes lazos con San Luis Potosí y Monterrey, mas no así con la ciudad de México. Sus relaciones con el resto de las zonas costeras no fueron significativas sino hasta que empezó la explotación petrolera hacia 1900, pero de cualquier modo su importancia económica y su crecimiento demográfico le permitieron encabezar y articular el espacio local, es decir, conformar un hinterland propio.

El hinterland de Tampico es, por lo tanto, de formación relativamente reciente y en parte debido a ello tiene una identidad cultural que



Mapa 13

podría caracterizarse como difusa. El que la región no tenga un nombre propio es reflejo de ello. Pero no por eso debe entenderse que el espacio regional incorporado en ese hinterland es artificial. Por el contrario, sus antecedentes pueden remontarse tiempo atrás, a épocas en que el entramado regional fue más intenso de lo que ha sido recientemente. Durante el siglo XVI el área fue individualizada por su población de habla huasteca e identificada de manera muy vaga como provincia de Pánuco. De ahí que propongamos llamar Huasteca Baja a esta región: es un nombre apropiado y que alguna vez se usó. Ya desde esos años tempranos se advirtió que esta área brindaba una puerta de entrada hacia el interior del continente (aunque Tampico no existía entonces), pero el desarrollo político y económico de Nueva España impidieron que llegara a ocupar esa función. Luego, el descenso demográfico borró la mayor parte de su población huasteca, de modo que ese rasgo cultural característico se diluyó notablemente. En el siglo XIX se pensó en crear un estado —el proyectado Estado de Iturbide— que diera expresión for-

mal a la realidad regional que se percibía allí, pero esto tampoco fue posible, no por descabellado sino por ir en contra de muy sólidos intereses creados.

En este punto conviene hacer un comentario respecto de la división política de la región, pues es de advertirse que al establecerse la Intendencia de Veracruz se le extendió por el norte hasta cubrir las áreas más pobladas, pero se dejó fuera la zona menos ocupada. Ésta fue asignada un poco arbitrariamente al Nuevo Santander, la futura Tamaulipas, dejando como límite, no menos arbitrario, los ríos Pánuco y Tamesí. La moderna ciudad de Tampico fue establecida del lado tamaulipeco del primero y ligada, naturalmente, a los intereses tamaulipecos y del Noreste de México en general. El resultado es que la parte veracruzana de la región quedó formalmente separada de lo que sería su centro más predominante, y eso causó innumerables problemas y dio lugar a situaciones anómalas. Una de ellas, tal vez la más llamativa, fue que se entorpeció la construcción de un puente que uniera ambos estados frente a Tampico, pues algunos consideraban que eso fomentaría un indeseado acercamiento de esta ciudad a su estado vecino. Esta actitud provocó que por mucho tiempo fueran tortuosos e imperfectos los enlaces de Tampico con partes de su propia región, con la Vertiente del Golfo en general, y desde luego con el México Central. El puente no se hizo sino hasta 1988, y sus efectos en la integración regional se dejaron sentir rápidamente.

Sin embargo, el hecho de que esta región tenga un centro dominante muy destacado pero al mismo tiempo excéntrico y con muchos elementos que lo aíslan, o lo han aislado, de su propio hinterland, da por resultado un sistema regional desequilibrado: por un lado, una gran ciudad industrial y dinámica; por otro, pocas y no muy relevantes poblaciones secundarias (como Ébano, Pánuco, Tempoal, Tamuín, Tantoyuca y Tanquián) y un entorno rural con asentamientos humanos de dimensiones muy reducidas. Una nota muy representativa del paisaje rural de esta región es la presencia de diminutos poblados virtualmente ahogados en medio de bien cercadas fincas ganaderas.

Población	*2005*	*Conurbación*
Tampico	303 700	712 200
Ciudad Madero	193 050	
Altamira/ Miramar	133 000	
Pueblo Viejo	27 800	
Pánuco	37 500	
Tantoyuca	28 200	
Ébano	22 150	
Tamuín	15 000	
Tempoal	11 650	
Tanquián	9 000	

La ganadería es, en efecto, la actividad dominante en el medio rural. Se trata de una ganadería intensiva que se alimenta de pastos de

muy buena calidad, en gran parte sembrados después de extensas operaciones de desmonte. Poco queda de la cubierta vegetal nativa. Donde no hay ganado se cultivan frutales y caña de azúcar, especialmente hacia la parte del norte.

Respecto de esta región, en fin, hay que anotar una situación particular. Ocupa un punto donde la Vertiente del Golfo se desvanece para dar lugar a las regiones norteñas, cuya estructura e integración es diferente. Bajo esta perspectiva, Tampico es un punto de inflexión importante en la geografía nacional (comparable en su posición a Tepic y Aguascalientes). No es de extrañar que el puerto y su región orienten gran parte de sus intereses y relaciones hacia el vecino Noreste.

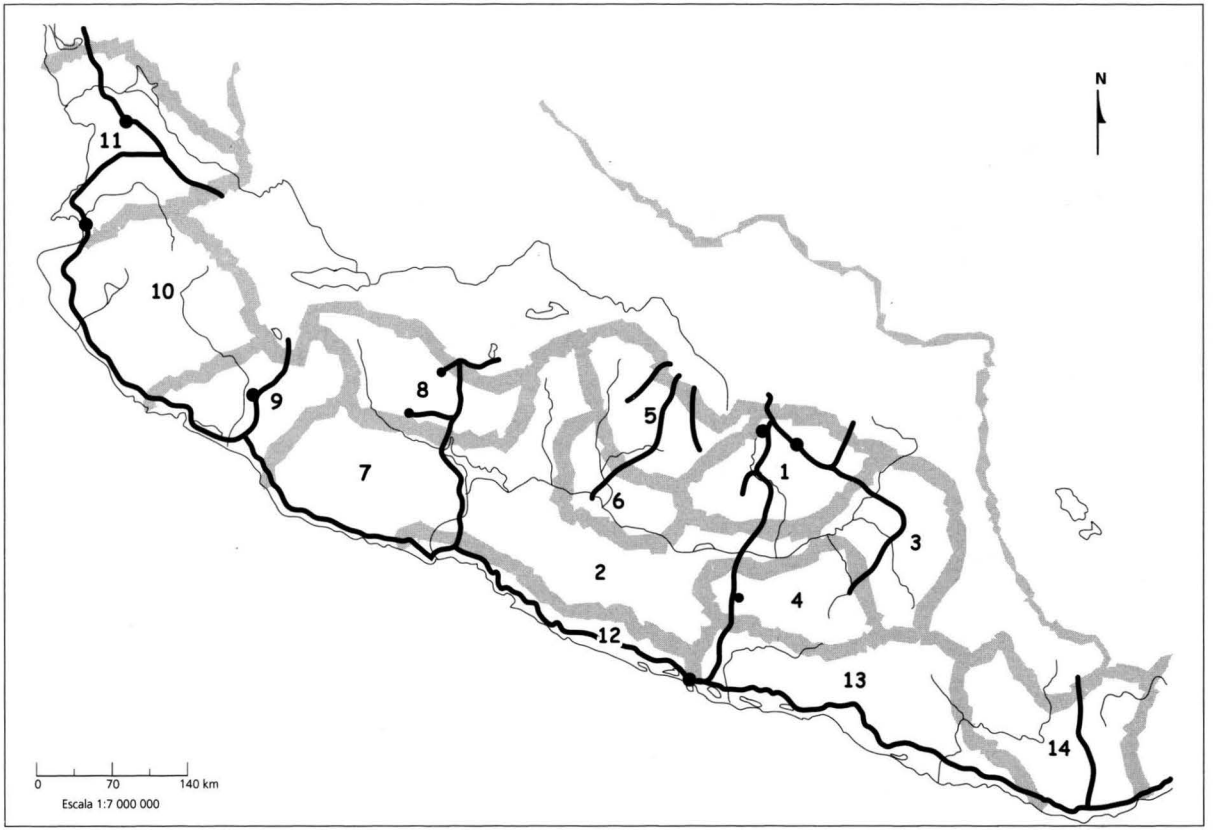
LA VERTIENTE DEL PACÍFICO

La esencia de esta Vertiente, como quedó explicado, es la integración que podría llamarse vertical entre el altiplano y el litoral. Ya se vio también que los lazos de intercambio predominantes en ella se ajustan a la estructura radial de la mayor parte del país, y que lo mismo ocurre en la Vertiente del Golfo. Así, una vez más, procederemos al examen de sus regiones siguiendo un orden radial, como si viéramos una por una las hojas individuales de un abanico.

Pero en este caso nos toparemos con quiebres y complejidades que nos harán poco útil examinar de principio a fin esas hojas individuales. Al igual que hicimos para la Vertiente del Golfo, tomando una de ellas, pondremos atención primero a su espacio más próximo al altiplano, que es el de mayor altitud, pero no nos convendrá seguir siempre hasta el más exterior, es decir, el litoral. Dejaremos esta parte pendiente y repetiremos el proceso a lo largo de otras hojas del abanico. Sólo después, según sea oportuno, prestaremos atención a los espacios que quedaron por ver. Además, hemos de hallar manifestaciones de una clara separación entre las porciones de la Vertiente que se descuelgan de la parte nuclear del México Central y las que corresponden a su Occidente.

Así pues, siguiendo un **primer** *radio, analizaremos la región de Morelos, deteniéndonos al llegar a la cuenca del Balsas. Se hace conveniente en este punto recorrer todas las regiones asociadas a ella. Conforme a esto, un* **segundo, tercer y cuarto** *radios, a ambos lados del primero, nos llevarán a examinar la Mixteca Baja, la Montaña, la Sierra del Sur, la Tierra Caliente y las zonas serranas de Michoacán. Más al oeste, un* **quinto** *radio nos introducirá en Colima, y esta vez sí llegaremos hasta el litoral, cosa que ocurrirá también con el* **sexto** *y el* **séptimo**, *al occidente, en los que veremos el Sur de Jalisco y la región de Tepic. Dando vuelta por el litoral veremos entonces las costas Grande y Chica y la Mixteca de la Costa, con lo que cumpliremos el pendiente dejado al no haber llegado al final en los cuatro primeros recorridos. Con el último movimiento nos habremos trasladado al extremo oriental de la Vertiente y analizaremos entonces, sobre un* **octavo** *radio (al este del segundo que visitamos), la Sierra de Miahuatlán.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos una serie de recorridos panorámicos que nos permitan conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Pacífico: **1.** Morelos; **2.** Cuenca del Balsas (parte oriental); **3.** Mixteca Baja; **4.** La Montaña; **5.** Sierra del Sur; **6.** Tierra Caliente del Balsas; **7.** Cuenca del Balsas (parte occidental); **8.** Sierra y Tierra Caliente de Michoacán; **9.** Colima; **10.** Sur de Jalisco; **11.** Tepic; **12.** Costa Grande; **13.** Costa Chica y Mixteca de la Costa; **14.** Sierra de Miahuatlán.

RECORRIDOS POR LA VERTIENTE DEL PACÍFICO

PARA VISUALIZAR EL **PRIMERO** DE LOS RECORRIDOS RADIALES a que acabamos de referirnos nos situaremos inmediatamente al sur de la ciudad de México, donde el cerro Ajusco marca la orilla del altiplano, o, alternativamente, en la cumbre del Popocatépetl. Hacia el sur divisaremos varios caminos que en forma más o menos paralela, ya sea desde el Valle de México o el de Puebla, inician el descenso a las zonas serranas de la Vertiente. Sus trayectos nos conducen a Cuernavaca (a una hora de carretera de la ciudad de México y 700 metros más abajo) o a lugares vecinos, y poco a poco confluyen en un par de rutas que se dirigen a Acapulco. Pero en el camino al litoral nos toparemos con una gigantesca cuenca transversal —una virtual depresión— que interrumpirá nuestro descenso. A poco menos de 800 metros sobre el nivel del mar llegaremos al río Balsas en un punto llamado Mezcala (nombre que también se aplica al propio Balsas arriba de este lugar), que era donde antiguamente se cruzaba el río —en balsas, por supuesto. El río marca una línea que se puede representar gráficamente como si fuera un litoral interior.[1] Entre esta línea y el verdadero litoral —más al sur— hay una cadena montañosa (la Sierra Madre del Sur) que nos obligará a retomar altura y luego nos hará bajar otra vez, permitiéndonos de este modo completar el declive hasta llegar a Acapulco. Pero por ahora, en vez de seguir, dejaremos inconcluso nuestro primer recorrido radial porque hemos de iniciar los que siguen. Ellos también nos conducirán a la cuenca del Balsas, bien que a diferentes puntos de ella.

Para emprender el **segundo** de los recorridos radiales de nuestro programa hemos de remontar el altiplano. Desde la orilla sur de los valles de

[1] La imagen del Balsas como un litoral interior no es totalmente fantasiosa, pues, vista a gran escala, la Sierra Madre del Sur tiene una continuidad morfológica bastante evidente en las Islas Marías y la península de Baja California, de manera que la depresión del Balsas corresponde a una prolongación emergida del Golfo de California.

México y Puebla nos desplazaremos hacia el sureste, pasando a un lado de Tehuacán y entrando a la Mixteca Alta. Recordemos que en este punto el altiplano desaparece, pero queda un cordón de tierras elevadas entre las vertientes del Golfo y del Pacífico (la Mixteca Alta) que se continúa hasta el Valle de Oaxaca. A lo largo de este trayecto, recorriendo la orilla occidental de la Mixteca Alta —que podemos divisar desde su punto más alto, el cerro Yucuyacua—, nuestro segundo recorrido radial se servirá de un par de carreteras sinuosas y de poco tránsito que descienden a la Mixteca Baja y llevan a Acatlán y Huajuapan. De Acatlán no será posible continuar hacia el litoral, sino que habrá que torcer al occidente en Tlapa, bordeando la cuenca del Balsas hasta entroncar con la ruta de Acapulco en Chilpancingo —un poco más al sur de donde interrumpimos nuestro primer recorrido. Así cerraremos un circuito, que nos ha llevado a rodear la cabecera de la cuenca del Balsas (es decir, su extremo oriental). De Huajuapan sí se puede continuar directamente hasta el litoral, penetrando la Mixteca de la Costa por Putla y saliendo a Pinotepa Nacional, pero no lo haremos en esta ocasión. Tomemos nota de que también es posible tener acceso directamente a la Mixteca Baja desde la vecina región de Morelos.

Regresando por segunda vez de la cuenca del Balsas al borde del altiplano desandaremos nuestro último trayecto hasta dejar atrás el Popocatépetl y el Ajusco. Siguiendo al occidente, y siempre sobre el borde meridional del México Central —que coincide con el Eje Volcánico—, se alza el Chicnauhtécatl o Nevado de Toluca. Desde su cumbre, dando la espalda al Valle de Toluca, podemos visualizar el **tercero** de los recorridos radiales a que nos hemos referido. Varias carreteras se abren hacia el sur y el occidente bajando por distintas rutas de la zona serrana inmediata —la Sierra del Sur— para unirse en Ciudad Altamirano, en la ribera del Balsas. De ahí continúa el camino hacia el puerto de Zihuatanejo, pero no lo seguiremos, pues, del mismo modo que ocurrió con los dos recorridos anteriores, atenderemos primero los espacios asociados a la cuenca de este río. También es posible llegar directamente a esta parte de la Vertiente desde la vecina región de Morelos.

Regresando una vez más del litoral al borde del altiplano procederemos ahora a nuestro **cuarto** recorrido radial. Situémonos en el punto don-

de iniciamos el anterior, mirando esta vez del Chicnauhtécatl hacia el occidente, y sigamos el borde mencionado hasta el volcán de San Andrés. Desde su cumbre hemos de notar algo llamativo: no se nos presenta prácticamente ningún camino que descienda a la Vertiente, pues entre las regiones que visitamos en nuestro tercer recorrido y las que veremos en el siguiente hay una gran extensión prácticamente vacía e incomunicada que las separa tajantemente. Así, continuaremos nuestra marcha por el borde hasta llegar a la siguiente gran cumbre, el Tancítaro, también sobre el Eje Volcánico y justo en la orilla de la Meseta Tarasca, ya en tierras del Occidente. Ahora sí tendremos a nuestros pies la perspectiva de carreteras que bajan por la Vertiente, como la que liga Uruapan y Apatzingán, e incluso una vía férrea (la última de importancia que se construyó en el país y que llega hasta el litoral). Nuestro descenso nos llevará una vez más al Balsas por la cuenca de su principal afluente, el Tepalcatepec, y en la confluencia de ambos saltará a nuestra vista el embalse de la presa del Infiernillo. Esta vez ya no será necesario cruzar el río, pues su curso dobla bruscamente hacia el sur y el último tramo de nuestra ruta seguirá más o menos a su lado hasta llegar al puerto de Lázaro Cárdenas, ubicado en la desembocadura del Balsas. En este recorrido sí bajaremos hasta el litoral, aunque ciertas variantes del trayecto nos obligarán a saltar un trozo de la Sierra Madre del Sur. En cualquier caso nos toparemos, al final, con una ruta transversal muy conspicua: la carretera costera del Pacífico.

Abandonaremos por fin la cuenca del Balsas. Otras partes de la Vertiente del Pacífico resultarán comparativamente más sencillas en su disposición espacial y en su funcionalidad, y en ellas se verán con más nitidez las características esenciales de la Vertiente. Así, ascendiendo una vez más, reanudamos nuestro desplazamiento a lo largo del Eje Volcánico y el borde meridional del altiplano (dejando atrás el Tancítaro) y llegamos a la más aislada de las altas cumbres mexicanas, el Nevado de Colima. Viendo desde él hacia el este y el sur podremos visualizar, sin que se interponga obstáculo notable, las rutas que nos conducirán en nuestro **quinto** recorrido radial por la Vertiente. Claramente distinguiremos un compacto conjunto de líneas de comunicación —vía férrea, carreteras— que se descuelgan en rápido declive de las cuencas cerradas de la Región Tapatía rumbo a la ciudad de Colima y el puerto de Manzanillo. Son caminos muy

transitados, pero con pocas variantes, y las posibilidades de buscar rutas diferentes o alternativas son pocas. En este recorrido sí llegamos hasta el litoral sin interrupción alguna en nuestro descenso hasta conectar con otro tramo de la carretera costera.

Subiendo de nuevo al Nevado de Colima, pero esta vez mirando hacia el oeste, nos encontraremos con la esquina sudoccidental del altiplano, de modo que si hemos de seguir bordeándolo será fuerza que doblemos hacia el norte. El borde del altiplano se distingue razonablemente bien sobre el camino a la siguiente cumbre que se nos presenta, el volcán de Tequila. Las muchas barrancas que se vuelcan hacia la Vertiente del Pacífico serán las que indiquen el curso de nuestro **sexto** recorrido radial, para el cual se nos abren dos caminos poco transitados, uno de los cuales se dirige a Autlán y el otro a Mascota, de donde continúan su descenso por pendientes muy onduladas hasta el litoral. Hay un solo lazo transversal, muy sinuoso, entre uno otro, y frente al Pacífico se desarrolla un tramo más de la carretera costera.

El plan de nuestros recorridos nos obliga a subir una vez más a las tierras altas para emprender otra bajada por rumbo diferente. Del volcán de Tequila en adelante ya no es posible percibir claramente el borde occidental del altiplano por las razones que se explicaron al hablar de esta parte del México Central, pero sí podemos visualizar el desarrollo de lo que será nuestro **séptimo** recorrido radial, el más occidental de todos los que emprenderemos en la Vertiente del Pacífico. Para ello dispondremos de un par de rutas, la principal de las cuales nos llevará a bordear la barranca del Santiago (librando un tradicional paso llamado, apropiadamente, Plan de Barrancas) y luego a dejarla de lado, sin bajar al fondo. El destino inmediato es la ciudad de Tepic, desde donde esta importante ruta (carretera y ferroviaria) se prolonga para penetrar al Noroeste de México. Pero, dejando fuera esta prolongación, lo que nos interesa por ahora son otros caminos que siguen el desarrollo de la Vertiente más abajo de Tepic hasta llegar a diversos puntos del litoral. Allí, quebrando al sur, dan inicio a la ya citada carretera costera. Sólo por esta parte tiene conexión la región de Tepic con su vecina del Sur de Jalisco.

Nuestro trayecto ha llegado en ese punto al extremo noroccidental de la Vertiente del Pacífico después de haber cumplido parcialmente con sie-

te de los recorridos radiales que explicamos en un principio. Se recordará que la cuenca del Balsas motivó que dejáramos inconclusos los cuatro primeros. Ahora visitaremos lo que quedó pendiente de ellos pero sin regresar al México Central sino recorriendo longitudinalmente el litoral de la Vertiente. La ruta es franca, aunque sinuosa y poco transitada en su mayor parte. Se desenvuelve sobre la varias veces mencionada carretera costera, o carretera 200, que se inicia en la región de Tepic y termina mil kilómetros más adelante en la de Tehuantepec —y continúa hacia la frontera guatemalteca. Ya tomamos nota de los tramos iniciales de este largo trayecto al visitar los entornos costeros de Tepic, el Sur de Jalisco y Colima. Al llegar a esta última habremos cerrado un gran círculo (con el que rodeamos el extremo occidental de la Vertiente). Ahora continuaremos al oriente, con destino a Lázaro Cárdenas (punto donde nos toparemos por última vez con el río Balsas), Zihuatanejo, Acapulco y Pinotepa Nacional. A lo largo de este trayecto —por la Costa Grande y la Costa Chica— encontraremos entronques con los extremos de las rutas que habíamos dejado inconclusas desde el interior. Cuando nos topemos con la ruta del segundo de los recorridos radiales que hicimos antes habremos completado otro gran círculo (con el que encerramos la parte central de la Vertiente).

Nuestro desplazamiento por la carretera costera nos ha permitido rematar todos los recorridos radiales que emprendimos y cerrar circuitos al tocar los extremos de cada uno de ellos. Pero todavía nos queda por visitar la porción oriental de la Vertiente, y para ello reanudaremos nuestro procedimiento inicial disponiendo los recorridos a partir del borde del México Central, es decir, volviendo a desplazarnos a las tierras altas. Así, nos ubicaremos en el punto donde iniciamos el segundo recorrido, en la orilla occidental de la Mixteca Alta. Ahora continuaremos hacia el oriente, divisando una vez más el panorama desde el cerro Yucuyacua hasta el lindero meridional del Valle de Oaxaca, que es al mismo tiempo el extremo sur del México Central. De aquí parte nuestro **octavo** recorrido radial, que se sirve de una ruta que se bifurca en dos sinuosos caminos relativamente paralelos —uno a cada lado de la cuenca alta del río Atoyac (el que se origina en el Valle de Oaxaca). Su mayor particularidad es que a poco de iniciar su descenso se topan con un acusado ascenso para salvar (casi por lo más alto) una zona montañosa relativamente aislada antes de descolgarse hacia la

costa: la Sierra de Miahuatlán, que es la porción oriental de la Sierra Madre del Sur. Ésta interpone su espina dorsal a estos caminos, únicos por los que tiene conexiones con el exterior, e igualmente obliga al Atoyac a doblarse dos veces en busca de su salida. Si nos detenemos por un momento en las altas cumbres de la Sierra de Miahuatlán podremos visualizar cómo el río la bordea, dibujando en el mapa una réplica en pequeño del Balsas. Nuestro descenso concluye en Puerto Escondido o en Puerto Ángel, donde nos topamos, como era de esperarse, con otro tramo de la carretera costera.

Morelos (mapa 14)

Un pronunciado descenso de más de mil metros —de los 3 000 a los 1 600— nos sitúa a la entrada del primero de los espacios que visitaremos en nuestro recorrido por la Vertiente del Pacífico. Volteando hacia atrás, la pendiente se hace muy visible pues corresponde al borde del altiplano en una parte en que se halla bastante bien definido; mirando hacia adelante, en cambio, el declive se hace menor y se abre hacia un espacio muy amplio: la cuenca alta del río Amacuzac, uno de los tributarios septentrionales del Balsas. Entramos así a un amplio recinto fisiográfico templado, húmedo y muy fértil, ligeramente inclinado y surcado por barrancas no muy profundas entre las cuales se distinguen extensiones planas de terreno destinadas en su mayoría a usos agrícolas. De él se debe decir que es serrano en su esencia aunque no lo sea tanto en su apariencia. También deben considerarse como parte de esta región dos espacios adicionales que le están íntimamente ligados, aunque fuera de la cuenca del Amacuzac y un poco más bajos en promedio: el primero de ellos, al oeste, funge como zona de transición hacia la Sierra del Sur y la Tierra Caliente del Balsas; el segundo, al oriente (integrado en la vecina cuenca media del Nexapa, otro afluente del Balsas), hace lo propio hacia la Mixteca Baja.

Tan pronto iniciamos nuestra bajada se presenta ante nosotros la imagen de una extensa ciudad a la que nos acercamos gradualmente. Para muchos habitantes de la ciudad de México es la imagen más familiar de un paisaje diferente —o que se antoja diferente. Cuernavaca es la tradicional ciudad de descanso y retiro de los habitantes de la capital nacional (que intentan no darse cuenta de que la ciudad vecina, con todos sus encantos, es un aglomerado centro industrial con más de tres cuartos de millón de habitantes en su zona metropolitana). El atractivo principal de ésta es, naturalmente, el clima cálido y moderadamente húmedo que, con un suelo apropiado, propicia la confección de jardines e invita al uso de las piscinas. Nada más distinto al ambiente seco, el clima variable y la atmósfera más enrarecida de la ciudad de México. Así pues, se trata precisamente de una expresión condensada y muy gráfica del contraste y la simbiosis de signo tropical que es de esperarse entre las tierras frías del México Central y las templadas de las vertientes. A mayor abundamiento, los alrededores de Cuernavaca produjeron por siglos la mayor parte del azúcar que consumía la ciudad (y que en el altiplano sería imposible producir) y la proveen de hortalizas, flores y otros productos de la tierra templada. En tiempos recientes se le construyó un aeropuerto que podría ser complementario del de la ciudad de México.

Cuernavaca y su entorno —Jiutepec, Temixco, Emiliano Zapata, Tepoztlán— están comprendidos dentro de un recinto fisiográfico relativamente fácil de percibir, pero no es este hecho solo el que determina la singularidad de este espacio y justifica su carácter de región, sino su alta densidad de población y el temprano desarrollo de su industria azucarera. Estos factores, entre otros, influyeron para que en 1869 se le desprendiera del Estado de México, al que pertenecía, para erigirla en una entidad política separada, el Estado de Morelos, que prácticamente coincide con la región —y de ahí el nombre de ésta aunque en realidad sea más extensa.[2] El amarre del sistema regional fue reforzado con un tejido de vías férreas construido a fines del siglo XIX. Éstas fueron abandonadas hace poco, pero en su lugar existe una red de carreteras muy densa (más que en cualquier otro punto de las vertientes) por la que se desenvuelve una actividad de intercambio muy dinámica. De hecho, en la práctica, los caminos de gran parte de Morelos son calzadas interurbanas, ya que los centros urbanos son tan numerosos y aglomerados que no están muy lejos de absorber los espacios intermedios.

Así, el panorama de las ciudades de Morelos es abrumador. Cuautla, igualmente muy ligada a la ciudad de México, es la segunda por su tamaño. Le siguen la complicada conurbación de Zacatepec, Jojutla y sus anexas, y las relativamente más aisladas Yautepec y Puente de Ixtla, a más de numerosas localidades pequeñas tanto de origen colonial como modernas. No se distinguen mucho unas de otras. Todas tienen un crecimiento acelerado y en muchos casos caótico por falta de planeación e infraestructura. Moverse de una a otra toma tiempo y suele ser complicado.

Población	*2005*	*Conurbación*
Cuernavaca	332 200	787 600
Jiutepec	153 700	
Temixco	89 950	
Emiliano Zapata	57 150	
Tepoztlán	15 250	
Cuautla	145 500	284 000
Iguala	110 400	
Zacatepec/ Jojutla/ Tlaquiltenango	58 600	115 750
Taxco	50 550	
Izúcar	41 100	
Yautepec	39 900	
Teloloapan	21 600	
Puente de Ixtla	20 600	
Axochiapan	17 300	
Huitzuco	16 050	

De lo anterior pudiera surgir una imagen de relativa homogeneidad en la región de Morelos, pero el sistema que la amarra incluye también otros elementos que le brindan com-

[2] Un nombre propio antiguo de la región es el de Tlalnahua, aunque éste pudo haber estado restringido al área de Cuautla. En todo caso, cayó en desuso durante la época colonial.

plejidad. Se trata de los espacios complementarios que hemos citado y que no están comprendidos totalmente en el Estado de Morelos. El primero, en el de Guerrero, comprende las ciudades de Iguala, Taxco, Teloloapan y Huitzuco, las cuales pueden ser vistas como puerta de la región hacia la Sierra del Sur y la Tierra Caliente del Balsas. Taxco, que merece destacarse por su excelencia arquitectónica sin paralelo en toda la Vertiente del Pacífico —producto de su rico pasado minero— estuvo originalmente integrado en la región de la Sierra del Sur, pero al convertirse en un importante centro artesanal y turístico durante la primera mitad del siglo XX se reorientó hacia Cuernavaca, con cuya región encontró afinidad y estableció sus principales lazos económicos. Taxco proporciona un buen ejemplo de las modificaciones que suelen darse con el tiempo en la integración (o la desintegración) de los sistemas regionales.

El segundo espacio complementario de la región de Morelos es el de la vecina cuenca media del Nexapa, otro afluente del Balsas, donde se hallan Izúcar (en el Estado de Puebla) y Axochiapan (en el de Morelos), ciudades que también destacan por su tradición azucarera y por servir de enlace con el Valle de Puebla y la Mixteca Baja (lo que representa vínculos adicionales con el México Central). Tanto este espacio como el anterior, sin embargo, contrastan con la parte medular de Morelos por su menor desarrollo urbano —nada semejante a las apretadas conurbaciones de ésta—, su más limitada red de comunicaciones y su alto nivel de marginación. Marcan no sólo los bordes de una región compleja, sino la presencia de notables desigualdades y la entrada a un espacio todavía más contrastante.

La cuenca del Balsas (parte oriental) (mapas 14 y 16)

El Balsas es el río más grande y caudaloso de la Vertiente y uno de los más largos del país. Corre de este a oeste albergado en una sucesión de valles más o menos encañonados que cubren casi quinientos kilómetros de longitud, y sólo cerca del final, tras su confluencia con el Tepalcatepec (que es como un pequeño reflejo de él que corre en sentido opuesto), dobla al sur para encontrar su desembocadura. Su cuenca es un recinto fisiográfico formidable y tan extenso que resulta difícil percibirlo en su totalidad (son 117 405 kilómetros cuadrados), pero de manera general puede afirmarse que en su mayor parte es seco y caliente debido a que su posición transversal le impide recibir la humedad proveniente del Pacífico: en vez del bosque húmedo típico de las zonas serranas, en él predomina el matorral seco. Un poco más variados, sus afluentes principales

forman compartimientos claramente separados, cada uno de los cuales constituye de hecho un recinto fisiográfico independiente y, en la mayor parte de los casos, perceptible para el observador cuidadoso.

Debemos tomar nota de las cuencas subsidiarias del Balsas, pues son las que guiarán nuestros siguientes recorridos en virtud de que los sistemas regionales de esta parte de la Vertiente están asociados de un modo u otro a alguno o algunos de esos recintos fisiográficos. Principiaremos por reconocer a nuestras espaldas las cuencas del Amacuzac y la vecina del Nexapa, que en su parte alta albergan la región de Morelos, de la que venimos. Nos falta por visitar otras seis: río arriba, es decir, hacia el oriente, se hallan las del Atoyac (el que se origina en el Valle de Puebla), el Mixteco y el Tlapaneco; río abajo, las del Cutzamala, el Tacámbaro o Turicato y el ya mencionado Tepalcatepec. Todos provienen de las estribaciones meridionales del Eje Volcánico, excepto el Mixteco y el Tlapaneco, que son los únicos que desaguan en el Balsas por el lado opuesto, es decir, corriendo de sur a norte. En su momento haremos apreciaciones adicionales sobre porciones particulares de esta gran cuenca.

La cuenca del Balsas, que es un espacio desprovisto de integración, no constituye un sistema regional. Pero es un elemento tan importante de la Vertiente del Pacífico, y se interpone de tal modo en nuestros recorridos y en nuestra explicación de los entramados regionales, que exige una consideración especial.

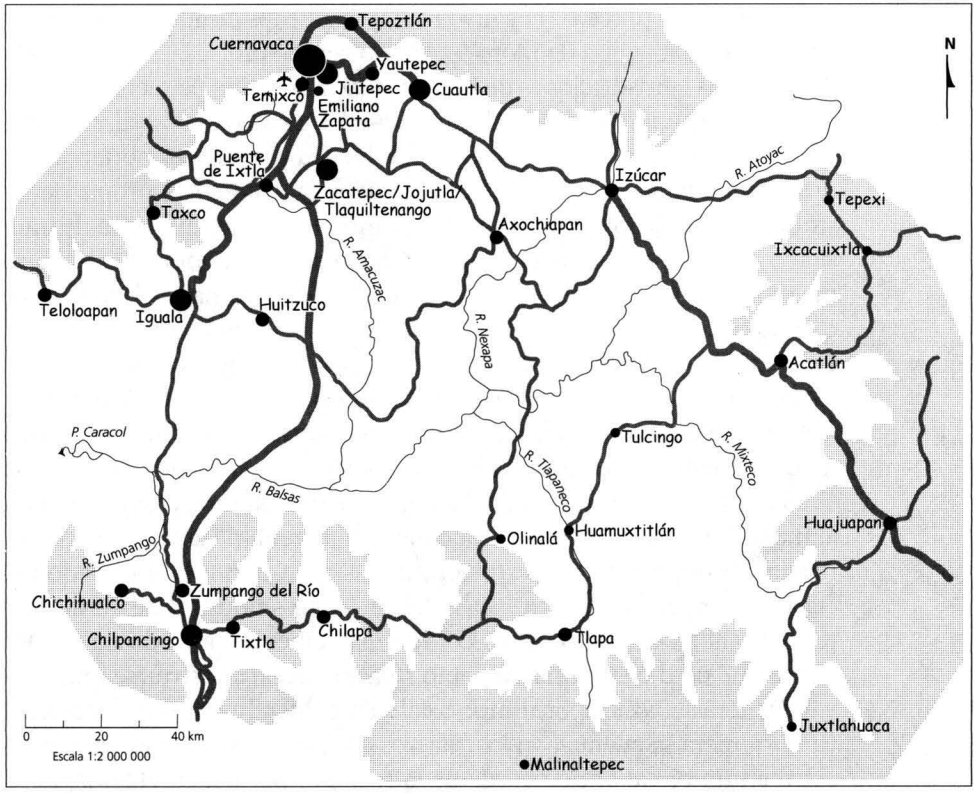
El camino de Acapulco, en el que nos hemos situado, nos da una primera imagen de la cuenca, imagen que no por parcial deja de ser adecuada. Aparte del río, no hay mucho que llame la atención. Los puentes que lo cruzan, a pocos kilómetros uno del otro, son representativos del entorno. El de la moderna autopista es una gran obra de ingeniería en medio de la nada. El de la carretera antigua es un puente cualquiera junto a Mezcala, un poblado pobre y pequeño. El del ferrocarril (cuya vía terminaba justo al cruzar el puente) está abandonado y sumergido junto con otro pequeño poblado bajo las aguas de un embalse. Poquísima gente vive junto al río.

Este espacio, como ya se habrá hecho evidente, tiene un poblamiento muy exiguo. A lo largo del curso del Balsas se han construido tres presas con grandes embalses (Caracol, Infiernillo y La Villita, todas con el fin de albergar plantas hidroeléctricas), pero sólo hay una población de mediana importancia (más otra en su desembocadura, pero asociada al litoral más que al río) y ninguna ruta practicable para el comercio o el intercambio. Sólo lanchas deportivas hacen periódicamente el recorrido. El imponente Balsas, elemento central de un

importante conjunto multirregional, es al mismo tiempo una presencia vacía.

El camino de Acapulco, en cualquiera de sus variantes, también merece consideración. En la percepción popular es como un puente que cruza una inmensa tierra de nadie hasta llegar al puerto. Tal percepción tiene un fondo de verdad, pues, contrariamente a los caminos hacia el Golfo de México, éste prácticamente no ha contribuido a articular espacios regionales significativos con excepción de la región de Morelos. Al sur de Iguala, y con la salvedad del área de Chilpancingo, el camino sigue por casi doscientos kilómetros sin entroncar con ningún otro de importancia. Todo ello añade matices a la composición llena de contrastes y desigualdades de la Vertiente del Pacífico.

Mapa 14



La Mixteca Baja (mapa 14)

Entre la Mixteca Alta —prolongación oriental del altiplano— y la Baja hay un límite ambiental y fisiográfico bastante claro que corresponde, a *grosso modo*, al parteaguas de la cuenca del Balsas. Los declives y las pedregosas barrancas que confluyen hacia el occidente, adonde nos lleva nuestro segundo recorrido, dan lugar a un quebrado conjunto de recintos fisiográficos repartidos entre los 2 000 y los 800 metros de altitud que integran la cuenca baja del Atoyac (mismo que en su parte alta forma el Valle de Puebla) y, sobre todo, la amplia y escabrosa cuenca del río Mixteco, el más oriental de los grandes afluentes del Balsas. En todo este conjunto de fisiografía serrana, caluroso de clima, hay pocos espacios húmedos debido en parte a la ausencia de un respaldo de tierras altas o grandes montañas que recojan la humedad proveniente del Pacífico. Es llamativa la presencia ocasional de pequeños valles aluviales relativamente frescos y fértiles en sus fondos. Fuera de ellos, el árido paisaje que se presenta ante nuestros ojos en esta amplia y desolada región de rocas a flor de tierra y tonalidades blanquecinas se caracteriza por la abundancia de matorrales y cactáceas y por el tejido zigzagueante de interminables veredas de cabras que cubren las laderas.

La Mixteca Baja posee en negativo la mayoría de los rasgos característicos de su vecina, la región de Morelos. Desde tiempos coloniales quedó dividida entre las jurisdicciones de Puebla y Oaxaca, y una pequeña parte fue asignada posteriormente a la de Guerrero. Para cada una de ellas ha sido siempre la parte más pobre, menos productiva y menos importante. Podría argumentarse que el conjunto no tiene la coherencia propia de un sistema regional y que debiera definirse más bien como una zona de transición, pero en contra de esto se debe señalar que su pobreza y estancamiento económico no le quitan personalidad ni funcionalidad, además de que no se le puede asimilar a ninguna de las regiones vecinas. El lindero entre ella y el México Central se extiende por muchos kilómetros, pero los contactos son escasos. La comunicación entre la Mixteca Alta y la Baja es poca a pesar del evidente parentesco histórico entre ambas y consiste fundamentalmente de enlaces tradicionales que han caído en desuso.

La región también parece ir a contrapelo de la integración del país, al menos en cuanto a comunicaciones se refiere. La "Carretera Panamericana" (tramo de un proyecto continental de caminos consolidado hacia 1950) cruza la Mixteca Baja en su trayecto sinuoso y difícil de Morelos al Valle de Oaxaca, pero comprensiblemente ha caído en desuso desde que perdió su posición como ruta troncal al construirse una nueva carretera a Oaxaca por rumbo totalmente diferente. En consecuencia, ya ni siquiera se cuenta con los viajeros que, así fuese de paso, al menos echaban un ojo al árido paisaje de la región o partían en Huajuapan la

larga y pesada jornada desde o hacia Oaxaca. La Mixteca Baja, por tanto, es una región marginada y poco conocida que está en vías de ser más marginada y convertirse en más desconocida: algo digno de tomarse en cuenta para una región contigua al México Central cuyo punto más próximo a la ciudad de México dista poco más de doscientos cincuenta kilómetros por carretera —unas tres horas a lo sumo.

La Mixteca Baja arrastra el peso de una historia marcada por antiguos episodios de sobrepoblación, sobrepastoreo y desforestación. En pocos lugares la erosión de los suelos alcanza proporciones tan alarmantes, pero se trata de una región tan abandonada que el hecho atrae poca atención. Hay algunas zonas regadas y con cañaverales, y se aprovechan bien las vegas formadas en las partes planas de las barrancas, pero la agricultura dominante es primitiva (bien que a la vez sofisticada y notablemente adecuada al entorno físico) y se combina con el pastoreo de especies menores. No hay industria alguna y aun las artesanías son de poca sustancia. Los caciquismos rurales, como es de suponerse, son fuertes y dominantes.

El pobre desarrollo urbano de la región no le impide poseer una jerarquía de localidades relativamente bien articulada. La encabeza una ciudad mediana, Huajuapan (en Oaxaca), seguida de Acatlán (en Puebla). En un nivel inferior puede contarse modestas pero compactas localidades como Tepexi, Ixcaquixtla, Tulcingo y Juxtlahuaca, y finalmente un sinnúmero de localidades menores deficientemente ligadas entre sí. Las poblaciones tienen en su mayoría un aspecto polvoriento y descuidado, aunque no es raro encontrar en algunas de ellas sorprendentes muestras de arquitectura religiosa colonial.

La población de la Mixteca Baja (cuyo ascendiente indoamericano es poco visible) es pobre, marginada y encerrada en sí misma de manera notable: ésta es una de las regiones del país que más perspiran desconfianza y rechazo hacia cualquier visitante externo. Sólo el escaso crecimiento demográfico alivia un poco el lánguido cuadro que domina la región. Pero la fuerte impresión que deja no es exclusivamente suya: se ha de repetir en otras regiones de la Vertiente del Pacífico, donde hay contrastes notables en lo físico y sobre todo en lo humano, donde la opulencia y la miseria se tocan, y donde el progreso y el retroceso parecen marcar dos rumbos históricos diferentes. Ya nos encontraremos con más de esto.

Población	*2005*
Huajuapan	45 350
Acatlán	15 600
Juxtlahuaca	9 000
Tulcingo	4 900
Ixcaquixtla	4 700
Tepexi	4 600

La Montaña (mapa 14)

Vecina a la Mixteca Baja y compartiendo con ella la cabecera de la cuenca del Balsas se halla la de otro de sus afluentes, el río Tlapaneco. Proviene del sur, pues tiene la peculiaridad de que sus corrientes no se originan en las tierras altas del México Central, como ocurre en todas las demás regiones serranas de la Vertiente, sino en la Sierra Madre del Sur, que en esta parte no es un espacio de grandes proporciones sino sólo un sinuoso cordón de altos cerros que separa la cuenca del Balsas de las áreas costeras. El Tlapaneco desagua en el Balsas casi enfrente del Nexapa y no lejos del Amacuzac, de manera que puede decirse, muy aproximadamente, que su cuenca y la región que alberga —la Montaña— están de cara —con el Balsas de por medio— a la región de Morelos. La Montaña, que gracias a la variada orientación de sus pendientes posee un abigarrado mosaico de espacios secos de bosque espinoso acompañados de áreas de coníferas y encinares, abarca no sólo la cuenca del Tlapaneco sino también otros recintos fisiográficos que se abren a uno y otro lado de la Sierra Madre, pero sobre todo hacia el Balsas. El más occidental es el del río Zumpango, que se une con el anterior cerca de Mezcala (aquel punto donde interrumpimos el descenso por nuestra primera ruta radial).

Montada sobre la Sierra Madre del Sur, esta región es conocida apropiadamente, aunque sin mucha originalidad, como la Montaña o, para los que requieren mayor precisión, *La* Montaña de Guerrero. Su sistema regional está construido sobre una cadena de poblaciones que se extiende desde Tlapa al oriente hasta Chilpancingo al occidente. Comúnmente se considera que esta última ciudad (capital de Guerrero) no pertenece a la Montaña, en parte por su ubicación excéntrica en el conjunto y en parte porque su carácter urbano pudiera parecer ajeno al ambiente serrano del resto, pero en realidad es el punto focal de la región, además de que no es posible incorporar Chilpancingo en ninguna otra. Excluyendo esta ciudad, la principal de la Montaña sería Tlapa, en el extremo opuesto. En puntos intermedios de esa cadena se encuentran Chilapa y Tixtla, y fuera del eje principal están Zumpango del Río, Huamuxtitlán —en contacto con la Mixteca Baja— y muchas localidades pequeñas que casi no tienen relevancia arquitectónica pero sí, a menudo, ubicaciones realmente pintorescas. Algunas, como la muy aislada Malinaltepec, son tradicionales centros de mercado, o deben su celebridad a su producción artesanal, que es el caso de Olinalá. Chichihualco, cercano a Chilpancingo, vive de la redituable industria de las pelotas de plástico.

La Montaña cuenta prácticamente con sólo la ruta de Chilpancingo a Tlapa. Los caminos laterales son casi todos rutas sin salida y la única comunicación posible con la vecina región de la Costa Chica, bajando el declive sur de la Sierra Madre, es por veredas antiguas o brechas ma-

dereras. Pero a pesar de la precariedad de sus comunicaciones y de su innegable pobreza, ya que su economía se basa fundamentalmente en la agricultura de subsistencia, la Montaña no es una región tan marginada como la Mixteca Baja y tiene una cubierta vegetal más rica y variada. Gran parte de su población, en especial entre Chilapa y Tlapa, es de habla mexicana o tlapaneca, y en varios lugares es notable la conservación de diversas tradiciones y costumbres antiguas que, por fortuna, casi no han sido corrompidas por el turismo. La Montaña se precia en general de poseer estos rasgos culturales, y el movimiento social y político en su defensa es bastante activo. Uno de los resultados colaterales de este movimiento ha sido la oposición, efectiva hasta el momento, a la construcción de una presa sobre el Balsas justo al pie de la región. Aunque la población que sería afectada es sumamente escasa, el asunto se ha convertido en tema político de mucho simbolismo.

Población	*2005*
Chilpancingo	166 800
Tlapa	38 000
Chilapa	27 550
Zumpango del Río	22 350
Tixtla	21 800
Chichihualco	10 100
Huamuxtitlán	5 900
Olinalá	5 650

La Sierra del Sur (mapa 15)

Nuestro tercer recorrido nos lleva sucesivamente a dos espacios que, aunque muy distintos entre sí, forman una unidad. Su diferenciación es producto de que en ellos se hacen muy marcados los efectos de la presencia de la cuenca del Balsas, que pone un sello inconfundible a la parte más baja del conjunto.

La porción más elevada, del borde del altiplano hasta más o menos 800 metros, no tiene un rasgo fisiográfico englobador como no sea la inclinación gradual de las tierras en dirección a la cuenca del Balsas y la sucesión de barrancas que descienden como en abanico, al sur y al oeste, a partir del Nevado de Toluca o Chicnauhtécatl. Algunas se desvían hacia el Amacuzac y otras (como las del Bejucos y el Pungarancho o Tuxpan) confluyen en el río Cutzamala. Con ellas se integra un conjunto de pequeños recintos fisiográficos de carácter netamente serrano por la presencia dominante de barrancas, cascadas, picachos, fuertes pendientes y algunos extensos planos inclinados. Se trata, en general, de un espacio más elevado sobre el nivel del mar que el promedio de otras zonas serranas, y ello contribuye a que su paisaje sea diferente al de las que hemos visitado antes en esta Vertiente. Así, nos encontramos en una sierra relativamente fría que recuerda en cierta medida a la de Hidalgo, aunque es más húmeda. El agua (parte de la cual se envía por túneles al Valle de México) abunda gracias a los escurrimientos del Nevado, y los bosques, en su mayoría de coníferas y encinos, son bastante densos.

En este enorme abanico de barrancas nació en la temprana época colonial una región diferenciada, conspicua e importante como resultado de la actividad minera en Sultepec, Angangueo y otros sitios (incluido Taxco, aunque éste orbitó más tarde hacia la región de Morelos). Después se vivieron los periodos inestables propios de las zonas mineras y la región experimentó una seria caída demográfica —lo que contribuyó en parte a su preservación ambiental. Cuando surgió la red ferroviaria todo este espacio estaba tan decaído que no mereció el esfuerzo de ser integrado a ella excepto por un ramal a la única población que conservaba cierta relevancia: Zitácuaro. La difusa identidad histórica de la región se manifiesta en su carencia de topónimo propio, aunque el vago apelativo de Sierra del Sur (que no es usual y recogemos aquí más bien como propuesta, y sin confundirlo con la Sierra Madre del Sur) es de origen colonial. En todo caso, al quedar reducido el Estado de México a sus límites actuales con la sustracción de Morelos y Guerrero, casi toda la Sierra (salvo su extremo occidental) quedó comprendida dentro de esos límites y, muy apropiadamente, en su extremo sur.

La recuperación demográfica de la zona y la explotación de su gran potencial agrícola y forestal se dio a lo largo del siglo xx y desembocó en un perfil poblacional de corte moderno, notablemente urbanizado, reforzado por la influencia de dos actividades que se volvieron determinantes para la región: la generación de energía eléctrica y el turismo. El paradigma de ello fue la transformación hacia 1950 de la pequeña localidad de Valle de Bravo (antiguo Temascaltepec del Valle) en próspero centro de recreo frecuentado de entonces a la fecha por los habitantes del Valle de México. Valle de Bravo quedó, casi por azar, a la orilla del mayor de los embalses de varias presas formadas en sucesión escalonada para alimentar las turbinas generadoras —la parte más visible de una gran red hidroeléctrica desarrollada de manera paulatina en varios puntos de la cuenca del Balsas. Con estas complejas interrelaciones se refleja una cara más de la simbiosis de signo tropical que se teje entre el México Central y sus vertientes, tan contrastados ecológicamente.

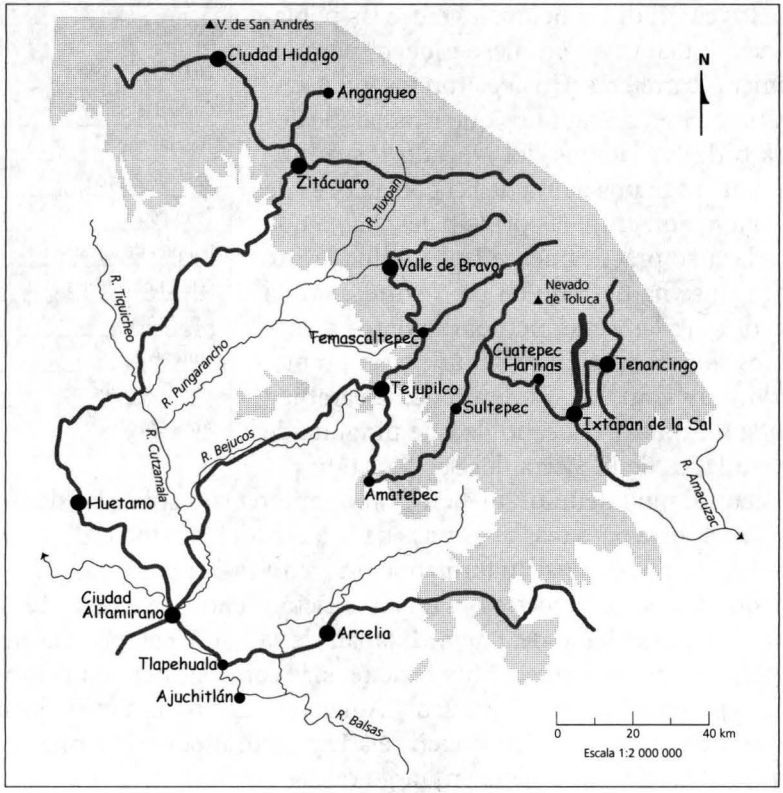
Consolidadas en la forma mencionada, y con el respaldo de antecedentes mineros y forestales, las localidades de esta región reforzaron sus lazos con el México Central y la ciudad de México o con Toluca en particular, pero no tanto entre sí. Este hecho fundamentalmente económico dio a la red regional de comunicaciones una disposición muy particular (única en las zonas serranas de México y llamativa en el ma-

pa): los caminos tradicionales entre las poblaciones se mantuvieron, desde luego, pero las primeras carreteras privilegiaron los intercambios a lo largo de caminos que irradian de Toluca o de las laderas del Nevado. Esto hizo que para ir de una a otra de las poblaciones de la región, aun entre las principales, había que desplazarse prácticamente hasta Toluca. Este rasgo ya se ha borrado en gran parte, pero la mayoría de las rutas perpendiculares a esos radios son más recientes, secundarias y a menudo muy sinuosas. El antecedente también ayuda a explicar el hecho de que ninguna de las ciudades de la Sierra del Sur juega un papel central muy definido ni ejerce un dominio claro sobre las demás.

Población	*2005*
Zitácuaro	78 850
Ciudad Hidalgo	57 800
Tenancingo	30 050
Valle de Bravo	22 200
Tejupilco	22 200
Ixtapan de la Sal	15 400
Coatepec Harinas	6 200
Angangueo	5 050
Sultepec	3 050
Temascaltepec	2 300
Amatepec	2 100

Las poblaciones más relevantes de la Sierra del Sur, todas de medianas dimensiones, se hallan formando un arco a casi la misma altitud (alrededor de los 2 000 metros). En una posición central se ubican Tenancingo, la citada Valle de Bravo, Ixtapan de la Sal, Coatepec Harinas, Sultepec y Temascaltepec. Muy relacionadas con ellas pero en posición más baja se encuentran Tejupilco y Amatepec. Las poblaciones pequeñas son en su mayoría de origen relativamente moderno y muestran cierta tendencia a la dispersión, rasgo que se acentúa en las partes más bajas, que están fuera del alcance de las presas y el turismo y se orientan más hacia la ganadería.

Hemos dejado para el final las mayores poblaciones de la Sierra del Sur, que están ubicadas en el mismo arco arriba mencionado pero en su extremo noroeste. Por sobre todas descuella Zitácuaro, acompañada por la más occidental del conjunto, Ciudad Hidalgo (antigua Tajimaroa), a las que conviene añadir el pequeño centro minero de Angangueo. Estas ciudades son relativamente excepcionales en el conjunto debido a que han tenido un poblamiento más constante, pertenecen a Michoacán y están muy próximas al Bajío, del que las separa una pequeña pero elevada cadena montañosa y el volcán de San Andrés. Pero su excepcionalidad no debe ocultar su identidad como componentes funcionales del espacio serrano que estamos examinando. Además, por el rincón que ocupan en el extremo noroccidental de la región se da un contacto adicional entre la Sierra del Sur y el México Central.



Mapa 15

La Tierra Caliente del Balsas (mapa 15)

No hay un lindero fisiográfico muy claro, pero sí un tránsito perceptible, entre el espacio que acabamos de examinar y el que hallamos más abajo al seguir nuestra ruta por la Vertiente (sea al sur, sea al suroeste). El cambio es fundamentalmente de tipo ambiental: la Sierra continúa descendiendo por debajo de los 800 metros hasta toparse con el esperado río Balsas. Llegados a él nos encontramos en un medio que ya hemos anticipado: encerrado, predominantemente seco por estar en zona de sombra de lluvia y, sobre todo, muy caluroso. Se llama, apropiadamente, Tierra Caliente. Es una zona muy afectada por la actividad sísmica, provista de modestos yacimientos minerales y terrenos aprovechados para la ganadería. Un poco más frescas y beneficiadas por depósitos aluviales, las vegas de los ríos ofrecen ventajas para la explotación agrícola.

La Tierra Caliente del Balsas se consideró antiguamente parte de la Sierra del Sur (y fue la cuna de los ejércitos llamados precisamente del Sur durante la guerra de independencia), pues una y otra compartieron un desarrollo demográfico muy parecido, pero en la actualidad aquélla es una zona que, aunque pequeña, merece distinguirse de la que acabamos de estudiar. Si no reúne los atributos de un sistema regional pleno, o si lo hace de manera muy incipiente, al menos debe considerársele como una zona de transición claramente individualizable. Se le conoce por obvias razones como Tierra Caliente, aunque en vista de que nos encontraremos poco después con otra región también llamada Tierra Caliente conviene precisar que ésta es la del Balsas propiamente dicho. Una de sus características más distintivas es que contiene justamente la única población de importancia que hay sobre la ribera misma del río en toda su enorme longitud (excepto por su desembocadura): Ciudad Altamirano (antiguo Pungarabato).

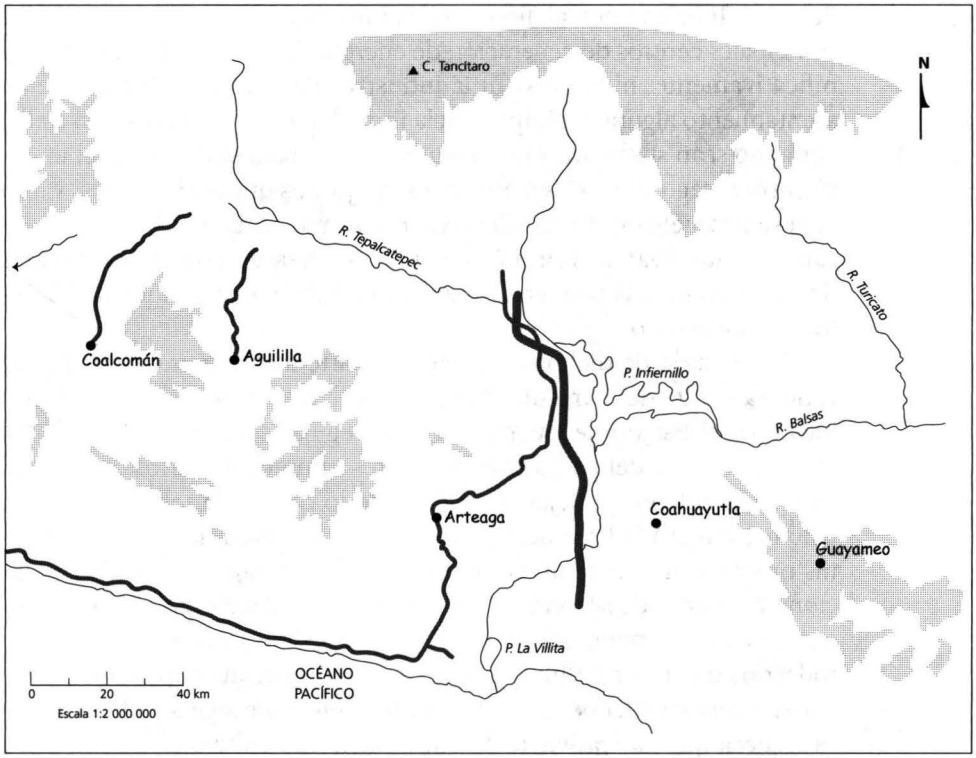
Ciudad Altamirano es el centro de una zona agrícola y ganadera aislada y poco dinámica, dividida entre Michoacán y Guerrero, donde sólo Huetamo y Arcelia pueden sumarse a la anterior como ciudades que comparten el predominio regional. Una cadena de pequeñas localidades se extiende por corto trecho a la vera del río incluyendo Tlapehuala y Ajuchitlán. Situadas en un punto crítico de la geografía sísmica, todas han sido desfiguradas seriamente por diversos terremotos. Casi todos los demás asentamientos son muy pequeños e informales y muy pobres. Es posible salir a Morelos siguiendo una de las pocas rutas transversales que se encuentran en la Vertiente (paralela al río Balsas pero muy alejada de él), y una sinuosa carretera conduce a la costa, que resulta considerablemente lejana. La Tierra Caliente del Balsas es, sin duda, una zona mal comunicada y, aunque no literalmente, parece hallarse al fondo de un camino sin salida. En este punto confluyen los espacios más vacíos de cuenca del Balsas y se diría que es casi imposible no sentir su presencia —o más bien, tal vez, no percibir una profunda ausencia.

Población	*2005*
Ciudad Altamirano	25 350
Huetamo	21 350
Arcelia	17 650
Tlapehuala	8 900
Ajuchitlán	6 250

La cuenca del Balsas (parte occidental) (mapas 16 y 20)

La cuenca del Balsas y algunos espacios asociados a ella ocupan extensiones que no pueden considerarse como parte de los sistemas regionales de la Vertiente del Pacífico en virtud de la precariedad de su poblamiento. Los podemos analizar agrupándolos en tres conjuntos de perfil predominantemente serrano. El primero, al norte, se ubica al occidente de la Sierra del Sur y la Tierra Caliente del Balsas. Sus escurrimientos se concentran en la cuenca baja del Turicato (o Tacámbaro), de donde pasan al Balsas arriba del gran embalse de la presa del Infiernillo. El segundo conjunto, más extenso, al sur del anterior, es la porción más masiva de la Sierra Madre del Sur, que en esta parte es una cordillera compacta y continua que ocupa amplio espacio y no un mero cordón de altos cerros como observamos al examinar la región de la Montaña. Se prolonga hacia el oriente bordeando la Tierra Caliente del Balsas hasta tocarse con la región de la Montaña. Desagua principalmente hacia el Balsas, formando numerosas barrancas más o menos paralelas, pero también tiene escurrimientos del lado opuesto que se vierten directamente hacia el Pacífico a lo largo de la Costa Chica. En su extremo oeste, cerca de la desembocadura del Balsas, es poco elevada y en su mayor parte calurosa y árida, pero en su otro extremo, en las inmediaciones de Chilpancingo y donde se le conoce localmente como Sierra de Atoyac (sin relación con ninguno de los ríos del mismo nombre mencionados antes), es fría y húmeda. Sus mayores cumbres sobrepasan los 3 500 metros de altura y están cubiertas de áreas de bosque que, mientras se les deje subsistir, podrán contarse entre las más espesas y espléndidas del país. El tercer conjunto es el flanco meridional de la abrupta, árida e igualmente calurosa porción de la Sierra Madre del Sur que se extiende al sur del Tepalcatepec y al oeste del Balsas, cuyo cauce rompe la continuidad con la otra porción de la Sierra. De su parte alta, conocida como Sierra de Coalcomán, se abren numerosas barrancas, de las cuales las más grandes desaguan hacia el Pacífico. Por este rumbo la Sierra llega casi hasta el litoral, sobre el que se descuelga abruptamente dando lugar a un estrechísimo espacio costero que apenas se distingue por su mayor humedad.

Prestaremos atención primeramente al conjunto que tenemos más cerca, el que se extiende al norte del Balsas. Lo tenemos a un paso. Llega por el norte a las inmediaciones de Morelia, a pocos kilómetros del Bajío, y por el oeste a las estribaciones de la zona serrana de Michoacán. Está comprendido casi todo dentro del estado de este nombre y abarca una superficie mayor que la del de Morelos. Pero son pocos los que tienen una idea clara de él. La precariedad de su poblamiento se remonta a la época prehispánica (cuando estuvo tal vez relacionado con el hecho de ser éste un espacio limítrofe entre la Triple Alianza y el reino de Michoacán) y desde entonces no ha habido ningún movimiento significativo para ocuparlo. Pero debemos recoger de su historia un rasgo tan curioso como atípico. Hacia 1935 se tomó la extraña decisión de tender la primera carretera moderna entre México y Morelia siguiendo una línea más o menos recta en el mapa (pero sumamente sinuosa sobre el terreno) justamente por la cabecera de esta zona vacía. Este tramo de cami-



Mapa 16

no, conocido con el apropiado nombre de Mil Cumbres y motivo de pesadilla para los conductores novatos, fue comprensiblemente abandonado tan pronto se abrieron otros trayectos más adecuados, aunque subsiste como vía de entrada para algunas rutas menores que se internan en la zona y bajan, tocando pueblos pequeños y solitarios como Tzitzio y Carácuaro, hasta el corazón de la Tierra Caliente del Balsas. No deja de impresionar el hecho de que uno de los espacios culturalmente vacíos más impresionantes del país pueda situarse como apéndice inmediato de regiones muy dinámicas, pero contrastes de esta naturaleza son consustanciales a la Vertiente del Pacífico.

Este espacio se prolonga en la parte más desolada de la cuenca del Balsas propiamente dicho, en verdad deshabitada e incomunicada. Sin embargo, torres y líneas eléctricas nos indican que hay algo. En efecto, poco más al oeste está el embalse de la presa del Infiernillo, formado en 1965, cuarto del país por su volumen, que detiene las aguas de los ríos

Balsas y Tepalcatepec abajo de su confluencia y alimenta uno de los principales centros de generación de energía eléctrica del país. Pero, significativamente, ni la presa ni la industria eléctrica han dado origen a asentamiento alguno de importancia inmediato o siquiera cercano a ella, como no sean sus cuartos de máquinas. Más abajo el río marca el lindero entre el segundo y el tercero de los conjuntos que anticipamos, y a su vera se descuelgan, sin ramales, como cruzando una tierra de nadie, los caminos que ligan la Tierra Caliente de Michoacán con la Costa Grande. Otra presa más pequeña río abajo, La Villita, complementa el sistema hidroeléctrico.

El segundo de dichos conjuntos, la parte más extensa y abrupta de la Sierra Madre del Sur, cubre cientos de kilómetros de tierra casi deshabitada en el Estado de Guerrero. Por lo regular sólo nos podemos asomar a esta parte del país a lo largo de tres caminos solitarios que la cruzan. Al occidente se dejan ver restos de lo que en la temprana época colonial integró la Provincia de Motines, una región de fantasías mineras pronta y trágicamente devastada por las enfermedades y la explotación de los años de la conquista. En todo este enorme espacio apenas podemos destacar poblados minúsculos como Guayameo y Cuahuayutla, rodeados de aridez y diminutos enclaves de agricultura primitiva y ganadería precaria. La bonanza minera se agotó hace siglos y ahora la poca riqueza que hay proviene del muy extendido cultivo de marihuana y otras plantas igualmente lucrativas. El paisaje de la parte oriental es diferente por su mayor humedad y el paraíso forestal que alberga, pero el poblamiento y las comunicaciones son igualmente raquíticos, con la relativa salvedad del pequeño Tlacotepec en el extremo nororiental. Es fácil perderse por días en medio de estas soledades con sólo salirse de alguna de las inestables brechas madereras que se internan en ella. Podrían destacarse las virtudes de un ambiente natural casi virgen, pero la situación predominante obliga a resaltar rasgos negativos que ya se podrán adivinar: predominio de intereses asociados a los narcóticos y la explotación forestal desordenada.

Población	*2005*
Coalcomán	9 900
Arteaga	9 400
Aguililla	8 400
Tlacotepec	6 200

El tercer conjunto anunciado, en el Estado de Michoacán, no difiere mucho de las tierras que tiene inmediatas al otro lado del Balsas en cuanto a poblamiento, incomunicación y marginalidad, si bien su escasa población alcanza a formar dos o tres núcleos, como Coal-

común, Aguililla y Arteaga. Los dos primeros podrían considerarse como un apéndice de la Tierra Caliente del Tepalcatepec, de la que han dependido tradicionalmente. A los pies de este conjunto se desarrolla uno de los tramos de litoral más deshabitados de la Vertiente del Pacífico, el cual, sin embargo, no está incomunicado, pues a lo largo de él se desarrolla un pedazo de la carretera costera del Pacífico, de la que por el momento nos limitaremos a tomar nota. Más adelante habrá ocasión de recorrerla.

No está por demás recordar en este lugar que una región es una serie de relaciones de intercambio y de identidades culturales que se expresan en un espacio funcional, articulado, interactivo y reconocible por propios y extraños. Las regiones, como construcciones históricas que son, están sujetas a cambios de todo tipo y, eventualmente, pueden llegar a fundirse con sus vecinas o a absorberlas, y también a desarticularse y hasta a desvanecerse. Por ahora, este primitivo espacio (o conjunto de espacios, para quien quiera hacer hincapié en las diferencias) no puede ser definido como una región, sino como un espacio indiferenciado que sólo con el tiempo podrá, tal vez, adquirir (o más bien volver a adquirir) los atributos de una región o integrarse a alguna de las vecinas, sea la que recorrimos antes, sea la que veremos a continuación. Hemos de encontrar otros casos como éste en la geografía del país, pero ninguno a la vez tan extenso, tan ilustrativo y tan cercano a sus áreas medulares.

Aún debemos hacer una reflexión más. El complejo y desarticulado conjunto que acabamos de examinar nos remite a la distinción entre la parte nuclear del México Central y el Occidente. La Vertiente del Pacífico también tiene su Occidente, cuyas regiones —que son las que visitaremos a continuación— participan de una relación con el Occidente del México Central y tienen afinidades con él. Pero mientras que en el México Central esa distinción se funde en un continuo estrechamente interrelacionado, en la Vertiente del Pacífico la distinción se manifiesta con una grande y brutal fractura, ya que no otra cosa es el espacio vacío del que ahora salimos.

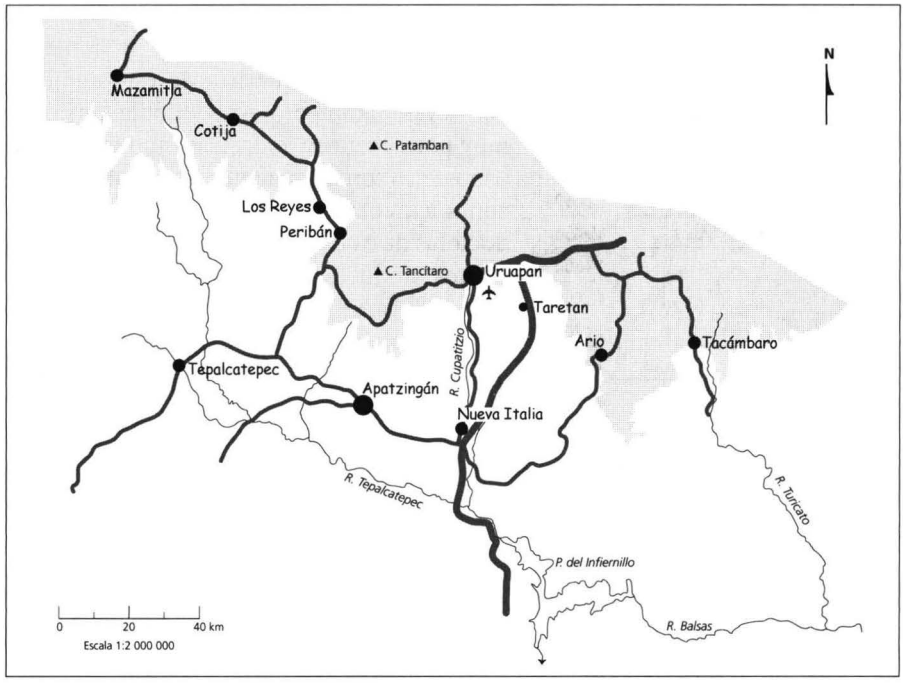
La Sierra y la Tierra Caliente de Michoacán (mapa 17)

Los dos espacios a que nos conduce nuestro cuarto recorrido son muy contrastantes y al mismo tiempo están estrechamente ligados entre sí. Su disposición se asemeja mucho al conjunto de la Sierra del Sur y la Tierra Caliente del Balsas, con las cuales tendría contacto directo de no ser porque entre ambos conjuntos se interpone el inmenso recinto serrano casi vacío del que hemos hablado (el dominado por la cuenca baja del Turicato, también llamado Tacámbaro).

Justo al inicio del descenso se halla el primero y más alto de estos dos espacios, dominado en su mayor parte por la elevada pero discreta cumbre del Tancítaro (3 845 metros) e inclinado de manera más o menos uniforme sobre el declive de la Vertiente. Forma un amplio arco que encabeza la cuenca del Cupatitzio, pero también incluye las tierras donde nacen el Turicato y el Tepalcatepec. Su terreno, aunque de naturaleza serrana, es quebrado sin serlo mucho, y las barrancas que lo hienden no son particularmente profundas. En su paisaje, más o menos húmedo, se combinan zonas de bosque templado con áreas muy llamativas de árboles frutales.

Inmediatamente después, y sobre todo en la parte baja del Tepalcatepec —que se dobla al oriente para encontrarse con el Balsas— se ubica la porción más seca y calurosa del conjunto: la inconfundible Tierra Caliente de Michoacán (o del Tepalcatepec, para distinguirla específicamente de la del Balsas, con la que, como hemos anticipado, no tiene comunicación directa a pesar de su relativa cercanía). Su elevación media inferior a los 400 metros, aunada al recogimiento del recinto en que se halla, le impiden recibir humedad del Pacífico, y la poca que llega se evapora por el excesivo calor. Se trata, en efecto, de una de las zonas más calientes de México, con temperaturas promedio de 25 a 32 grados y máximas, muy frecuentes, de más de 40. La cubierta vegetal es pobre, pero los suelos aluviales permiten una agricultura bastante rica.

Podemos visualizar esta región, a vuelo de pájaro, como si fuera una imagen en espejo de la Sierra del Sur y la Tierra Caliente del Balsas, una especie de versión occidental de la misma. Sus respectivos dos espacios se parecen, y de la misma manera se contrastan. Pero esta vez nos hallamos con una relación más cercana, intensa y directa entre ambos componentes. El lindero fisiográfico entre uno y otro es indefinido y a veces casi imperceptible, y los enlaces son muy estrechos, tanto o más que los que amarran internamente cada uno de ellos. Sus dos centros principales, Uruapan y Apatzingán, están muy próximos uno del otro —noventa kilómetros cuando más. Además, esta región comparte con la porción medular de Michoacán (en el México Central) una parte sustancial de su identidad cultural. En suma, el conjunto michoacano está más integrado ambiental y culturalmente que el anterior, es menos heterogéneo social y económicamente, y se identifica mejor como unidad en relación con sus vecinos: por todo eso es procedente considerarlo como un solo



Mapa 17

sistema regional. No está por demás aclarar que el sistema regional que examinamos en este momento, al igual que el de la otra parte medular de Michoacán, están muy relacionados con la circunscripción política del estado del mismo nombre, pero que los linderos de aquéllos y de éste coinciden sólo en parte y de manera muy aproximada.

Uruapan es el centro principal de la porción serrana del conjunto y la tercera concentración urbana más grande de las áreas serranas de la Vertiente del Pacífico (después de Cuernavaca y Tepic). Es una ciudad que en el pasado tuvo un estilo arquitectónico netamente serrano, pero ha sufrido una modernización tan absurda y falta de criterio que le han destruido su unidad de estilo y su apariencia tradicional. Se distingue sobre todo por ser un centro comercial de ubicación privilegiada debido a su dominio sobre el acceso de las cuencas lacustres michoacanas y de la Meseta Tarasca a las tierras bajas. Mucho de su crecimiento moderno se debe a que fue favorecido por el tendido de una vía férrea a fines del siglo XIX; hoy tiene un mercado lo suficientemente amplio como para sos-

Población	*2005*
Uruapan	239 000
Apatzingán	93 200
Los Reyes	32 600
Nueva Italia	28 350
Tacámbaro	22 650
Ario	15 450
Tepalcatepec	14 600
Cotija	12 500
Peribán	13 700
Mazamitla	11 700
Taretan	6 050

tener su propio aeropuerto —uno de los pocos asentados en las áreas serranas de las vertientes.

También forman parte de este conjunto Los Reyes, Tacámbaro, Ario y Cotija, que están muy por debajo en jerarquía como centros urbanos pero son importantes como cabeceras de zonas agrícolas de desarrollo moderno, productoras de café, caña de azúcar, arroz, cítricos y otros productos propios del suelo y el clima de esos lugares. Pero ningún cultivo descuella tanto como el aguacate, cuyos plantíos dominan el paisaje ya sea que el observador contemple desde lejos la cuidada retícula de puntos que refleja la regular disposición de los árboles o que se tope frente al omnipresente tendido de mallas de alambre que encierra las plantaciones. Se trata sin duda de una de las regiones más intensamente cercadas del país.

Todas las ciudades mencionadas forman una especie de arco frente a la Tierra Caliente propiamente dicha. Son localidades que recuerdan en traza y arquitectura a sus equivalentes serranas de la Vertiente del Golfo, pero más espaciadas entre sí y de perfil más moderno, influido por la cercanía del Bajío. De los poblados menores —como Mazamitla, Peribán y Taretan— puede decirse algo semejante, aunque hay muchos que son más bien dispersos y poco destacados arquitectónicamente.

La Tierra Caliente de Michoacán, o del Tepalcatepec, vive bajo duras condiciones ambientales, pero el riego y la buena calidad de los suelos han hecho de ella una zona agrícola relativamente moderna y próspera. Su ciudad dominante, Apatzingán, puede figurar como compañera de Uruapan, y la segunda en importancia, Nueva Italia, merece individualizarse por haber surgido, como su nombre lo da a entender, de uno de los pocos y muy localizados proyectos de inmigración europea que fructificaron a principios del siglo xx en México. Tepalcatepec se destaca por su crecimiento reciente. Sumándose a las ventajas comerciales de Tierra Caliente se halla el hecho de que por ella se descuelgan la vía férrea y las carreteras que alcanzan el litoral de la Vertiente del Pacífico en la desembocadura del Balsas. Pero, llamativamente, no hay casi ninguna comunicación hacia la región de Colima, a pesar de que es contigua, pues la cuenca alta del Tepalcatepec, junto con una especie de recodo

de la Sierra de Coalcomán (que, a excepción del resto, se halla bajo jurisdicción de Jalisco), se interpone en el camino e introduce como apéndice uno más de esos espacios vacíos —y en gran medida disfuncionales— asociados al Balsas.

Colima (mapa 18)

Nuestro quinto recorrido nos sitúa frente a un desnivel pronunciado y relativamente breve que nos hará bajar del Nevado de Colima hasta el litoral. La pendiente es así porque del Nevado (que tiene 4 450 metros) al Océano Pacífico se mide una de las dos distancias más cortas posibles entre altiplano y litoral en todo el país (la otra se cuenta del Cofre de Perote al Golfo de México). Los escurrimientos, que bajan por hondas barrancas en medio de un paisaje típicamente serrano, confluyen casi todos en un recinto fisiográfico bien definido: la cuenca baja del río Armería. Debe añadirse al conjunto también la del río Tuxpan, que se desprende al oriente del mismo Nevado pero que no se une con la anterior. No hemos de dejar esta montaña sin observar que adosado a ella se encuentra uno de los conos volcánicos más activos del país, el Volcán de Fuego o de Colima. Nos recuerda que estamos en zona de actividad tectónica y que los sismos son frecuentes. Tanto desnivel en tan reducida extensión motiva que la región de Colima tenga por lo menos dos ámbitos muy diferenciados. El serrano tiene la peculiaridad de abarcar una gama de alturas mayor a la del promedio de otras zonas serranas, pues debe considerársele desde los 1 660 hasta los 500 o 400 metros sobre el nivel del mar, es decir, incluyendo tierras más bajas —consecuencia de la verticalidad de la mayoría de las pendientes. El costero (ocupado en parte por lagunas y que incluye la pequeña Bahía de Manzanillo) es sumamente estrecho y se resume en una faja de tierra de unos veinte kilómetros de fondo a lo sumo a lo largo del litoral, si bien es un poco más amplia hacia el oriente. La vegetación natural de toda la región, como es de esperarse, abarca variedades tan amplias como las que puede haber desde las coníferas y los pastizales de altura hasta el bosque bajo y los manglares.

Colima es una región notable por su integración y la variedad de los elementos que la componen, así como por incorporar en un solo sistema regional un espacio serrano y otro costero, ambos de igual importancia, cada uno de ellos con ambientes y centros bien definidos y diferenciados —la ciudad de Colima y el puerto de Manzanillo—, pero al mismo tiempo cercanos y ligados estrechamente. Si a esto se agrega un poblamiento antiguo y estable (demográfica y culturalmente mestizo), y un momento político favorable, se comprenderá que la parte medular de la región haya sido erigida como territorio (y más tarde estado) de la federación en 1824: caso no muy diferente al de Morelos. Hoy día Colima es una de las regiones con más alta densidad demográfica de la Vertiente del Pacífico y posee un desarrollo urbano considerable, economía di-

námica (apoyada sobre todo en actividades agrícolas y mineras) y una red de comunicaciones bastante densa y completa. Todo ello constituye una buena muestra de la complejidad en lo físico y en lo humano que puede alcanzar un entorno regional bien estructurado.

La región de Colima, en conjunto, es complemento ecológico del área de Guadalajara, con la que está enlazada mediante vías de comunicación que incluyen ferrocarril y varias carreteras. Conviene tener presente (aunque sin pretender una comparación rigurosa) que la posición relativa de la ciudad de Colima frente a Guadalajara recuerda a la de Orizaba y Córdoba con respecto a Puebla, y que Manzanillo puede entenderse como la contrapartida de Veracruz para el Occidente del México Central, si bien no hay que olvidar que el nacimiento de Manzanillo, apenas en la tercera década del siglo XIX, fue muy posterior al de Veracruz.

La ciudad de Colima es un asentamiento antiguo y estable que desde los primeros tiempos de la época colonial dio origen al sistema regional bien definido que subsiste hasta la fecha. Su antigüedad puede pasar desapercibida porque su herencia arquitectónica colonial ha sido destruida por varios terremotos de gran magnitud. El área de influencia de la ciudad (y su satélite Villa de Álvarez) se extiende, obviamente, sobre todo el estado, pero también hacia el norte, abarcando las zonas cañeras y forestales de Pihuamo, Tecalitlán, Tuxpan y Tamazula. Éstas son poblaciones que pertenecen a Jalisco y eso les imprime algunas peculiaridades, pero en el examen de un sistema regional no debemos dejarnos influir por la presencia de un lindero político. Considérese, en cambio, que el río Armería —corazón fisiográfico de la región— se origina en un recodo atrás del Nevado, en el extremo occidental del altiplano, pero la parte alta de su cuenca debe excluirse de la región por no tener casi relación con ella.

Población	*2005*	*Conurbación*
Colima	123 600	232 400
Villa de Álvarez	97 700	
Manzanillo	110 750	
Tecomán	76 200	
Tuxpan	20 600	
Tamazula	17 550	
Cihuatlán	15 400	
Armería	14 100	
Tecalitlán	12 100	
Pihuamo	6 300	

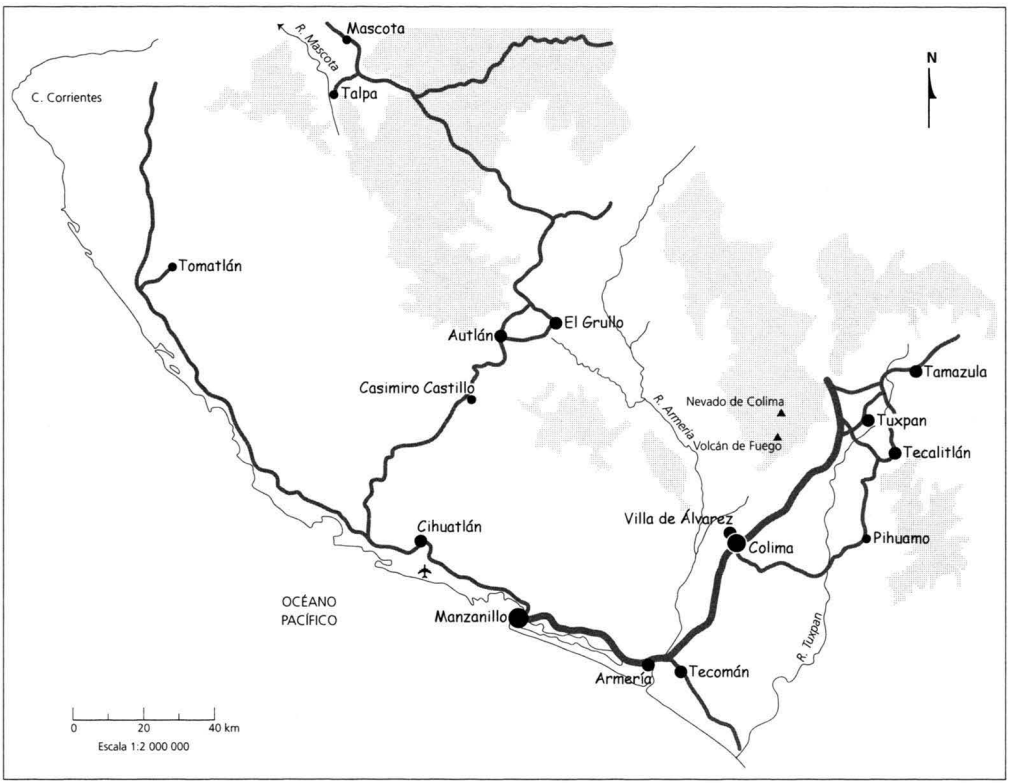
Manzanillo, como quedó dicho, es un puerto de creación relativamente moderna —posterior a la independencia de México— pero que adquirió importancia rápidamente. Todavía bien entrado el siglo XX era un paso obligado en los enlaces entre el México Central y el Noroeste, que se hacían fundamentalmente por mar (de Manzanillo a Mazatlán). El puerto colimense perdió esa función cuando se construyó la línea ferroviaria de Guadalajara a Tepic en 1927, pero

conservó una actividad importante en el contexto nacional y recientemente ha ganado preeminencia como punto de recepción de importaciones, además de consolidarse como centro turístico de regular importancia. No es la única ciudad dominante de la zona costera de Colima, sino que comparte algunas de sus funciones con Tecomán y Armería, situadas en el área de mayor riqueza agrícola al oriente de la franja costera, y con Cihuatlán, al oeste. Con todo, Manzanillo se distingue por ser el puerto mexicano que tiene un hinterland más poblado, inmediato y estructurado, y más aún si se considera la ciudad de Colima como parte de ese hinterland.

El Sur de Jalisco (mapa 18)

El sexto de nuestros recorridos nos obliga a sortear un tortuoso conjunto de barrancas que bajan de las últimas elevaciones del Eje Volcánico al litoral. Algunas de ellas siguen una dirección transversal, un poco a la manera del Balsas —y de ahí lo retorcido de su trayecto—, pero confluyen en dos cuencas principales, la del alto Armería y la del Mascota, cuyas partes medulares se alzan a alrededor de 1 500 metros sobre el nivel del mar. Estas dos cuencas se abren en direcciones opuestas —una hacia la región de Colima y otra hacia la de Tepic—, de forma que dan lugar a dos recintos fisiográficos de perfil serrano que están unidos, si cabe decirlo, por sus espaldas. El conjunto posee un abigarrado mosaico de paisajes naturales de diversos climas, algunos de ellos relativamente secos y dominados por explotaciones ganaderas, pero por otra parte también incluye un sinnúmero de cuencas menores, la mayor parte de las cuales se desprenden del costado sur de las dos principales, dando forma a un arco de tierras quebradas y húmedas que da frente directamente a la costa. Ésta, que por aquí es tan estrecha y despoblada que no amerita ser considerada separadamente, consiste en una franja feraz que enlaza las zonas costeras de las regiones vecinas de Colima y Tepic. Aparte de sus plantaciones de cocoteros y la espléndida vista de las montañas que la bordean, tiene como rasgo más llamativo el Cabo Corrientes, que es uno de los puntos prominentes del contorno del país.

En este conjunto, que deriva su nombre meramente circunstancial del hecho de estar comprendido por completo en el Estado de Jalisco, encontraremos un fuerte contraste con la integración regional que acabamos de ver en Colima. La disposición de los recintos fisiográficos que lo albergan y el acceso dividido que se tiene a estas tierras se corresponden con el hecho de que el conjunto tiene dos componentes que se abren, económica y culturalmente, en direcciones opuestas —uno hacia la región de Colima, otro hacia la de Tepic— y están apenas ligados entre sí. Como ha ocurrido en otras partes, estos espacios carecen de atributos


Mascota
R. Mascota
Talpa
C. Corrientes
N
Tomatlán
El Grullo
Autlán
Casimiro Castillo
R. Armería
Nevado de Colima
Volcán de Fuego
Tamazula
Tuxpan
Tecalitlán
Villa de Álvarez
Colima
Pihuamo
Cihuatlán
OCÉANO
PACÍFICO
Manzanillo
Armería
Tecomán
R. Tuxpan
0
20
40 km
Escala 1:2 000 000

Mapa 18

culturales, económicos o fisiográficos y de funciones articuladoras que justifiquen designarlos como sistemas regionales plenos, ni junta ni separadamente, pero tampoco se les puede asimilar a las regiones vecinas. Deben ser clasificados, acaso de manera más acertada, como zonas de transición, y englobarse dentro de un conjunto que convendrá identificar, como lo hemos hecho, simplemente en virtud de su ubicación.

La zona de Autlán (que algunos prefieren denominar Sierra de Manantlán) es fundamentalmente agrícola y se ha destacado por la producción de caña de azúcar. Sus poblaciones principales son Autlán, El Grullo y Casimiro Castillo, ciudades medianas que han crecido poco en las últimas décadas. Un breve periodo de actividad minera a mediados del siglo xx diversificó la economía de la primera de ellas y propició la construcción de una carretera hacia el litoral colimense. Pero no hay enlace directo con el corazón de Colima a pesar de que ambos espacios comparten un mismo recinto fisiográfico, el del Armería. Este río recorre, entre su relativamente poblada cuenca alta —en el Sur de Jalisco— y su muy populosa cuenca baja —en Colima—, un espacio llamativamente despoblado, un auténtico lindero interregional. Cabe reflexionar aquí en el diverso significado de las cuencas fluviales. Cierto que algunas son por completo identificables con los espacios regionales que se tejen en ellas, al grado de que es posible tomar una casi como sinónimo de la otra, pero no siempre ha de ser así. El mapa fisiográfico de ninguna manera determina la configuración de las regiones.

La zona de Mascota ha sido menos poblada, más pobre y notablemente más aislada. No hay contacto directo entre ella y el litoral, y sus únicas poblaciones de importancia son las pequeñas ciudades —casi contiguas— de Mascota y Talpa. La zona sólo posee limitadas actividades agrícolas y ganaderas. Pero, en cambio, en años recientes ha experimentado un despertar modesto aunque significativo, sobre todo porque se trata de uno de los pocos espacios pobres y aislados de la Vertiente del Pacífico que está en vías de dejar de serlo.

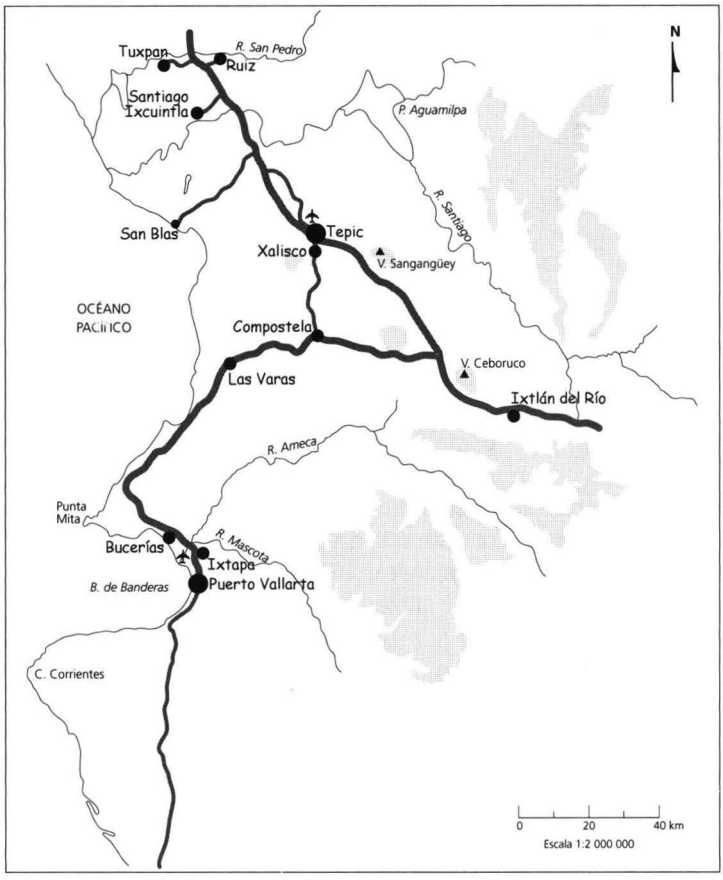
El resto del extenso entorno serrano de esta parte de la Vertiente —un arco que se despliega de Autlán a Mascota a menor altitud y frente a la zona costera— no tiene mucho que mostrarnos, salvo gran cantidad de minúsculas localidades enclavadas en barrancas poco acce-

Población	*2005*
Autlán	42 150
El Grullo	19 400
Casimiro Castillo	9 800
Mascota	8 250
Talpa	8 200
Tomatlán	7 900

sibles y en parte secas. Apenas puede distinguirse entre ellas la pequeña ciudad de Tomatlán, ya casi al pie de la Vertiente y totalmente desligada de las otras áreas serranas de este conjunto. La costa, que se extiende como un segundo arco, todavía más bajo, con sus extremos en las regiones de Colima y Tepic, es una estrecha faja frente al mar con muy poca población, pero favorecida porque la carretera del litoral del Pacífico la recorre longitudinalmente de extremo a extremo, brindando ciertas comodidades a pequeños asentamientos agrícolas y modestos sitios turísticos. Ya quedó dicho que la recorreremos más adelante.

Tepic (mapa 19)

Nuestro séptimo recorrido nos lleva a las tierras más occidentales de cuantas hemos visto hasta este momento. El espacio que encontramos puede parecernos algo difuso en un principio. La cadena de volcanes que tanto nos ayudó a visualizar la separación entre el México Central y la Vertiente del Pacífico continúa hacia el noroeste, pero en otro contexto. Los últimos y más bajos volcanes de la serie —el Ceboruco y el Sangangüey (que apenas rondan los 2 000 metros)— se perfilan claramente integrados en el entorno serrano de la propia Vertiente, flanqueados por barrancas no muy prominentes que descienden a uno y otro lado hasta más abajo de los 400 metros: por el oriente hacia el río Santiago, por el occidente hacia la costa. Respaldada en este flanco occidental se halla una zona con declives moderados, espacios relativamente amplios y mucha humedad: es el ámbito serrano de la región de Tepic. Más abajo aún, siguiendo las barrancas, y en particular la del río Ameca, se halla la angosta y aún más húmeda franja de tierras costeras que le son vecinas. Aquí es de resaltarse una cadena de playas arenosas muy apreciadas que continúa, quebrándose en Punta Mita, hasta la parte media de la Bahía de Banderas. Por otro lado, en el flanco opuesto de los volcanes, corre encajonado el Santiago, que trae consigo los escurrimientos de la mayor parte del México Central. Recorre primero una especie de recodo serrano muy agreste que marca el límite de la Sierra de los Huicholes (más alta y perteneciente al sector central del Norte), y luego, rodeando el Sangangüey, dobla abruptamente al oeste para encontrarse con el flanco que mira a la costa. Entonces se integra al espacio costero ya mencionado, en su parte norte, la cual es más mas amplia y tiene un paisaje natural dominado por tierras planas tapizadas de pantanos y lagunas —un espacio que recuerda el de Tabasco. Es una zona que históricamente ha estado sujeta a inundaciones, producto de las crecidas del Santiago y otros ríos menores que desaguan al norte de él, como el San Pedro. Eso cambió en 1994 con la construcción de la presa de Aguamilpa, que además de regular el curso de las corrientes alimenta una de las principales centrales hidroeléctricas del país. Otra presa aguas arriba, la del Cajón, está por concluirse.



Mapa 19

El caso de la región de Tepic se asemeja en muchos aspectos al de la de Colima por la integración y la variedad de los elementos que lo componen y por incorporar en un solo sistema regional un espacio serrano y otro costero, ambos de importancia equiparable, cada uno de ellos con ambientes y centros definidos y diferenciados, y sin embargo cercanos y ligados estrechamente. No obstante, la estructura e integración de esta región son más complejas que las que hallamos en el caso colimense.

Situado como puente entre el México Central y las regiones noroccidentales de México, albergando una de las grandes rutas troncales del país, el entorno serrano de Tepic ocupa un punto de inflexión importan-

Población	*2005*	*Conurbación*
Tepic	295 250	379 300
Xalisco	29 550	
Puerto Vallarta	177 850	304 100
Ixtapa	24 000	
Bucerías	11 100	
Tuxpan	26 150	
Ixtlán del Río	21 950	
Santiago Ixcuintla	16 750	
Compostela	16 000	
Ruiz	12 700	
Las Varas	12 450	

te en la geografía nacional y orienta buena parte de sus intereses hacia esas regiones norteñas, con las que históricamente ha estado muy ligada. Por eso es comprensible que en algunos análisis se cuente a Tepic y su región como parte del Noroeste —asunto que es, al menos, discutible. Mucho más clara es la distinción entre Tepic y otra de sus regiones vecinas, la Sierra de los Huicholes, en el extremo meridional de la Sierra Madre Occidental, que pertenece con más propiedad al sector central de la Vertiente del Norte. Aunque comprendidas en su mayor parte dentro del mismo Estado de Nayarit, conforman un espacio por completo distinto. Los lazos entre éste y la región de Tepic se concretan mayoritariamente en primitivos intercambios realizados sobre antiguas veredas. Los pocos contactos de mayor monto se llevan a cabo por vía aérea, aunque desde hace poco más de diez años se han desplazado hacia la primera carretera, todavía no consolidada del todo, que conecta esa parte de la Sierra Madre con Tepic.

El entorno serrano de la región que examinamos ocupa una parte sustancial del Estado de Nayarit, es eminentemente agrícola, y está dominado por la ciudad de Tepic, que es la tercera ciudad por su población en la Vertiente del Pacífico y la segunda de sus áreas serranas. En su entorno inmediato se encuentran su anexa Xalisco, Compostela e Ixtlán del Río, amén de un gran número de localidades menores, casi todas de origen colonial pero que consolidaron su población, de perfil predominantemente mestizo, a lo largo del siglo XX.

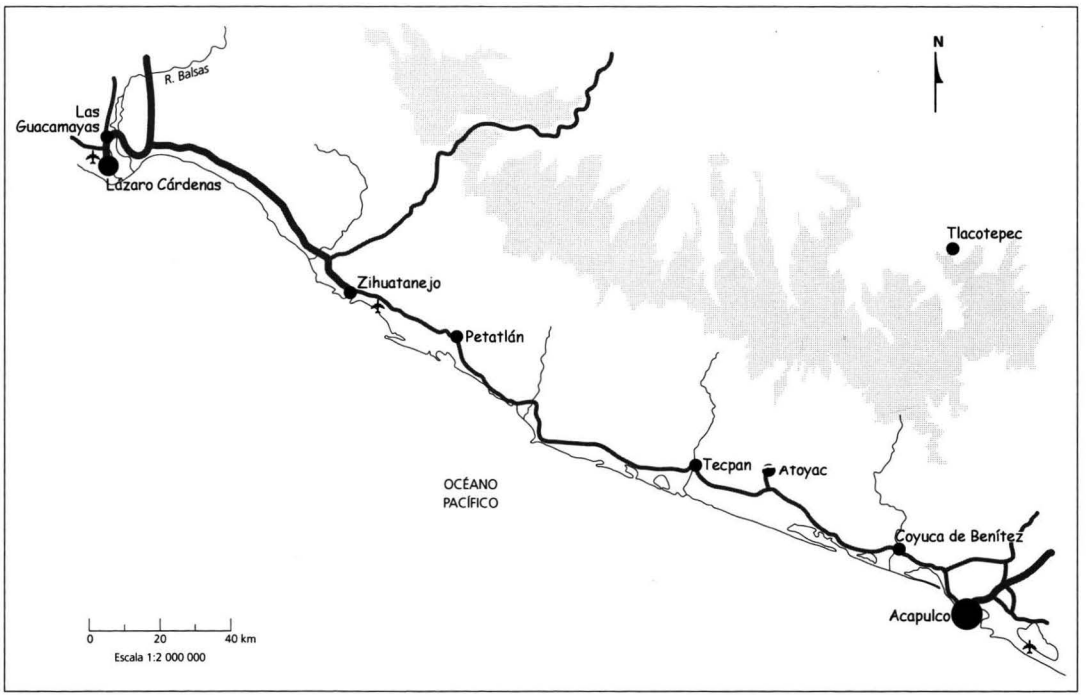
El entorno costero de la región se vincula con la zona serrana mediante numerosos caminos que se descuelgan de ella, de tal modo que no queda duda de la proximidad entre sierra y costa. Pero, por otro lado, ésta se halla materialmente partida en dos por el (hasta hace poco) temperamental río Santiago y sólo se puede cruzar en contados puntos. Al norte del río, sobre una llanura de regulares dimensiones, se ubican Santiago Ixcuintla y Tuxpan, ciudades relativamente antiguas de tradición agrícola y ganadera, así como la más moderna Ruiz. Al sur se ubica lo que fue el puerto de San Blas, importante en la época colonial por ser el punto de embarque hacia la Alta California pero convertido hoy en muy modesto sitio de recreo.

De ahí hacia el sur la llanura se angosta (empujada hacia el mar por una prolongación de la zona serrana que culmina cerca de Punta Mita) pero luego vuelve a ensancharse para bordear la Bahía de Banderas y alcanzar territorio de Jalisco. Llaman la atención, a partir de la moderna población de Las Varas, las prolongadas hileras de residencias frente a las playas y el mar, indicador de que el poblamiento es muy reciente pero, sobre todo, de que hay un importante polo de desarrollo. En efecto, en el punto extremo de la llanura se halla Puerto Vallarta (con extensiones en Ixtapa y Bucerías), que a pesar de su posición excéntrica en el conjunto es la ciudad más importante de todo el entorno costero de la región de Tepic. Puerto de nombre más que de hecho, e importante en todo caso por su activo aeropuerto, surgió a mediados del siglo xx como uno de los centros turísticos más promovidos del país. La proximidad de Puerto Vallarta al Sur de Jalisco es evidente, pero debe advertirse que no tuvo casi ningún contacto directo con esta región sino hasta hace muy pocos años. Es probable que con el desarrollo de nuevas comunicaciones Puerto Vallarta vuelque sus intercambios y relaciones de la región de Tepic a la del Sur de Jalisco, de la cual se convertiría sin duda en el centro dominante, aunque el puerto, en este conjunto, tendría una ubicación no menos excéntrica que la que tiene en la región a que todavía pertenece.

La Costa Grande (mapa 20)

La Costa Grande es una franja de tierra bastante estrecha acompañada de una sucesión de valles en su mayoría poco profundos, húmedos mas no muy fértiles, dedicados en gran parte a la ganadería y a algunos cultivos tropicales entre los que sobresalen el arroz y las palmeras de copra. A sus espaldas, y entre ella y el curso medio del Balsas, se alza la porción más compacta y extensa de la Sierra Madre del Sur (la Sierra de Atoyac, a la que ya nos referimos). La Costa Grande se imbrica con estas tierras serranas, pero no penetra demasiado en ellas: incluye sólo la parte baja de las barrancas que bajan de la Sierra. El litoral es en su mayor parte rocoso, sembrado de acantilados, pero incluye algunas pequeñas bahías con atractivas playas, entre las cuales destacan las de Zihuatanejo y Acapulco.

Junto a la desembocadura del Balsas hay un centro portuario e industrial de reciente creación asociado a la siderurgia: Lázaro Cárdenas. Fue consolidado hacia 1970 en el lugar de un pequeño asentamiento de pescadores y ha acabado creando localidades anexas, como Las Guacamayas. Su importancia justificó la construcción de una vía férrea y carreteras que lo enlazaran con el interior a través de la Tierra Caliente del Tepalcatepec


N
R. Balsas
Las Guacamayas
Lázaro Cárdenas
Zihuatanejo
Petatlán
Tlacotepec
Tecpan
Atoyac
OCÉANO PACÍFICO
Coyuca de Benítez
Acapulco
0
20
40 km
Escala 1:2 000 000

Mapa 20

(a lo largo del bajo Balsas o en sus proximidades). Pero su prosperidad ha sido relativa, pues no ha llegado a figurar como un centro industrial de primer orden. A pesar de su relevancia económica y de ser un importante núcleo de concentración demográfica, no ha consolidado un hinterland salvo en su papel de zona de refugio para las aisladas y empobrecidas poblaciones que lo rodean. Aunque políticamente pertenece a Michoacán, Lázaro Cárdenas se liga más bien con la región que a partir de este punto sigue a lo largo del litoral hacia el oriente, en territorio de Guerrero: la Costa Grande. En esta región, en contraste con el tramo de costa anterior (el casi vacío litoral michoacano, que examinamos junto con los espacios asociados a la cuenca del Balsas), puede advertirse una integración cada vez más creciente que alcanza su punto culminante en Acapulco.

La Costa Grande resume los rasgos culturales y las actividades agrícolas, ganaderas y pesqueras propias del trópico húmedo. Entre sus localidades destacan Petatlán, Tecpan, Atoyac y Coyuca de Benítez, que son modestas ciudades situadas cerca del litoral, pero no sobre él, y de manera especial el puerto de Zihuatanejo, centro turístico de tradición que incluye una extensa cadena de importantes hoteles frente al mar. El turismo marca grandes contrastes en los niveles económicos, pero la presencia apabullante de humildes jacales de campesinos y pescadores no oculta la marginación imperante.

En este punto podemos hacer una observación sobre la traza y la arquitectura características de las poblaciones costeras. Dejando de lado los enclaves turísticos, más o menos lujosos y más o menos de buen gusto, los centros urbanos son poco o nada monumentales. No sólo no ha habido en ellos obra arquitectónica de consideración, sino que lo poco hecho ha sido destruido por los fuertes terremotos que con frecuencia ocurren frente al Pacífico. El concreto armado, el pavimento y los postes de luz son aquí como en todas partes, pero la infraestructura tiende a ser más limitada que en el altiplano o las sierras. En las periferias urbanas y los poblados rurales de la costa coexisten construcciones poco inspiradas de tabicón y cubierta de losa con jacales de paredes de adobe o material vegetal embarrado y techos de paja, muy separados unos de otros y rodeados de huertos feraces. Es un tipo de asentamiento adecuado al clima y que se integra bien al paisaje, pero cuya existencia refleja no tanto la armonía con el medio como el atraso y la pobreza.

Alargada como es, frente al mar y con la agreste Sierra de Atoyac a sus espaldas, la Costa Grande está casi totalmente desconectada de sus

espacios vecinos excepto por sus dos extremos. El occidental, donde está Lázaro Cárdenas, no ofrece mucho en cuanto a contactos con el resto del país; el oriental, en cambio, es de gran relevancia, pues en ese punto se halla Acapulco, que con algo más de tres cuartos de millón de habitantes en su área metropolitana no sólo es el centro dominante de la región sino también la segunda ciudad más grande de la Vertiente del Pacífico.

En efecto, la Costa Grande termina (o más bien empieza) en Acapulco, donde también principia, en dirección opuesta, la Costa Chica. Acapulco es el pivote que une e inyecta dinamismo a las dos, perteneciendo al mismo tiempo a ambas y a ninguna. Es, sin duda alguna, un punto clave en la integración de la Vertiente del Pacífico al conjunto nacional, pero al mismo tiempo su hinterland inmediato es reducido y desproporcionadamente pobre. Su industria es escasa y muy básica, y lo mismo su actividad portuaria —cuya relevancia en las comunicaciones oceánicas ha quedado muy atrás en el pasado. Las excelentes líneas de comunicación que ahora unen Acapulco con el México Central fueron diseñadas básicamente en función del turismo, desarrollado desde la primera mitad del siglo XX —primero en pequeña escala y luego con grandes vuelos y enorme inversión en infraestructura. Antes de esto Acapulco era un punto tan olvidado como muchos otros de la costa de Guerrero, de difícil acceso, carente de caminos carreteros y nunca integrado a la red ferroviaria, pero, sin duda, un paraíso natural —que poco a poco perdió su pureza y encanto.

A pesar de su anárquico crecimiento y los trastornos ambientales que ha provocado, Acapulco encarna, con Cancún (en la Cadena Caribeña) y los Cabos (en Baja California), la imagen turística internacional de México. Y el turismo es desde luego el puntal de la economía local. Pero Acapulco no es una ciudad turística. Hay una paradoja en la presencia de los grandes hoteles y centros de recreo, dependientes pero a la vez desconectados y, en cierto sentido, deliberadamente sustraídos de la ciudad en sí. Los contrastes de la Vertiente llegan en este punto a su máxima expresión en el terreno económico y social, y se acentúan conforme la ciudad crece aceleradamente al fungir como la mayor y más apetecible zona de refugio para la población de las extensas y conflictivas áreas que hemos visitado a su alrededor.

Población	*2005*	*Conurbación*
Acapulco	616 400	717 750
Lázaro Cárdenas	74 900	
Las Guacamayas	34 700	
Zihuatanejo	62 400	
Petatlán	20 750	
Atoyac	20 800	
Tecpan	14 200	
Coyuca de Benitez	12 500	

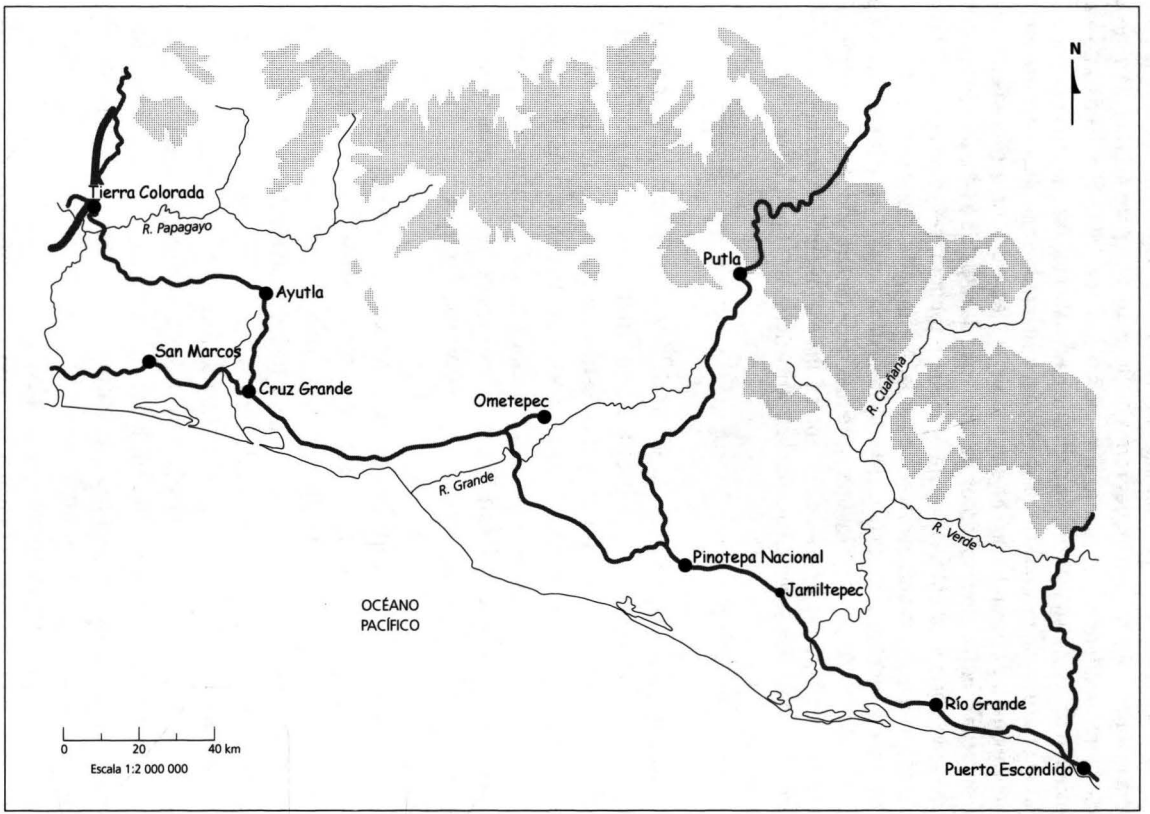
La Costa Chica y la Mixteca de la Costa (mapa 21)

La Costa Chica puede concebirse inicialmente como una imagen en reflejo de la Costa Grande, con la que tiene algunas similitudes formales, aunque es un poco más amplia y menos prolongada. La mayor diferencia en cuanto al medio físico es que su litoral es bajo y está marcado por la sucesión de varias lagunas costeras, sin que haya bahía alguna. Hacia el interior la fisiografía deja ver una sucesión de valles casi paralelos, muy quebrados, que albergan otros tantos ríos, como el Papagayo y el Grande, que bajan de la Sierra Madre del Sur, la cual en esta parte decrece y se estrecha como un sinuoso cordón de cerros que da respaldo a la región de la Montaña. Conforme se va hacia el oriente, la llanura —de suave topografía— se amplía aún más y así sigue hasta cerca de la desembocadura del Río Verde. A esta parte, casi indistinguible de la anterior, no se le suele denominar Costa Chica sino Mixteca de la Costa. Ésta, además del área próxima al mar (que incluye como apéndice una parte más de la llanura al oriente del Verde, a partir del cual pierde anchura progresivamente), abarca una extensión de tierras ligeramente más altas, de perfil serrano, que se extienden por las estribaciones de la porción oriental de la Sierra Madre del Sur.

Las similitudes formales entre la Costa Chica y la Grande, algunas de las cuales se han señalado ya, incluyen también muchos aspectos culturales. Por ejemplo, las dos regiones están casi totalmente desconectadas de sus espacios vecinos excepto por sus dos extremos. Fuera de circunstancias como éstas, la Costa Chica es una región menos populosa y urbanizada que la Grande pero con una población más repartida y, sobre todo, más rica culturalmente y más compleja en su entramado social.

Dejando de lado a Acapulco, en la Costa Chica sólo hay un diminuto puerto y las ciudades más destacadas están situadas tierra adentro: San Marcos, Cruz Grande y Ometepec, y todavía más al interior Tierra Colorada y Ayutla. Todas son pequeñas y tienen poca influencia más allá de su ámbitos locales, sembrados de minúsculos asentamientos, algunos poco accesibles. Éstos son particularmente numerosos en los alrededores de Ometepec, donde la población incluye varios grupos indígenas fragmentados que viven en un ambiente de pobreza y marginación, lejos del lucimiento que gozan los que habitan otras partes más visibles o favorecidas. Ometepec y su área inmediata también albergan el principal núcleo de población afroamericana del país.

El paso de Guerrero a Oaxaca se toma normalmente como el paso de la Costa Chica a la Mixteca de la Costa. Su entorno costero se prolonga por el oriente —siempre en compañía de la carretera costera—


N
Tierra Colorada
R. Papagayo
Ayutla
San Marcos
Cruz Grande
Ometepec
R. Grande
Putla
R. Cuañana
R. Verde
Pinotepa Nacional
Jamiltepec
OCÉANO
PACÍFICO
Río Grande
Puerto Escondido
0
20
40 km
Escala 1:2 000 000

Mapa 21

hasta el modesto centro turístico de Puerto Escondido, de donde también es posible conectarse con el Valle de Oaxaca. Pero en realidad no hay gran diferencia entre la Costa Chica y la Mixteca de la Costa, y menos en las áreas más bajas, salvo por los antecedentes históricos de una y otra y por la vecindad de la segunda con las Mixtecas Alta y Baja. En efecto, una característica que distingue la Mixteca de la Costa es que su red de relaciones e intercambios se prolonga de manera más conspicua hacia el interior y ha jugado un papel complementario para las regiones orientales del México Central, lo que refleja con bastante nitidez sus altibajos económicos. Puesto que en tiempos recientes estas regiones, y en particular la Mixteca Baja, han vivido periodos de estancamiento, sus enlaces con la Mixteca de la Costa resultan tenues y de ahí se sigue, en parte, que se dé mayor sustancia a la identificación de ésta con la Costa Chica.

El punto focal de la Mixteca de la Costa es la ciudad de Pinotepa Nacional (que originalmente se llamó Pinotepa del Rey, pero a la que se le cambió el apellido en un arranque nacionalista después de la independencia). De menor sustancia son Jamiltepec, cercano a Pinotepa; Río Grande, al oriente, y Putla, mucho más al interior y a mayor altura, sobre el camino a las Mixtecas Alta y Baja. Son centros comerciales que se benefician de la disparidad en las comunicaciones, pues la mayoría de las localidades de sus alrededores son de difícil acceso. Casi todos son poblados de tradición indígena, la mayoría pequeños y hasta hace poco tiempo muy marginados, que se imbrican con los de la Costa Chica propiamente dicha y se prolongan por las estribaciones de la Sierra Madre del Sur. Los que se ubican más al oriente son los más aislados de todos, y a una porción de este espacio sólo se puede llegar cruzando a pie la barranca del río Cuañana o haciendo un rodeo para entrar por un mal camino que se desprende a la salida del Valle de Oaxaca.

Población	*2005*
Pinotepa Nacional	25 900
Ometepec	20 800
Puerto Escondido	20 200
Ayutla	13 250
Río Grande	12 300
San Marcos	12 300
Cruz Grande	10 750
Tierra Colorada	10 550
Putla	10 500
Jamiltepec	9 350

Cabe recapitular si se debe considerar la Costa Chica y la Mixteca de la Costa como dos sistemas regionales distintos o como uno solo con dos espacios diferenciados. La influencia de Acapulco, punto nodal del primero de ellos, se diluye mucho en el extremo opuesto del conjunto, que se manifiesta cons-

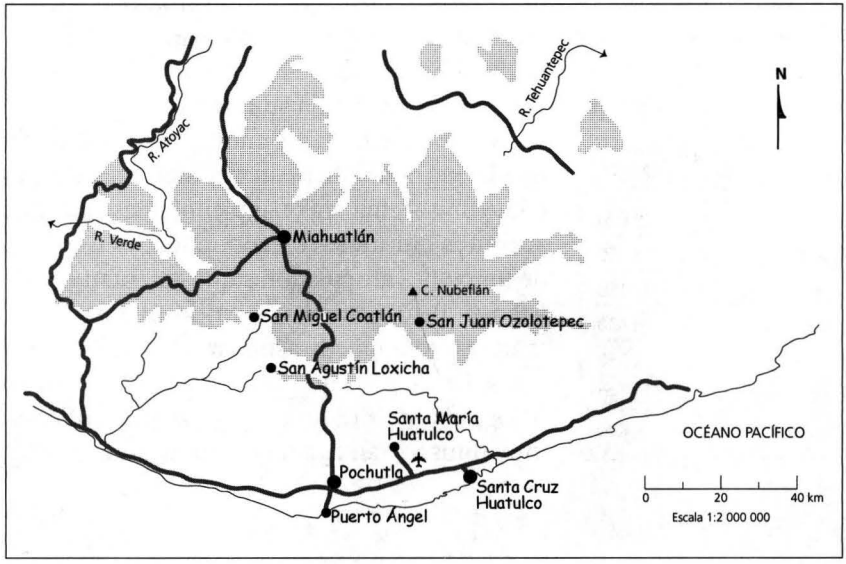
picuamente como parte del Estado de Oaxaca, lo que apunta a favorecer la idea de que son dos regiones. Por otra parte, la Mixteca de la Costa posee elementos articuladores de poca monta y no tiene una identidad cultural o económica que la haga manifiestamente diferente de su vecina. Esto apunta a ver en el conjunto un único sistema regional. Hemos preferido ajustarnos a este último argumento, pero realzando la existencia de dos componentes y dejando asentado que en materia de identificación o delimitación de regiones no existe jamás una última palabra.

La Sierra de Miahuatlán (mapa 22)

Nuestro octavo recorrido nos introduce a un espacio de topografía extremadamente compleja y difícil de visualizar, pero no por ello carente de estructura. El Valle de Oaxaca es el punto más bajo de las tierras altas del México Central y por ello el contraste fisiográfico con la Vertiente se pierde un poco. Además, el río Atoyac (que es el que forma el Valle de Oaxaca) rompe el borde de las tierras altas para dirigirse al sur. Como resultado, éstas se entrelazan con las zonas serranas que se desarrollan a sus pies —y eso incluye las que marcan el extremo interior de la Mixteca de la Costa. La disposición general de la pendiente se ve afectada también porque el Atoyac se quiebra y corre embarrancado en forma perpendicular a la Vertiente por un largo tramo antes de doblar una segunda vez para dirigirse (con el nombre de Río Verde) hacia el mar: el efecto es parecido a lo que ocurre con el Balsas, pero a menor escala. Relativamente húmeda y boscosa, aunque en partes muy desforestada, la Sierra tiene dos vertientes hidrológicas principales: una hacia el noroeste, la que se vuelca al Atoyac, y otra hacia el sur, que se desparrama en decenas de pequeños ríos. Vista bajo otra perspectiva, esta sierra es la porción más oriental de la Sierra Madre del Sur, de cuyo resto está casi desprendida por la barranca del Atoyac. Es un macizo montañoso que comprende uno de los conjuntos de tierras altas más extensos del país, con amplias superficies que sobrepasan los 3 000 metros. Desde su punto más elevado, el cerro Nubeflán (3 700 metros), podemos ver declives y barrancas en todas direcciones, excepto por una línea de montañas al norte que se prolonga hasta las que rodean el Valle de Oaxaca (y son las que permiten construir la pendiente general que es de esperarse en una vertiente como ésta). El conjunto incluye también dos espacios adicionales. El primero, al noreste, se forma con unas prolongaciones un poco más bajas y en parte muy desforestadas de la propia Sierra que ciñen el Valle de Oaxaca y albergan, en un recinto árido y caluroso, la cabecera de la cuenca del Tehuantepec. En su extremo se roza con la Sierra Mixe, ya mencionada como punto de enlace fisiográfico entre la Vertiente del Golfo, la del Pacífico y las cadenas Caribeña y Centroamericana. El segundo es la franja costera que bordea la Sierra al sur y es continuación de la perteneciente a la Mixteca de la Costa, salvo que desaparecen las lagunas costeras y su lugar lo toman algunos trozos de litoral con acantilados y dos o tres diminutas bahías, de las cuales la más notable es la de Huatulco.

Miahuatlán en la parte alta y propiamente serrana, y Pochutla, Santa María Huatulco y Santa Cruz Huatulco en la costa, son las localidades principales, prácticamente las únicas de cierta sustancia en este extenso y agreste espacio serrano. Casi no hay en todo el conjunto poblaciones de rango intermedio, sino una miríada de pequeños y pobres asentamientos rurales (cabe singularizar apenas a San Agustín Loxicha, San Miguel Coatlán y, acaso, San Juan Ozolotepec), fincas cafetaleras (sobre todo al sur) y efímeros aserraderos. No es sencillo llegar a la mayoría de estos lugares, ni salir de ellos. Fuera de las rutas troncales ya señaladas, todos los demás caminos de la Sierra de Miahuatlán, en su mayor parte extremadamente precarios, no tienen salida.

Lo mismo cabe decir de la prolongación de esta zona hacia el noreste. A pesar de su casi vecindad con el Valle de Oaxaca, con el que está ligado por un tramo ya poco utilizado de la "Carretera Panamericana", este apéndice es una zona pobre en la que sólo se hallan localidades aisladas, diminutas y mal comunicadas que se sostienen de una precaria economía ganadera. Contigua a ella, al norte, se halla la Sierra Mixe, de la que nos ocupamos al examinar la Vertiente del Golfo. Y aquí cabe repetir algo de lo observado respecto de ésta, ya que entre la Sierra Mixe y este apéndice de la de Miahuatlán se da el único contacto directo entre las vertientes del Golfo y del Pacífico sin ningún espacio del



Mapa 22

México Central de por medio. Se antojaría un escenario prometedor, pero lo que hay es un lindero a través del cual no hay casi ninguna interacción.

Tampoco es sencillo vivir en esta parte del país. Los conflictos agrarios en casi todas estas tierras son frecuentes y violentos, producto de una mezcla de situaciones que los propician, como la pobreza, la incomunicación, la escasa o nula consistencia jurídica y la competencia por la explotación de los bosques. Esto no es desde luego un rasgo exclusivo de estas sierras, pero probablemente no haya ninguna otra área en el México Central ni en las vertientes del Golfo y el Pacífico en que se manifieste sobre una extensión tan grande.

La franja costera muestra una cara diferente por su mayor población y porque posee dos centros turísticos. El primero, Puerto Ángel, es modesto y relativamente antiguo. El segundo, Santa Cruz Huatulco, más al oriente, es mucho más moderno y glamoroso. Esto no quiere decir que no tenga pasado, pues fue uno de los puertos más favorecidos para el comercio por el Pacífico durante el siglo XVI. Pero luego quedó en el olvido, hasta que los promotores turísticos descubrieron hacia 1970 el potencial de su pequeña y hermosa bahía. Huatulco cuenta hoy con numerosos servicios y un aeropuerto de amplia capacidad, pero no ha desarrollado una población notable ni un hinterland o relación significativa con los espacios que lo rodean. Se trata de un verdadero enclave desarrollado artificialmente. Y así sea el punto más conocido y opulento de todo el litoral mexicano al oriente de Acapulco, no puede considerársele el centro que lo amarre o que defina su integración.

Población	*2005*
Miahuatlán	19 000
Santa Cruz Huatulco	13 050
Pochutla	12 150
Santa María Huatulco	6 400
Puerto Ángel	2 550
San Agustín Loxicha	1 950
San Miguel Coatlán	1 400

Una vez más puede cuestionarse que se defina la Sierra de Miahuatlán y sus áreas vecinas como un sistema regional pleno, pues carece de atributos culturales o económicos definidos y de funciones articuladoras que ameriten el calificativo. Pero, como ha ocurrido en otros casos, tampoco se le puede asimilar a las regiones vecinas, frente a las que contrasta no sólo por su fisiografía sino también por su poblamiento, muy difuso y culturalmente mezclado.

LA VERTIENTE DEL NORTE

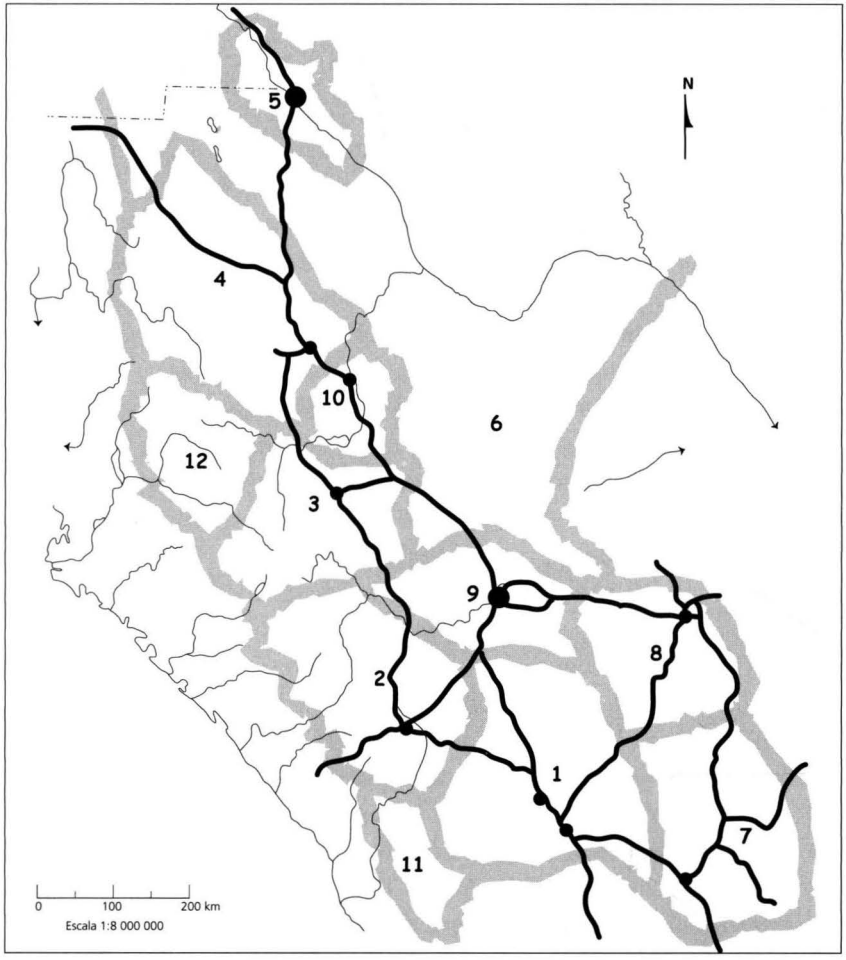
EL SECTOR CENTRAL

De todos los sectores del Norte el que mejor refleja la esencia de la Vertiente es el central —un conjunto que abarca extensiones de altiplano y espacios serranos—, pues ninguno ha sido producto de la expansión del espacio mexicano de manera tan directa como éste. En otras palabras, en él se manifiestan más claramente las características del espacio que hemos calificado como vertiente de expansión. Sus lazos de intercambio predominantes se ajustan a la estructura radial de la mayor parte del país, como las hojas de un abanico, de modo que procederemos al examen de sus regiones siguiendo el orden que hemos acostumbrado, empezando por los espacios más próximos al México Central y desplazándonos por ellos hacia su borde opuesto (es decir, la frontera), para luego repetir el proceso a lo largo de otros recorridos radiales. Sin embargo, debemos incorporar algunas excepciones a esta norma en atención a la inmediatez que ha tenido el desarrollo histórico en la configuración espacial del Norte. Esto nos obliga a ajustar nuestros recorridos de modo que atendamos, aunque sea de manera aproximada, la secuencia de las fundaciones que dieron origen a los sistemas regionales.

Así, pondremos punto de partida en Zacatecas y su región por ser la de fundación más antigua y la que determinó el eje central del Camino de Tierradentro, a cuya disposición se ajustan también los caminos modernos. Este eje marca nuestro **primer** *radio, el que seguiremos para visitar las regiones de Durango, Parral, Chihuahua y El Paso-Juárez, que son de origen colonial, dejando para después las de formación posterior. Un* **segundo** *radio, al oriente y más breve, nos permitirá replicar el ejercicio anterior en las regiones de San Luis Potosí y Saltillo. Con esto habremos cubierto los espacios fundacionales del sector central. Un* **tercer** *radio, intermedio entre los anteriores (y que en rigor es un derivado de ellos), nos situará en regiones de conformación moderna: la Laguna y la región de Delicias o Valle del Conchos. También tomaremos en cuenta diversos espacios del sector central del Norte que carecen de integración regional o la tienen muy débil. Por último, un* **cuarto** *radio (al occidente y truncado en partes) abarcará espacios en los que subsisten elementos previos a la conformación colonial del Norte: la Sierra de los Huicholes y la Sierra Tarahumara.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas,

haremos una serie de recorridos panorámicos que nos permitan conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Norte. Sector Central: **1.** Zacatecas; **2.** Durango; **3.** Región de Parral; **4.** Chihuahua; **5.** Región de El Paso-Juárez; **6.** Bolsón de Mapimí y espacios vacíos del altiplano; **7.** San Luis Potosí; **8.** Región de Saltillo; **9.** La Laguna; **10.** Región de Delicias o Valle del Conchos; **11.** Sierra de los Huicholes; **12.** Sierra Tarahumara.

RECORRIDOS POR EL SECTOR CENTRAL DE LA VERTIENTE DEL NORTE

NUESTRO PRIMER RECORRIDO, que nos introduce en el Norte llevándonos suavemente de Aguascalientes a Zacatecas, se servirá de las expresiones modernas del Camino de Tierradentro tantas veces mencionado: el Ferrocarril Central, la carretera 45, las autopistas que la acompañan y un sinnúmero de variantes y caminos secundarios. En términos muy generales podemos visualizar estas rutas como líneas rectas y paralelas tendidas a lo largo del altiplano hasta llegar no sólo a la frontera en Ciudad Juárez sino al destino original del Camino de Tierradentro en Santa Fe de Nuevo México. Pero, vistas en detalle, no son ni tan rectas ni tan paralelas, tanto por razones topográficas como históricas, pues su trazo y variantes obedecen a distintas necesidades y motivaciones. Por ejemplo, mientras las rutas más antiguas —que son las que seguiremos en el presente recorrido— privilegian el enlace de Zacatecas con Chihuahua a través de Durango y Parral (por áreas de topografía quebrada), las más modernas dan prioridad a la conexión por Torreón y Delicias (siguiendo terrenos más planos). El Camino de Tierradentro nunca tuvo un trazo único e invariable, pero si hubiéramos de seguir hoy sus líneas básicas o quisiéramos rehacer uno de sus trayectos típicos, tendríamos que servirnos de pedazos de autopista, tramos de vías férreas o carreteras viejas y trechos de caminos de herradura, pasando una y otra vez, alternativamente, de unos a otros.

Hechas estas consideraciones, nos desplazaremos de Zacatecas a Durango, Parral y Chihuahua teniendo al oriente las grandes extensiones del altiplano y al occidente las elevaciones que anuncian el borde de éste previo al inicio del pronunciado declive que constituye la Sierra Madre Occidental. Al tiempo que avanzamos en nuestro recorrido visitaremos cada una de las regiones que tocamos, aprovechando el hecho de que del punto nodal de cada una de ellas salen, como en estrella, rutas hacia otros puntos de sus entornos. Luego, al ir de una región a otra, cruzaremos infi-

nidad de caminos transversales, la mayor parte de ellos de naturaleza local, más en dirección al interior del altiplano que a la Sierra. En efecto, el primero está cubierto por una cerrada telaraña de caminos buenos y malos que llegan prácticamente a todas partes, mientras que la segunda es menos accesible. La mayoría de las rutas que se desprenden hacia ella termina en algún punto antes de la abrupta bajada hacia las tierras del Noroeste, y en los casi novecientos kilómetros que separan Zacatecas de Chihuahua sólo hay contadas carreteras modernas (además de algunos inestables caminos madereros) que permiten la travesía completa: de Zacatecas a Tepic por Huejuquilla, de Durango a Mazatlán por El Salto, de Parral a Culiacán por Guadalupe y Calvo, y de Chihuahua a distintos puntos de Sonora por La Junta, de donde también se desprende una vía de ferrocarril a Los Mochis. A varios puntos de la zona serrana de Durango, sembrada de pequeñas pistas aéreas, el acceso más conveniente es por avioneta.

El último tramo de este recorrido, de Chihuahua a Ciudad Juárez, nos ofrece dos opciones. La primera de ellas es directa, sin complejidades ni variantes. Todos sus caminos, incluido el ferrocarril, convergen en una ruta única que atraviesa un área sumamente seca. Aun así, seguiremos cruzando caminos vecinales, aunque muy rústicos y espaciados, y el único entronque de importancia nos llevaría al occidente, donde nos enlazaríamos con la ruta de nuestra segunda opción. Ésta, que también nos ofrece la alternativa de la carretera y el ferrocarril (abandonado recientemente), va bordeando la región de Chihuahua por el occidente, dejando a nuestra izquierda la salida hacia la Sierra Tarahumara y Sonora, para desembocar cerca de la frontera en Janos, donde hay una salida más hacia Sonora, y de allí salir directamente a Ciudad Juárez. Llegados a ésta nuestras opciones se reducen a continuar el camino rumbo a Nuevo México o seguir al oriente, es decir, sobre el curso del Río Bravo, pero el buen camino apenas llega a cubrir los pocos kilómetros del limitado entorno del espacio regional. Sólo si disponemos de paciencia y soportamos mucho el polvo podremos llegar hasta la zona de Ojinaga (que veremos después) y aun alcanzar las tierras de Coahuila y el Bajo Bravo. Una tercera opción sería la de conectar, dentro de Estados Unidos, con rutas que se desplazan hacia el este o el oeste dentro del sistema espacial norteamericano, que en su conformación básica —reticular y no radial— es radicalmente diferente del mexicano.

Para nuestro **segundo** recorrido radial hemos de repetir nuestro ingreso al Norte, pero esta vez desde Querétaro para ubicarnos en San Luis Potosí (a donde también podríamos tener acceso con facilidad desde Aguascalientes o Zacatecas). Tendremos ante nosotros un conjunto de rutas que reproduce, al oriente —como si fuera en reflejo y al otro lado del abanico—, la disposición general del Camino de Tierradentro y sus sucesores, pero con la gran diferencia de que no alcanza el extremo del sector central del Norte pues su destino principal está en tierras del Noreste. Nos referimos a el Ferrocarril Nacional, la carretera 57 y sus variantes y derivados. Esta ruta fue menos importante en su origen, pero ha pasado a primer plano desde mediados del siglo XX porque proporciona el enlace más directo posible entre las ciudades de México y Monterrey y es la vía más socorrida para el comercio con Estados Unidos. Encontraremos igualmente rutas que irradian de los centros principales y numerosos caminos transversales. Los que conducen al interior del altiplano son muchos y se encontrarán de mil maneras con aquellos que se desprendieron de nuestro primer recorrido; los que se dirigen hacia la Sierra son menos y no siempre la cruzan. Los pasos principales enlazan San Luis Potosí con Ciudad Victoria, Matehuala con Linares y —el más importante de todos y continuación de la ruta principal— Saltillo con Monterrey. De Saltillo también derivan otras vías hacia el extremo septentrional del Noreste.

Habida cuenta de esto nos desplazaremos de San Luis Potosí a Saltillo recorriendo el altiplano cerca de su borde y viendo aparecer como referente las montañas que realzan majestuosamente el extremo norte de la Sierra Madre Oriental. Desde la cumbre de la más prominente de ellas, el Cerro Potosí, podemos visualizar el desarrollo de las rutas mencionadas, tendidas sobre la parte más plana y abierta del sector central del Norte, de modo tal que se dibujan claramente tramos carreteros de hasta cincuenta kilómetros o más sin una sola curva y con pendientes muy suaves. Aprovechamos la perspectiva para reflexionar acerca de que el sector central del Norte tiene extensiones tan amplias y horizontes tan abiertos que no siempre es posible encontrar en el medio físico recintos bien acotados y con un referente dominante que nos guíe de modo tan claro como ocurrió en el México Central o las vertientes del Golfo y del Pacífico, y como está ocurriendo, por excepción, desde este punto privilegiado. Observamos asimismo que la topografía del altiplano provoca rodeos y quiebres en sus

rutas internas, pero no es el factor que determine su trazo básico. A pesar de lo enorme del espacio que cubre esta parte del país, las vías de comunicación disponibles rara vez nos llevarán por encima de los 2 000 metros sobre el nivel del mar, y nunca nos colocarán por debajo de los mil.

Nuestro **tercer** recorrido radial no arrancará de un punto de ingreso al Norte, sino de uno intermedio que ubicaremos donde las hojas del abanico a que nos hemos referido se abren lo suficiente como para dejar un espacio entre ellas. Este punto es Torreón, en el corazón de la Comarca Lagunera. También podemos visualizar nuestro recorrido como uno que se abre hacia el norte desde un punto que simboliza el contacto del fin de la Sierra Madre Oriental —que inició en el cerro Potosí una pronunciada curva hacia el interior del altiplano— con las estribaciones más extremas de la Occidental. Este segundo punto es el cerro Ximulco, que respalda a Torreón por el sur. Su cumbre brinda el punto más alto de la parte interior del sector central del Norte, situación que aprovecharemos para una reflexión adicional.

Las ciudades del sector central del Norte están ligadas por carreteras modernas en casi todas las combinaciones posibles: a los enlaces que hemos mencionado se suman los de Torreón con Saltillo, Zacatecas, Durango, Parral y Chihuahua, más el de Zacatecas con Saltillo. Todos incluyen también una vía férrea, con excepción del último citado y de una directa entre Durango y Parral. Sólo muy al norte, con un poblamiento cada vez menos denso, los nexos se van haciendo poco a poco más tenues, aunque nunca faltan polvorientas terracerías de hasta más de cien kilómetros que llegan virtualmente a cualquier punto desde cualquier otro punto. En este enorme espacio tapizado de rutas los entronques camineros y de ferrocarril figuran como sitios nodales —aparte, desde luego, de las poblaciones—: así, por ejemplo, Huizache y San Roberto marcan importantes salidas hacia el Noreste; La Chicharrona, estación Cañitas y La Zarca indican variantes hacia o desde Durango; La Junta, ya mencionada, lleva en su nombre su función como enlace del oeste de Chihuahua, y El Sueco es el indicador universalmente conocido del más conveniente de los pasos al Noroeste. Torreón, gran ciudad hoy día, nació precisamente como uno más de esos entronques. En este contexto, nuestro tercer recorrido, equiparable en parte a los anteriores, saldrá de Torreón con rumbo a Delicias y concluirá en Ojinaga. Es posible hacerlo por ferrocarril si se pasa por Chihuahua.

Nuestro **cuarto** y último recorrido será atípico en varios sentidos. Para resaltar su ubicación nos resulta conveniente visualizarlo como un cuarto eje radial situado al occidente del Camino de Tierradentro, lo que coincide a grandes rasgos con el borde occidental del sector central del Norte o, si se prefiere, con las partes más altas de la Sierra Madre Occidental. Pero este eje no tiene continuidad y, salvo excepciones, tampoco tiene expresión concreta en una ruta que lo recorra a lo largo. La explicación de esto se halla en la naturaleza de las regiones que toca: no son de origen colonial ni están asociadas a ningún aspecto de la expansión del México Central, ni corresponden al modelo predominante en las regiones de conformación moderna. En cambio, se ven muy marcadas por relictos de la organización precolonial del espacio, en la que predominaban elementos ajenos a la estructura radial que ha determinado nuestro estudio.

Así, nuestro cuarto recorrido implicará varios desplazamientos separados uno del otro. Dispondremos el primero a partir de Zacatecas por los caminos, todavía en construcción, que se dirigen a Tepic tocando Huejuquilla y Tuxpan para adentrarnos en la Sierra de los Huicholes. También hay acceso desde la región de las Barrancas, en el Occidente del México Central. Otra opción, menos desarrollada, sería la de entrar a la Sierra desde Durango por el rumbo de Mezquital y bajar de allí al norte de Nayarit. Fuera de esto, si hemos de recorrer esta región será a pie o haciendo uso de servicios aéreos.

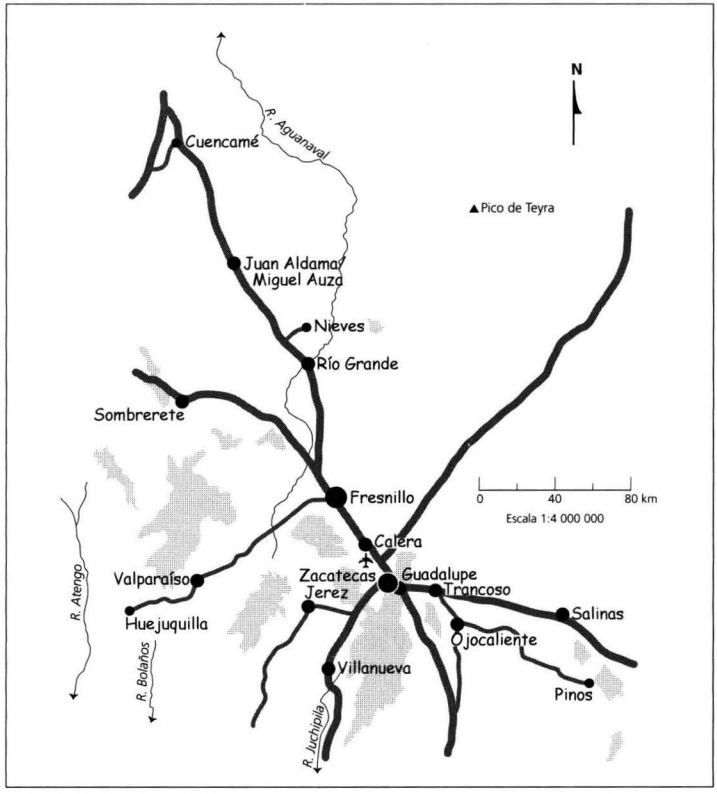
Luego nos trasladaremos a Parral para seguir los caminos que penetran la Sierra Tarahumara a partir de Guachochi o de Creel (a donde también se llega desde Chihuahua y es el punto intermedio del ferrocarril de Chihuahua a Los Mochis). De estos lugares parten muchos caminos que penetran en las partes altas de la región y se detienen al borde de las barrancas. Sólo dos bajan un poco por ellas: llegan a Batopilas y Urique, pero no tienen salida, y el camino a Chínipas se enlazaba con el exterior, hasta hace poco, únicamente por medio del ferrocarril.

Zacatecas (mapa 23)

El espacio donde iniciamos nuestro recorrido por el sector central del Norte puede sorprendernos por su amplitud y la aparente falta de referentes visuales para acotarlo. Pero una observación cuidadosa nos permitirá orientarnos. Zacatecas —la región— no está comprendida dentro de un recinto fisiográfico en particular sino repartida en varios que, sea a un lado u otro, se recuestan sobre la pequeña y poco conspicua línea de elevaciones que marca, de manera muy aproximada, el borde oeste del altiplano del Norte y su contacto con la Sierra Madre Occidental. De ella se descuelgan algunas corrientes hacia el suroeste, en busca de los declives que, gradualmente, las conducirán a las barrancas septentrionales del Santiago, especialmente las de los ríos Juchipila, Mezquitic (o Bolaños) y Atengo (o Huaynamota). Otras se dirigen en sentido opuesto, hacia el interior del altiplano, pero son esporádicas y de poco volumen, de modo que desaparecen absorbidas por los suelos secos y planos de esta parte del país. Sólo el río Aguanaval logra mantenerse con modesto caudal hasta alcanzar la región vecina al norte, la Comarca Lagunera. Zacatecas, así, tiene por el sur y el occidente un asomo de paisaje serrano, aunque de poca extensión —entrada a la región de las Barrancas en el México Central—, y por el lado opuesto el arquetípico del altiplano del Norte: relieve suave, montañas no muy elevadas pero sí rocosas y ricas en minerales, tierras secas excepto en las vegas de los ríos, bosque predominantemente bajo y en ciertas partes dominado por xerófitas, y escasa precipitación pluvial. La región de Zacatecas se entrelaza con las de San Luis Potosí y Saltillo en su parte más seca, la extensa y casi deshabitada comarca del Salado Potosino, cuyos paisajes de amplios horizontes se ven casi siempre coronados por la espléndida presencia del Pico de Teyra (2 868 metros), punto de referencia al que hemos de recurrir varias veces en nuestro recorrido por estos rumbos.

Zacatecas dio lugar al primer sistema regional nacido del proceso de expansión hacia el norte del espacio mexicano. La región se configuró alrededor de un lugar central indiscutible y perfectamente definido desde la segunda mitad del siglo XVI. Por eso es comprensible que tome su nombre (derivado del de una tribu preexistente en la zona) de la principal de sus poblaciones fundacionales, la que amarra sus relaciones de intercambio y ha funcionado desde la creación de las intendencias en el siglo XVIII como capital política. No está por demás aclarar que la superficie de su sistema regional está estrechamente relacionada con la circunscripción política del estado del mismo nombre, pero que los linderos de uno y otra coinciden sólo en parte y de manera muy aproximada.

El origen de la región —una de las más extensas del país— no nos remite a su fisiografía sino a su geología, pues fueron los yacimientos de mineral de plata los que determinaron, desde que fueron encontrados en 1546, la disposición del sistema regional. Junto a los yacimientos se esta-



Mapa 23

blecieron los reales de minas, núcleo de las primeras poblaciones, y a su alrededor se desarrollaron empresas agropecuarias que, a su vez, propiciaron el surgimiento de otras poblaciones. Pronto se borraron los rasgos del espacio prehispánico, junto con sus débiles poblaciones absorbidas o aniquiladas. Los nuevos enlaces, tanto internos como con las regiones aledañas y el centro del país, se tejieron atendiendo a las ubicaciones de esos elementos fundacionales. Las bonanzas mineras fueron muchas y de larga duración, lo que contribuyó a consolidar el perfil de la región. Hoy día la minería ya no juega ese papel determinante, pues han entrado en escena muchas otras actividades e intereses, pero su herencia sigue presente. Los paisajes mineros, sembrados de socavones, rodean muchos de los centros urbanos, que en su mayoría están asentados —y a veces pareciera que semiescondidos— en puntos donde las zonas planas se encuentran con las montañosas. El eje central del Camino de Tierradentro, tendido desde la segunda

mitad del siglo XVI, sigue presente como una columna vertebral sobre la cual se encuentran acomodadas la mayoría de las poblaciones de importancia. La diferencia entre esta región y la de Aguascalientes, su vecina al sur, radica en la experiencia histórica más que en los rasgos del medio físico.

La ciudad de Zacatecas, enclavada apretadamente dentro de una estrecha cañada, debe su ubicación a la presencia de uno de los más ricos minerales de plata que hubo en el país, cuyas vetas principales, agotadas ya, sólo quedan como base para pequeños circuitos turísticos bajo la superficie ondulada de la ciudad. Fue cimiento del conjunto norteño desde el momento en que surgió como el más sobresaliente centro minero del virreinato y, por ende, como un gran polo de inmigración para habitantes del México Central, españoles e indoamericanos. Su fina arquitectura refleja tanto la riqueza en que vivió como la desordenada traza de una fundación minera; a sus alrededores, un entramado de centros agrícolas y ganaderos garantizaba el sustento necesario. Zacatecas llegó a ser la tercera ciudad por su población en la Nueva España, aunque perdió su posición de preeminencia desde mediados del siglo XIX y se mantuvo poco dinámica y de modestas dimensiones durante la mayor parte del XX. Pero su actividad tradicional y su ascendiente cultural continúan vivos, y —con un satélite en la cercana Guadalupe— sigue siendo un sólido núcleo regional que ha recuperado vitalidad en fechas recientes.

Población	*2005*	*Conurbación*
Zacatecas	122 900	261 450
Guadalupe	99 600	
Fresnillo	110 900	
Jerez	38 650	
Calera	29 650	
Río Grande	29 350	
Juan Aldama/ Miguel Auza	25 900	
Sombrerete	19 400	
Ojocaliente	19 000	
Salinas	14 900	
Villanueva	10 850	
Trancoso	12 700	
Valparaíso	11 700	
Cuencamé	9 550	
Nieves	5 600	
Pinos	5 200	
Huejuquilla	4 050	

En la región es posible distinguir una clara jerarquía de ciudades secundarias, con el conjunto de las cuales se determinó, en su mayor parte, la jurisdicción política de la intendencia y luego del Estado de Zacatecas. Su evolución refleja un crecimiento lento y relativamente estable. Las de consolidación más antigua —Jerez, Fresnillo y Sombrerete— tienen tradición urbana y considerable presencia arquitectónica. Jerez encabeza, además, un espacio de intensa actividad agrícola. Otras ciudades, de aspecto poco agraciado pero con gran peso demográfico, surgieron reciente e impetuosamente de antiguas y prósperas haciendas ligadas a las vías de comunicación: Ojocaliente, Trancoso, Calera, Río Grande y el conjunto de Miguel Auza y Juan

Aldama. Numerosas poblaciones menores, casi siempre antiguas y compactas —Villanueva, Pinos y Salinas (en jurisdicción de San Luis Potosí) al sur; Nieves y Cuencamé (en Durango) al norte, sobre la línea del Camino de Tierradentro—, completan otros niveles de la jerarquía de asentamientos humanos. Todas disfrutan de variedad de actividades económicas y buenas comunicaciones, si bien los lazos entre ellas se dan fundamentalmente a través de Zacatecas. En el trayecto de una ciudad a otra se puede apreciar que la población dispersa es muy poca, y que su distribución está condicionada por las limitadas fuentes permanentes de agua.

También es parte de esta región una extensión al oeste, a la que tradicionalmente se ha tenido acceso desde Fresnillo. En ella se percibe ya un cierto sabor serrano. Se trata de una zona relativamente quebrada, de tradición ganadera, dominada por Valparaíso y Huejuquilla (esta última bajo jurisdicción de Jalisco). Tanto estos lugares como Jerez nos dejan ver que el conjunto zacatecano mantiene históricamente nexos de proximidad con las Barrancas y la Región Tapatía, circunstancia que ha mitigado un poco su dependencia del eje central del Norte.

Durango (mapa 24)

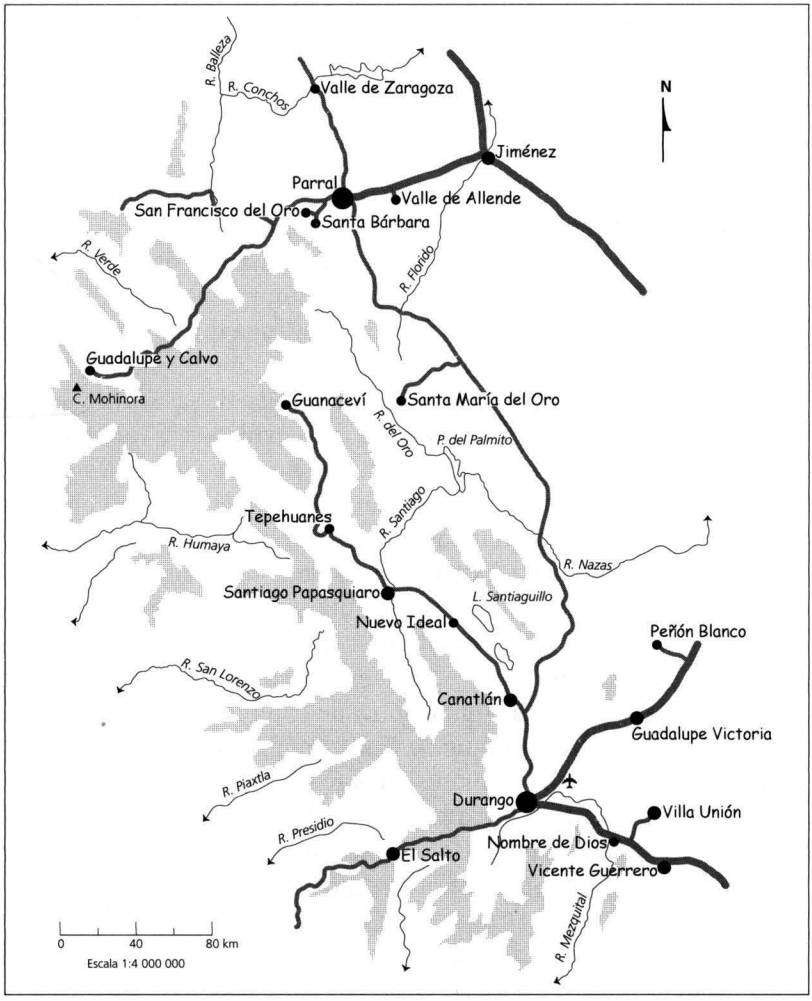
La extensa región de Durango puede describirse como una zona de altiplano recostada sobre la Sierra Madre Occidental, la cual, vista desde el sector central del Norte, se muestra como una inmensa y difusa cadena de lomeríos y cerros, la mayoría poco notables, que marca el borde de las tierras altas. De entre estos cerros se desprenden tortuosamente varios ríos: el Santiago, que se dirige al norte hasta toparse con la presa del Palmito (o Lázaro Cárdenas), tras la cual se origina el Nazas, y el Mezquital, hacia el sur, que tras regar la parte medular de la región da una sorprendente vuelta de 180 grados para aprovechar un intersticio que le permite cruzar la Sierra y dirigirse al Pacífico. La topografía, comprensiblemente, es compleja, aunque en términos generales consiste en laderas que descienden de las partes más altas de la Sierra con dirección de oeste a este (a excepción de las que dan paso al Mezquital). La región de Durango tiene así un amplio entorno de paisaje serrano, quebrado en su relieve, relativamente húmedo, fértil y rico en encinos y coníferas. Pero, por otra parte, en el lado opuesto —hacia el noreste—, el relieve se uniforma, las corrientes superficiales son escasas, aparecen pequeños conjuntos montañosos que se asemejan a los de la región de Zacatecas, y el paisaje se convierte poco a poco en el arquetípico del altiplano boreal. En medio de todo ello, a una altura promedio de 2 000 metros, un recinto intermedio, fisiográficamente encerrado, sin desagüe, comparte los atributos de sus dos vecinos. Pero su mayor individualidad radica en la presencia de la laguna de Santiaguillo. Aunque poco profunda y disminuida en más de la mitad, es el mayor de los pocos cuerpos de agua dulce naturales que subsisten permanentemente en el Norte, donde la creciente aridez se ha unido a las obras de irrigación para dar muerte a otros lagos del mismo tipo.

La de Durango, al igual que la de Zacatecas, es una región tejida alrededor de un lugar central perfectamente definido desde sus orígenes, cuando condensó una segunda etapa en la expansión del Norte mexicano. La ciudad de Durango tuvo un papel relevante en la determinación de un amplio espacio político asociado a ella desde la segunda mitad del siglo XVI, el Reino de la Nueva Vizcaya, del que habrían de derivar los estados de Durango y Chihuahua. Es comprensible que la región tome su nombre del lugar que le dio origen, máxime que siempre ha sido una capital indiscutible. Pero, una vez más, tampoco sobra aclarar que la superficie del sistema regional en que penetraremos coincide sólo en parte, y de manera muy aproximada, con la circunscripción política del estado del mismo nombre.

La región de Durango es una de las de mayor extensión en todo el país y una de las de más difícil integración, especialmente si se considera como parte de ella su muy extenso, agreste y aislado entorno serrano. El hacerlo o no puede ser debatible, pero lo tomaremos en cuenta en este lugar en vista de que tampoco es posible anexarlo a ninguna otra de las regiones vecinas. Hay que anotar, además, que en esta parte de la región hubo desde un principio un asomo de acomodo con el poblamiento prehispánico, dominado por los tepehuanes, que no fueron totalmente borrados como los ocupantes de la mayor parte del altiplano del Norte sino gradualmente absorbidos e insertados en la economía colonial.

A pesar de haber sido fundada como capital de Nueva Vizcaya, la ciudad de Durango (que no tiene antecedentes mineros) fue en sus orígenes de dimensiones casi insignificantes. Pero esto no impidió que se posicionara como un centro regional sin competencia, favorecido por las ventajas de un entorno favorable a la agricultura y la ganadería. Con esta calidad se ha mantenido hasta el presente, en que la podemos definir como una ciudad grande de crecimiento pausado y moderada actividad industrial (dependiente en buena parte de la explotación forestal de la Sierra Madre), relativamente relajada, de conformación compacta y sin embargo espaciosa. De ella parten varios caminos de penetración hacia la Sierra (y una vía de ferrocarril) y la primera carretera que la cruzó de modo de ligar el altiplano

Población	*2005*
Durango	463 850
Santiago Papasquiaro	23 600
El Salto	21 800
Vicente Guerrero	15 150
Guadalupe Victoria	14 950
Canatlán	10 700
Villa Unión	10 300
Nuevo Ideal	9 200
Tepehuanes	5 000
Peñón Blanco	4 850
Nombre de Dios	4 850



Mapa 24

con el Noroeste. Su aeropuerto es esencial para la comunicación de los puntos más aislados de la propia Sierra, aunque éstos deben considerarse comprendidos más propiamente dentro de la región de Culiacán.

Varias ciudades secundarias rodean Durango y dominan sobre los diferentes entornos de su sistema regional, pero no es posible percibir en ellas una jerarquía clara: poseen pocos rasgos distintivos y son de dimensiones muy modestas, en nada comparables con la capital. Canatlán, Nuevo Ideal (con su llamativa colonia menonita), Santiago Papasquiaro y Tepehuanes

se suceden a lo largo del piedemonte de la Sierra y se benefician de la riqueza de recursos que les da la vecindad de los bosques y las mejores tierras de cultivo de la región. Vicente Guerrero, Villa Unión y Nombre de Dios, de tradición ganadera, reflejan la vecindad de la región de Zacatecas, con la que prácticamente se funden. Guadalupe Victoria y Peñón Blanco, también ganaderas, dan fe de los contactos de Durango con las tierras de más al norte. Todos esos conjuntos tienen poca interrelación entre sí. El paisaje se completa con pequeñas localidades mineras y diminutos poblados rurales. La región deja entrever, en su cultura y en un casi imperceptible mestizaje, algo de la población indoamericana que le precedió.

El Salto, asentamiento que ha crecido mucho en pocos años, es el punto de contacto con las partes más accesibles de la Sierra y el paso obligado hacia el Noroeste. La evidencia de la explotación forestal es elocuente en las muchas casas de madera que bordean sus calles y en los largos remolques de camión que dominan las brechas de los alrededores. Pero, con todos sus recursos, el entorno serrano de Durango está notablemente marginado y extensas áreas de él se hallan bajo el control de traficantes de droga. Pudiera argumentarse, con cierta razón, que esta parte de la Sierra Madre debiera descontarse del sistema regional (e igualmente del de Culiacán) y considerarse como una zona de transición. Pero, a pesar de esa marginación y de lo tenue de su poblamiento, los lazos de la Sierra con Durango o Culiacán, inaugurados con la explotación minera de la época colonial (los reales de Guarisamey y Otáez, entre otros) y fundados en parte sobre rutas prehispánicas (el Camino de Topia, por ejemplo), han sido lo suficientemente antiguos y constantes para justificar la perspectiva que hemos seguido.

La región de Parral (mapa 24)

El entorno natural de la región de Parral —tercera etapa de nuestro primer recorrido— no difiere mucho del de la de Durango pero su fisiografía es más sencilla. Una vez más, cabe señalar que la región se halla asentada en varios recintos adosados a la línea de elevaciones que marca, de manera muy aproximada, el borde oeste del altiplano y su empalme con la Sierra Madre Occidental, que por estos rumbos alcanza su mayor anchura y, a los 3 250 metros (cerro de la Mohinora), sus puntos más altos —mas no por ello particularmente notables. Lo que sí es notable es que los escurrimientos de esta parte de la Sierra hacia el altiplano son de más sustancia que en otras, y se manifiestan en dos corrientes principales: hacia el sur, el río del Oro, que junto con el Santiago (ya citado) forma el Nazas, y hacia el oriente y el norte el Conchos y dos de sus afluentes, el Florido y

el Balleza. En medio de estos últimos se halla el corazón de la región, que incluye algunos espacios de perfil serrano y otros propios del altiplano. A los primeros cabe añadir la cuenca alta del Río Verde, que desagua hacia el Pacífico y penetra en la Sierra Tarahumara abriéndose paso por la formidable Barranca de la Sinforosa. El conjunto constituye una zona de riqueza mineral en su mayor parte agotada y de riqueza forestal en vías de agotarse. Son evidentes los testimonios de siglos de intensa desforestación, tanto por la demanda de la actividad minera como por la explotación actual de los bosques. Por otro lado, la parte de la región que da frente al altiplano y se extiende hasta tocar el Bolsón de Mapimí es muy seca, salvo por las estrechas, fértiles y bien sombreadas vegas del Florido y otras corrientes menores.

La región de Parral tiene una peculiaridad que se deriva, más que nada, de su historia. Si se atiende solamente a sus características actuales pudiera ser que se le vea como parte integrante de alguna de las regiones vecinas, sea la de Durango o la de Chihuahua, que tienen un trasfondo comparable, o la de Delicias, que le es más cercana bien que contrapuesta por su perfil decididamente moderno. Pero en vista de que este examen del sector central del Norte ha estado guiado en su recorrido por consideraciones históricas, se impone distinguir separadamente, como sistema regional, el encabezado por Parral.

Parral adquirió relevancia en la segunda mitad del siglo XVII al convertirse por un tiempo en el más productivo centro minero de Nueva España y en la ciudad más rica y poblada de Nueva Vizcaya, desplazando en ello a Durango. Ya antes, en las inmediaciones, se había desarrollado un enclave agropecuario conocido como Valle de Santa Bárbara, que había sido también un importante punto de apoyo para la colonización del Norte. La geografía preexistente, compartida por tobosos, tepehuanes y conchos, desapareció casi del todo con las tribus que le daban forma y sustento, y la integración de un sistema regional nuevo, activo y bien consolidado fue rápida. Pero la prosperidad originada en la minería no fue permanente y Parral careció de la influencia política que pudo haberla llevado a encabezar un estado propio. En consecuencia, su región quedó dividida casi en mitades entre los estados de Durango y Chihuahua —una partición relativamente circunstancial.

Parral es una ciudad que ha recuperado dinamismo aunque con bajo nivel económico y crece desordenadamente dentro de un espacio estrecho. Dos poblaciones muy cercanas, que conservan actividad minera, fungen como satélites suyos: Santa Bárbara y San Francisco del Oro.

Más lejos, Valle de Allende y Jiménez —antiguo San Bartolomé— componen la zona de mayor tradición y actividad agrícola. El sistema regional alcanza hasta Valle de Zaragoza y los pequeños asentamientos a lo largo del Balleza, en contacto con las regiones de Chihuahua y la Sierra Tarahumara, y puede extenderse, al suroeste, hasta el lejano centro minero y maderero de Guadalupe y Calvo, enclavado en la Sierra Madre casi al pie del cerro de la Mohinora. Hacia el sur, en la parte duranguense, puede percibirse una presencia indoamericana relativamente considerable, con enclaves de población tepehuana en Santa María del Oro y Guanaceví, olvidado real de minas que vivió épocas de gran florecimiento a principios del siglo XVIII.

La disposición de las redes de comunicación refleja gran parte del desarrollo histórico de la región. Durante su época de auge Parral era paso obligado en el Camino de Tierradentro, principal eje de los contactos norteños aun a costa de un cierto desvío, pero al decaer las minas el camino fue trazado de modo más directo, por Jiménez, dejando a Parral en un ramal, y así ocurrió con los ferrocarriles y las carreteras modernas. Fuera de las líneas troncales, las comunicaciones al interior de la región fueron notablemente deficientes hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, y aún son escasas. La apertura de una carretera a la Sierra Tarahumara hacia 1970 dio pie a la reactivación económica de parte del hinterland rural y actualmente es posible que algo similar ocurra si es que se ve favorecido el nuevo enlace que se ha abierto por la vía de Guadalupe y Calvo, a través de la Sierra Madre, con la región de Culiacán. Desafortunadamente, los intereses del narcotráfico han limitado la movilidad y le han dado mala reputación a esta zona agreste y poco poblada.

Población	*2005*
Parral	101 200
Jiménez	33 600
Santa Bárbara	8 700
Santa María del Oro	5 300
Guadalupe y Calvo	4 450
San Francisco del Oro	4 250
Valle de Allende	4 000
Valle de Zaragoza	3 200
Guanaceví	2 100

Chihuahua (mapa 25)

El parteaguas que separa el Conchos propiamente dicho del San Pedro, uno de sus afluentes, marca nuestra entrada a la región de Chihuahua. Una vez en ella nos encontramos de nuevo con la disposición espacial que ya hemos visto en otras partes del sector central del Norte: un conjunto de recintos fisiográficos respaldados por las elevaciones que anuncian la presencia de la Sierra Madre Occidental. Entre ellos es posible hallar, según la ubicación, paisajes típicos del altiplano, muy abiertos, pedregosos y de amplios horizontes, o bien característicos de un entorno serrano, aunque en este caso relativamente seco, cubierto de bosques de coníferas que suelen extenderse por mesetas y cañadas hasta donde abarca la vista, pero sin mucha densidad. El paso de un paisaje a otro en estas latitudes es sumamente gradual y se advierte en la vegetación más que en la topografía, que carece de rasgos sobresalientes: conforme se va al norte, la Sierra se reduce a varias cadenas de cerros poco prominentes. En el altiplano cabe hacer mención especial de la vega del río Chuvíscar, afluente del Conchos, la cual marca una línea de relativo verdor en una zona notablemente árida, y las cuencas cerradas de las lagunas de Bustillos y Mexicanos (casi secas, sobre todo la segunda), con amplios espacios de suelo fértil. En el ámbito serrano de la región puede advertirse, por un lado, parte de la amplia cabecera del Conchos y, por otro, el parteaguas tras el cual nace el tortuoso Papigochi, y un poco más al norte el Bavispe, que se descuelgan bordeando la parte occidental de la región antes de pasar a tierras de Sonora. A todo este conjunto cabe añadir un apéndice de la región, al noroeste, ocupado por cuencas cerradas similares a las de los espacios semivacíos que se prolongan hasta el Bolsón de Mapimí. Tres de ellas albergan los ríos Casas Grandes, Santa María y del Carmen, que poseen vegas relativamente fértiles pero no caudal suficiente para alimentar con regularidad las lagunas de Guzmán, Santa María y Patos, que serían su destino final. Los linderos orientales y septentrionales de todo el conjunto chihuahuense son por demás imprecisos, pues su espacio se diluye gradualmente en las inmensidades desérticas y casi planas del Bolsón de Mapimí y las numerosas cuencas cerradas y secas que salpican el extremo septentrional del altiplano mexicano.

Como las demás regiones de origen antiguo que hemos visitado en el sector central de la Vertiente del Norte, la de Chihuahua fue producto de un sistema funcional dependiente de un centro definido. La ciudad de Chihuahua surgió a mediados del siglo XVIII del vecino centro minero de Santa Eulalia y prosperó de tal modo que pudo hacerse valer como capital de la mitad septentrional de Nueva Vizcaya, de lo que se derivó el estado al que dio su nombre. Aquí también, como en casi todo el Norte, el espacio prehispánico y las relaciones tejidas sobre él fueron borrados al mismo tiempo que la mayor parte de sus pobladores, los conchos, de cuya importante presencia en el norte del altiplano no subsiste casi nada. Pero el sistema funcional surgido de la experiencia colonial no fue tan compacto como el de Zacatecas o Durango debido a su

poblamiento exiguo y relativamente tardío, a su ubicación casi en los confines del Norte y a las limitaciones del medio físico.

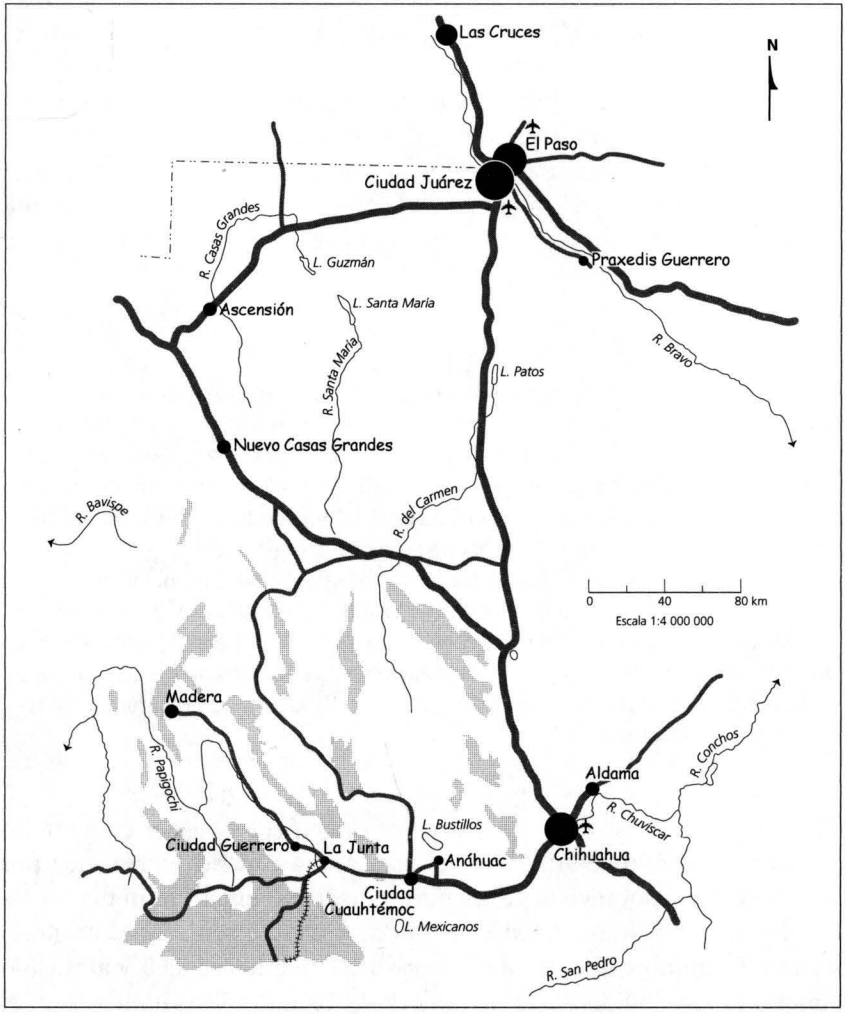
En la actualidad estos rasgos se han borrado en gran parte, pues, por un lado, el riego ha permitido superar algunas de esas limitaciones y, por otro, la ocupación de los espacios serranos ha ido en aumento. Chihuahua tiene ahora un dinamismo demográfico considerable y una economía variada. El perfil de la región sería todavía más complejo si incluyéramos en ella a la de Delicias, perspectiva que podría ser aceptable, pero en este estudio hemos preferido considerarla separadamente en virtud de su historia y sus características. No obstante todo lo anterior, la región de Chihuahua linda con los espacios vacíos del Bolsón de Mapimí, y este hecho basta para mantenerla en los confines del espacio mexicano. Obviamente, en nada coinciden las extensiones del enorme Estado de Chihuahua con las del espacio regional de la ciudad que le dio nombre, sea cual sea la manera en que se le delimite.

La historia de la ciudad de Chihuahua puede contrastarse con la de Parral para observar que, mientras su pasado colonial fue menos brillante, su desarrollo posterior ha sido mucho mayor. Hoy día es un compacto centro comercial y de servicios de notable crecimiento, con amplia clase media y una mediana planta industrial. Está bien situada sobre la ruta principal del sector central del Norte. Pero en otro sentido es una ciudad muy aislada que a pesar de su gran tamaño no da lugar a una conurbación, pues en su entorno no hay ninguna otra población de importancia, y la mayor, Aldama, es cuarenta veces más pequeña. De hecho, el entorno rural de la ciudad está virtualmente vacío de asentamientos humanos.

Población	*2005*
Chihuahua	748 550
Ciudad Cuauhtémoc	98 800
Nuevo Casas Grandes	50 900
Aldama	16 300
Madera	15 300
Ascensión	11 000
Anáhuac	9 300
La Junta	8 750
Ciudad Guerrero	6 600

Relativamente cerca, Ciudad Cuahtémoc muestra otra cara de la región. La localidad surgió a principios del siglo XX como cabeza de una zona agrícola fundada sobre ricos terrenos aluviales susceptibles de riego e impulsada, en parte, por contingentes migratorios de menonitas provenientes de Canadá. Los terrenos, sembrados de granjas mecanizadas y modernas, brindan excelentes rendimientos de trigo y avena. El conjunto se complementa con criaderos avícolas y un satélite de industria forestal en la casi inmediata ciudad de Anáhuac y con

muchas pequeñas poblaciones que no ocultan su pasado minero. Pero, sobre todo, Ciudad Cuauhtémoc es un masivo centro comercial que disfruta de los beneficios que le da ser la principal puerta de entrada a la parte serrana de la región y a la Sierra Tarahumara, de la cual es capital mercantil. Esto se debe a su posición privilegiada sobre la línea de ferrocarril de Chihuahua a la Sierra, tendida a principios del siglo XX, y sobre las carreteras que se han abierto hace poco hacia esta parte del país. El entorno serrano de la región que examinamos está, comprensible-



Mapa 25

mente, muy ligado a esta zona. Por eso sus principales asentamientos, La Junta, Ciudad Guerrero y Madera, son sobre todo puntos de enlace comercial con Ciudad Cuauhtémoc. No es difícil encontrar en ellos evidencia del transporte, en un sentido, de productos forestales y, en el otro, de infinidad de efectos menores destinados a desparramarse a lo largo de pobres y descuidadas brechas por las numerosas y diminutas localidades de los espacios serranos.

Nuevo Casas Grandes, ciudad que ha amarrado los intercambios de varias pequeñas localidades antiguas de la zona, como Ascensión, preside sobre un apéndice regional que puede calificarse como zona de transición, o acaso de dilución del sistema regional, pues es su punto más excéntrico y más allá de él se inician los espacios vacíos y semidesérticos que tantas veces hemos mencionado. A pesar de todo, esta zona ha estado bien comunicada desde hace mucho con Chihuahua y Ciudad Juárez y sorprende con pequeños enclaves de gran fertilidad que dan sustento a varios asentamientos agropecuarios notablemente prósperos.

La región de El Paso-Juárez (mapa 25)

La última etapa de nuestro primer recorrido nos lleva a un espacio separado de los anteriores. Se trata, en efecto, de una especie de oasis en medio de una de las partes más áridas y homogéneas del altiplano, que no tendría casi rasgos distintivos si no fuera por el trozo de río que domina el entorno natural de esta región. La topografía no presenta nada de particular excepto por el suave declive que apunta, entre lomeríos bajos, al lecho del Río Bravo. Éste —uno de los más largos de Norteamérica— es sumamente desigual en su recorrido, pues hay tramos en que corre encañonado y otros en que forma amplios valles o se desliza a lo largo de estrechas vegas. La pequeña región en que nos hallamos está asentada principalmente en una de éstas, cuya longitud es de alrededor de cien kilómetros. Más allá, tanto hacia atrás como hacia adelante, el río se encajona o discurre por tierras extremadamente áridas: por eso su cuenca, inmensa como es en el mapa continental, tiene una presencia muy reducida en esta parte media de su curso e influye poco en la conformación regional a ambos lados de la frontera.

El último de los espacios regionales de origen colonial por este rumbo (descontando el de Santa Fe) es el asociado a Ciudad Juárez, que por mucho tiempo sobrevivió como punto de apoyo en el tramo más aislado de la ruta a Nuevo México, bajo cuya jurisdicción estuvo originalmente. El nombre antiguo de la ciudad resume lo esencial y al mismo tiempo lo restringido de su naturaleza: El Paso del Río Grande. Aun el

poblamiento prehispánico había sido tenue. En la actualidad su considerable dimensión demográfica le aporta la importancia económica y social y los elementos de complejidad de que de otro modo carecería. Por lo demás, es una región muy peculiar en su estructura debido a varias razones: su naturaleza extraordinariamente nuclear, como de oasis, y su carácter binacional. Lo primero es comprensible en virtud de las condiciones del medio físico. El área de influencia de Ciudad Juárez combina su compacto entorno urbano, alimentado por una industria masiva —en su mayor parte maquiladora—, con una relativamente extensa franja rural a lo largo del Río Bravo, fuera de lo cual su hinterland es reducido y despoblado. Siendo Ciudad Juárez la urbe más poblada de todo el sector central del Norte, y la octava a escala nacional, con más de un millón de habitantes, la que le sigue en tamaño dentro de su sistema regional es un modesto poblado, Praxedis Guerrero (antiguo San Ignacio) con menos de cuatro mil.

La naturaleza binacional de la región es un asunto mucho más complejo. Del otro lado del río, la ciudad texana, fundación más moderna que tomó para sí el nombre de la antigua (del mismo modo que allá también se conserva el nombre original del río), es menos populosa e indudablemente más rica y variada en sus actividades económicas. Pero su entorno, aunque no tan vacío como el de Ciudad Juárez —pues incluye un corredor de pequeñas poblaciones que se extiende por el sur a la vera del río y por el norte a lo largo del antiguo Camino de Tierradentro hasta Las Cruces—, corresponde igualmente al de una situación de oasis. La propia ubicación de El Paso en un punto por demás excéntrico del Estado de Texas, aunque explicable por razones políticas, es reflejo de su aislamiento. Todas estas circunstancias, en suma, se combinan para dar al sistema regional características similares a uno y otro lado de la frontera.

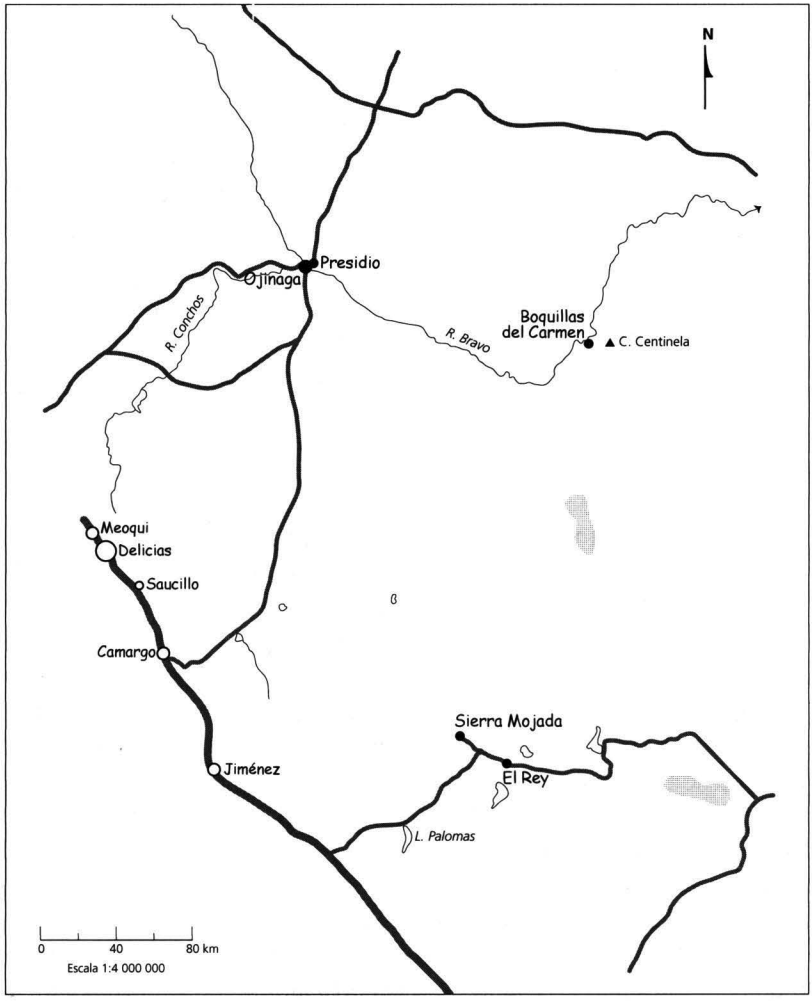
Queda la cuestión de si el espacio que estudiamos puede englobarse dentro de un solo sistema regional en lugar de dos, como parecerían recomendarlo las enormes diferencias de todo tipo que se advierten sin esfuerzo alguno en la parte correspondiente a cada país. Es posible, sin duda, hacer dos lecturas diferentes de este espacio. Pero aun si se optara por analizarlo bajo la óptica de dos regiones distintas, no sería posible

Población	*2005*	*Conurbación*
Ciudad Juárez	1 301 500	1 313 350
El Paso, Texas	*583 450*	*679 650*
Las Cruces, Nuevo México	*84 050*	*174 700*
Praxedis Guerrero	3 450	

comprender cabalmente una sin incluir al menos una consideración sobre la otra. Por ejemplo, la actividad agrícola de la región, a ambos lados del Río Bravo, está influida por la Presa Elephant Butte, construida en 1916 al norte de Las Cruces, que regula su curso. Además, el flujo de población entre ambas ciudades es constante a pesar de los constreñimientos impuestos, y sus movimientos corresponden a los intercambios cotidianos propios de un entorno urbano compartido. Como quiera que sea, el caso invita a considerar una vez más la infinidad de circunstancias, variaciones y alternativas que se ofrecen al análisis de los sistemas regionales.

El Bolsón de Mapimí y los espacios vacíos del altiplano (mapa 26)

Nuestro recorrido nos ha puesto un par de veces a la orilla del Bolsón de Mapimí, pero lo hemos dejado de lado. Se trata de una extensión relativamente plana en la porción nororiental del sector central del Norte, situada a menos de 1 500 metros sobre el nivel del mar, que es extremadamente seca y está fragmentada por pequeñas sierritas que forman un mosaico de cuencas cerradas. De sus esporádicos y escasos escurrimientos se forman otras tantas efímeras lagunas —más bien meros espejos de agua—, de las cuales unas pocas, como la de Palomas, llegan a ser casi permanentes. Otros espacios vecinos comparten las características del Bolsón propiamente dicho, y aunque en rigor no les corresponde el mismo topónimo es razonable considerarlos de manera conjunta. Así ocurre, por ejemplo, hacia el norte, donde el mismo paisaje se reproduce en zonas cuyos escurrimientos alcanzan la cuenca del Río Bravo, que a estas alturas es muy angosta. En algunos trechos el río corre encajonado de manera espectacular, como en el Cañón de Santa Elena, cercano al Big Bend, que es una curva en la que el río tropieza con una cadena montañosa que culmina en el cerro Centinela o Pico del Carmen (2 230 metros) y lo obliga a desviar por algunos kilómetros su trayecto predominante de noroeste a sureste. Esta cadena montañosa, formada por la Sierra del Carmen y sus adyacentes, puede describirse como un desprendimiento de la Sierra Madre Oriental que separa el Bolsón de las regiones vecinas del Noreste y también de la de Saltillo. El paisaje no es muy diferente al norte del Bravo, en Texas, donde una gran porción del espacio ha sido designada como parque nacional (el Big Bend National Park). Al occidente, el Conchos limita el Bolsón propiamente dicho y le introduce pequeñas notas de verdor por su vega, pero rebasado éste el paisaje del Bolsón se repite en otro mosaico no menos extenso de cuencas cerradas que separa las regiones de Chihuahua y El Paso-Juárez, donde distinguiremos la zona desértica de las dunas de Samalayuca y, con suerte, las lagunas semisecas de Patos, Santa María y Guzmán, pero no encontraremos un cambio fisiográfico y ambiental sino hasta aproximarnos a las elevaciones que anuncian la Sierra Madre Occidental —a más de mil kilómetros del borde sudoriental del Bolsón. Esta distancia nos da una idea de la inmensidad del espacio que tan rápidamente acabamos de recorrer.



Mapa 26

El Bolsón de Mapimí toma su nombre de un pequeño real de minas fundado en el siglo XVII en la orilla occidental de la Comarca Lagunera. Pero en esa época éste era un espacio que aún no se ocupaba, y mucho menos las tierras que se extendían al noreste y el norte, con excepción de Parral, de modo que Mapimí, que además estaba situado al margen del Camino de Tierradentro, era la imagen misma de la frontera extrema del Norte novohispano. La expansión del espacio mexicano tenía en Mapimí un borde más allá del cual afloraban las características del espacio preexistente,

dominado por tribus indoamericanas que en estas áreas tendían al nomadismo y rechazaban violentamente toda ocupación. Tiempo después los comanches, venidos de más al norte, se adueñaron de ese espacio y no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX que se pudo decir que el Bolsón y sus áreas adyacentes se integraban realmente a la geografía mexicana.

Pero esta integración no ha desembocado en la conformación de un verdadero espacio regional. Su poblamiento es muy tenue, como siempre ha sido, y su actividad económica demasiado localizada como para dar pie a la ocupación significativa de alguna de sus partes. No en balde se trata de unos 150 000 kilómetros cuadrados de las tierras más áridas del sector central del Norte, muchas ni siquiera aptas para la ganadería. La existencia de yacimientos mineros en El Rey y Sierra Mojada ameritó el tendido de vías férreas que proveyeron el primer acceso moderno al corazón de esta área. Fuera de ellas, y de algunos caminos secundarios, al Bolsón sólo se puede penetrar por caminillos locales que tejen una tupida telaraña sobre su territorio para llegar a infinidad de diminutas localidades, a veces ocupadas por una sola familia, que tapizan su territorio.

A lo largo del Conchos y en algunos puntos a la orilla del Río Bravo hay pequeños oasis más favorecidos, el principal de los cuales se halla en la confluencia de ambos y se sirve de una presa que regula el curso bajo del primero. Ahí se concentra el único núcleo de poblamiento importante de toda esa enorme extensión, Ojinaga (antigua Junta de los Ríos, o Presidio, nombre que conserva el asentamiento texano al otro lado del río), cuya relativa prosperidad se liga en parte a su ubicación en el punto por el que cruza la frontera la vía férrea tendida a principios del siglo XX para unir Chihuahua y la Vertiente del Pacífico a las vías norteamericanas. Actualmente hay una carretera que cumple con el mismo enlace, pero no ha habido en cien años ningún desarrollo que amerite el tendido de comunicaciones modernas hacia otro lado. Ojinaga no está ubicada en el punto más extremo del contorno del territorio nacional (ese lugar lo ocupa Tijuana), pero desde una perspectiva funcional sí está en la posición más extrema, máxime que es la ciudad mexicana más alejada de cualquier otra. Del otro lado de la frontera el paisaje dominante no difiere mucho del mexicano excepto porque sus carreteras están en mejores condiciones. Río abajo, frente al Big Bend, Boquillas del Carmen posee el puesto fronterizo más informal de toda la frontera.

Población	*2005*
Ojinaga	18 400
Presidio, Texas	*7 350*
El Rey	2 450

San Luis Potosí (mapa 27)

La primera región que encontramos en nuestro segundo recorrido nos recuerda la de Zacatecas. Ambas comparten en gran parte de su extensión un mismo entorno fisiográfico. Sin embargo, San Luis Potosí —la región— posee un medio físico más contrastado: las condiciones prevalecientes en la mayor parte de su extensión no son compartidas por los extremos sur y sureste, que ocupan un área comparativamente pequeña. Pero en esta área se ubica la ciudad de San Luis Potosí, la cual, aunque en posición excéntrica, es el elemento medular del sistema regional. Tomando esto en cuenta, puede definirse la mayor parte de esta región como un espacio de mediana altura (1 600 metros) y predominantemente plano en el que el viajero encuentra el rumbo, más o menos, al percatarse de la cadena de montañas —difusa al sur, más notable al norte— que lo separa de las tierras bajas del Noreste. Se trata del borde de la Sierra Madre Oriental, que en esta latitud tiene algunas de sus cumbres más elevadas, como la Peña Nevada y el cerro del Viejo (alrededor de 3 500 metros). La región —que, como se habrá comprendido, ocupa la zona de sombra de lluvia a lo largo del margen sudoriental del altiplano del Norte— carece casi por completo de corrientes de agua superficiales, salvo por arroyos de escasa longitud, y sólo en las vegas de éstos se hallan tierras aptas para la agricultura. El matorral espinoso domina ampliamente el panorama vegetal, excepto por las boscosas cumbres de los cerros, y hay extensas zonas muy secas, en particular la comarca del Salado Potosino, donde el sistema regional de San Luis Potosí se desvanece para dar lugar al de Zacatecas con el Pico de Teyra como testigo al norte. En el extremo opuesto del conjunto, al sur, se alberga la excepción ya anticipada, que linda con las tierras septentrionales del Bajío y la Sierra Gorda. En este lugar la fisiografía está presidida por la boscosa Sierrita de Enmedio, y luego, al oriente, se perciben los atisbos de un entorno serrano conforme se van abriendo las barrancas de los ríos Verde y Santa María, que entran en un terreno paulatinamente más quebrado y húmedo hasta penetrar, unidos ya, en la Huasteca. Éstos son los únicos puntos en que hay contacto entre el sector central del Norte y la Vertiente del Golfo.

San Luis Potosí es otra de las ciudades fundacionales del Norte, y en ella encontramos de nuevo el fenómeno de un espacio regional tejido alrededor de un lugar central indiscutible y bien definido desde sus orígenes en la segunda mitad del siglo XVI. Su fundación, al igual que la de Zacatecas, dio sustancia a una de las primeras etapas en el proceso de expansión al norte del espacio mexicano. En ningún otro lugar como en éste se borraron tan violentamente los rasgos de la geografía prehispánica, pues las poblaciones preexistentes —guachichiles, guamares y pames— fueron absorbidas o aniquiladas de manera muy violenta durante la guerra chichimeca. Es comprensible, una vez más, que la región construida sobre el espacio dominado haya tomado el nombre de su población fundacional, la que amarra sus relaciones de intercambio y ha funcionado desde la creación de las intendencias en el siglo XVIII como capital

política. Pero, al igual que lo hemos hecho anteriormente, no sobra volver a aclarar que la superficie del sistema regional en que penetraremos coincide sólo en parte, y de manera muy aproximada, con la circunscripción política del estado del mismo nombre.

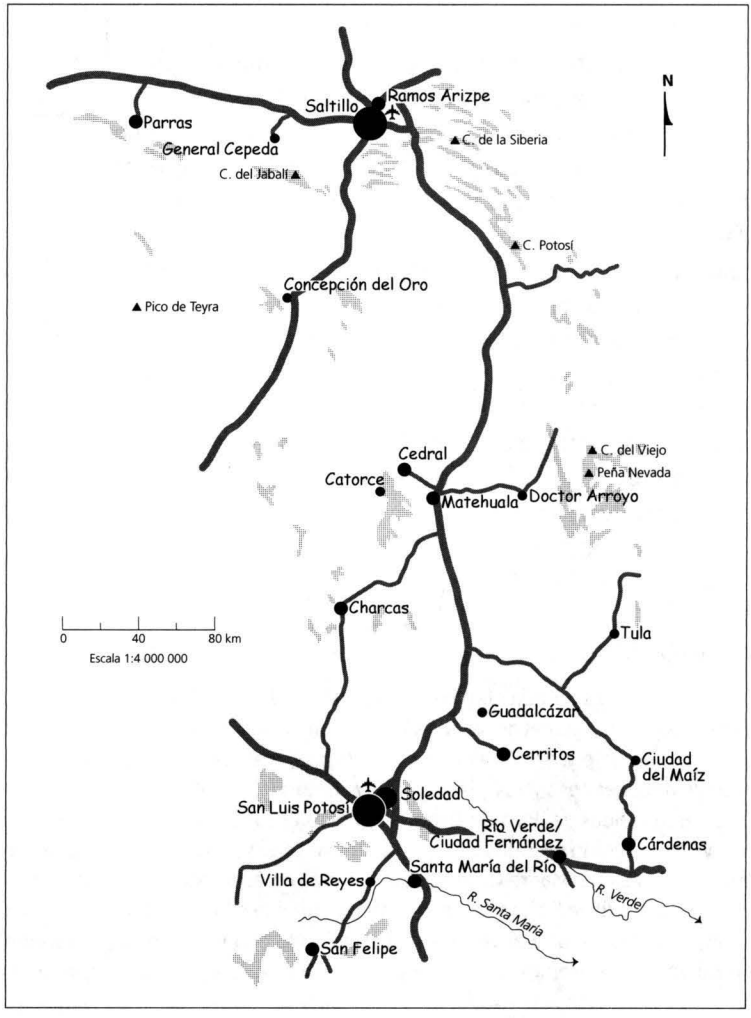
Las ciudades de San Luis Potosí y Zacatecas han sido compañeras en gran parte de su historia, lo que significa que están en relativa vecindad, han pasado simultáneamente por etapas comparables y han jugado papeles parecidos en el entramado de sus sistemas regionales. No obstante, su desarrollo ha sido tan diferente como contrastante es su conformación física. San Luis Potosí, que fue cuatro veces menor que Zacatecas pero que ahora es cuatro veces mayor, tiene un asiento llano, traza regular y amplio espacio para extenderse. Menos descollante que Zacatecas en el contexto minero y en el periodo colonial, lo fue en cambio más en el terreno comercial y en el siglo XIX, cuando surgió como una de las grandes ciudades del Norte moderno, libre de la atadura del Camino de Tierradentro y ligada a una nueva red de intercambios orientada hacia Tampico y Monterrey. San Luis Potosí, acompañada de Soledad, su satélite, mantiene a la fecha esta posición relativa, a más de ser una ciudad que se hizo durante la segunda mitad del siglo XX de una considerable planta industrial. Ésta es la que ha alimentado y sostenido su crecimiento demográfico, aunque el económico ha ido a la zaga.

Población	*2005*	*Conurbación*
San Luis Potosí	685 950	957 800
Soledad	216 000	
Río Verde/Ciudad Fernández	78 800	
Matehuala	70 150	
San Felipe	24 650	
Cárdenas	14 500	
Cerritos	13 800	
Santa María del Río	12 050	
Charcas	11 450	
Cedral	10 300	
Doctor Arroyo	9 950	
Tula	8 800	
Ciudad del Maíz	8 800	
Villa de Reyes	8 550	

Los paralelismos entre San Luis Potosí y Zacatecas les permitieron jugar papeles comparables en el entramado de sus respectivos sistemas regionales. Ambas ciudades concentraron funciones de intercambio, guardaron preeminencia en sus entornos y encabezaron organizaciones políticas similares; ambos sistemas incluyen una jerarquía clara de centros secundarios. Pero la configuración de las dos regiones es completamente diferente, siendo la de San Luis Potosí más compleja y variada. Para empezar, en Zacatecas resalta la ubicación central del punto dominante; en San Luis Potosí esa ubicación es casi excéntrica.

Conviene analizar la región de San Luis Potosí distinguiendo en ella cuatro conjuntos de ciudades secundarias y paisajes contrastantes. Villa de Reyes y Santa María del Río, muy cerca

al sur, en la parte más húmeda y fértil, y un poco más lejos San Felipe (en el Estado de Guanajuato), nos recuerdan la proximidad de la región con el México Central y su lindero con la periferia del Bajío. Al oriente, Río Verde —resultado de un abigarrado conjunto de asentamientos, entre ellos la llamada Ciudad Fernández— y Cárdenas, en zona agropecuaria y a un paso de la fértil boca de la Vertiente del Golfo, son puntos de enlace con la Huasteca y la Sierra Gorda. Al noreste, formando un extenso arco, Cerritos,



Mapa 27

Ciudad del Maíz, Tula y Doctor Arroyo (estas últimas pertenecientes a Tamaulipas y Nuevo León respectivamente), pequeñas y de economía más limitada, se ubican en zona árida y encarnan el paisaje de las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, que recoge la herencia de la trashumancia de ovejas y cabras realizada en proporciones inmensas durante la época colonial. Finalmente, Charcas, Cedral y la muy activa Matehuala están a la orilla del no menos árido corazón del Salado Potosino y son centros de tradición minera. A dicha tradición pertenecen también antiguos reales de minas de menor tamaño, como Guadalcázar y Catorce, este último casi totalmente abandonado a mediados del siglo xx pero ahora reconstruido y acicalado como atracción turística, "pueblo fantasma" que fue y ya no es.

En general, en casi todos sus variados rincones, el ámbito rural de la región de San Luis Potosí está sembrado de pequeñas localidades, muchas de ellas herederas de haciendas coloniales que erigieron imponentes edificios. Pero, con la salvedad de éstos, se trata por lo general de poblaciones pobres en infraestructura y sin traza definida. Aquellas que se alzan en las partes más secas suelen estar favorecidas por su ubicación en los frescos entornos que proporcionan las vegas de los ríos o arroyos. La pobreza y la marginación se acentúan de manera considerable en el Salado Potosino, al oeste, hasta los linderos de la región de Zacatecas (que no es tan seca), donde parte de la escasa población sobrevive penosamente con la recolección de fibras vegetales como el ixtle y la lechuguilla. Sin embargo, la fácil topografía ha favorecido el tendido de una red de comunicaciones muy amplia que llega, aunque sea por polvorientas brechas, aun a los lugares más pobres y aislados.

La región de Saltillo (mapa 27)

En términos muy generales, esta segunda etapa de nuestro segundo recorrido puede percibirse como la continuación del espacio regional de San Luis Potosí, con el cual tiene varias similitudes fisiográficas aunque es algo más bajo y, en términos muy generales, más seco pero también más fresco. Asimismo hay semejanzas en los suelos y la vegetación natural. Si entráramos desde Zacatecas —traspasando las extensas faldas del Pico de Teyra— también encontraríamos continuidades evidentes. Pero el relieve de la región de Saltillo es más complejo pues se encuentra imbricado con el extremo septentrional de la Sierra Madre Oriental, que alcanza en estas latitudes sus cumbres más altas, como los cerros Potosí y de la Siberia (3 700 metros), y culmina en el del Jabalí, muy próximo a Saltillo. Sin embargo, lo que importa advertir es que, siguiendo el perfil de estas elevaciones, la propia Sierra va dibujando una pronunciada curva que penetra en el altiplano al tiempo que se

fragmenta y casi se desvanece en numerosas cadenitas montañosas estrechas y alargadas, la mayoría en dirección sureste-noroeste. La región de Saltillo se asienta en parte sobre ellas, a uno y otro lado. Esta circunstancia hace que al recorrerla pasemos, a veces con sorpresa, de espacios notablemente amplios y secos a otros encerrados y más húmedos, y de los chaparrales a los bosques, pues de las complejidades del relieve se sigue que el conjunto esté salpicado de pequeños recintos con microclimas y ambientes muy variados, en algunos de los cuales hay actividad agrícola y ganadera bastante desarrollada. Al norte y noroeste, brincando la pequeña Sierra de la Paila, se entra gradual pero rápidamente en los espacios del Bolsón de Mapimí.

Al igual que San Luis Potosí y Zacatecas, Saltillo y Durango invitan a una comparación, aunque en este caso los paralelismos son difíciles de percibir y las diferencias sobresalen. Ambas fueron muy pequeñas en su origen durante la segunda mitad del siglo XVI, y Saltillo dependía políticamente de Durango, pero se posicionaron de inmediato como centros regionales sin competencia, favorecidos por las ventajas de un entorno favorable a la agricultura y la ganadería. Sin embargo, Durango se desarrolló en un ambiente relativamente encerrado, mientras que Saltillo experimentó el paso de constantes movimientos e intercambios. Durango mantuvo una cierta relación con la realidad prehispánica, mientras que en Saltillo se reprodujo la ruptura violenta de San Luis Potosí con la población y el espacio preexistentes —guachichiles y laguneros. Saltillo, en fin, adquirió una personalidad muy relevante al atraer pobladores diversos que buscaban en el Norte alternativas de expansión fuera del eje del Camino de Tierradentro e intentaban enlazarse, primero, con Nuevo León, y más tarde con la cadena de asentamientos que se extendería hasta Texas. Así, pudo sacar provecho de su posición privilegiada en un punto de fácil contacto entre el altiplano y las tierras bajas del Noreste —circunstancia de la que carecía Durango, cuyo acceso al Noroeste es más complicado. De tal modo se consolidó como un centro comercial importante (sede de una celebrada feria anual), adquirió con el tiempo relevancia política, se sustrajo de Nueva Vizcaya (erigiéndose como capital de Coahuila a pesar de que esta jurisdicción le había sido ajena originalmente), y más tarde entró en una fase de desarrollo económico sacando ventaja de la prosperidad de la vecina Monterrey y del contraste ambiental entre ambas.

La proximidad entre Saltillo y Monterrey lleva a pensar en una relación entre altiplano y vertiente no del todo diferente a la que puede hallarse, por ejemplo, entre la ciudad de México y Cuernavaca: ambas

forman una pareja urbana equiparable, aunque de signos opuestos. Pero esta circunstancia es puramente formal y no debe llevarnos a la tentación —en que muchos han caído— de colocar a Saltillo y Monterrey en un mismo espacio regional. Es cierto que cercanía e intercambio son elementos a tomar en cuenta para enlazar los componentes de un sistema regional, pero no es menos cierto que esos mismos elementos también son cruciales para establecer la relación entre regiones diferentes.

Saltillo creció beneficiado por la presencia de un cinturón agrícola y ganadero relativamente próspero, pero a partir de la segunda mitad del siglo xx se ha redibujado como una de las ciudades industriales más activas del país, con presencia importante en las ramas automotriz y cerámica. Sin embargo, le ha perjudicado un crecimiento rápido y desordenado (llevado hasta la vecina Ramos Arizpe), alimentado por la falta de oportunidades económicas en algunas de las regiones vecinas, y por ello no se percibe una mejoría sustancial en su nivel de vida.

Se comprenderá que el particular desarrollo de la ciudad de Saltillo, sembrado de oportunidades favorables, condujo a una concentración considerable de las funciones de su sistema regional y que éste, por tanto, carezca de una jerarquía regular de ciudades secundarias y de una red compleja de enlaces internos. En cambio, dentro de la región de Saltillo pueden señalarse áreas con características muy especiales, y cada una de ellas está encabezada por una pequeña ciudad igualmente destacada por sus rasgos particulares. Parras y su entorno destacan a escala nacional por sus viñedos y su importante producción vitivinícola. Concepción del Oro (en jurisdicción de Zacatecas) concentra las actividades mineras. Fuera de éstas, las poblaciones de la región no pueden ser definidas, en su mayoría, sino como pequeños asentamientos agrícolas o ganaderos, distantes unos de otros, como General Cepeda (antiguo Patos), que aprovechan los escasos terrenos que son fértiles o están próximos a alguna pequeña corriente permanente de agua. Hacia el norte de la región —a pocos kilómetros de Saltillo y Parras— el poblamiento se vuelve más y más tenue, hasta diluirse casi por completo, junto con el sistema regional que acabamos de examinar, en las soledades del Bolsón de Mapimí.

Población	*2005*	*Conurbación*
Saltillo	633 700	725 300
Ramos Arizpe	54 650	
Parras	33 150	
Concepción del Oro	6 700	
General Cepeda	4 200	

La Laguna (mapa 28)

La Laguna, o Comarca Lagunera —punto de arranque de nuestro tercer recorrido—, se alberga en el recinto fisiográfico mejor acotado del sector central del Norte: es el desemboque de las cuencas cerradas del río Nazas (proveniente de las regiones de Durango y Parral), del Aguanaval (proveniente de la de Zacatecas) y de otras corrientes menores que confluyen en el mismo espacio, ubicado en el corazón del altiplano a 1 500 metros sobre el nivel del mar. Como su nombre lo sugiere, antes fue lecho de varias lagunas, entre ellas las de Mayrán y Tlahualilo, de las que no subsiste virtualmente nada en virtud de que las corrientes que las alimentaban, en especial la del Nazas, se hallan ahora destinadas a la extensa red de canales del espacio agrícola irrigado artificialmente que domina el sistema regional. Sus suelos planos y relativamente fértiles contrastan mucho con la aridez de las más mínimas elevaciones, a donde el riego no llega. Los tributarios que alimentan el Nazas se unen en la presa del Palmito y penetran en la Laguna por su lado oeste abriéndose paso entre las primeras elevaciones que anuncian el borde occidental del altiplano —las pequeñas pero agrestes sierras del Rosario y Yerbanís— y el cerro Ximulco (3 050 metros), que domina el borde sur de la región y anuncia el extremo de la Sierra Madre Oriental. En este punto hay una segunda presa (la Francisco Zarco), que también contribuye a regular el flujo hacia los cuerpos de agua de la parte baja. Por el norte y el oriente los linderos de la Laguna son tan precisos como el límite de sus suelos regados y cultivados. Traspasados éstos, y sin rasgo fisiográfico alguno que lo recalque, se despliega el Bolsón de Mapimí.

Nuestro recorrido por el sector central del Norte, determinado por una consideración especial a los antecedentes históricos de cada región y en congruencia con nuestra definición del Norte como vertiente de expansión, ha dejado ciertos espacios sin considerar. Ahora debemos regresar a examinarlos. En primer lugar, como advertimos desde un principio, están aquéllos cuya conformación como sistemas regionales es posterior a la época colonial y corresponden a una expresión más moderna de la expansión del poblamiento o, si se quiere, de la ocupación del espacio. El detonador de su origen fue la irrigación.

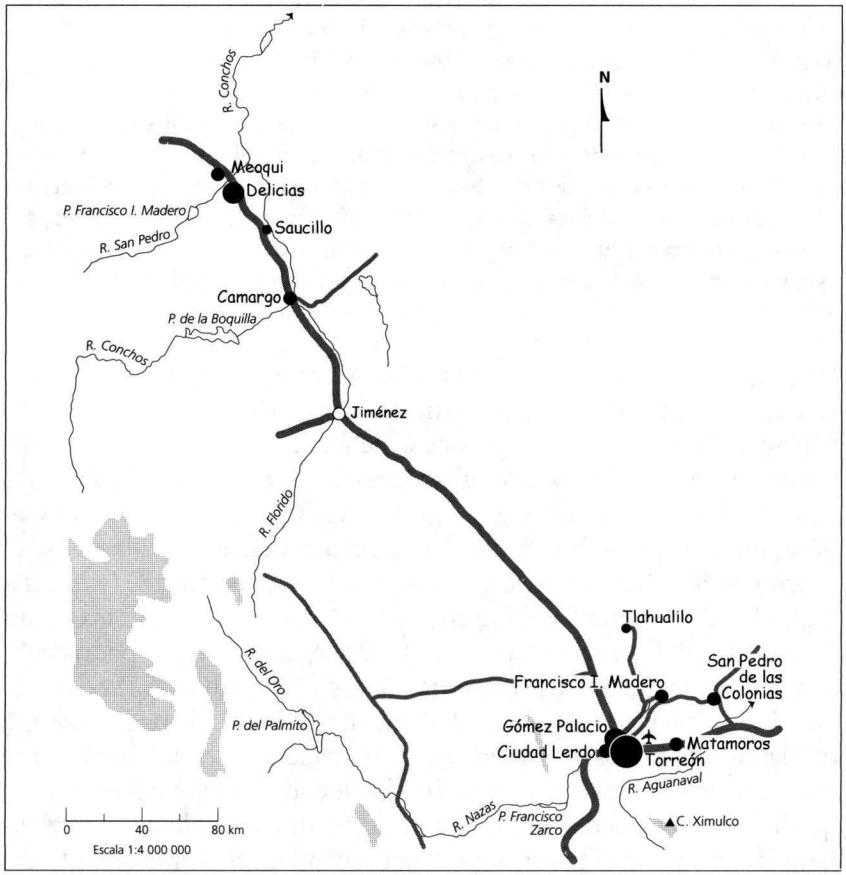
De estas regiones de nuevo cuño, la mayor y más extensa surgió en una zona que había quedado en cierto sentido vacía a pesar de estar casi inmediata al Camino de Tierradentro y justo en medio de dos de las regiones de origen colonial mejor consolidadas. Se trata de la Comarca Lagunera. La causa de que no se hubiera ocupado radicaba en una combinación de falta de incentivo para aprovechar los ricos suelos aluviales, escasez de poblamiento y hostilidad de las tribus no sometidas que mantenían la posesión de las tierras más al norte —laguneros, guachichiles, coahuiltecos, predominantemente seminómadas. Pero a finales del siglo XIX, cuando estas circunstancias habían cambiado y las tribus habían sido

eliminadas, se dio paso a uno de los primeros grandes proyectos de irrigación emprendidos en el país, encaminado a convertir algunas de las lagunas que cubrían la parte más baja de la cuenca interior del río Nazas en tierras agrícolas. A partir de pequeñas presas y canales, la Laguna fue, así, volcada al cultivo masivo del algodón, que propició una inmediata y copiosa inmigración de trabajadores que fueron destinados a nuevas y florecientes haciendas. Simultáneamente, el tendido de una línea de ferrocarril a lo largo del Camino de Tierradentro y luego el de varios ramales hacia Monterrey brindaron la oportunidad de conectar este espacio al mercado nacional. Una estación de ferrocarril situada en el punto de entronque, Torreón, sacó provecho de su posición para concentrar funciones de comercio, industria y administración de tal manera que en poco tiempo se convirtió en una ciudad de considerables dimensiones. La inauguración de la presa del Palmito en 1946 reguló y consolidó el sistema hidráulico. Pero, sobre todo ello, el conjunto dio forma a un sistema regional bien definido y con características muy particulares, únicas, por el momento, en el país.

Como Torreón surgió sobre un territorio político preexistente, en el Estado de Coahuila pero justo en la línea divisoria con el de Durango, la parte que se extendió del otro lado de ésta se conoció con un nombre diferente, Gómez Palacio (a la que se debe añadir la inmediata Ciudad Lerdo). Muchas regiones abarcan territorios de varios estados y no valdría la pena señalar este caso de no ser porque es el único en México donde un lindero estatal atraviesa el corazón mismo del punto central y articulador de una región. Ambas partes de la Laguna han mantenido siempre una cierta rivalidad, alimentada por el hecho de que el espacio regional se extiende mayormente en jurisdicción de Coahuila, donde también se levantan, formando una especie de arco alrededor de Torreón, otros asentamientos muy populosos, surgidos de antiguas haciendas algodoneras y netamente orientados a actividades agrícolas y comerciales, como Matamoros, San Pedro de las Colonias, Francisco I. Madero y varios menores, como Tlahualilo, al extremo norte. Ninguno de ellos, sin embargo, se compara en dimensiones ni en complejidad con la conurbación de Torreón. La región, por lo tanto, se puede definir como un espacio casi homogéneo dominado por un núcleo muy conspicuo.

Población	*2005*	*Conurbación*
Torreón	548 750	1 110 890
Gómez Palacio	239 900	
Ciudad Lerdo	71 400	
Matamoros	48 550	
San Pedro de las Colonias	43 500	
Francisco I. Madero	30 100	
Tlahualilo	8 800	

En efecto, la Comarca Lagunera ha estado muy ligada desde su fundación a las actividades agrícolas y ganaderas, y en particular al cultivo del algodón y de algunos frutales, así como a la producción de leche. En este último renglón ocupa el sitio más importante del país y su industria está altamente tecnificada. Los pequeños enclaves mineros que tiene inmediatos son de poca importancia. En su corta historia como región ha pasado por episodios críticos, como ocurrió con la conversión de las haciendas en ejidos colectivos, únicos en México, durante los años más intensos de la reforma agraria, y ha vivido las tensiones propias del crecimiento de un proletariado rural muy afectado por el desempleo. Por otra parte, el distrito de riego de la Laguna resiente el hecho de ser uno de los más antiguos del país y estar situado en una cuenca sin desagüe,



Mapa 28

así como las consecuencias ambientales del cultivo del algodón en tales circunstancias, y por ello es escenario de procesos de salinización acelerados que han llevado al abandono forzoso de muchas tierras. Sólo el desarrollo de actividades industriales ha permitido a la región sortear estas y otras dificultades y sostener su notable crecimiento urbano.

La región de Delicias o Valle del Conchos (mapa 28)

El río Conchos se origina en el parteaguas que separa las regiones de Durango y Parral. Del mismo parteaguas, pero en dirección contraria, sale el río del Oro, que es uno de los principales afluentes del Nazas. De este origen casi compartido se derivan dos sistemas fluviales muy diferentes, pues el Nazas muere en la cuenca cerrada de la Comarca Lagunera mientras que el Conchos tiene suficiente empuje como para alcanzar la del Río Bravo y unirse a él. A pesar de las diferencias, los dos tienen en común el hecho de alimentar la irrigación de grandes espacios. En el caso del Conchos, el sistema depende de la presa de la Boquilla (cuyo embalse se conoce también como Laguna Toronto) y adicionalmente de las aguas del río San Pedro —que proviene de la zona de Chihuahua— administradas por la Presa Francisco I. Madero. Con la irrigación se define un espacio regional pequeño pero muy original a lo largo de un centenar de kilómetros de la cuenca media del Conchos. Puede definirse como una especie de oasis en las orillas del Bolsón de Mapimí, oasis con el que se forma un enlace de creación moderna entre las regiones de Parral y Chihuahua, las cuales se asoman tras las pequeñas elevaciones que se alzan al suroeste y el noroeste. El límite de la región hacia otros rumbos es el de sus terrenos irrigados, más allá de los cuales se despliegan las amplias tierras del Bolsón.

Después de haber visitado el primero de los espacios surgidos de la irrigación en el sector central de la Vertiente del Norte tenemos un precedente para analizar el segundo, que puede definirse como una réplica en pequeño de aquél. La historia de su poblamiento es muy parecida, al menos hasta mediados del siglo XIX. Su transformación, sin embargo, fue más radical, pues derivó de la construcción de la presa de la Boquilla en 1916, la primera obra hidráulica de grandes dimensiones en México (y que dio lugar al que en su momento fue uno de los embalses artificiales más grandes del mundo). Ya anticipamos que a este segundo espacio podría considerársele como parte del sistema regional de Chihuahua, o acaso del de Parral, pues previamente a la conformación del distrito de riego participó de algunos de los rasgos antiguos de estas regiones y en la actualidad se interrelaciona de manera intensa con la ciudad de Chihuahua. Se diría que difícilmente puede ser una región cuando no ha resaltado su particularidad con un topónimo propio: algunos prefieren llamarle Valle del

Conchos —lo cual es impreciso, porque este río se alberga en muchos valles a lo largo de su recorrido. Sea como sea, hemos optado por analizarlo separadamente con el fin de resaltar su origen diferente, sus similitudes con la Laguna, su propia personalidad y, finalmente, el hecho de que los espacios regionales son siempre susceptibles de dividirse y transformarse.

El área modificada por el riego en esta región es alargada y relativamente pequeña, pues se limita a aprovechar al máximo las tierras fértiles de las vegas del Conchos (en su curso medio) y el San Pedro. Hay que observar, sin embargo, que la presencia de un sistema de riego puede tener implicaciones adicionales. Por ejemplo, las dos presas que regulan los escurrimientos del Conchos se cuentan entre las mayores que existen en la porción norte del altiplano y son las únicas en esta parte del país que contribuyen a una función adicional en su espacio regional, ya que sus embalses fungen como reservas ambientales y se han convertido en sitios de recreo muy populares (cosa que no ocurre con las presas asociadas a la Laguna, que están demasiado lejos de los centros de población). El asunto cobra relevancia si se toma en cuenta que el entorno natural de esta parte del país es predominantemente seco y que los cuerpos de agua originales se han desecado. La región es conocida en particular por su producción de manzana, de la cual es líder en el país.

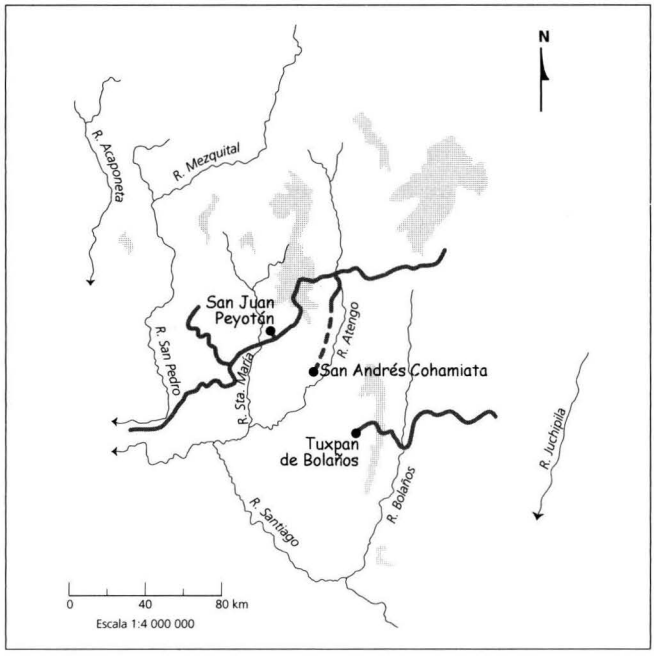
El asentamiento de importancia más antiguo de la región es Camargo (antigua Santa Rosalía), que mantiene su relevancia sosteniendo una pequeña planta industrial, pero el principal conglomerado urbano está integrado por el floreciente par de Meoqui y Delicias. Esta última fue diseñada hacia 1935 a partir de un plano muy novedoso para México que buscaba combinar grandes perspectivas de diseño urbano con las necesidades del tránsito de automóviles. El resultado fue una extraña traza urbana basada en una superposición de cuadrados, rombos y círculos, de discutible funcionalidad, que hace del dilatado centro de Delicias un lugar algo rebuscado para quien se desplaza por él —pero eso sí, reconocible al instante desde una perspectiva aérea. Fuera de estas dos ciudades, las demás poblaciones de la región son de poca importancia pero forman una cadena bastante compacta a lo largo del río. Entre ellas apenas puede destacarse Saucillo, que originalmente fue una hacienda al igual que ocurre con muchas de las poblaciones surgidas en zonas de auge agrícola.

Población	*2005*
Delicias	108 200
Meoqui	21 350
Camargo	39 150
Saucillo	9 300

La Sierra de los Huicholes (mapa 29)

Iniciaremos nuestro cuarto recorrido luego de desplazarnos de regreso por las regiones visitadas en el primero hasta llegar al extremo sudoccidental del sector central del Norte. Las dimensiones de esta parte del país quedan una vez más en evidencia al medir la distancia que habremos de recorrer entre el último punto que vimos y el que atenderemos ahora: mil quinientos kilómetros. Pero también hay que resaltar la diversidad, pues hemos dejado tierras predominantemente planas y desérticas para asomarnos a un paisaje natural muy diferente. Ahora estamos situados atrás de la pequeña línea de elevaciones que marca, de manera muy aproximada, el borde oeste del altiplano del Norte, su contacto con la Sierra Madre Occidental y, en la perspectiva local, el límite oeste de la región de Zacatecas. Desde ésta, como se recordará, habíamos advertido los declives que conducían a las barrancas septentrionales del Santiago, especialmente las de los ríos Juchipila, Mezquitic (o Bolaños) y Atengo (o Huaynamota). Entre los dos últimos hay un lindero natural muy notable: la abrupta Sierra de Bolaños. Ésta domina un recinto fisiográfico de perfil serrano que incluye la cuenca del Atengo hasta su encuentro con el río Santiago, así como otras dos que proceden de la zona serrana de Durango: la del Santa María, que se une al Atengo, y la del Mezquital (aquí llamado San Pedro), que a pesar de llevar un curso parecido quiebra para evitar su encuentro con el Santiago y dirigirse al mar. Entre las barrancas de estos ríos se forman varias mesas, algunas notablemente planas, que son prolongación de las partes altas de la Sierra Madre Occidental. La Sierra de los Huicholes ocupa el conjunto de las barrancas y mesas así descritas, cubriendo tierras semiboscosas repartidas entre los 500 y los 2 000 metros o más de altitud, pero no las que se extienden más abajo, tras la encañonada salida del Santiago, que corresponden a la región de Tepic. Éste es el único lugar donde el sector central del Norte se toca con la Vertiente del Pacífico.

Durante nuestros dos primeros recorridos por el sector central del Norte hicimos hincapié en que el origen de las regiones que visitamos implicó una ruptura radical con el espacio preexistente, lo que se materializó en casi todos los casos (con una relativa excepción en Durango) con el aniquilamiento de la población prehispánica y la sustitución de sus centros, rutas y demás elementos de organización espacial por otros completamente nuevos. El tercer recorrido nos llevó por regiones originadas más tarde a partir de formas modernas de ocupación del suelo, donde tampoco ha quedado rastro alguno de poblamiento o sistemas espaciales preexistentes. Nuestro cuarto recorrido nos pone en regiones que, por el contrario, se sustraen al modelo prevaleciente en el Norte, pues en ellas es evidente la subsistencia de un poblamiento que se ha mantenido relativamente estable desde la época prehispánica hasta el presente, y con él diversos elementos de su entramado regional. Esto no



Mapa 29

significa que estas regiones hayan sido ajenas a la experiencia colonial o a otras formas de ocupación, o que no hayan experimentado procesos de asimilación, pero, por un lado, su historia ha sido marginal en muchos sentidos y, por otro, mantienen características que justifican que se les considere regiones de por sí. Por lo demás, son espacios muy extensos, difícilmente se les puede asimilar a las regiones vecinas, y como regiones son en general reconocidas y diferenciadas claramente por propios y extraños.

Sin embargo, se trata de regiones atípicas en el contexto nacional en virtud de que los sistemas que las amarran no tienen los elementos determinantes de la mayoría de las demás. Sus centros urbanos, por ejemplo, son enclaves, casi siempre pequeños, que representan enlaces con el exterior más que centros de organización del espacio interno. Igual ocurre con las vías de comunicación modernas. Un punto adicional que debe tomarse en cuenta es que se desenvuelven en las porciones más aisladas del entorno serrano del sector central del Norte y que no abarcan ninguno de los espacios del altiplano. Esto contribuye a dibujar algunos aspectos de su perfil socioeconómico.

Población	*2005*
Tuxpan de Bolaños	950
San Andrés Cohamiata	850
San Juan Peyotán	350

La Sierra de los Huicholes posee la particularidad adicional de que permaneció como un enclave no dominado por los españoles sino hasta su muy tardía conquista en el siglo XVIII. Aun después subsistió con grandes dosis de aislamiento y autonomía, sin inmigración alguna, y no fue sino hasta mediados del siglo XX que empezó a cambiar su perfil tradicional. La infraestructura de las comunicaciones modernas se inauguró con rústicas pistas aéreas que permitieron la llegada de avionetas (desde Tepic), a las que poco a poco siguió la apertura de brechas y caminos (desde Zacatecas o la región de las Barrancas) que, a la fecha, se hallan mayormente inconclusos, si bien las camionetas ya disponen de vías lo suficientemente amplias y eficientes como para desplazar al transporte aéreo, y desde hace unos pocos años es posible hacer, con paciencia y buenas llantas, la travesía completa de Zacatecas a Tepic.

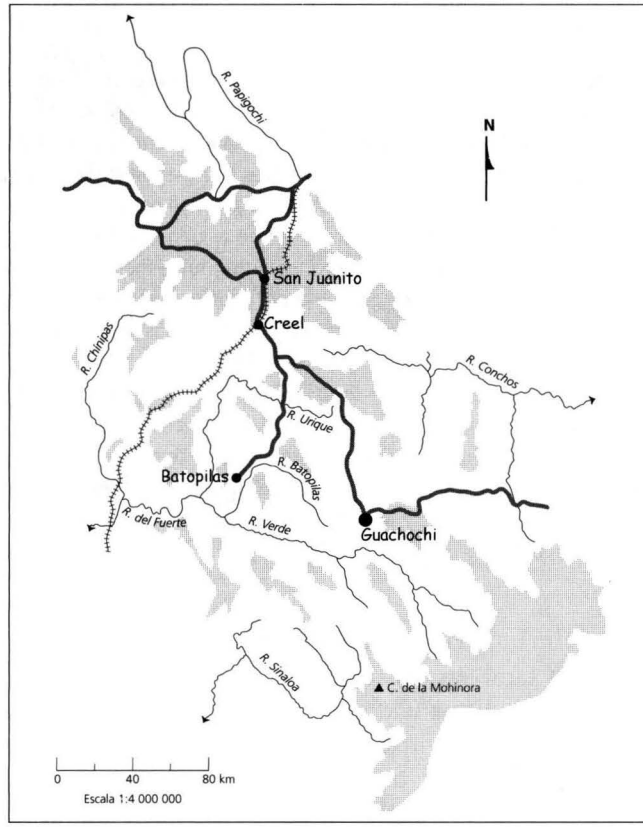
Huicholes y coras, que son los principales habitantes de la Sierra, se concentran en varias localidades muy pequeñas, sin presencia arquitectónica, repartidas en territorios de Jalisco y Nayarit, como San Andrés Cohamiata, San Juan Peyotán y Tuxpan de Bolaños. Sólo en ellas se encuentran algunas familias provenientes del exterior, dedicadas al comercio o los servicios; fuera de ellas, la población indoamericana y las redes tradicionales de intercambio dominan casi por completo. En ninguna otra parte del país se encuentran rasgos culturales de este tipo diseminados, casi sin alteración alguna, por un espacio tan extenso. En este sentido, la Sierra de los Huicholes alberga el sistema regional más conservador de México y el que posee el paisaje cultural más homogéneo. Barranca tras barranca, no hay nada más que caseríos dispersos que permiten el aprovechamiento de terrenos dedicados a cultivos de subsistencia y el control de rebaños de ganado menor, los primeros en las mesas planas y los segundos en las empinadas cañadas. La explotación forestal, también en las mesas, se ve ligada más bien a la construcción de caminos, lo mismo que el comercio. Naturalmente, esto crea una tensión. La región ha experimentado situaciones muy críticas, y a menudo violentas, de conflicto cultural. Así, en ella se presentan de manera muy clara los problemas de la integración al país de un espacio tan particular, y del mismo modo se hace patente la necesidad de enfrentar de manera inteligente sus complejidades.

La Sierra Tarahumara (mapa 30)

Ya observamos que la Sierra Madre Occidental alcanza su mayor anchura y sus puntos más altos en la región de Parral. El Río Verde y su Barranca de la Sinforosa apuntan, a espaldas de ésta, al otro lado de la Sierra. Aquí nos topamos con un espacio formado por prolongaciones de las tierras altas de la propia Sierra (1 600 o 2 000 metros sobre el nivel del mar), las cuales forman mesas extensas y relativamente planas, boscosas y frías, cuya continuidad se ve rota por profundas barrancas, calurosas y secas, que se abren en términos generales hacia occidente y encuentran su fondo a 800 metros o menos. Mesas y barrancas integran el medio físico de la Sierra Tarahumara. A la Barranca de la Sinforosa deben añadirse, entre otras menores, la del Batopilas, la famosa del Cobre (que es la del río Urique, proveniente de un poco más al norte pero que se quiebra en ángulo recto para unirse al Verde) y por último la del Chínipas. Todas estas corrientes, unidas, forman el río del Fuerte, de manera que todo el abigarrado conjunto de la Sierra Tarahumara tiene en el fondo una fisiografía muy simple, pues no es otra cosa que la suma de los recintos que albergan cada uno de los afluentes superiores del Fuerte. Lo que añade personalidad al medio físico de esta región es la extremada verticalidad de algunas de sus barrancas, que se desarrollan casi como verdaderos cañones entre laderas pedregosas que salvan desniveles de mil metros o más en distancias muy cortas.

La Sierra Tarahumara, más extensa, abierta e intercomunicada que la de los Huicholes, es también más compleja en su entramado regional. En su historia no ha experimentado un aislamiento tan grande, pues vivió un periodo de intensa actividad misionera por parte de los jesuitas y alberga enclaves mineros que desde hace siglos han interactuado con la población y la economía locales. Tampoco ha estado tan al margen de las vías de comunicación, en especial después de la construcción del ferrocarril de Chihuahua al Pacífico, iniciada a principios del siglo XX aunque no concluida sino más de cincuenta años después. Hoy día la región ya cuenta con una red de caminos relativamente buena, aunque incompleta. El turismo la ha colocado en un primer plano entre las atracciones del país. La población tarahumara conserva áreas donde se mantiene aislada y conserva una forma de vida tradicional, pero también coexiste con colectividades socialmente diferentes que se desarrollan en sus vecindades —o al menos las tolera. La Sierra Tarahumara, en fin, es una región que se puede agrupar con la de los Huicholes, pero de ninguna manera equiparar a ésta.

Las localidades propiamente tarahumaras son muy pequeñas y dispersas y a veces se pueden identificar sólo por una aislada iglesia, herencia de las misiones de la época colonial. Un elemento sobresaliente



Mapa 30

de la organización tradicional del espacio en esta región es el uso alterno que se da de las zonas altas y frías, ubicadas en las partes altas que frecuentemente se cubren de nieve en el invierno, y los cálidos fondos de las barrancas, en extremo opresivos en el verano. La población tarahumara más tradicional acostumbra desplazarse temporalmente de uno a otro entorno conforme el clima lo pide. Ganadería menor y cultivos de subsistencia se alternan con una modesta actividad artesanal. Los lugares favorecidos con una ubicación accesible explotan bien su potencial turístico.

Varios pequeños centros urbanos, coloniales unos y recientes otros, de origen minero, mercantil o forestal, como Batopilas, Creel y los muy dinámicos San Juanito y Guachochi (orientado el primero hacia la región de Chihuahua y el segundo hacia la de Parral), representan la cara

moderna de la Sierra Tarahumara y su principal enlace con el mundo exterior. Son los nodos de una red de intercambios que se entrelaza con la tradicional, a pesar de lo cual, sin embargo, no hay una verdadera interacción entre las dos. Esto da a la región una estructura que podría definirse como de dos pisos, donde unos y otros son una especie de vecinos distantes. En consecuencia, nos encontramos ante uno de los espacios social y económicamente más disímiles y polarizados de todo el país.

Población	*2005*
Guachochi	12 400
San Juanito	9 950
Creel	5 350
Batopilas	1 210

LA VERTIENTE DEL NORTE

EL NOROESTE

La naturaleza radial de la Vertiente del Norte queda manifiesta de manera contundente en el Noroeste, que morfológicamente es el más sencillo de sus sectores y el de más pronta visualización. Basta un recorrido aéreo a todo lo largo de él para advertir, sin mayores complejidades, su disposición general. Es patente que se trata de una de las hojas del abanico que, en conjunto, integran el Norte, constituido como vertiente de expansión del espacio mexicano. Debe observarse, sin embargo, que su integración regional fue, en conjunto, ligeramente más tardía que la de los sectores central y del Noreste, y que la progresión de su poblamiento no fue tan regular como en el primero de éstos.

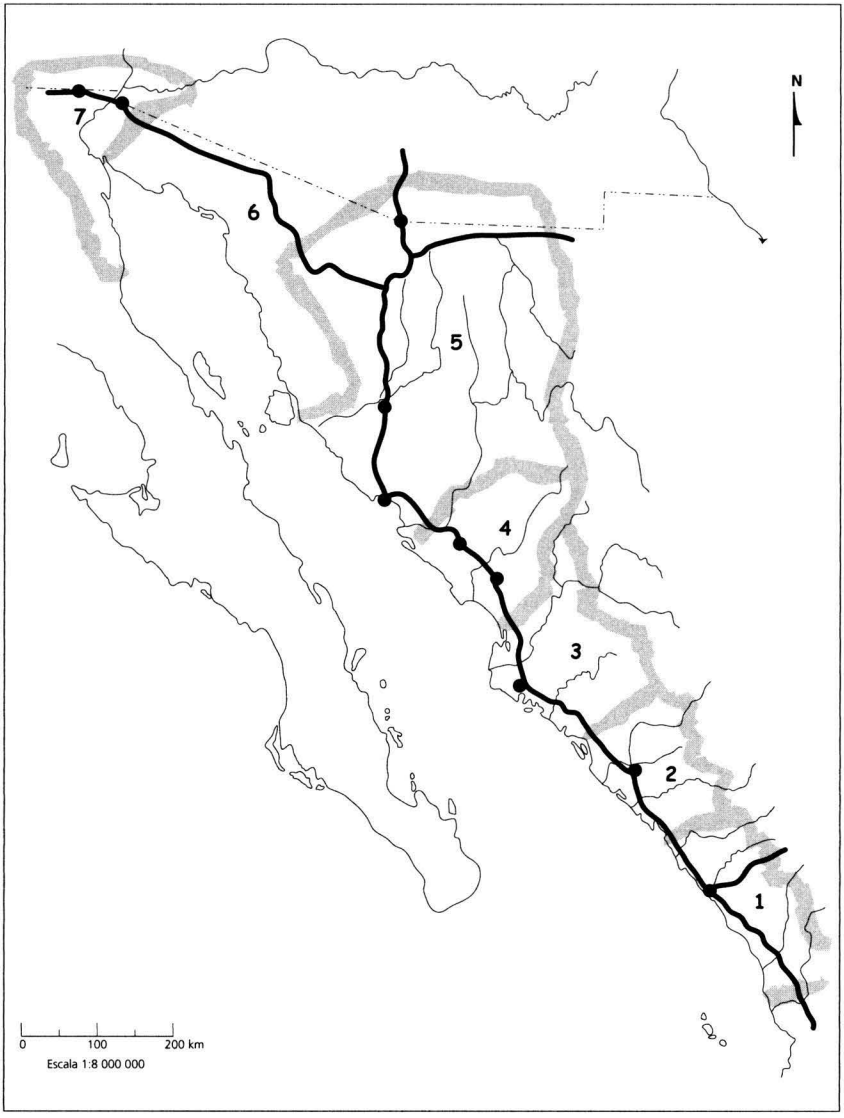
La parte medular del Noroeste es una larga y ondulada llanura bordeada al oeste por un litoral no menos largo y al este por el piedemonte de la Sierra Madre Occidental, el cual está quebrado por decenas de barrancas penetrando las cuales, una y otra vez, el Noroeste encuentra su límite. Contrariamente a lo que ocurre con las pendientes que se descuelgan del México Central por las zonas serranas de las Vertientes del Golfo y del Pacífico, canalizando caminos y albergando una estrecha vida de relación, en el Noroeste las pendientes y la Sierra toda se alzan como un borde casi infranqueable. Los caminos entran en las barrancas, o por los filos montañosos que las separan, pero mueren en el trayecto junto con las expresiones de poblamiento que los acompañan más o menos al llegar a los 1 200 metros de altura. El fondo de las barrancas queda en un más allá inaccesible. Las cumbres y mesetas que se alzan arriba están generalmente disociadas de las partes bajas, y por ello las hemos analizado dentro de los conjuntos regionales del sector central del Norte, que es a donde pertenecen. Muy pocas rutas remontan la Sierra para alcanzar el altiplano, y los intercambios a través de este borde son escasos.

La regionalización del Noroeste se fundamenta en los espacios de la llanura, no en los serranos ni en los del litoral. Como ella es alargada y bastante homogénea, las regiones del Noroeste se nos presentan concatenadas en una sucesión regular. Cada región, una tras otra, tiene su parte central, su correspondiente trozo de litoral, y su porción respectiva de entradas más o menos extendidas hacia la Sierra. No son rasgos fisiográficos los que nos permitirán

individualizarlas, sino la combinación de núcleos de poblamiento, centros urbanos, zonas de riego y otros elementos así.

Haremos el sencillo recorrido de estas regiones de sur a norte a lo largo de nuestro **primer** *y único radio, el cual coincide con una ruta continua e invariable (sea ferrocarril, sea carretera) que es el eje inconfundible de comunicaciones del Noroeste. Veremos, de paso, que la gran longitud del Noroeste permite apreciar una sucesión de condiciones climáticas derivadas de la latitud, lo que es evidente en el perfil de la vegetación. La degradación del medio tropical de lluvias de verano se realiza muy progresivamente hasta llegar a los desiertos propios de las latitudes medias en todo el mundo. Más al norte nos toparemos con climas de tipo mediterráneo y lluvias invernales.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos un recorrido panorámico que nos permita conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Norte. Noroeste: **1.** Región de Mazatlán; **2.** Región de Culiacán; **3.** Norte de Sinaloa; **4.** Valle del Yaqui; **5.** Sonora; **6.** Desierto de Sonora; **7.** Valle de Mexicali.

RECORRIDOS POR EL NOROESTE

NUESTRO RECORRIDO POR EL NOROESTE no ofrece mayores dificultades: lo haremos a lo largo de su espina dorsal, la carretera 15, recorriendo por ella, o por sus contadas variantes, 1 800 kilómetros. Este eje nos llevará a todas las regiones del Noroeste, una tras otra. Partiremos del borde septentrional de la región de Tepic y continuaremos sin variaciones hasta toparnos con el extremo norte de Baja California, acompañados de una vía férrea que estará a nuestro lado prácticamente durante todo el trayecto. Nuestra dirección será siempre hacia el noroeste, habrá pocas curvas y casi ninguna pendiente: estaremos, la mayor parte del tiempo, a unos 500 metros de altitud. Tendremos siempre el Océano Pacífico o el Golfo de California hacia el oeste, no a la vista pero rara vez a más de cincuenta kilómetros, y la Sierra Madre Occidental hacia el lado opuesto, a mayor distancia pero casi siempre visible, pues en el horizonte se recortarán, en sucesión aparentemente interminable, las aristas montañosas y las barrancas que la forman. Sólo de este lado ofrece la Sierra un frente así, elevado y continuo, pues desde el sector central del Norte es imposible percibir en conjunto ni su altura ni su disposición longitudinal.

Aun si no viéramos la Sierra tendríamos constantemente un recordatorio de su presencia: los caudalosos ríos que bajan de ella, expulsados perpendicularmente por sus barrancas, que nos obligan a hacer uso de innumerables puentes. Hace tiempo, antes de que hubiera caminos modernos, el recorrido longitudinal del Noroeste era muy trabajoso y dilatado por la ausencia de puentes y la necesidad de recurrir a vados o embarcaciones, o de esperar a que bajasen las frecuentes crecidas.

A lo largo de nuestro trayecto encontraremos muchas rutas transversales que más o menos seguirán la orientación de esos ríos. Algunas se desprenderán hacia la costa, aunque pocas llegarán al litoral mismo pues lo impedirán las grandes extensiones de marismas y lagunas que se interponen, o bien, más al norte, la extrema sequedad y permeabilidad de las

arenas del entorno costero, que absorben la poca agua que les llega y determinan la ausencia de poblamiento. Las zonas de riego nos brindarán cerradas retículas de caminos monótonamente rectos que podremos recorrer como si fueran las calles de una ciudad enorme y sin casas. Otras rutas, éstas sí sinuosas, se desprenderán hacia el oriente para acercarse a las faldas de la Sierra o internarse en sus barrancas. Su desarrollo suma cientos de kilómetros, en su mayoría sin pavimentar y con tránsito muy escaso. Sólo unas pocas hallarán modo de llegar a la parte alta de la Sierra y de ahí continuar, ya sin dificultad, al altiplano: la carretera de Mazatlán a Durango, la de Culiacán a Parral por Guadalupe y Calvo, el ferrocarril de Los Mochis a Chihuahua, y un conjunto de caminos que alcanzan Chihuahua desde distintos puntos de Sonora, el principal de ellos por Yécora y La Junta. Ciertas brechas mineras o madereras también alcanzan a cruzar la Sierra, pero no se les conserva y su vida útil suele ser corta.

El patrón de nuestro recorrido se rompe un poco en Sonora, pues el espacio se abre y se nos ofrecen algunas variantes que se abren como en abanico hacia Sahuaripa, Agua Prieta, Cananea y Nogales, entre otros lugares (además de Tucson, en Arizona, punto final de las rutas coloniales). Es posible encontrar intercomunicación entre ellas y hacer un recorrido circular o en zigzag por distintas partes de Sonora (y el sur de Arizona), además, desde luego, de los caminos que bajan a la costa o penetran la Sierra. Una última oportunidad para cruzar lo que queda de ella (pues sus dimensiones se reducen notablemente al norte) se nos presenta en la frontera misma, siguiendo la carretera de Nogales a Chihuahua o Ciudad Juárez a través del entronque de Janos.

Concluiremos nuestro recorrido panorámico por el Noroeste haciendo un desvío antes de llegar a Nogales para cruzar el Desierto de Sonora y arribar a la región de Mexicali, que posee una compleja red de caminos que en parte se corresponde con la del otro lado de la frontera internacional y en parte se orienta al sur, permitiéndonos llegar a San Felipe y de este modo rodear la cabecera del Golfo de California.

La región de Mazatlán (mapa 31)

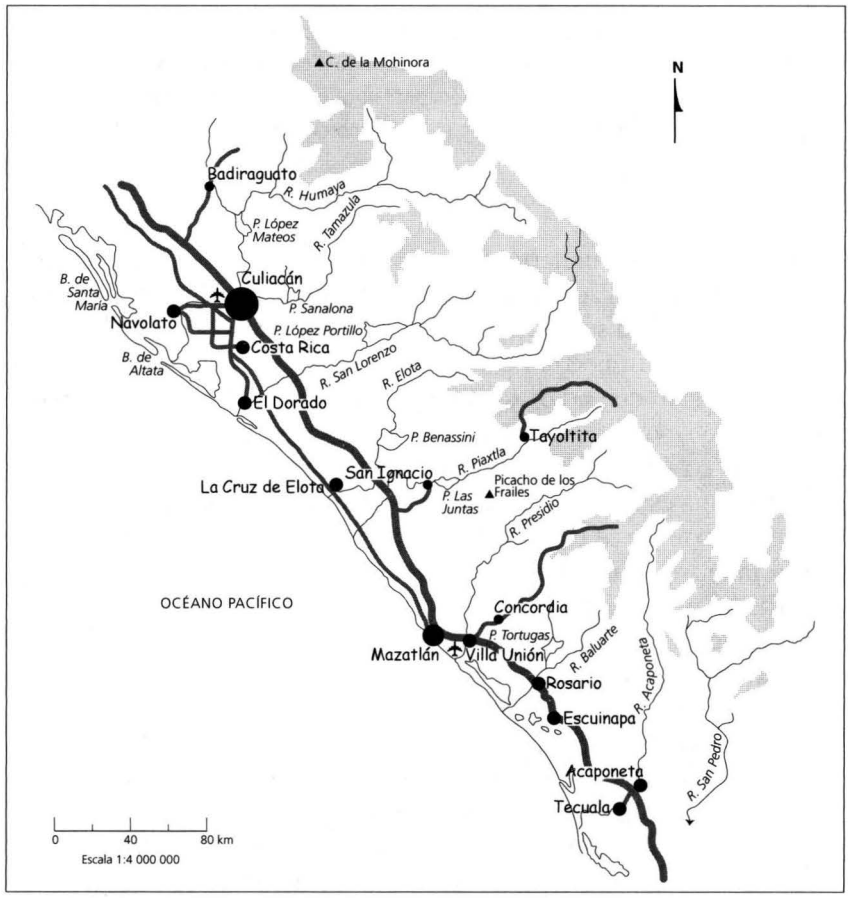
El primer espacio con que nos topamos comprende, como casi todos los del Noroeste, tres franjas que se desarrollan longitudinalmente. La primera abarca tierras serranas que van de los 500 metros hacia abajo y se extienden por el fondo de las barrancas de la Sierra Madre Occidental, la segunda forma una planicie o llanura, y la tercera una franja litoral. Se trata en este caso de un espacio húmedo, estrecho y alargado con grandes manchones de bosque bajo. Las primeras estribaciones de la Sierra se hallan, en algunos puntos, a menos de treinta kilómetros del litoral. Si a esto añadimos las lagunas que salpican la costa, resulta que las áreas de terreno firme y plano, ricas en pastizales, se reducen a un cinturón que corre del inicio de la región, al norte del río San Pedro, hasta las riberas del Presidio, trayecto en el cual se interponen otros dos ríos: el Acaponeta y el Baluarte (regulado por la Presa Tortugas). Mas al norte esta faja se amplía, pero el clima cambia, los suelos son más secos y el límite de la región está apenas un poco más allá, al pie del Picacho de los Frailes y pasando el río Piaxtla. Las corrientes mencionadas bajan de la parte de la Sierra Madre Occidental que separa el Noroeste de la región de Durango. Sus barrancas son de menor extensión y profundidad que otras de la Sierra, pero no menos abruptas e impresionantes, y contienen recursos minerales y boscosos que ya han sido explotados en su mayor parte. El litoral es casi recto y muy bajo, excepto por la pequeñísima bahía de Mazatlán, y no siempre es fácil llegar a él porque se interponen las lagunas mencionadas.

Nos encontramos con una región cuyo antiguo nombre, Chiametla, ya se ha olvidado. Así se denominaba, por lo menos, a su porción sur, que fue colonizada tempranamente pero casi abandonada poco después, al tiempo que su población original quedó diezmada por las epidemias del siglo XVI. Un tenue poblamiento se mantuvo gracias a la actividad de pequeños enclaves mineros y centros agropecuarios de mediana importancia que giraban en torno a la región de Tepic y subsisten como centros secundarios en la región. El escenario cambió con el aprovechamiento de una pequeña bahía previamente deshabitada para fundar Mazatlán, que prosperó rápidamente a lo largo del siglo XIX como uno de los dos principales puertos marítimos del Noroeste (el otro fue Guaymas). Con tan buena estrella, Mazatlán aspiró inclusive a convertirse en capital del Estado de Sinaloa. Con el tiempo, la relativa facilidad con que se tendió una vía de ferrocarril a lo largo del Noroeste, más la dificultad que hubo para enlazarla con la red ferroviaria del resto del país (cosa que no se logró sino hasta 1927), se combinaron con la ubicación de Mazatlán en un sitio próximo al México

Central para hacer del puerto un punto esencial de enlace para casi todo el Noroeste, situación que potenció aún más su papel no sólo como centro regional sino como uno de los grandes nodos de la Vertiente del Norte. Pero eso habría de cambiar. Nuevas vías de comunicación arrebataron a Mazatlán su monopolio sobre los intercambios y redujeron mucho su importancia como puerto comercial, excepto que sus contactos con el sur de Baja California han ido en aumento con el desarrollo de la península. Hoy día Mazatlán es más bien un puerto pesquero e industrial, y gran parte de su economía depende de su conversión en centro turístico.

La región de Mazatlán, por tanto, es de conformación relativamente moderna y en ella han intervenido varios elementos circunstanciales. Este hecho puede ayudar a comprender su conformación más o menos atípica. Se extiende sobre un espacio amplio pero muy desequilibrado. El puerto carece de un hinterland inmediato, y el que se desenvuelve más adentro es radicalmente diferente según miremos hacia el sur o hacia el norte. Hacia el sur se advierte un área mejor integrada, acaso por herencia de sus antiguos lazos con la región de Tepic. La llanura, muy húmeda, da sostén a variadas actividades agropecuarias y a una cadena de poblaciones secundarias que se suceden una tras otra, como Villa Unión, Rosario, Escuinapa, Acaponeta y su vecina Tecuala (estas dos en el Estado de Nayarit). Pero hacia el norte y las estribaciones de la Sierra Madre Occidental el sistema es mucho más tenue, o se disuelve bruscamente, al grado de que es difícil percibir sus alcances más allá de Concordia, un antiguo centro minero que ahora coquetea con el turismo. Es cierto que la Sierra tiene por esa parte una de sus porciones menos pobladas y accesibles, excepto por la tortuosa carretera a Durango y otros pocos caminos. Uno de ellos permite el acceso a aislados espacios serranos poco frecuentados donde se levantan localidades diminutas también de perfil minero, como Tayoltita, que rozan la región de Durango, o como San Ignacio, que está en el difuso lindero que separa las regiones de Mazatlán y Culiacán.

Población	*2005*
Mazatlán	352 500
Escuinapa	28 800
Acaponeta	18 100
Rosario	15 350
Tecuala	13 250
Villa Unión	12 450
Concordia	8 350
San Ignacio	4 600
Tayoltita	3 750



Mapa 31

La región de Culiacán (mapa 31)

Ningún rasgo fisiográfico relevante marca el paso de la región de Mazatlán a la de Culiacán, pero un observador atento notará, conforme avanza hacia el norte, la paulatina disminución de la humedad y la creciente distancia entre el litoral y el frente de la Sierra, tanto que en un punto intermedio de la llanura hay suficiente espacio para acomodar la pequeña y aislada sierrita de Cosalá y un amplio distrito de riego. Los ríos provienen de la parte de la Sierra Madre Occidental que separa el Noroeste de la región de Durango, al igual que los del espacio que visitamos antes que éste, pero sus cuencas son más extensas y sus barrancas más profundas y grandiosas: descuellan el Elota, el San Lorenzo, el Tamazula y el Humaya, represados los dos últimos entre las estribaciones de la Sierra para administrar una extensa zona de riego que cubre de verdor el

corazón de la región —que de no ser por ello estaría dominado por matorral bajo y espinoso. El litoral es un poco menos recto que el de la región de Mazatlán y carece de lagunas y marismas, excepto en su parte norte. Allí, más que lagunas, encontramos brazos de mar cerrados por largas y finas lenguas de tierra o por islas angostas y bajas, como ocurre en las bahías de Altata y Santa María.

Aunque su aspecto moderno lo oculta y nadie piensa en ella como una ciudad colonial, Culiacán es el asentamiento español más antiguo de todo el Norte, si bien en sus años iniciales, de 1531 a mediados del siglo XVI, estuvo ubicado un poco más al sur. Fue producto de un primer impulso de expansión que no prosperó, opacado enseguida por el gran movimiento que se originó en Zacatecas. El descalabro demográfico de los años de la conquista fue particularmente severo en esta zona, que quedó como una especie de enclave pobre y estancado, cuyos pocos enlaces con el exterior se daban sobre todo por el otrora célebre Camino de Topia, ramal del Camino de Tierradentro que atravesaba la Sierra Madre Occidental para enlazar Culiacán con Durango. Algunas bonanzas mineras, la actividad ganadera y más recientemente, durante el siglo XIX, la apertura de un pequeño puerto en la bahía de Altata y el hecho de consolidarse como capital del Estado de Sinaloa le permitieron formar y afirmar un sistema regional.

El carácter de la región cambió radicalmente con la apertura del riego en gran escala a que dio lugar la construcción de las presas Sanalona (en el Tamazula) y López Mateos (en el Humaya) entre 1948 y 1964. Después se hicieron otras grandes presas en cuencas vecinas. Canalizado profusamente, el espacio costero entre Culiacán y el litoral se abrió al cultivo extensivo de productos para el mercado nacional y la exportación: naranja, aguacate, etc. Culiacán es hoy una ciudad muy dinámica, alimentada en su crecimiento por todas las actividades asociadas a la agroindustria, y a su alrededor ha surgido un cinturón de poblaciones que han acogido a trabajadores inmigrantes de todo el país, entre las cuales descuellan el pueblo de Navolato y los asentamientos de Costa Rica, El Dorado, La Cruz de Elota y otros surgidos de antiguas haciendas. Su población es considerable, se levantan en medio de exten-

Población	*2005*
Culiacán	605 350
Navolato	28 700
Costa Rica	23 200
El Dorado	14 700
La Cruz de Elota	13 000
Badiraguato	3 600

sos campos, y los caminos que conducen a ellos están atiborrados de tractores. Albergan una mezcla de ricos productores, personal técnico y miembros del numeroso proletariado agroindustrial que forma el grueso de la población regional. Encontraremos varios asentamientos de este tipo en las regiones del Noroeste. Es difícil decir de ellos que sean poblaciones rurales, pero tampoco se puede decir que sean verdaderas ciudades, por lo menos mientras el tiempo no borre la falta de sofisticación que heredaron de su surgimiento rápido y la limitación de sus actividades originales.

Contrariamente a lo que ocurre en la región de Mazatlán, en la de Culiacán hay una mayor penetración hacia el entorno serrano, transformado parcialmente por las presas y ocupado por una constelación de pequeños asentamientos que viven de algunos excedentes mineros, de algo de ganadería, un poco de sus bosques y, en secreto, del redituable cultivo de plantas ilegales. Durante un tiempo éste fue un verdadero coto difícil de penetrar, bien resguardado por los productores de narcóticos, que llegaron a convertirse en un símbolo para el pequeño poblado de Badiraguato. En los últimos años su actividad se ha desplazado parcialmente a otras zonas y el hosco perfil de esta parte de la región se ha suavizado con una mayor integración a los circuitos regionales y la apertura de varias carreteras, de las cuales una, aunque no del todo concluida, apunta a revivir el maravilloso Camino de Topia, y otra, que tampoco acaba de consolidarse, abre un paso hacia Parral.

El Norte de Sinaloa (mapa 32)

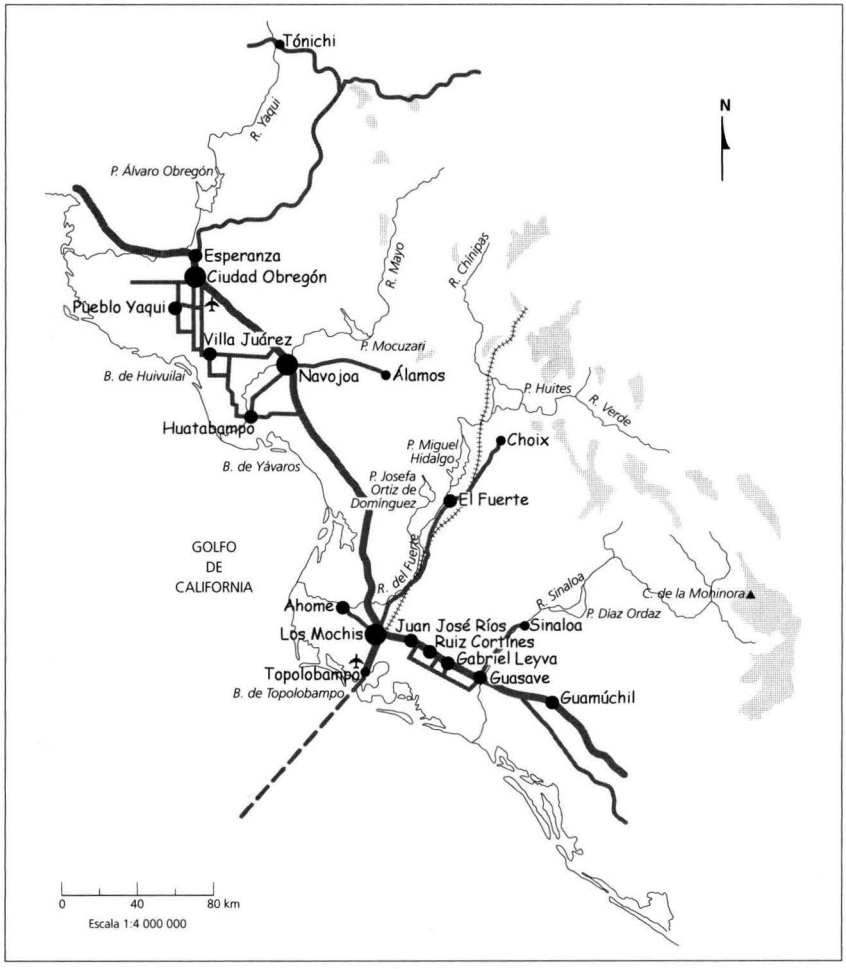
El paso a la tercera región que visitamos en nuestro recorrido se anuncia con el franco ensanchamiento de la llanura, que en un punto llega al centenar de kilómetros, y con un ámbito serrano más amplio y seco que los visitados hasta ahora. El piedemonte de la Sierra Madre Occidental, a unos 500 metros de altura, se hace comparativamente menos vertical y las pendientes más suaves, lo que no impide que las barrancas sean tanto o más grandiosas e impresionantes que en otras partes de la Sierra: la del río Sinaloa proviene del respaldo serrano de la región de Parral, y la más grande de todas, la del Fuerte —misma que más arriba alberga la célebre Barranca del Cobre— tiene su origen en la Sierra Tarahumara. Tres presas vecinas en la cuenca del último de estos ríos —la Miguel Hidalgo, la Josefa Ortiz de Domínguez y la más reciente de Huites—, y otras más al sur, controlan sus corrientes en beneficio de una extensa zona de riego. Por otro lado, el litoral —que ya corresponde al Golfo de California— se vuelve sumamente recortado y se adorna con islas costaneras y una decena de pequeñas bahías no muy profundas, entre las que descuella la de Topolobampo.

Lo que hoy es necesario definir como Norte de Sinaloa en virtud de su ubicación al septentrión del estado del mismo nombre es lo que originalmente fue la Sinaloa propiamente dicha, pues tal fue el topónimo que se dio a la región en tiempos coloniales, tomado de uno de los ríos que la atraviesan. De la primitiva región, que abarcaba varios enclaves mineros y ganaderos hasta el Valle del Yaqui, subsisten poblaciones hoy secundarias como Choix, El Fuerte, Ahome y la también llamada Sinaloa. Pero la región actual es producto de magnos proyectos de irrigación.

La agricultura en gran escala se empezó a desarrollar a principios del siglo XX en el valle del río del Fuerte, de manera que cuando se iniciaron las grandes obras de riego en 1956 ya había una base importante y el resultado fue espectacular. Símbolo de ello es Los Mochis, que fue una hacienda y hoy es la ciudad de origen puramente agrícola más grande del país, convertida en indiscutible centro regional. En su entorno giran poblaciones antiguas muy renovadas, como Guasave y Guamúchil, y otras totalmente nuevas y muy grandes, pero al mismo tiempo tan poco inspiradas como sus nombres sacados del imaginario político de la reforma agraria. Éstas se entreveran con caminos que conectan extensos campos de cultivo y cruzan canales de riego. El conjunto está en vías de integrar una especie de continuo semiurbano, con toques industriales, que abarcaría de Los Mochis a Guasave.

Elemento importante en la configuración regional del Norte de Sinaloa es el hecho de albergar el más conspicuo de los lazos transversales que ligan el Noroeste con el sector central del Norte: el ferrocarril Chihuahua al Pacífico, que asciende por la cuenca del Fuerte hacia la Sierra Tarahumara y llega, por el otro lado, al pequeño puerto de Topolobampo. Aunque el ferrocarril descuella más que nada por su importante papel turístico, es significativo como medio de penetración hacia la Sierra y como vía de salida para productos del altiplano. Esto ha dado a la región un gran ascendiente sobre la parte sudoccidental de la Sierra Tarahumara y sobre ciertos recodos de ésta, en especial la cuenca del río Chínipas, cuyas pequeñas poblaciones (en jurisdicción de Chihuahua) dependen casi exclusivamente del tren, o de avionetas, para su contacto con el exterior. Es el único

Población	*2005*
Los Mochis	232 000
Guasave	66 800
Guamúchil	61 900
Gabriel Leyva	24 000
Juan José Ríos	23 500
Ruiz Cortines	12 300
El Fuerte	12 000
Ahome	10 900
Choix	8 200
Topolobampo	6 050
Sinaloa	4 600



Mapa 32

caso que subsiste en México de lugares donde los pocos automóviles que hay han sido llevados en tren. El aislamiento de la zona la ha hecho muy propicia para el cultivo de plantas ilegales y las peligrosas actividades asociadas a ello, y es fama que en este sentido subsiste como uno de los espacios más críticos del país.

Con sus muy modestas dimensiones, Topolobampo refleja la poca importancia del litoral en el conjunto regional, pero también el hecho de que la estructura radial de la geografía mexicana, cuya expresión en el Noroeste es clara, determina el dominio de las rutas longitudinales sobre las

transversales. El propósito original que llevó a abrir el ferrocarril a Chihuahua a principios del siglo xx fue el de conectar Texas con el Golfo de California —es decir, crear una ruta transversal—, pero el fundamento económico del proyecto era débil y la construcción quedó trunca en un difícil trecho arriba de El Fuerte hasta 1961. La obra pudo haber quedado así, igual que ocurrió con la proyectada línea de Durango a Mazatlán, pero se concluyó para satisfacer necesidades locales y porque todavía se pensaba en ampliar la red ferroviaria del país. Fue la última obra ferroviaria de gran envergadura que se hizo y su limitado éxito económico la ha hecho poco redituable a pesar de no tener una carretera paralela con la cual competir. Topolobampo no obtuvo beneficio de ello. El puerto funciona más bien como centro pesquero y punto de enlace con el sur de Baja California.

El Valle del Yaqui (mapa 32)

Para entrar en esta región debemos pasar primero por una franja relativamente estrecha de la llanura, tras la cual ésta vuelve a ensancharse a la vez que la Sierra Madre Occidental se aleja y sus barrancas se hacen menos profundas, dejando en medio una zona seca muy extensa de montañas de poca altura —entre 800 y 500 metros. Éstas son muy quebradas, cubiertas en su mayor parte de matorral bajo, y lanzan extensiones que hienden la planicie y la salpican de promontorios rocosos que alivian la monotonía de las tierras planas. Por entre esas montañas se abren paso dos ríos, el Mayo —que nace a espaldas de la Sierra Tarahumara— y, dominando el conjunto, el amplio y sereno Yaqui, cuyos numerosos afluentes se descuelgan del corazón de Sonora o de la Sierra Madre atrás de la región de Chihuahua. Tres importantes presas, la de Mocuzari (o Adolfo Ruiz Cortines, en el Mayo) y las del Novillo y el Oviáchic (o Álvaro Obregón, en el Yaqui), detienen sus aguas para administrar el sistema de riego que se extiende en la planicie. Allí, las partes más bajas de las cuencas de los dos grandes ríos se funden en un solo espacio cuyos rasgos naturales han sido modificados para abrir una extensa red de canales. El litoral es bajo y en partes pantanoso, abierto a amplísimas bahías que a su vez albergan otras menores y relativamente encerradas, como las de Yávaros y Huivuilai.

La cuarta región que visitamos en el Noroeste es hoy día producto, al igual que las anteriores, de una transformación radical en la economía y la sociedad. Cada caso, sin embargo, es diferente y presenta situaciones y complejidades propias, tal vez en ningún otro más que en éste. Las cuencas de los ríos Yaqui y Mayo fueron escenario de conflictos con los ocupantes indoamericanos hasta principios del siglo xx, y la transformación en el uso del suelo implicó conflictos muy intensos de los que aún

quedan resabios en sus pueblos más tradicionales, mismos que tiempo atrás fueron el centro de un complejo entramado de relaciones y hoy han quedado reducidos a un papel meramente simbólico. Yaquis y mayos, sobre todo los primeros, mantienen vivo un fuerte movimiento indigenista que se deja sentir en ciertas partes de este extenso espacio.

Por otro lado, para añadir una nota de complejidad totalmente diferente, la región conserva un elemento significativo de su pasado colonial en la pequeña ciudad de Álamos, a la entrada del área serrana, que durante los siglos XVIII y XIX fue el real minero más próspero del Noroeste y el centro regional indiscutible de lo que por entonces se conoció como la región de Ostimuri —nombre caído en desuso. Álamos decayó después en grado sumo y quedó fuera de las rutas más modernas, hasta que en los últimos años del siglo XX se convirtió en un lugar muy favorecido por jubilados adinerados de Estados Unidos, quienes adquirieron y restauraron la mayor parte de su casco urbano, sea para vivir en él permanentemente o para pasar temporadas. Así, el ahora aislado y somnoliento real de minas da fe de cuán radical puede ser la transformación de un sistema regional y de un paisaje cultural.

Por encima de estas peculiaridades tan contrastantes, el sistema regional moderno del Valle del Yaqui empezó a formarse a fines del siglo XIX con el acondicionamiento de las tierras inmediatas a los ríos Yaqui y Mayo, y se consolidó tras la construcción de las grandes presas entre 1952 y 1964 y, en la parte más baja, un extenso sistema de riego que teje una retícula de canales por toda la parte baja de la llanura entre ambos ríos y casi hasta la orilla del mar. Ciudad Obregón (antiguo Cajeme, que se extiende hasta Esperanza) y Navojoa, situadas óptimamente a la vera de uno y otro río, se convirtieron pronto en grandes ciudades concentradoras de servicios e industria, con excelente trazo, amplia clase media y buen nivel de servicios. El conjunto cubre hoy parte sustancial de la región y alberga la principal zona triguera y el distrito de riego más extenso y próspero de México, sede de las empresas más modernas de agricultura y ganadería en gran escala, bien provistas de maquinaria agrícola y toda clase de adelantos técnicos. Paralelamente a los canales se desarrollan alrededor de 750 kilómetros de caminos pavimentados que enlazan los inmensos campos de cultivo con los nítidos

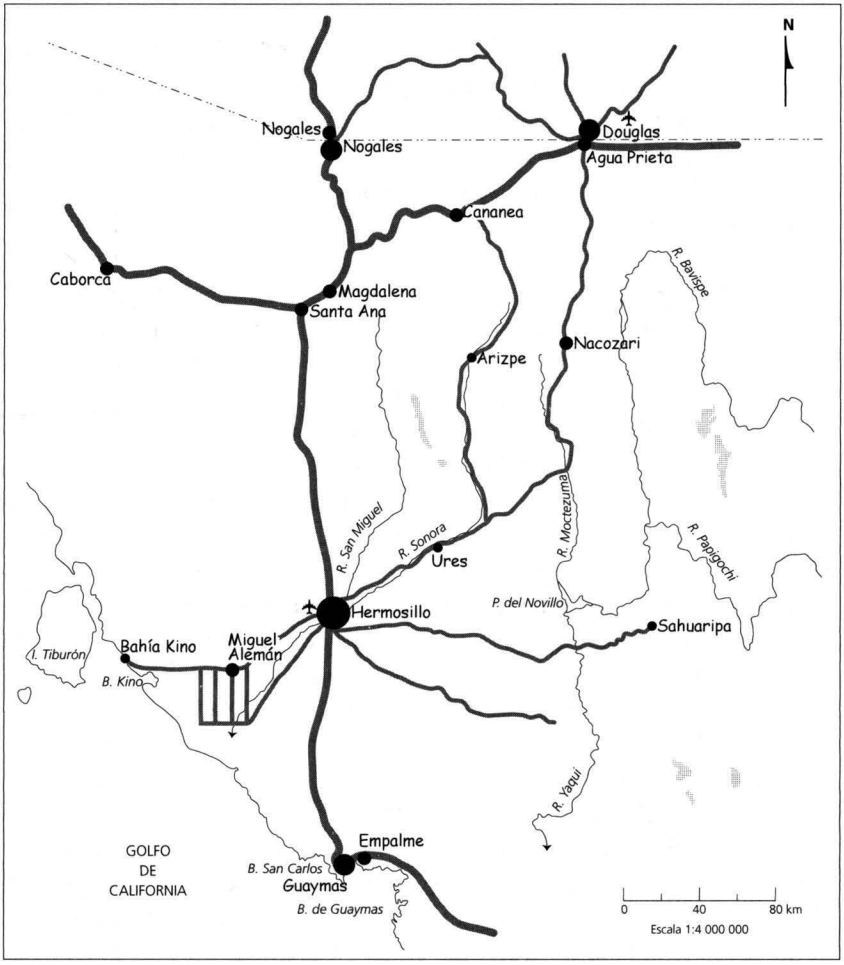
Población	*2005*
Ciudad Obregón	271 000
Esperanza	36 550
Navojoa	103 350
Huatabampo	29 300
Pueblo Yaqui	13 150
Villa Juárez	12 700
Álamos	8 250

aunque no muy inspirados asentamientos de propietarios, técnicos y trabajadores —el antiguo Huatabampo, por ejemplo, o los modernos Pueblo Yaqui y Villa Juárez, tan abundantes de automóviles y aire acondicionado como escasos de sofisticación y encanto arquitectónico.

En esta región no son muy notables ni los espacios del litoral ni los próximos a la Sierra Madre Occidental. Los primeros están deshabitados en su mayoría, salvo por modestas instalaciones pesqueras frente a la bahía de Yávaros. Los segundos son de muy considerable extensión y están ocupados —Álamos aparte— por infinidad de diminutas localidades que aprovechan las fértiles vegas de los ríos y otros puntos favorables. Algunos de los más importantes se suceden a la vera del Yaqui, hasta Tónichi —terminal de un ramal ferroviario abandonado hace décadas— y las inmediaciones de la presa del Novillo, donde se puede marcar el lindero regional.

Sonora (mapa 33)

Sonora es el espacio regional más extenso del país y, con mucho, la región más compleja del Noroeste en cuanto a su medio físico, que es de un perfil eminentemente serrano. Aun así, no es muy difícil describir su fisiografía: se trata, en lo esencial, de una sucesión de valles paralelos dispuestos de norte a sur entre las últimas estribaciones al oeste de la Sierra Madre Occidental, de los cuales dos pertenecen a la cuenca del Yaqui y dos a la del Sonora. Son valles muy alargados y con poca pendiente, a excepción de los que albergan, por encima de los 800 metros, los afluentes superiores del Yaqui: el Papigochi (más abajo llamado Aros) y el Bavispe. Éstos nacen, como ya quedó dicho, a espaldas de las región de Chihuahua —donde la Sierra se ensancha y disminuye en altura— y se abren paso corriendo alternadamente hacia el norte y hacia el sur por una sucesión de barrancas transversales para después de muchas vueltas unirse y formar el Yaqui propiamente dicho. Éste empieza su curso dirigiéndose hacia el sur, de manera que su orientación general no es como la de los demás ríos del Noroeste, perpendicular a la Sierra, sino diagonal a ella. En su trayecto, en un tramo relativamente encañonado, recibe por el norte al Moctezuma —que forma el segundo de los valles sonorenses. Con sus aguas combinadas forma la presa del Novillo (o Plutarco Elías Calles) y, más abajo, penetra la región del Valle del Yaqui. Al oeste de este conjunto, replicándolo parcialmente, se ubican el tercero y el cuarto de los valles sonorenses, los del Sonora y el más pequeño San Miguel. Dejando de lado las fértiles vegas de los ríos, mientras más se va al oeste más aumenta la sequedad hasta llegar a los linderos de un verdadero desierto. Al norte el espacio regional se imbrica con las áreas ligadas a la cuenca del río Gila, en Arizona. La parte de la llanura que corresponde a la región de Sonora —una estrecha franja de tierra plana al pie de las estribaciones de la Sierra— es de reducidas dimensiones y muy seca, excepto por una zona de riego alimentada por los ríos Sonora y San Miguel (cuyo caudal se agota antes de llegar al mar), y lo mismo cabe decir del litoral, que apenas comprende una tira de cien kilómetros entre la Bahía de Guaymas y Bahía Kino.



Mapa 33

Sonora cobró individualidad desde las primeras exploraciones del Norte, cuando se le dio ese nombre a un espacio en parte imaginario asociado a las tierras ignotas donde se esperaba encontrar las fabulosas siete ciudades de Cíbola. La colonización española empezó en el siglo XVII mediante una combinación de asentamientos mineros y misiones jesuitas que se entremezclaron con los pueblos pimas y ópatas que formaban la mayor parte de la población local. De ahí surgió un sistema regional bien definido que se extendía en términos generales por el piedemonte y las estribaciones de la Sierra Madre Occidental de Ures a Tucson y de los

confines de Casas Grandes a la orilla del desierto. Las comunicaciones con el exterior se daban por el sur, pasando por Álamos, y a veces a través de la Sierra, pero la región no llegaba al litoral, ocupado por las tribus no sometidas de los seris. Todo ello hacía de Sonora uno de los espacios más aislados y remotos del país. El perfil de la región cambió durante el siglo XIX con el surgimiento de poblaciones de mayor envergadura en sus márgenes, especialmente Hermosillo, y el tendido de lazos al exterior por Guaymas. También le afectó el desprendimiento político de su parte septentrional, el territorio llamado la Mesilla (entre la frontera actual y el río Gila, con la inclusión de Tucson), que pasó a Estados Unidos en 1854. La expansión de este país al oeste y la formación de Arizona contribuyeron a modificar el entorno económico de Sonora y moderaron su aislamiento. Poco a poco la región volteó su centro de gravedad de manera radical, de tal modo que ahora sus áreas dominantes son las de la llanura y el litoral y ya no las del entorno serrano. Así, lo que antes fue medular ahora se considera marginal. Pero debemos estar conscientes de que cambios de tal naturaleza son consustanciales a la estructura y el desarrollo de muchas regiones. Obviamente, poco coinciden las extensiones del enorme Estado de Sonora con las del espacio regional que le dio nombre, sea cual sea la manera en que se le delimite.

Hermosillo surgió tras la independencia y creció como capital del estado hasta llegar a ser una ciudad de grandes dimensiones y centro regional indiscutible. Su entorno inmediato prosperó durante la segunda mitad del siglo XX con el desarrollo de una extensa zona de riego inmediata al occidente, actualmente reducida y empobrecida, pero que en su momento permitió aprovechar tierras que antes eran casi desérticas y facilitó su poblamiento (como en Miguel Alemán), hoy en declive, y una salida a un punto cercano del mar, Bahía Kino, donde se formó un centro turístico de poca importancia. Después de un proceso de industrialización verdaderamente espectacular, iniciado hacia 1980 y enfocado en la industria del automóvil, Hermosillo ha adquirido un perfil más complejo y sofisticado, de modo tal que es la ciudad más grande y próspera del Noroeste —aunque de ella no se puede decir que ha crecido con gracia y buen orden.

Las dos compañeras de Hermosillo como segundas en jerarquía dentro del sistema regional son Guaymas y Nogales, ubicadas en extremos opuestos del espacio sonorense. Guaymas, con su satélite Empalme, es un puerto importante, sobre todo para la economía pesquera, pero muy disminuido en sus operaciones comerciales y de transporte. Su

relativo estancamiento contrasta con el dinamismo de Hermosillo y se compensa con el reciente desarrollo turístico de una bahía inmediata, la de San Carlos, que saca provecho (al igual que Bahía Kino) de la demanda de esparcimiento de las poblaciones de Hermosillo y Arizona. Nogales es una ciudad comercial, surgida del tendido del ferrocarril a fines del siglo XIX, que tiene un componente del otro lado de la frontera. De todas las ciudades fronterizas es quizá la más integrada en un conjunto coherente, lo que se refleja hasta en el hecho de que sus dos mitades comparten el mismo nombre. Cerca de ella, Magdalena y Santa Ana nos recuerdan el perfil ganadero de gran parte del espacio sonorense, así como Cananea (principal centro productor y procesador de cobre en el país) y Nacozari dan fe de sus actividades mineras. Agua Prieta, originalmente una pequeña localidad minera, es hoy una ciudad mediana impulsada por Douglas, su contraparte al otro lado de la frontera, y como tal es un buen indicador de la cercana relación económica que hay entre Sonora y Arizona. Caborca, en fin, muy alejada de todas las demás, representa un punto extremo en la ocupación de las áreas desérticas.

Población	*2005*
Hermosillo	641 800
Nogales	189 800
Nogales, Arizona	20 900
Guaymas	101 550
Empalme	40 650
Agua Prieta	68 450
Douglas, Arizona	*117 800*
Caborca	52 350
Cananea	31 100
Miguel Alemán	25 750
Magdalena	23 100
Santa Ana	10 600
Nacozari	10 100
Bahía Kino	5 000
Ures	3 800
Sahuaripa	3 800
Arizpe	1 650

Sonora tiene un alto porcentaje de población concentrada en ciudades grandes, pero pocas localidades de tamaño medio y muchísimas muy pequeñas, repartidas con cierta regularidad en las vegas de los ríos. Su modesta apariencia no debe hacernos olvidar que antiguamente eran las que formaban el entramado básico del conjunto. Así, por ejemplo, Arizpe y Ures (que no llegan a los cuatro mil habitantes), fueron capitales de Sonora en diferentes momentos, y la primera llegó a ser sede de un obispado. Algunas tienen un historial minero (no muy destacado) o fueron sede de misiones jesuitas, como Sahuaripa y muchas otras, pero casi todas subsisten de la ganadería extensiva, que en Sonora prospera ampliamente a pesar de los descalabros sufridos por frecuentes y terribles sequías. La población rural es mayoritariamente mestiza, pero los elementos de su herencia indoamericana —de cultura ópata o pima— no son muy visibles.

El Desierto de Sonora (mapa 34)

La mayor parte de la llanura que se extiende al pie de la región de Sonora (a un promedio de 200 metros de altitud o menos) es un espacio muy descollante en el medio físico del Noroeste tanto por su extensión como por su naturaleza desértica. La primera se explica al tomar en cuenta que el litoral del Golfo de California se aleja cada vez más de la Sierra Madre Occidental y sus estribaciones, dejando en medio una distancia de hasta cuatrocientos kilómetros generalmente llana pero no por ello desprovista de un gran número de macizos rocosos aislados. Ninguna de las corrientes que descienden de las estribaciones de la Sierra y tienen que atravesar esta extensión arenosa alcanza a llegar al mar, y si lo hace es en el breve tiempo de algunas descargas torrenciales. Este espacio incluye por el sur la Isla Tiburón, que es la mayor isla mexicana, casi pegada al litoral frente a Bahía Kino, y por otra parte se prolonga al norte y al noroeste hasta las inmediaciones de la cuenca del río Gila (en Arizona), afluente del Colorado. Casi todo el espacio tiene una cubierta vegetal muy rala, predominantemente xerófita, pero hay algunos lugares, en especial en la parte conocida como desierto de Altar o del Pinacate, que no tienen más que dunas de arena. Son áreas de enorme significado ecológico parcialmente reconocidas como reserva ambiental. La naturaleza desértica de este conjunto corresponde con la de otras partes del planeta que comparten la misma latitud, y es frecuente encontrar el nombre de Desierto de Sonora o Sonorense aplicado de manera genérica a gran parte de las zonas desérticas de Arizona, Nuevo México y Nevada.

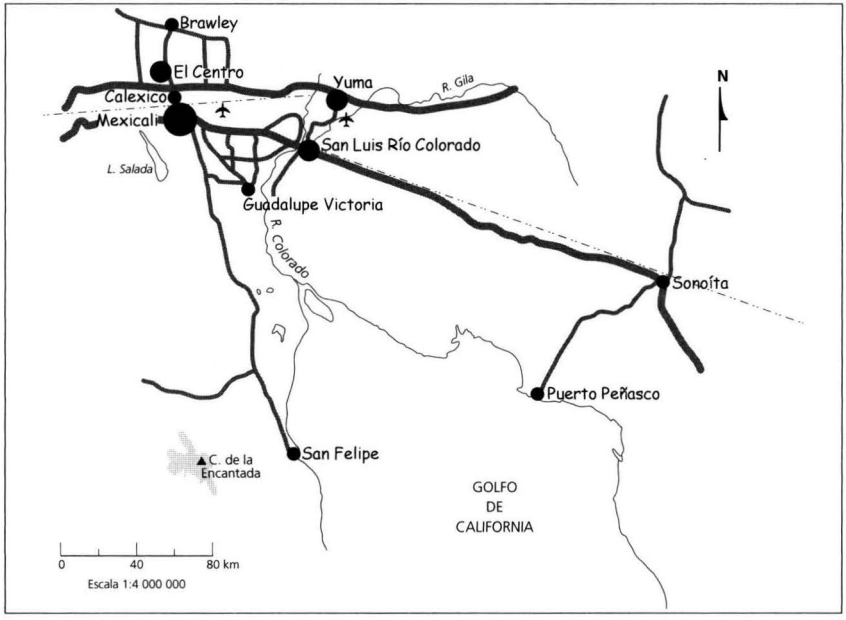
La proximidad del desierto se anuncia casi al salir de Hermosillo rumbo al norte, pues la ruta se desarrolla aproximadamente a lo largo de su borde. Abandonando el camino hacia Arizona y desviándose hacia Caborca se llega a un punto donde a fuerza hay que penetrarlo si hemos de seguir por territorio mexicano. Esto es algo que muy pocos hicieron antes de la primera mitad del siglo xx, cuando se tendieron las primeras líneas de comunicación por tierra con la parte norte de Baja California. Los caminos más antiguos iban a través de Arizona por el valle del Gila. La parte mexicana del desierto tuvo que ser, por así decirlo, conquistada a lo largo del siglo xx.

Los avances sobre el desierto, entre los que destaca la ya mencionada apertura de áreas de riego al oeste de Hermosillo, fueron uno de los episodios más llamativos de la historia moderna de Sonora. Caborca fue, durante siglos, el punto extremo de la ocupación humana, salvo por escasas avanzadas de seris y pimas que frecuentaban los pocos lugares provistos de agua y vegetación. Pero estos sitios ocupados palidecen en extensión ante la magnitud del desierto, que tanto por su tamaño como por su carencia casi total de población amerita ser considerado por separado de cualesquiera otros como uno de los grandes espacios vacíos carentes de

integración regional en el país. Habida cuenta de que ya explicamos la razón de hacerlo así a propósito de otros casos mucho más complejos, como la cuenca del Balsas y el Bolsón de Mapimí, éste no parece reclamar una explicación mayor.

Población	*2005*
Puerto Peñasco	44 650
Sonoíta	10 100

No obstante, el Desierto de Sonora no está del todo vacío ni es la frontera infranqueable de un siglo atrás. Cruzarlo de un extremo a otro podrá resultar tedioso, pero no implica más que unas cinco horas en automóvil o algo más en el tren. Hay pocos caminos secundarios, pero no es del todo impenetrable. En Puerto Peñasco hay instalaciones pesqueras y deportivas que sostienen a una población de regular tamaño y a un naciente y llamativo centro turístico. En Sonoíta hay un puesto fronterizo de poca importancia pero significativo por ser el único en casi cuatrocientos kilómetros de línea divisoria —mismos que en la actualidad son tristemente célebres como teatro de la tragedia humana de muchas personas que tratan de cruzar la frontera a pie, creyendo no ser vistos, sin estar prevenidos ni preparados para una jornada por terrenos de esta naturaleza. Fuera de los asentamientos citados no hay casi nada que añadir, como casi nadie podría vivir sin el apoyo que da la concentración de servicios en esos lugares.



Mapa 34

El Valle de Mexicali (mapa 34)

Siguiendo nuestro camino llegamos a un punto en que nos topamos con la cabecera del Golfo de California y un último río que hemos de cruzar: el Colorado. Traspasado éste, y con el litoral del Golfo volteándose en dirección opuesta a como lo habíamos venido recorriendo, se inicia formalmente la península de Baja California. Pero este rasgo tan llamativo del contorno continental no debe ocultarnos el hecho de que la región en que entramos continúa participando de los rasgos fisiográficos esenciales de las otras regiones que integran el Noroeste, especialmente la presencia del río y la zona de riego que le está asociada. El Colorado tiene su origen principal en una parte del continente que se halla muy lejos del espacio mexicano contemporáneo, pero su afluente más meridional, el Gila, puede considerarse como el más norteño de los escurrimientos de la Sierra Madre Occidental, pues se origina allí donde ésta se incorpora a las Montañas Rocosas —y no hay que olvidar que el Gila fue el límite septentrional de Sonora. La cabecera del Golfo de California, baja y pantanosa, está marcada por las derivaciones del Colorado, que tiene varias bocas. El límite occidental de la región, así como el punto final del Noroeste, puede situarse en el frente oriental de la cadena montañosa que marca la espina dorsal de Baja California, concretamente en las estribaciones de las sierras de San Pedro Mártir y de Juárez. Aquí nos topamos con dos elementos muy destacados del medio físico. Por un lado, la primera de las sierras mencionadas está coronada por el cerro de la Encantada (3 075 metros), masa granítica incomparable desde cuya cumbre se domina visualmente la región y la cabecera del Golfo. Por otro, al pie de la Sierra de Juárez se forma una depresión que alberga la Laguna Salada, rara vez cubierta por un espejo de agua, pero notable por ser la única parte del país cuya elevación es inferior al nivel del mar.

Hemos visitado cinco regiones del Noroeste antes de cruzar las arenosas extensiones del Desierto de Sonora y ahora nos hallamos al occidente de él. La magnitud de la última etapa de nuestro viaje y lo impresionante del desierto puede llevarnos a creer que hemos cruzado una frontera y lo que nos espera de este lado pertenece a un espacio completamente diferente, pero no es así. La discontinuidad que produce el paso del desierto es producto de la mutilación del territorio mexicano en 1854, ya que de haber seguido el camino antiguo, atravesando Arizona y descendiendo por el valle del Gila, hubiéramos llegado a nuestro destino experimentando sólo un cambio gradual. Un análisis cuidadoso nos permitirá apreciar la realidad subyacente. La regiones del Noroeste tienen en común el estar formadas por espacios de llanura bordeados hacia adentro por un piedemonte serrano y hacia afuera por un litoral no muy relevante. Elemento dominante en casi todos es la infraestructura de riego que se deriva de presas ubicadas en las barrancas de los ríos y se esparce a lo largo de canales por las tierras de las llanu-

ras, así como los consecuentes procesos acelerados de inmigración y desarrollo rural.

El Valle de Mexicali, que corresponde a la cuenca baja del río Colorado, responde al mismo perfil, con la salvedad de que el límite internacional le recorta parte de la llanura y todo el espacio serrano que tiene más atrás, en tierras de Arizona, y el sistema de riego depende de presas muy adentro en Estados Unidos, como la Coolidge en el Gila y las Parker, Davis y Hoover en el Colorado propiamente dicho. Naturalmente, el carácter internacional del sistema de riego da pie a muchas complejidades. Unas involucran el volumen de agua que le toca recibir a México y otras la calidad de esta agua, que suele ser excesivamente salina debido a que ha sido usada río arriba para regar terrenos semidesérticos y arrastra sedimentos diversos. El sistema regional que examinamos ahora no puede disociarse de su contraparte del otro lado de la frontera, que es conocida como Imperial Valley.

El Valle de Mexicali tiene todavía otros rasgos específicos. Es el más moderno de todos los sistemas regionales del Noroeste pues carece por completo de un precedente colonial y, a diferencia de los otros cinco, surgió directamente de los proyectos de irrigación. La paternidad del sistema se hace evidente en el proyecto de desarrollo que ideó en 1903 los nombres inversamente combinados de las dos secciones de la ciudad que habría de encabezar el sistema, Mexicali (México-California) y Calexico (California-México). Los canales de riego se desarrollan a uno y otro lado de la frontera, acompañados, al igual que en otros desarrollos semejantes, de caminos rectos que se entrecruzan en medio de campos de cultivo bien mantenidos y aparentemente interminables. Característica adicional de la región es su clima seco de tipo mediterráneo, que en combinación con sus suelos aluviales es apto para el cultivo de la vid, lo que ha permitido el desarrollo de una importante industria vitivinícola.

Población	*2005*	*Conurbación*
Mexicali	653 050	675 100
El Centro, California	*37 850*	*142 400*
Calexico, California	*21 150*	
Yuma, Arizona	*77 550*	*160 050*
San Luis Río Colorado	138 800	
Brawley, California	*22 050*	
Guadalupe Victoria	14 900	
San Felipe	14 850	

Todas las poblaciones de la región, con excepción de un puñado de minúsculos ranchos preexistentes, surgieron de la inmigración, misma que, proveniente de diversas partes de México (o de Estados Unidos) ha alimentado su crecimiento hasta el día de hoy. Mexicali y El

Centro (en California) concentran la mayor parte de la población y los servicios. Mexicali, además, es capital política y puede hacer alarde de una relativa sofisticación. La jerarquía de ciudades se complementa con una constelación de localidades dispersas de manera más o menos regular por todo el espacio de las áreas de riego, como Guadalupe Victoria en Baja California o Brawley en California. San Luis Río Colorado y Yuma (en Arizona), sobre el Colorado mismo en el breve trecho en que marca la frontera internacional (y donde se halla el punto más septentrional de la república), pertenecen a una especie de apéndice regional, de formación más reciente pero con las mismas características.

La región incluye también un espacio próximo al litoral que, como ocurre en casi todas las regiones del Noroeste, es predominantemente seco y está casi deshabitado. Su rasgo sobresaliente es el enorme delta del Colorado, que extiende sus numerosos brazos (con la poca agua que el riego les ha dejado) sobre las tierras blancuzcas y pantanosas de la cabecera del Golfo de California. Más al sur, sobre lo que podemos representar como una imagen en espejo de la costa sonorense, se asienta el pequeño puerto de San Felipe, dedicado a la pesca y el turismo. Más allá, pasando unas cuantas playas, la región se esfuma, al igual que todo trazo de camino y todo asentamiento humano, del que no vuelve a haber presencia significativa sino después de casi un millar de kilómetros.

LA VERTIENTE DEL NORTE

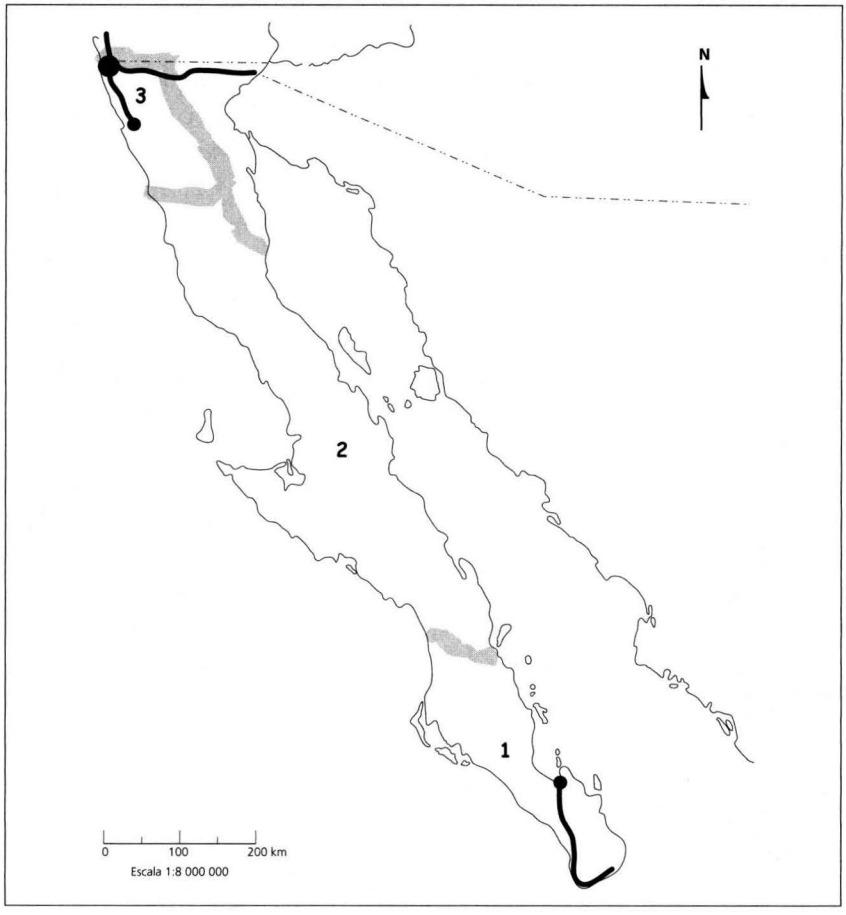
BAJA CALIFORNIA

Baja California es el tercero en extensión de los grandes sectores del Norte, y muchos lo consideran un espacio aislado por su peculiar configuración física: es una de las penínsulas más largas y estrechas del mundo. Pero el relativo aislamiento de Baja California respecto del conjunto mexicano ha sido producto más bien de su tenue y tardío proceso de poblamiento, derivado de la escasez de agua y del poco incentivo que se vio en sus recursos naturales, y no tanto del hecho en sí de su configuración. Ésta no impide que Baja California se enlace con su sector contiguo, el Noroeste, si bien es cierto que lo hace por vías marítimas más que terrestres y que la casi totalidad del lindero entre estos dos sectores del Norte está constituido por un cuerpo de agua y no por una serranía o algo parecido. La cuestión radica en la imagen que uno se forme del Golfo de California: bien como una económica y expedita vía de enlace, bien como un obstáculo. Es ambas cosas, pero en buena medida ha sido más lo primero que lo segundo. Entendido esto, se comprenderá que el relativo aislamiento de Baja California, y sobre todo la percepción popular de ella como algo tan separado, es en buena medida consecuencia de la escasa tradición marítima de México.

El medio físico de la península está dominado por una cadena montañosa que forma su espina dorsal (no por el medio —salvo al norte— sino más bien cerca de su borde oriental), por espacios llanos discontinuos (especialmente al centro y al sur, del lado occidental), por desiertos y semidesiertos, por 3 400 kilómetros de litoral y por el mayor conjunto de islas del país. La mayor parte de este espacio carece de integración regional en virtud de su escasa población, de lo aislado de sus pocas localidades de consideración y de la limitada actividad económica del conjunto. Así, en toda la península sólo es posible señalar dos sistemas regionales plenamente integrados: uno en el extremo sur, asociado a la ciudad de La Paz y a los asentamientos más antiguos de la península, y otro en el extremo norte, asociado a las localidades modernas del triángulo formado por Tecate, Ensenada y Tijuana. Este último sistema está íntimamente ligado al correspondiente del otro lado de la frontera internacional.

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de

estas líneas, haremos un recorrido panorámico que nos permita conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Norte. Baja California: **1.** Región de La Paz; **2.** Sierras y Desierto Central de Baja California; **3.** Región de Tijuana.

RECORRIDOS POR BAJA CALIFORNIA

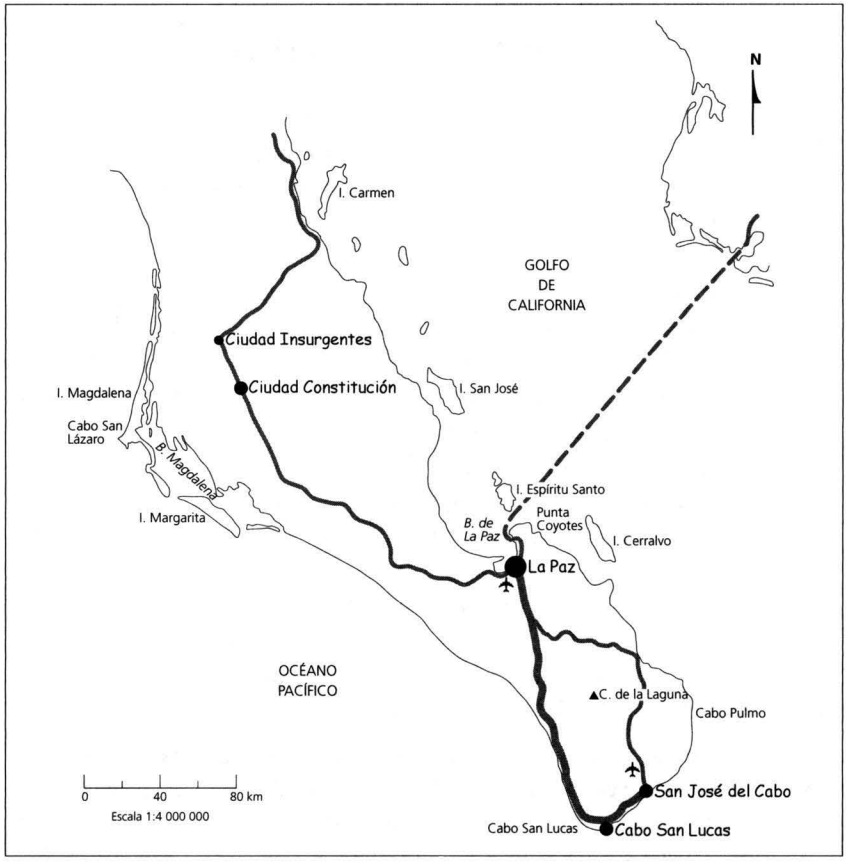
NUESTRO RECORRIDO POR BAJA CALIFORNIA no puede ser más sencillo, pues se iniciará con un trayecto marítimo de Mazatlán a La Paz y continuará por tierra a lo largo de la única ruta posible: la carretera 1, o carretera transpeninsular. Empezaremos en la región de La Paz y concluiremos 1 500 kilómetros más adelante en la de Tijuana. El camino nos llevará a veces por el centro de la península, a veces junto al litoral del Golfo de California y a veces cerca de las aguas abiertas del Pacífico. Pero no se trata, salvo por algunos tramos, de una carretera costera: más de 99% del litoral bajacaliforniano es prácticamente inaccesible como no sea a pie o circulando sobre piedras, arenas o sal. Casi no encontraremos rutas alternas y muy pocos ramales (caminos sin salida en su mayor parte), pero hemos de considerar los puntos por donde se establecen comunicaciones marítimas regulares con el Noroeste: de La Paz a Mazatlán (y ocasionalmente a Topolobampo) y de Santa Rosalía a Guaymas. Sólo en los extremos hallaremos una limitada red de rutas regionales que nos ofrecerán la posibilidad de emprender un par de circuitos, uno al sur y otro al norte, así como buscar por este último rumbo dos o tres alternativas para enlazarnos con el Valle de Mexicali. Únicamente en las proximidades de Tijuana encontraremos un volumen considerable de circulación, así como un insignificante ramal de ferrocarril proveniente de Estados Unidos. En la mayor parte de Baja California todo viajero tiene garantizado que habrá de experimentar amplios espacios de soledad.

La región de La Paz (mapa 35)

La Sierra de la Laguna domina por su altura el extremo sur de Baja California. Capta humedad, alberga pequeños bosques y favorece la existencia de algunos espacios fértiles que contrastan con la aridez predominante en el resto. A pesar de su modesta elevación (2 150 metros en su punto más alto), nos brinda un buen punto de observación para analizar el conjunto, que se presenta a nuestros pies casi como si fuera una isla en virtud de que está rodeado de mar por tres de sus lados. El contorno de la región se dibuja claramente apoyado en hitos prominentes como la Bahía de La Paz, Punta Coyotes, Cabo Pulmo, Cabo San Lucas y, más al norte, frente al Pacífico, Cabo San Lázaro. Éste remata el conjunto de las islas Margarita y Magdalena, las cuales, a su vez, encierran la amplia y poco profunda Bahía Magdalena, rodeada de áreas de manglar y refugio de ballenas en los meses de invierno. Entre estos puntos prominentes, el extenso litoral está salpicado de playas que alternan con tramos rocosos —algunos de formas muy llamativas— y en la Bahía de la Paz se tiene una de las más abrigadas del país. El terreno entre la sierra y el litoral no tiene rasgos fisiográficos particularmente llamativos y puede resumirse como una sucesión de lomeríos cubiertos de xerófitas y bosque bajo. Una gran extensión del mismo conecta la región con el resto de la península.

Aun tomando en cuenta a la población prehispánica, que fue poca, a las débiles manifestaciones de la ocupación española, reducida a tres o cuatro asentamientos misionales y un par de centros mineros, y al desarrollo posterior, que llevó al establecimiento de una aislada economía ganadera, el sur de Baja California no reunió elementos que ameritaran considerarlo como una sistema regional pleno sino hasta iniciada la segunda mitad del siglo XX. Fue entonces que el gobierno federal tomó medidas destinadas a desarrollar la zona, la cual recibió inversión en infraestructura de caminos, apertura de zonas agrícolas, enlace por medio de transbordadores con Mazatlán (por un tiempo también con Puerto Vallarta) y abundante publicidad que le permitió dar a conocer su potencial turístico. Al poco tiempo, con su población ligeramente en ascenso, la mitad sur de la península, que hasta entonces había sido territorio federal, fue elevada a la categoría de estado, con La Paz como capital. Apenas entonces empezó a cobrar forma un espacio regional, uno de los más nuevos del país.

Quienes conocieron el sur de Baja California hace cuarenta o cincuenta años no pueden dejar de sentirse en un mundo diferente. La región aún tiene una densidad de población muy baja, pero alberga centros urbanos considerables, industria pesquera de mediana importancia



Mapa 35

y una economía turística que se cuenta entre las dos más redituables del país (la otra es la de Cancún). Entre Cabo San Lucas y San José del Cabo (conjunto frecuentemente identificado como "Los Cabos") se extiende un corredor casi continuo de grandes hoteles y residencias playeras, propiedad en su mayoría de norteamericanos o canadienses que huyen de los climas fríos del norte del continente. La abundancia de yates privados en la pequeña Bahía de San Lucas y las marinas vecinas, así como los bien cuidados jardines de las residencias, no dejan duda respecto de la abundancia de dinero que pasa por la zona, aunque lo que entra en circulación localmente es desde luego sólo una fracción de ello. La mayor parte de la población de esas ciudades vive de la prestación de servicios y reside en lugares menos favorecidos. Se trata, por tanto, de dos

Población	*2005*	*Conurbación*
La Paz	189 200	
Cabo San Lucas	56 850	83 900
San José del Cabo	48 550	
Ciudad Constitución	37 250	
Ciudad Insurgentes	7 100	

economías que se tocan sin realmente entremezclarse. La actividad turística, sin embargo, también tiene manifestaciones más modestas, que se extienden por el resto del litoral, cuyas numerosas playas abundan en hoteles improvisados y campamentos temporales. Todo terreno frente al mar, otrora considerado casi inútil, es ahora valioso.

Las tierras del interior no han cambiado tanto, dedicadas como antes a la ganadería extensiva, pero hacia el norte, a cierta distancia, hay un espacio que puede considerarse como apéndice de la región. Se trata de un conjunto de explotaciones agroganaderas y pesqueras con centro en Ciudad Constitución y su vecina Ciudad Insurgentes. La primera es relativamente grande, pero su magnitud no debe impresionar mucho ya que, debido sobre todo a la escasez de agua, la península carece casi totalmente de otra población que no sea la urbana. Rebasando los límites de los cascos urbanos no suelen verse habitaciones de ningún tipo sino hasta que se llega, decenas de kilómetros después, al siguiente asentamiento.

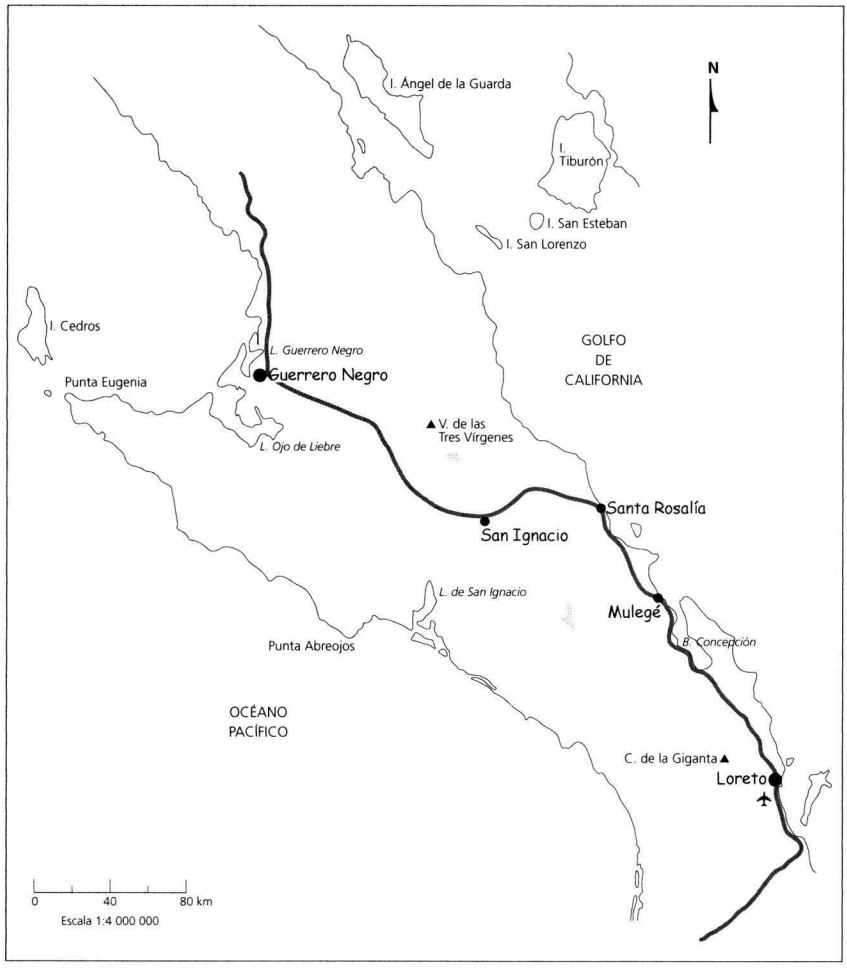
Las sierras y el Desierto Central de Baja California (mapa 36)

La mayor parte del cuerpo de la península de Baja California consta de una cadena montañosa que la recorre por su flanco oriental y de diversos conjuntos de tierras bajas —en parte lomeríos, en parte llanuras— que se extienden al occidente. Tres cumbres dominantes —el cerro de la Giganta (1 760 metros, en la sierra del mismo nombre), el volcán de las Tres Vírgenes (2 050 metros) y el glorioso cerro de la Encantada (3 075 metros, en la Sierra de San Pedro Mártir) nos proporcionan otros tantos puntos de observación desde los cuales tomar nota de rasgos adicionales del medio físico. Primeramente hemos de observar que esta inmensa zona, aunque semidesértica en lo general y casi totalmente carente de corrientes de agua permanentes, está sembrada de pequeños oasis verdes y húmedos, situados casi siempre en el fondo de estrechas barrancas, como ocurre por ejemplo en Mulegé y San Ignacio, y que en las estribaciones de las montañas es posible percibir una considerable variedad de microclimas. La parte conocida como Desierto Central no es particularmente diferente, excepto por ser en promedio más baja y algo más seca. En segundo lugar hemos de destacar las protuberancias del litoral que da frente al Océano Pacífico, las cuales encierran bahías extensas pero poco profundas, bordeadas de dunas, zonas anegadizas y pequeños manglares. Son célebres como área de crianza de ballenas y como tales están protegidas como reserva natural. Así podemos contar, de sur a norte, Cabo San Lázaro (con Bahía Magdalena, que incluimos como parte de la región de La Paz), Punta Abreojos (que protege la Laguna de San Ignacio) y la

muy prominente Punta Eugenia (que antecede a las lagunas Ojo de Liebre y Guerrero Negro, notables por sus inmensos yacimientos de sal). Por último, consideraremos el resto del litoral, que es, con mucho, el más extenso y recortado del país. Suma aproximadamente tres mil kilómetros a una y otra banda, y está sembrado de muchas bahías más, entre las que destaca la de la Concepción, que se mete tierra adentro como cuña detrás de una pequeña península. A todo el conjunto deben añadirse numerosas islas, en su mayoría inmediatas al litoral del Golfo de California y carentes de agua dulce: destacan Cerralvo, Espíritu Santo, San José, Carmen, y el grupo de San Lorenzo, San Esteban y Ángel de la Guarda (la mayor de todas), grupo que delimita la parte septentrional del Golfo y casi forma un puente hacia Isla Tiburón y el Desierto de Sonora. Del lado del Pacífico sólo cabe mencionar a Isla Cedros, a poca distancia de Punta Eugenia.[1]

El elemento de unidad en este espacio tan amplio es su falta de población y, en consecuencia, de un entramado regional. Actividades tradicionales, como recolección, pesca (de las que vivían las poblaciones prehispánicas de guaycuras y cochimíes), agricultura y ganadería, nunca dieron para sostener más que asentamientos irregulares y una cadena de misiones jesuitas de las que apenas unas cuantas lograron subsistir como centros de población. Sólo la minería y el turismo abrieron un panorama económico diferente, y esto en contados lugares. Esta enorme extensión puede ser calificada, en su mayor parte, como un entorno natural muy rico y variado que ha escapado al poblamiento humano y que amerita conservación y cuidado, cuestión en la que por fortuna hay bastante consenso, aunque desde luego nunca es mucho lo que se puede hacer al respecto. Las bahías que sirven de refugio a las ballenas han sido objeto de una legislación protectora muy estricta, así como el hábitat de

[1] Nos serviremos de este párrafo para hacer mención de las Islas Marías, grupo compacto de cuatro islas que emergen del mar a lo largo de una línea que enlaza la punta sur de Baja California con Cabo Corrientes. Su proximidad con las costas de Jalisco no debe ocultar su relación fisiográfica con la península (y con la Sierra Madre del Sur). La mayor de ellas, María Madre, alberga una colonia penal de acceso restringido. También contaremos aquí las islas del Océano Pacífico que se hallan bajo soberanía mexicana —Guadalupe y el conjunto de las Revillagigedo—, e incluso la isla Clipperton o de la Pasión, no obstante que fue trasladada a la soberanía francesa por un laudo internacional en 1931. Obviamente no es posible incorporar estas islas (todas deshabitadas, excepto María Madre) en ningún espacio regional de los analizados en el texto, y si hemos de relacionarlas con alguno de los que carecen de integración regional lo más razonable es hacerlo con el de Baja California en virtud de su ubicación. Además, debe tomarse en cuenta su importancia para medir, con base en ellas, la extensión del mar territorial mexicano.



Mapa 36

los borregos cimarrones, pero no se puede hablar con el mismo optimismo de otros lugares menos glamorosos.

Los pocos asentamientos relevantes de toda esta área corresponden a los dos detonadores de la economía local. De la minería viven los mayores, que son Santa Rosalía —originada como asiento de una compañía cuprífera a fines del siglo XIX— y Guerrero Negro —surgida de la industria de la sal a mediados del siglo XX. El turismo es responsable del resurgimiento de Loreto, fundación colonial jesuita que en el pasado fue el principal asentamiento de la península y por algún

tiempo su capital. Una idea de lo que serían las localidades de esta área sin elementos que propiciaran su crecimiento la hallamos en el soñoliento Mulegé, que a pesar de ser la cuarta población en todo el conjunto y estar ubicada en un oasis fresco y verde no llega a los seis mil habitantes, o en el aún menor San Ignacio, que se ufana de tener una de las mayores construcciones levantadas por los jesuitas en el siglo XVIII.

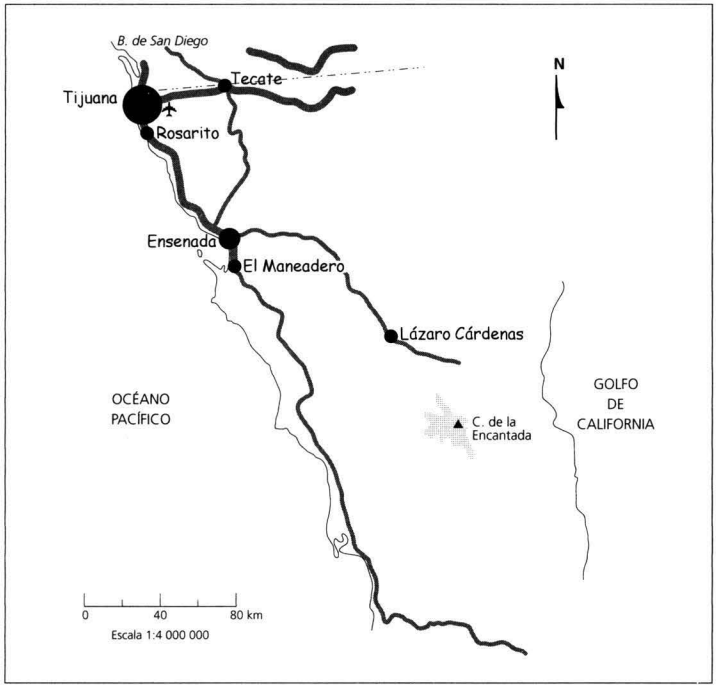
Población	*2005*
Guerrero Negro	11 900
Loreto	10 300
Santa Rosalía	9 800
Mulegé	5 800

La región de Tijuana (mapa 37)

El último espacio que visitamos en Baja California es el de mayor humedad en toda ella, así como el más fresco (relativamente), y se extiende entre el litoral del Océano Pacífico y las sierras de San Pedro Mártir y de Juárez —que son la porción septentrional de la cadena montañosa que recorre la península. Este espacio está cubierto de terrenos casi en su totalidad quebrados que no dan lugar a una llanura costera, aunque hay zonas de relieve más suave en el extremo norte y, sobre todo, alrededor de la Bahía de San Diego, en territorio norteamericano. El litoral en sí es en su mayor parte elevado y rocoso, lo que da un valor especial a los pocos espacios planos disponibles en la costa, que adquieren un beneficio adicional de las escasas e irregulares corrientes de agua que atraviesan la región. Tierra adentro, entre 1 500 y 2 000 metros de altitud, el entorno serrano de la región —la cara occidental de las sierras mencionadas— cuenta con algunos pastizales y con la mayor de las pocas áreas de bosque alto de la península.

La porción septentrional de Baja California es radicalmente diferente del resto de la península por su historia, su desarrollo y el contexto de su poblamiento. No era así hasta principios del siglo XX, época en que esta porción de la península apenas se distinguía del resto por su mayor actividad ganadera y sus contactos con Estados Unidos, de donde provenía prácticamente lo que consumían las pocas y pequeñas poblaciones de la zona, Rosarito y el puerto de Ensenada —en el litoral— y Tecate —tierra adentro. Tijuana, en sus orígenes un rancho ganadero, surgió como puesto fronterizo al servicio de las dos primeras. San Diego, que ya descollaba como una gran ciudad en el sur de California, era el verdadero centro regional.

El comercio, el turismo y una incipiente industria motivaron un cambio gradual en el perfil de los asentamientos, y esta evolución llegó a un punto de inflexión con la decisión gubernamental de promover Tijuana como centro industrial de primer orden, buscando inver-



Mapa 37

sión, sobre todo, en empresas maquiladoras. Los proyectos fueron exitosos y a partir de la segunda mitad del siglo xx hicieron de la ciudad un imán para la población de todo el país y le dieron una dinámica propia. El desarrollo de California, al otro lado de la frontera, constituyó un imán adicional, pues el crecimiento experimentado allá se reflejó de muchas maneras en Tijuana y las demás poblaciones de lo que ya se podía llamar su región, especialmente en Ensenada, que tiene importantes instalaciones pesqueras. El dinamismo demográfico y la relevancia económica de Tijuana, así como su tendencia a consolidarse como un centro de servicios e intercambios de primer orden, son más llamativos cuando se toma en cuenta que es el punto del territorio nacional más alejado físicamente de la ciudad de México.

El esplendor industrial y comercial de Tijuana no deben ocultar que sufre de gran desempleo y de falta de infraestructura que hacen de ella una ciudad conflictiva y llena de contrastes socioeconómicos. La región, por lo demás, no se compone sólo de conglomerados urbanos. Su componente rural, que se extiende por un centenar de kilómetros al sur de

Ensenada, a partir de la localidad de El Maneadero, y por un tramo al pie de la Sierra de Juárez hasta Lázaro Cárdenas, no es particularmente destacado pero contribuye a darle al sistema regional un importante elemento de diversidad.

Tijuana, como ciudad fronteriza, se distingue de las demás del país por su relación con su contraparte en Estados Unidos, en este caso San Diego. San Diego, sin embargo, no es una ciudad fronteriza, si bien tiene suburbios que llegan exactamente a la línea divisoria. Sus actividades económicas, su gran riqueza y su poblamiento cosmopolita la colocan en lugar aparte entre todas las ciudades norteamericanas próximas a la frontera. Naturalmente, su influencia se siente sobre todo el sur de California y, desde luego, en el norte de Baja California y en Tijuana en particular. Para los habitantes de San Diego, Tijuana es una especie de apéndice exótico, y lo mismo Ensenada, a la que perciben como atractivo lugar de recreo, pero de ninguna manera es la ciudad gemela o la contraparte en el mismo sentido que ocurre, por ejemplo, entre El Paso y Ciudad Juárez o en las ciudades del Bajo Bravo. Tecate es la única ciudad fronteriza mexicana que no tiene una vecina del otro lado. Desde una perspectiva muy global, la región de Tijuana no sería sino un apéndice de la de San Diego. Tal perspectiva, sin embargo, no permite tomar en cuenta las particularidades de aquélla, y mucho menos como componente del espacio mexicano. Así pues, no es posible hacer aquí un razonamiento igual al que motivó el análisis de otras ciudades fronterizas y sus respectivas regiones, que llevaba a incluir en un conjunto funcional único espacios de uno y otro lado de la línea divisoria, y esto a pesar de sus muy evidentes diferencias. En este caso, lo procedente es considerar la región de Tijuana como una plenamente integrada en su propio espacio, y la de San Diego como otra diferente, separadas ambas por la frontera —en un lugar en que, paradójicamente, la frontera tiene un tráfico mayor que en ningún otro lugar. Tal vez por eso ha adquirido un significado extraordinario. La barrera física —alambrada o barda— con que Estados Unidos ha remarcado la línea internacional está presente en Mexicali, Nogales y otros puntos, pero en ningún lugar como en Tijuana se le ha levantado, hasta ahora, de manera tan notoria y agresiva.

Población	*2005*	*Conurbación*
Tijuana	1 286 200	1 484 050
Rosarito	56 900	
Ensenada	260 100	
Tecate	59 150	
El Maneadero	15 900	
Lázaro Cárdenas	14 800	

LA VERTIENTE DEL NORTE

EL NORESTE

De todos los sectores de la Vertiente del Norte, el Noreste es el más difícil de visualizar como parte de una estructura radial. Es posible, en principio, concebirlo como la versión opuesta del Noroeste. Uno y otro se construyeron casi a la par que su vecino del altiplano, el sector central, dando cabida a algunos de los primeros impulsos de la expansión del México Central, de modo que ambos poseen los rasgos característicos fundamentales de la Vertiente. Sin embargo, la parte del Noreste que hace frente al Golfo de México quedó fuera de este proceso y no se ocupó sino casi doscientos años después (más tarde incluso que Texas), de lo que el Noreste obtiene un rasgo muy particular en el contexto de las líneas generales de expansión que caracterizan el Norte. Otra nota especial del Noreste es que su interacción con el sector central del Norte es mucho mayor que la que se da entre éste y el Noroeste, e incluso hay un punto excepcional en que los lazos de intercambio entre ambos sectores opacan por su importancia las líneas radiales que obedecen a la estructura básica de la Vertiente. Como consecuencia, cabría pensar en el Noreste no sólo como un sector del Norte, sino también como prolongación norteña de la Vertiente del Golfo, con la que también comparte rasgos del medio físico.

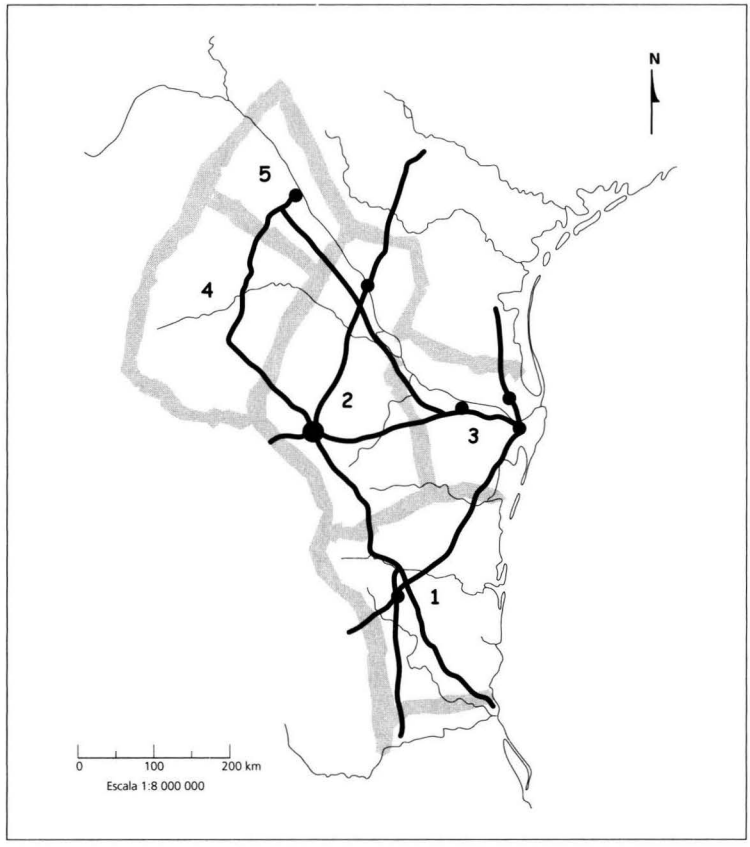
El Noreste es, esencialmente, una llanura bordeada al este por el litoral del Golfo de México y al oeste por el piedemonte de la Sierra Madre Oriental, que marca el borde del altiplano. Éste presenta un frente sólido al sur, apenas abierto por algunas barrancas penetrando las cuales, una y otra vez, el Noreste encuentra su límite. Más al norte dicho borde está menos marcado, pero el límite entre los sectores se advierte de manera parecida. Hasta aquí, las semejanzas entre el Noreste y el Noroeste son muchas. Podemos repetir la observación general que hicimos a propósito de este último: que contrariamente a lo que ocurre con las pendientes que se descuelgan del México Central por las zonas serranas de las Vertientes del Golfo y del Pacífico, canalizando caminos y albergando una estrecha vida de relación, en el Noreste las pendientes y la Sierra toda se alzan como un borde casi infranqueable. Los caminos entran en las barrancas, o por los filos montañosos que las separan, pero mueren en el trayecto junto con las expresiones de poblamiento que los acompañan más o menos al llegar a los 1 200 metros de altitud. Las cumbres

y mesetas que se alzan más arriba están generalmente disociadas de las partes bajas, y por ello las hemos analizado dentro de los conjuntos regionales del sector central del Norte, que es a donde pertenecen. Muy pocas rutas remontan la Sierra para alcanzar el altiplano, y los intercambios a lo largo de este borde son escasos —aunque tratándose del Noreste tendremos que estar atentos al caso excepcional que se ha señalado.

La regionalización del Noreste, igual que la del Noroeste, se fundamenta en los espacios de la llanura, no en los serranos ni en los del litoral. Aquí como allá no son rasgos fisiográficos los que nos permitirán individualizar las regiones, sino la combinación de núcleos de poblamiento, centros urbanos, zonas de riego y otros elementos similares. Sólo que en el Noreste las regiones no son tan homogéneas formalmente ni están concatenadas de modo tan claro. Las recorreremos también de sur a norte, pero aquí no encontraremos la sencillez de una ruta única y directa sino que tendremos que acomodarnos a variantes y desvíos. Sobre todo, no podremos soslayar que la enorme cuenca del Río Bravo prolonga las tierras de la llanura desde la zona costera hasta bien adentro del espacio continental, sin contar con que su clima se vuelve rápidamente seco y extremoso. Nuestra descripción tendrá que acomodarse a esta situación, así como a las variables que el desarrollo histórico, especialmente el más reciente, ha dejado sentir en la configuración espacial del Noreste.

Así, empezando por el punto más próximo al México Central, seguiremos un **primer** *radio, marcadamente inclinado hacia el interior del conjunto —casi al pie de la Sierra—, que nos permitirá examinar las regiones de Tamaulipas, Nuevo León y el conjunto de Monclova y Piedras Negras. Luego regresaremos a un punto intermedio del recorrido para trazar un* **segundo** *radio (que más propiamente habremos de entender como ramal del primero) con el que nos dirigiremos hacia el exterior —hasta llegar al litoral— para analizar la región del Bajo Bravo.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos una serie de recorridos panorámicos que nos permitan conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Vertiente del Norte. El Noreste: **1.** Tamaulipas; **2.** Nuevo León; **3.** Bajo Bravo; **4 y 5.** Región de Monclova y Piedras Negras.

RECORRIDOS POR EL NORESTE

EL NORESTE CARECE DE UN EJE DOMINANTE de comunicaciones tan claro e inequívoco como lo han sido y son a lo largo del tiempo el antiguo Camino de Tierradentro o sus derivados en el sector central y las sencillas vías longitudinales del Noroeste y Baja California. Sólo durante un lapso, a mediados del siglo XX, tuvo esa posición la porción correspondiente de la "Carretera Panamericana", que desde entonces ha pasado a un lugar secundario. Nuestros recorridos seguirán, por lo tanto, diversas combinaciones de rutas cuya función e importancia ha variado con el tiempo.

Así, iniciaremos el **primero** entrando al Noreste por su límite con la Huasteca, en la Vertiente del Golfo, tocando Ciudad Mante, Ciudad Victoria y Monterrey a lo largo de un tramo de la "Carretera Panamericana". Diversos ramales nos permitirán llegar al litoral o penetrar al interior de la región, pero no son muchos porque la red de comunicaciones de Tamaulipas no es muy densa. También hallaremos un par de accesos secundarios al sector central del Norte a través de la Sierra Madre Oriental, y al final un paso de montaña muy importante por el que ascienden la autopista y el ferrocarril que unen Monterrey con Saltillo. Éste es el punto excepcional que anticipamos. En este paso se concentra actualmente la mayor parte del tránsito entre el Noreste y el resto del país, y es, además, el único punto donde el sector central del Norte tiene un enlace lateral de primer orden con otro cualquiera de los sectores del Norte. De Monterrey se desprende un abanico de rutas que incluyen el tramo final de la propia "Carretera Panamericana", algunas autopistas, ferrocarriles y abundantes caminos vecinales, ya que se trata de una zona cubierta por una red de comunicaciones muy densa. La más occidental de estas rutas nos servirá para desplazarnos hacia Monclova (a la que también sería posible llegar directamente desde Saltillo). Ésta era la ruta antigua para seguir a Texas, cuando era todavía mexicana, mucho antes de que los puntos de contacto con ella se concentraran en la región del Bajo Bravo. Aquí, con un poblamiento menos denso, las

posibilidades de interconexión se estrechan, aunque todavía es posible encontrar vías alternas hacia diversas partes de Nuevo León o adentrarse en la porción oriental del Bolsón de Mapimí hasta llegar al puesto fronterizo de Boquillas del Carmen. Los caminos vecinales siguen tejiendo el paisaje, pero son primitivos y cada vez más espaciados. Dejando atrás Monclova y llegando a Piedras Negras podremos remontar un trecho de la cuenca del Bravo o, en dirección opuesta, seguir el río hasta su desembocadura. Pero esto último lo dejaremos pendiente.

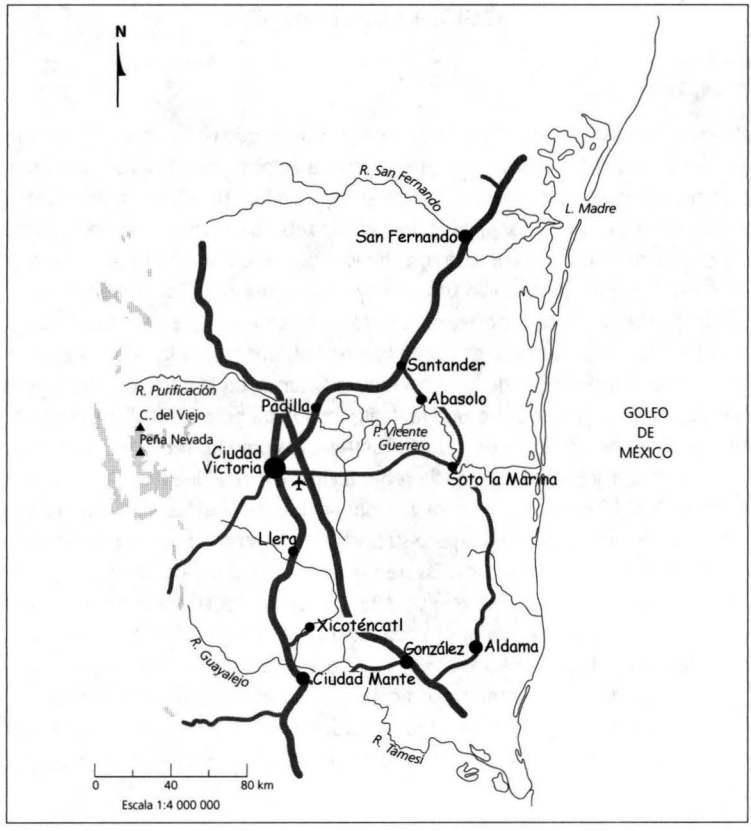
Por ahora regresaremos a Monterrey para iniciar el **segundo** de nuestros recorridos sirviéndonos de una de las hojas del abanico que allí se abrió y nos dirigiremos a Matamoros, en el Bajo Bravo. Tendremos presente que también pudimos haber llegado a este lugar directamente desde muy cerca del punto donde iniciamos nuestro primer recorrido, haciendo uso de una carretera relativamente menos frecuentada que se desprende de Tampico y atraviesa Tamaulipas a cierta distancia del litoral hasta entroncar con la ruta de nuestro segundo recorrido. Una vez en el Bajo Bravo nos encontramos con la única carretera propiamente fronteriza de largas dimensiones con que cuenta el país (unos 400 kilómetros, acompañados en parte por una vía férrea). La seguiremos río arriba, dejando atrás el Bajo Bravo hasta llegar a Piedras Negras: habremos completado así un circuito que prácticamente encierra todo el Noreste.

Éste es buen momento para hacer notar que no hay ningún tipo de camino que recorra a lo largo toda la frontera, ni de uno ni de otro lado. Si quisiéramos pasar de Piedras Negras a la región de Ciudad Juárez tendríamos que servirnos de una ruta bastante directa, pero no del todo fronteriza, en territorio de Estados Unidos, o bien rodear la mayor parte del Bolsón de Mapimí por territorio mexicano. Para seguir de ahí al Noroeste hay dos opciones —la mexicana algo más corta, directa y cercana a la frontera— pero ninguna de las dos es una carretera propiamente fronteriza. Sólo en las proximidades de Baja California volveremos a hallar caminos que tengan estas características, así como un último tramo de ferrocarril fronterizo: el de Mexicali a Tijuana, cuyo exótico trazo está tendido en parte sobre territorio norteamericano (o, si se quiere leer de otro modo, de El Centro a San Diego, tendido en parte sobre territorio mexicano). Sirva todo esto para ilustrar una vez más la división del Norte mexicano en sectores y cómo cada uno de ellos está claramente separado de sus vecinos.

Tamaulipas (mapa 38)

Tamaulipas es la región del Noreste que mejor puede describirse como la versión invertida de una de las regiones del Noroeste, sólo que en este caso los elementos que la limitan son la Sierra Madre Oriental y el Golfo de México. Comprende, al igual que aquéllas, un entorno serrano, otro de llanura y un tercero de litoral, así como varios ríos que cruzan perpendicularmente ese espacio. También puede concebirse como la continuación de la región de Tampico, del mismo modo que hacia el norte le sigue la de Nuevo León. El entorno serrano de Tamaulipas es en cierta medida prolongación de la Huasteca al norte, pero es tan estrecho que queda reducido a una franja de extensión poco relevante. Aun así, es un elemento nada desdeñable en el conjunto regional pues se forma con las estribaciones de la Sierra Madre Oriental en la parte en que ésta es más prominente y elevada, como se puede ver desde la Peña Nevada o el cerro del Viejo, cuyas cumbres rondan los 3 500 metros y permiten dominar tanto Tamaulipas como las regiones que tiene a sus espaldas: las de San Luis Potosí y Saltillo. El espacio regional incluye los valles que penetran en la Sierra hasta alrededor de los 800 metros, pero rara vez más arriba. Hacia el lado opuesto la llanura llega a alcanzar los 200 kilómetros de ancho, pero su perfil predominantemente plano se ve interrumpido por dos aislados macizos montañosos, las sierras de Tamaulipas y de San Carlos, que por su posición y su elevación de hasta 1 700 metros (pero no por su geología) recuerdan un poco a los Tuxtlas (en la región de Sotavento). A su vera corren los ríos Guayalejo o Tamesí (al sur, afluente del Pánuco), Purificación, más abajo llamado Soto la Marina (que alberga, entre ambas sierras, la extensa presa Vicente Guerrero) y San Fernando (al norte, proveniente de Nuevo León). Los dos últimos desembocan en la espaciosa y alargada Laguna Madre, único elemento distintivo del litoral, que por lo demás es casi totalmente recto, bajo y en muchas partes pantanoso.

Tamaulipas cubre uno de los espacios más tardíamente integrados al conjunto nacional. Fue, en efecto, producto de un movimiento de colonización llevado a cabo a partir de mediados del siglo XVIII sobre espacios antes ocupados por algunos pueblos de la periferia huasteca y por tribus nómadas de las que nada subsiste. Su resultado fue la creación de la Colonia del Nuevo Santander —un espacio administrativo de concepción por completo nueva— y la fundación de asentamientos pioneros conforme un plan preestablecido. A ninguno se le dio particular relevancia, y no fue sino hasta un siglo después que uno de ellos, Ciudad Victoria (antiguo Aguayo), obtuvo la supremacía política que le permitió prevalecer sobre los demás y erigirse en capital del Estado de Tamaulipas. No está por demás aclarar que la superficie del sistema regional de Tamaulipas está estrechamente relacionada con la circunscripción política del estado a que dio nombre, del cual forma su parte medular (aunque no la más



Mapa 38

poblada), pero los linderos de uno y otra coinciden sólo en parte y de manera muy aproximada.

Ciudad Victoria es un centro regional que se destaca por su intensa actividad comercial, máxime que todas las demás localidades de su entorno están muy por debajo de ella en población y en la variedad de sus funciones. Apenas San Fernando, a las puertas de la zona agrícola del Bajo Bravo, puede considerarse como una ciudad mediana, pues los lugares que le siguen en jerarquía, como Soto la Marina o Abasolo (antiguo Santillana), son francamente pequeños. Todavía menores son la mayoría de los demás asentamientos originales de Tamaulipas, como Llera, Santander (también conocido como Jiménez) o Padilla (desplazado a nuevo sitio tras la construcción de la presa Vicente Guerrero en 1970). En medio de todos ellos, terrenos agrícolas relativamente prósperos se

mezclan con extensas explotaciones ganaderas y espacios que se han conservado en relativo aislamiento y hecho populares como reductos de caza deportiva, difundida como uno de los atractivos turísticos de Tamaulipas.

Población	*2005*
Ciudad Victoria	278 500
Ciudad Mante	81 900
San Fernando	29 700
Aldama	12 900
González	10 700
Soto la Marina	9 400
Xicoténcatl	9 000
Abasolo	6 100
Santander	5 400
Padilla	5 150

La parte sur de la región, que es la correspondiente a la cuenca del Guayalejo, se puede considerar como un espacio anexo o complementario que se distingue por su economía tejida alrededor del cultivo de la caña de azúcar. Su principal población, Ciudad Mante, que surgió de una hacienda, es de creación moderna y se ha extendido considerablemente. Pero al igual que en la parte medular de Tamaulipas, esta área tampoco ha desarrollado un entramado urbano que merezca destacarse, y sus poblaciones más importantes, como Xicoténcatl (antiguo Escandón), González (llamada antes Horcasitas) y Aldama (originalmente Presa del Rey), no resaltan de ninguna manera por sobre las demás de Tamaulipas.

Un paso imperceptible es el que separa esta zona de la región de Tampico y su hinterland, integrada plenamente en la Vertiente del Golfo mas no por ello ajena al Noreste. Ciertamente, Tampico es una de las puertas de este gran sector del Norte, en el cual, bajo ciertos puntos de vista, también podría incorporársele. Como quiera que sea, lo cierto es nos hallamos ahora en un punto que podríamos llamar el menos norteño del Norte.

Nuevo León (mapa 39)

La región de Nuevo León está asentada sobre las tierras bajas que se extienden al este y al norte de la Sierra Madre Oriental en un punto donde ésta dobla bruscamente para marcar uno de los bordes del altiplano. El frente de la Sierra es muy vertical, coronado por cumbres rocosas muy prominentes, y está hendido por varias barrancas casi paralelas y muy profundas que confluyen en varias corrientes tributarias de los ríos San Juan y Pesquería, que se unen para desaguar en el Bravo. Desde los valles que se forman en el fondo de las barrancas es posible apreciar pendientes que descienden en algunos puntos de los 2 400 a los 800 metros y que en su parte superior ostentan formidables paredes de roca y agudos picachos que dan a Nuevo León el paisaje de montaña más espectacular de todo México y sus mejores rutas de escalada. Pero así como el frente de la Sierra es vertical y estrechos los valles que se abren en ella, las tierras bajas que se desarrollan inmediatamente a sus pies son anchas

y planas, y descienden suave y gradualmente de los 800 a los 200 metros en dirección noreste hasta fundirse con el valle del Bravo. El entorno serrano de la región es relativamente húmedo y boscoso, con ricos suelos aluviales, pero está reducido a los valles que se descuelgan de la Sierra y al borde de ésta. Las tierras bajas son mucho más extensas, pero más secas y con vegetación predominantemente de matorral. La región no se extiende hasta el litoral, ya demasiado lejano. Es interesante notar que la posición de la región de Nuevo León con respecto a la de Saltillo evoca la de Morelos con respecto al Valle de México o la de la región de Orizaba respecto del de Puebla, pero el contraste ecológico no es tan claro porque, tratándose de un espacio que ya no es tropical, la diferencia de altitud no tiene tanto impacto en el clima y la vegetación como en las tierras de más al sur.

Nuevo León constituye un sistema regional bien definido desde sus orígenes en la primera mitad del siglo XVII, organizado ya desde entonces alrededor de Monterrey como punto central. La ciudad también tuvo un papel relevante en la determinación del espacio político que ha subsistido hasta hoy de manera continua e inequívoca. Aquí también, como en casi todo el Norte, el espacio prehispánico y las relaciones tejidas sobre él fueron borrados al mismo tiempo que la mayor parte de sus pobladores, tribus aparentemente coahuiltecas de las que no subsiste casi nada. Al igual que lo hemos hecho notar a propósito de otras regiones norteñas, no sobra volver a aclarar que la superficie del sistema regional en que estamos penetrando coincide sólo en parte, y de manera muy aproximada, con la circunscripción política del estado del mismo nombre.

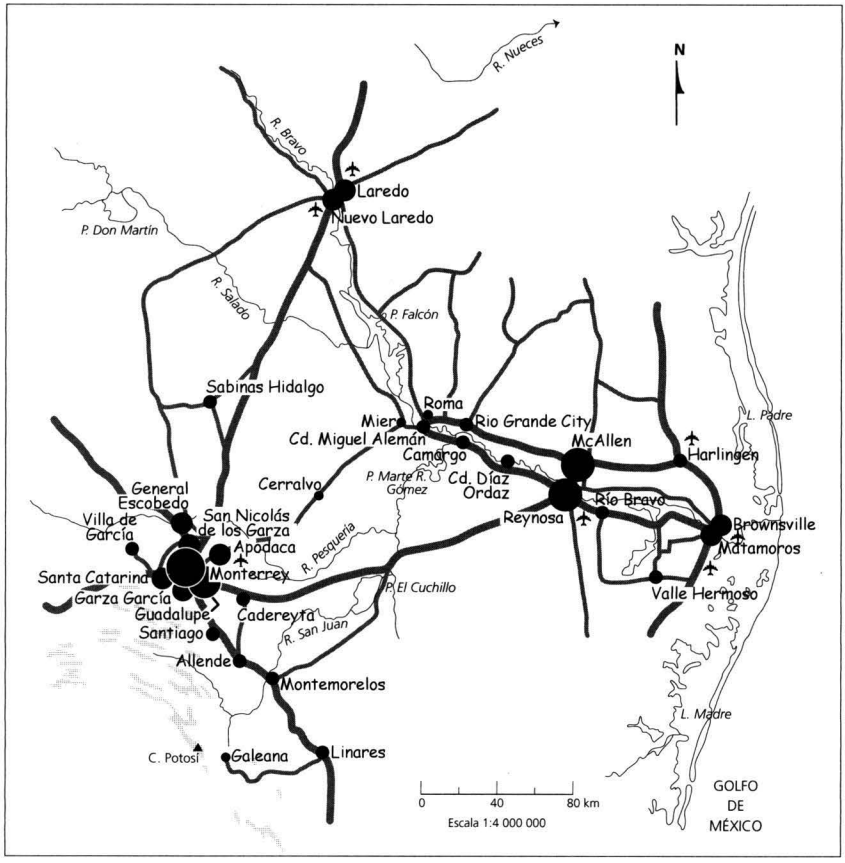
La excelente ubicación de Monterrey le permitió combinar las ventajas derivadas de la abundancia de agua, las buenas comunicaciones y la disponibilidad de fuentes de abasto y mercados para estrenarse como ciudad industrial a fines del siglo XIX. Desde entonces el perfil industrial de Monterrey ha ido siempre en ascenso, al igual que su población, de manera que hoy es la tercera en México y la primera en el Norte por el número de sus habitantes. Pero la modernidad y la prosperidad económica, evidentes como son, no han borrado sus llamativos extremos de opulencia y pobreza ni su muy deficiente vialidad. Los contrastes de Monterrey son patentes desde un primer momento y pueden simbolizarse en uno de los aspectos más visibles de su asiento físico: es una de las poquísimas ciudades mexicanas que se desarrollan a la vera de un ancho río, gracias a lo cual dispone de espacio libre y amplias perspectivas —pero el río está casi siempre seco

y no hay ni el asomo de un malecón. Eso sí, sus ocasionales y torrenciales avenidas han causado verdaderas catástrofes.

El área urbana de Monterrey, comprensiblemente, ocupa una parte considerable del espacio regional y ha ido absorbiendo de manera paulatina las localidades más próximas, las cuales, sin embargo, se esfuerzan por conservar celosamente su identidad —la antigua e industrial Santa Catarina, la moderna y opulenta Garza García, la tradicional y clasemediera Guadalupe, y la popular y también industrial San Nicolás de los Garza, además de General Escobedo y Apodaca, más periféricas. Como la ciudad está ubicada al pie de la Sierra Madre, que marca el lindero occidental de la región, su expansión ha sido más bien hacia el lado opuesto, y en ese sentido ha desarrollado sus líneas de comunicación, que se extienden como en abanico hacia el este, el noreste y el sureste sobre el resto del espacio regional de Nuevo León. Sólo la encajonada Villa de García (antigua Pesquería Grande), ubicada en un recodo de la Sierra, escapa a esta disposición general.

La parte más dinámica del sistema regional se extiende hacia el sureste, y aunque las demás ciudades del conjunto palidecen en tamaño frente a Monterrey, descuellan por sus actividades particulares. Cadereyta se ha distinguido por su refinería inaugurada hacia 1975, mientras que Santiago, Allende, Montemorelos (antiguamente El Pilón) y Linares, situadas en línea al pie de la Sierra Madre Oriental, presiden sobre el rico cinturón agrícola de la región, cuyo producto tal vez más destacado son las naranjas. Extensión de éste son los fértiles corredores interserranos que se desprenden hacia el occidente y llegan, eventualmente, a conectarse con la región de Saltillo, albergando pequeños centros agropecuarios como Galeana (antiguo Labradores). Nótese, por cierto, que buen número de asentamientos nuevoleoneses no conservan sus nombres antiguos, coloniales o de origen rural, pues Nuevo León es uno de los tres estados de la república —los otros son Coahuila y Tamaulipas— que más empeño han puesto en rebautizar sus poblaciones con nombres de héroes patrios.

Población	*2005*	*Conurbación*
Monterrey	1 133 100	3 664 350
Guadalupe	691 450	
San Nicolás de los Garza	476 800	
Apodaca	393 200	
General Escobedo	295 150	
Santa Catarina	259 300	
Garza García	122 000	
Nuevo Laredo	348 400	
Laredo, Texas	*193 150*	
Cadereyta	56 600	
Linares	56 100	
Montemorelos	38 150	
Villa de García	37 000	
Santiago	34 300	
Sabinas Hidalgo	31 000	
Allende	23 600	
Cerralvo	7 100	



Mapa 39

La porción noreste de la región, mucho más seca y de economía más pobre, se extiende hasta Sabinas Hidalgo e incluye varias poblaciones de modestas dimensiones entre las que se cuentan algunas de las más antiguas de Nuevo León, como Cerralvo. Pero también incluye Nuevo Laredo, que si bien tuvo sus orígenes en la región del Bajo Bravo y pertenece al Estado de Tamaulipas, ha orbitado desde fines del siglo XIX en el sistema regional de Monterrey. La relación entre ambas ciudades es muy estrecha, y esto incluye a Laredo (en Texas), cuya economía depende en buena medida de sus intercambios con México. De Laredo podría decirse que forma parte del sistema regional de San Antonio, pero su ubicación, relativamente aislada, lo coloca en posición muy secundaria dentro de éste, mientras que adquiere más relevancia si se le asocia a Monterrey. Nuevo

Laredo, por su parte, ha sido una ciudad de extraordinaria importancia comercial para México desde que se escogió como punto de paso para el principal ferrocarril que enlazó México y Estados Unidos, aventajando en esto a las poblaciones de más abajo del Bravo y también a Ciudad Juárez. En la actualidad las rutas de intercambio se han multiplicado (sin contar con que gran parte de la actividad se ha mudado a la costa oeste) y Nuevo Laredo ha quedado con una participación proporcionalmente menor de ese comercio, pero sigue siendo el principal puerto terrestre de tráfico internacional en el país y a más de esto ha desarrollado actividades industriales que alimentan su crecimiento.

El Bajo Bravo (mapa 39)

Esta región está definida por la presencia continua de un elemento único, el Río Bravo, en la parte final de su curso, que se desarrolla atravesando de lado a lado las tierras llanas del Noreste en la parte en que alcanzan su máxima anchura. Como tal, es una región sin paralelo en México desde el punto de vista de su configuración física. El río se despliega a lo largo de un valle ancho y casi recto desde que abandona su curso medio tras unirse al Salado y formar la Presa Falcón, hasta su desembocadura 300 kilómetros más abajo (sin contar el desarrollo de sus numerosos meandros). En todo este trayecto, que recorre en medio de espacios predominantemente secos, solo recibe dos afluentes dignos de mención. El primero es el mencionado Salado, que proviene de la región de Monclova (donde se conoce como Sabinas) y cuyo caudal está regulado río arriba por la presa Don Martín. El segundo es el que resulta de la confluencia del Pesquería y el San Juan, provenientes de Nuevo León y controlados por las presas del Cuchillo y del Azúcar (o Marte R. Gómez). Ningún otro río mexicano tiene tantas presas de envergadura dentro de su cuenca —y en el caso del Bravo hay que añadir todavía otras dos en su curso más alto, La Amistad y Elephant Butte— aunque ciertamente no hay otro río más largo ni que tenga una cuenca tan grande. De todo este sistema hidrológico se alimentan áreas de riego que permiten sacar el mayor provecho de las tierras ribereñas, un poco más altas que el río. La mayor está unos kilómetros antes de la desembocadura, y sus canales, sin enfrentar ningún obstáculo topográfico, se extienden aún más allá de la cuenca hidrológica estrictamente definida.

Este sistema regional es relativamente poco extenso y sencillo en su disposición espacial, pero complejo por su elaborado desarrollo urbano y por ser por completo binacional. Los norteamericanos lo identifican como Rio Grande Valley, expresión en la que se ve conservado el nombre antiguo del río. Es la única región mexicana —y norteamericana— en que la frontera constituye el eje fundamental (y no sólo un punto) de la articulación regional, y a pesar de las evidentes disparidades socioeconómicas es notable la simetría que se halla a uno y otro lado del río.

El poblamiento del Bajo Bravo tuvo el mismo origen y desarrollo que el de Tamaulipas y desde un principio el área quedó incorporada en la misma jurisdicción política. No obstante, los asentamientos del Bajo Bravo estaban considerablemente separados de los demás de Nuevo Santander y su ubicación a lo largo del río los hacía figurar como un conjunto aparte. Empezando en la desembocadura, se contaban El Refugio, Reynosa, Camargo, Mier, Revilla (hoy sumergida por la Presa Falcón) y Laredo; todos, excepto el último, sobre la margen derecha: éste quedó del lado norteamericano cuando la frontera internacional se trazó por el río, en vista de lo cual parte de su población decidió fundar, enfrente, Nuevo Laredo.

Las citadas poblaciones, convertidas en fronterizas, adquirieron interés comercial, y distintas circunstancias dieron el predominio, primero, a El Refugio, renombrado Matamoros tras la independencia, y luego a Nuevo Laredo. Acto seguido cobraron forma sus contrapartes norteamericanas —Brownsville, Rio Grande City, Roma y, un poco retiradas del río, Harlingen y McAllen. Poco a poco la región reorientó sus lazos económicos y tendió sus principales vías de enlace hacia Monterrey, en tanto que la parte norteamericana lo hacía hacia San Antonio. Nuevo Laredo y Laredo, ubicadas sobre la ruta más transitada de todas, lo hicieron de modo tan intenso que paulatinamente se desligaron de las demás del Bajo Bravo y se incorporaron a los sistemas regionales encabezados por esas ciudades. La construcción de la Presa Falcón en 1953 introdujo un elemento adicional de discontinuidad entre Nuevo Laredo y el conjunto de río abajo.

Población	*2005*	*Conurbación*
Reynosa	508 000	633 750
Río Bravo	83 750	
McAllen, Texas	*116 400*	*569 500*
Matamoros	422 750	462 150
Brownsville, Texas	*171 550*	
Camargo	62 650	
Rio Grande City, Texas	*53 600*	
Harlingen, Texas	*57 600*	
Valle Hermoso	47 700	
Cd. Miguel Alemán	16 800	
Roma, Texas	*9 650*	
Ciudad Díaz Ordaz	11 000	
Mier	6 500	

El corazón económico de la región está animado por Matamoros y Reynosa, que además de su actividad comercial han desarrollado diversas industrias, incluida la de refinación de petróleo. Parte de su prosperidad se explica porque frente a ellas se halla la porción más dinámica del lado norteamericano de la región, lo que se manifiesta en una cadena de ciudades que prácticamente forman una unidad conurbada entre Brownsville y McAllen. La porción occidental de la región, que alberga las ciudades de Díaz Ordaz, Camargo, Miguel Alemán y Mier, está menos poblada y tiene un perfil más rural.

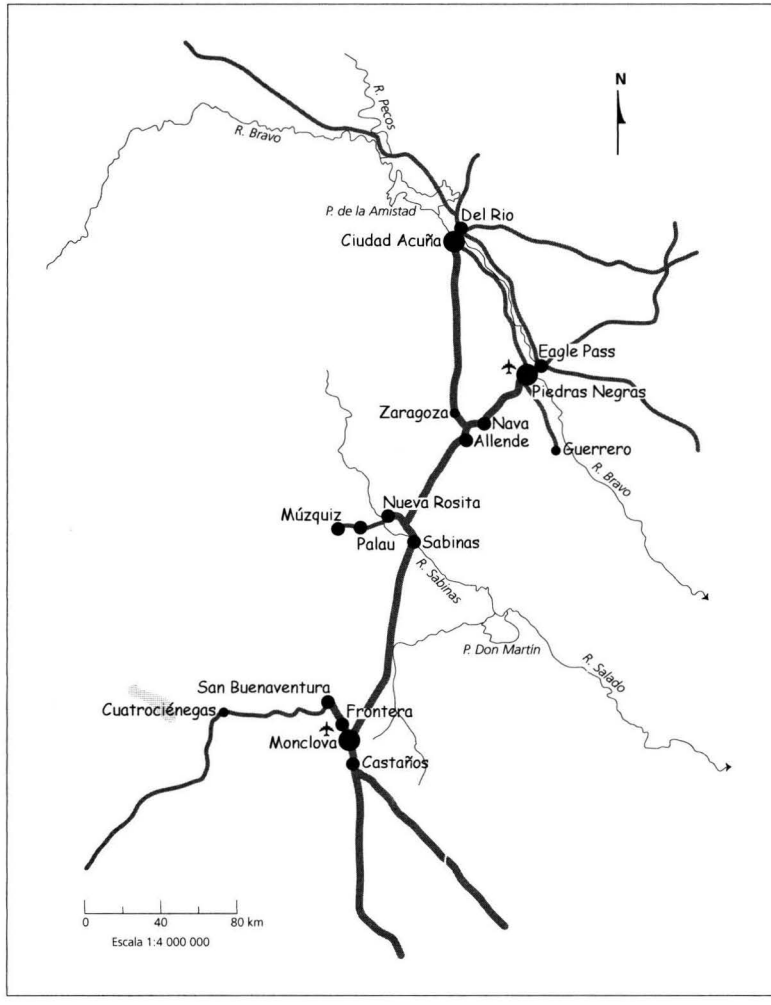
El desarrollo agrícola del Bajo Bravo debe mucho a la construcción de las presas, y es preciso resaltar la zona donde el riego está más extendido, al extremo oriental de la región. La intensa actividad agroindustrial de esta zona, que en sus orígenes estuvo dedicada al cultivo del algodón pero se ha convertido en cerealera, sustenta ciudades medianas surgidas a mediados del siglo XX, como Río Bravo y Valle Hermoso, muy similares a las localidades de las zonas de riego del Noroeste, aunque más populosas y aglomeradas y ciertamente no tan prósperas.

La región de Monclova y Piedras Negras (mapa 40)

Monclova

Nuestro recorrido nos conduce a un amplio espacio que debemos dividir en dos. Uno y otro comparten un entorno físico muy similar —el conjunto de tierras bajas y secas más amplio del país— y condiciones socioeconómicas comparables, pero su diferente origen y desarrollo, así como su posición respecto a regiones vecinas, hacen conveniente analizar sus dos componentes, si no como regiones completamente diferentes, al menos como sistemas regionales bastante diferenciados uno del otro, o como subregiones, si se quiere favorecer un concepto tan vago y elástico como —a veces— conveniente.

Es fácil desorientarse en el primero de ellos, uno de los espacios físicos más difíciles de visualizar en todo México. Esto ocurre porque la subregión de Monclova cubre una superficie muy amplia desprovista de rasgos fisiográficos llamativos. La Sierra Madre Oriental, que proveía un claro respaldo a las regiones precedentes, desaparece tras su brusca vuelta al occidente y no se le ve más, a menos que se quiera ver su continuación en la sucesión de pequeñas sierritas, casi todas paralelas entre sí, que marcan el lindero occidental de la subregión y la separan del Bolsón de Mapimí —ligeramente más alto. Ningún elemento particularmente significativo separa esta área de sus vecinas al oriente o al norte. Por otra parte, se trata de un espacio sobre todo llano y apenas inclinado que desciende muy gradualmente de los 800 a los 400 metros sobre el nivel del mar encauzando sus escasos escurrimientos hacia el Río Salado (o Sabinas), que sale de la región por el oriente, cruza el norte de Nuevo León y desemboca en el Bajo Bravo. También incluye varias pequeñas cuencas cerradas, entre las cuales destaca la de Cuatrociénegas. La subregión en conjunto es muy seca y muchas de sus corrientes son esporádicas, a pesar de lo cual son capaces de alimentar la presa Don Martín (o Venustiano Carranza), en el Salado, que por estar ubicada a la salida de la región opera en beneficio no de ella sino de las vecinas. El suelo es arenoso y la cubierta vegetal predominante es la del matorral bajo y espinoso, excepto en las vegas de los ríos, ricas en depósitos aluviales y parcialmente arboladas. El paisaje natural se asemeja mucho al del sector central del Norte, salvo que incluye elementos propios de las zonas bajas y no del altiplano.



Mapa 40

La subregión de Monclova es el corazón histórico de Coahuila y la parte del país que originalmente llevó este nombre, derivado del que se dio a las diversas tribus nómadas o seminómadas que habitaban gran parte del Noreste. Fuera del nombre, nada queda de ellas ni del espacio que construyeron, pues fueron aniquiladas o absorbidas a lo largo del siglo XVIII. El término Coahuila se extendió después a otras regiones y hoy día tiene una acepción muy diferente a la original —se le asocia más bien con la región de Saltillo, o con la Laguna, que son las más pobladas y di-

námicas del estado que heredó el nombre. Pero aunque haya perdido la exclusividad del topónimo, el espacio encabezado por Monclova ha tenido continuidad en su poblamiento y conserva muchas de sus peculiaridades tradicionales, favorecidas por la baja densidad demográfica.

Ciertamente las ciudades de esta área no impresionan por su tamaño, pero de ello no se puede derivar que no exista desarrollo urbano. Hay dos núcleos de concentración, cada uno con una jerarquía de funciones bien establecida, y de ellos depende lo sustancial del entramado regional. Las ciudades reflejan en sus modestas dimensiones la poca población del conjunto, pero igualmente dan fe de su patrón de asentamiento preferencial, y éste es de corte urbano, ya que los espacios rurales están notablemente vacíos debido a la escasez de agua y de terrenos adecuados para los cultivos.

Monclova tuvo una fundación relativamente tardía, apenas consolidada a fines del siglo XVII, que adquirió individualidad debido a que se le designó capital de una gobernación —Coahuila— diseñada como solución a los conflictos jurisdiccionales que había entre Nueva Vizcaya y Nuevo León así como para abrir un frente de colonización hacia Texas. Pero prosperó muy poco y no pudo conservar su significación política en el México independiente. Monclova renació en el siglo XX como centro siderúrgico y hoy día subsiste gracias a una modesta actividad industrial, pero no deja de verse relativamente estancada, y si tiene un crecimiento demográfico es porque funge, junto a sus anexos Frontera y Castaños, como centro de atracción para la población rural de la región, que se ve muy limitada económicante por las razones expuestas.

La industrialización de Monclova ha estado íntimamente ligada a los yacimientos de carbón en las proximidades de Múzquiz (antigua Santa Rosa o Sacramento), cuya explotación permitió el surgimiento de un conglomerado de pequeñas ciudades de corte moderno, como la propia Múzquiz, Sabinas, Palau y Nueva Rosita, diseñada esta última como asiento de una empresa industrial. Estos lugares experimentan ahora una cierta contracción en la medida en que la explotación del carbón se ha desplazado más al norte, a las proximidades de Piedras Negras. Monclova también ha dependido de los yacimientos minerales de El

Población	*2005*	*Conurbación*
Monclova	198 850	294 200
Frontera	65 650	
Castaños	21 300	
Sabinas	48 000	
Nueva Rosita	36 650	
Múzquiz	32 000	
San Buenaventura	18 000	
Palau	16 150	
Cuatrociénegas	9 500	

Rey y Sierra Mojada, en el Bolsón de Mapimí, hacia los que se tendió una vía férrea a mediados del siglo xx, y, más recientemente, de la extracción de gas natural.

Varios pequeños espacios repartidos por la región permiten apreciar algo de su escueta tradición agrícola y ganadera. Las pequeñas ciudades de San Buenaventura y Cuatrociénegas, que se cuentan entre las más antiguas de Coahuila y disfrutan de pequeños sistemas de irrigación, resultan inmensas frente a la mayoría de los asentamientos rurales de la región, muchos de los cuales no llegan ni a cincuenta habitantes y se hallan considerablemente espaciados entre sí.

Piedras Negras

No hay solución de continuidad en el medio físico entre la subregión que acabamos de visitar y ésta. El descenso gradual de aquélla continúa ahora de los 400 a los 200 metros sobre el nivel del mar y termina en el valle del Río Bravo. Sus linderos son por demás vagos, salvo por las sierras del Burro y del Carmen, al oeste, que marcan el ascenso a las tierras más altas del México Central y el borde del Bolsón de Mapimí. Al igual que por la zona de Monclova, no hay rasgos fisiográficos llamativos. Así, el elemento físico dominante de este entorno es el río mismo, contándolo a partir de su entronque con el Pecos, que proviene de Nuevo México. Con ambos se llena la Presa de la Amistad, que regula el caudal del Bravo por los siguientes 400 kilómetros, en los que sólo recibe afluentes pequeños y de corta extensión. A uno y otro lado del río los linderos de su cuenca son tan difusos como los del poblamiento que la ocupa.

Lo que más distingue esta subregión de la anterior es su conformación más moderna, basada en el desarrollo comercial, y en cierta medida también industrial, de un par de puestos fronterizos. Una pequeña zona irrigada contribuye asimismo a su desempeño económico. Nota distintiva adicional de este conjunto es que su origen provino más de las condiciones locales de Estados Unidos que de un precedente mexicano, y en el mismo sentido debe explicarse su desarrollo posterior. En este sentido es caso único en la frontera.

Antiguamente el punto más destacado en esta parte del país fue San Juan Bautista, que venía a ser, sobre la ruta a Texas, un lugar equiparable a El Paso sobre el camino a Nuevo México. Pero nunca se consolidó como centro de población y hoy subsiste, con el nombre de Guerrero, como una localidad de escasa relevancia. Cerca de ahí se conserva, con mayor poblamiento, un trío de poblaciones derivadas de fundaciones

tardías de la época colonial y los primeros del México independiente: Allende, Nava y Zaragoza (antiguo San Fernando de Austria). De no ser por el surgimiento posterior de Piedras Negras y Ciudad Acuña, estos puntos no serían otra cosa que un núcleo de población adicional dentro del sistema regional de Monclova. Su desproporción en tamaño e importancia frente a los nuevos centros regionales es muy llamativa.

Piedras Negras surgió del interés del gobierno de Coahuila por contar con un puesto aduanal, pero durante la segunda mitad del siglo XIX no pasó de ser simplemente eso. Eagle Pass surgió a fines de ese siglo como entronque ferroviario y centro de acopio y distribución de productos mineros, y su rápido crecimiento sirvió como detonador del de Piedras Negras, que estrenó nuevo estatus demográfico con el nombre poco duradero de Ciudad Porfirio Díaz. Un proceso más o menos parecido se dio con la pareja de Del Rio y Ciudad Acuña, aunque en este caso el crecimiento fue menor y hubo de esperar la construcción de la presa de la Amistad en 1987 para encontrar un aliciente adicional. Como en el área de Monclova, la extracción de carbón y de gas natural siguen siendo puntales de la economía.

No está por demás observar que podríamos analizar este conjunto bajo una perspectiva diferente, colocando el núcleo antiguo dentro del sistema de Monclova y dejando aparte los asentamientos fronterizos, que vendrían a quedar en una posición parecida a la de Ciudad Juárez y El Paso pero sin compartir el carácter como de oasis en que se desarrolla este par y que no se da en el caso coahuilense. Sin embargo, debe resaltarse que el entramado regional de éste último es más complejo. Involucra, en parte, un proceso de cambio muy radical, que podría llevar, eventualmente, no a la separación de este conjunto (esencialmente nuevo) del de Monclova (esencialmente antiguo), que es lo que hemos hecho aquí, sino a la incorporación del más viejo en el más nuevo: en otras palabras, a una total recomposición regional. Pero por ahora esto es sólo un escenario hipotético.

Población	*2005*
Piedras Negras	142 050
Eagle Pass, Texas	*22 450*
Ciudad Acuña	124 250
Del Rio, Texas	*33 900*
Nava	20 000
Allende	18 300
Zaragoza	9 500

Eagle Pass y Del Rio, por su parte, son elementos de poco peso en su contexto, ya que se hallan tanto o más desprovistas que sus vecinas mexicanas de un trasfondo de asentamientos secundarios: a su alrededor sólo se puede destacar la presencia de inmensos ranchos ganade-

ros. Desde luego tienen una excelente infraestructura, pero están al margen de las principales redes de comunicación de Estados Unidos. Esto les impide sacar provecho de su ubicación en el punto más cercano de la frontera mexicana a San Antonio, que es la mayor ciudad que hay en su proximidad. En realidad, desde el punto de vista del espacio norteamericano, tanto Eagle Pass como Del Rio son localidades que deben considerarse parte de la región de San Antonio —el Texas histórico, si cabe llamarlo así, es decir, el de herencia mexicana. Pero entonces lo mismo habría que decir de Piedras Negras y Ciudad Acuña. Resulta más apropiado, pues, reunir las cuatro ciudades en un mismo sistema regional a pesar de las relativas dificultades que plantea el hacerlo así.

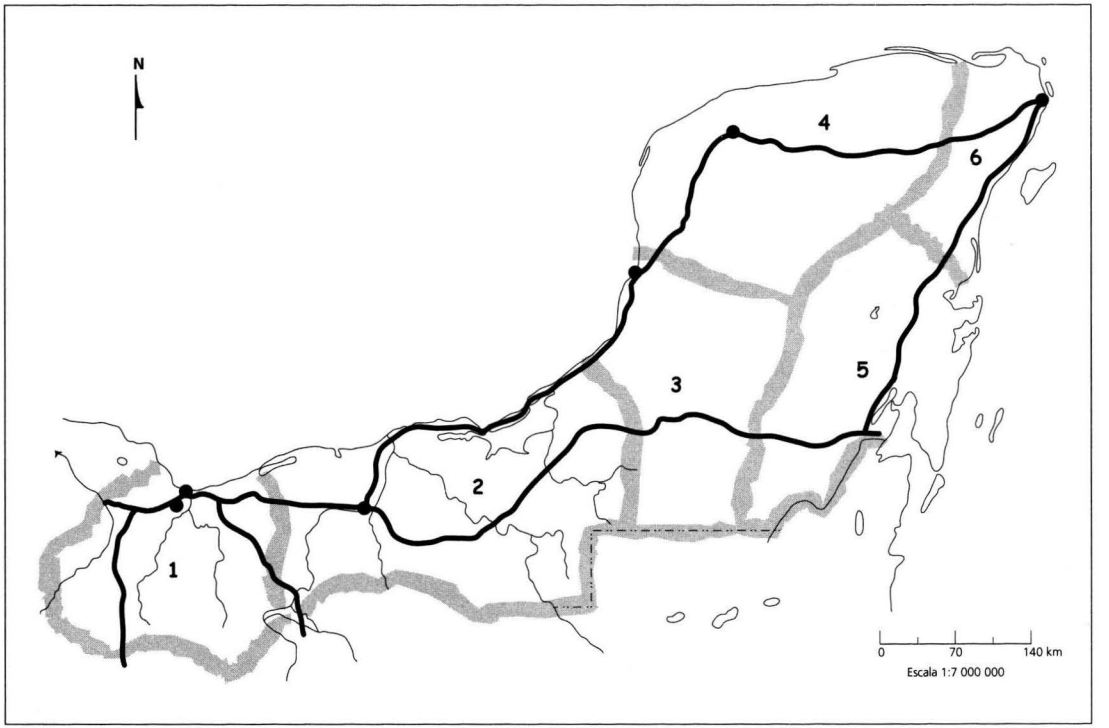
LA CADENA CARIBEÑA

Ya quedó explicado que el concepto de Vertiente no es aplicable a esa gran parte de la geografía mexicana que usualmente se engloba bajo el término de Sureste, y que cada una de las regiones de esta parte del país ha estado, en distintas épocas, más o menos aislada o más o menos comunicada con el resto de México: son piezas meramente concatenadas que están ligadas más que nada por su proximidad. Se señaló también que los contrastes entre una región y otra son, o han sido, en muchos aspectos, abismales, y bruscos los cambios culturales aun a pesar de que el medio físico exprese continuidades. Esto se ve de manera muy clara en la Cadena Caribeña, que tras su aparente homogeneidad esconde un trasfondo de experiencias históricas y estructuras sociales diferentes y contrastantes. También se ve aquí de manera muy clara la disposición lineal, y no radial, de las principales rutas de intercambio, que establecen un enlace con el resto del país, pero no específicamente con el México Central. Y hay que anotar, por último, que existe un cierto paralelismo —pero al mismo tiempo desigualdad y hasta incomunicación— entre las regiones de este conjunto y sus vecinas en la Cadena Centroamericana.

La Cadena Caribeña es la más extensa y al mismo tiempo la más sencilla de las dos grandes extremidades orientales del espacio mexicano. La extensión se explica porque incluye íntegra la península de Yucatán, lo que equivale a una enorme porción de tierra que penetra en el corazón del Golfo de México y lo separa del Mar Caribe. La sencillez proviene en gran medida de la fisiografía de este espacio, que puede resumirse de manera general como bajo y casi carente de relieve pues prácticamente todo está a menos de 200 metros sobre el nivel del mar y sólo incluye algunas montañas en los linderos con los Altos de Chiapas. Así, para recorrer las regiones de esta parte del país no podremos servirnos como guía de montañas o recintos fisiográficos muy visibles (como lo hemos hecho en otras partes) porque apenas los hay, de manera que tendremos que prestar atención especial a las cuencas fluviales, pero como los linderos de éstas no son perceptibles en la superficie, al menos no a simple vista, será necesario que nos esforcemos en prestar atención a transformaciones muy paulatinas o, mejor aún, a las variaciones culturales entre una región y otra.

Procederemos al examen de las regiones de esta parte del país haciendo dos recorridos. El **primero** *y principal, con el que abarcaremos la mayor parte, tocará sucesivamente las regiones de Coatzacoalcos, Tabasco, Campeche y Yucatán. El* **segundo**, *que de hecho es un ramal o derivación del primero, nos llevará a las de Chetumal y Cancún con sus respectivos hinterlands. Los dos recorridos terminan tocándose en la porción nororiental de la península yucateca.*

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos un recorrido panorámico que nos permita conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Cadena Caribeña: **1.** Coatzacoalcos; **2.** Tabasco; **3.** Campeche; **4.** Yucatán; **5.** Chetumal y su hinterland; **6.** Cancún y su hinterland.

RECORRIDOS POR LA CADENA CARIBEÑA

NUESTRO PRIMER RECORRIDO POR LA CADENA CARIBEÑA seguirá de manera muy general el contorno que dibuja el litoral del Golfo de México desde su punto más meridional en las inmediaciones de Coatzacoalcos hasta la gran curva con que da forma a la península de Yucatán. Para esto nos resulta conveniente la carretera 180, que abandona las tierras de Sotavento para recorrer sucesivamente, a lo largo de unos 1 200 kilómetros, las regiones de Coatzacoalcos, Tabasco, Campeche y Yucatán. Por largos tramos entre Tabasco y las primeras tierras de la región yucateca, las aguas del Golfo de México estarán casi lamiendo nuestro camino, y en otras partes estaremos regularmente a corta distancia del litoral, pero iremos tierra adentro en la parte medular de Yucatán. No tendremos necesidad de negociar pendientes en vista de que el terreno será casi siempre plano o ligeramente ondulado. La dificultad estará en cruzar los ríos que se interpondrán a nuestro paso por Tabasco, siempre muy cerca de su desembocadura, así como las dos bocas de la Laguna de Términos, pero esto no será un problema ni causará dilación debido a que en todos los casos encontraremos los puentes necesarios, enormes, vistosos y de sofisticada ingeniería. Pero no debemos olvidar que la mayor parte de éstos fueron construidos durante el último cuarto del siglo XX. Hasta no hace mucho era necesario armarse de paciencia y servirse de pangas o rústicos transbordadores para cruzar los ríos.

Antes de iniciar este recorrido tomaremos nota de dos importantes ramificaciones. En primer lugar, de las nada impresionantes rutas de ferrocarril y carretera entre Coatzacoalcos y Tehuantepec, que no son sino la modesta expresión a que quedaron reducidos los grandes proyectos interoceánicos, y en segundo lugar, de la notable carretera abierta recientemente de Las Choapas a Tuxtla Gutiérrez, con la que se establece un contacto más directo que cualesquiera otros con regiones de la Cadena Centroamericana.

Luego, ya a lo largo del recorrido anunciado, nos desplazaremos ocasionalmente al sur para explorar una variante que arranca del mismo punto en Coatzacoalcos pero que se desarrolla un poco más al interior por Tabasco y Campeche. En esta variante seguiremos, según convenga, la vía del antiguo Ferrocarril del Sureste (concluido en 1950 y trazado por sitios donde el cruce de los ríos no presentaba la necesidad de puentes muy grandes), o bien una carretera más moderna, la 186, que se desplaza más o menos por la misma zona. Al explorar esta variante hallaremos tres rutas principales y algunos caminos primitivos que se desprenden hacia el sur para enlazarse con distintos puntos de Chiapas, integrante de la vecina Cadena Centroamericana. La primera de ellas nos conduce a la cortina de la Presa Nezahualcóyotl o de Malpaso, punto más meridional del espacio tabasqueño; las otras se internan en los Altos de Chiapas. Pero no habrá ningún camino que se dirija a Guatemala, salvo que incluyamos en la cuenta algunas rutas más o menos clandestinas. El paso tradicional desde hace años ha sido remontando el Usumacinta desde Tenosique hasta topar con el extremo de alguno de los escasos y aún no consolidados caminos del Petén. Por último, una vez en la región de Campeche, encontraremos una serie de caminos de reciente trazo que se adentran en el hinterland de la propia región y se prolongan hacia la de Chetumal.

Yucatán nos brindará la oportunidad de utilizar su red de comunicaciones para examinar la mayor parte de la región. Dicha red está conformada como los rayos de una rueda con su centro en Mérida, y es la más antigua y densa de todas las tendidas en la Cadena Caribeña. Se le ve manifiesta en las vías de ferrocarril (aunque casi todas han sido desmanteladas recientemente) y en carreteras de diversa importancia que entrelazan todas las localidades relevantes y se ramifican hacia las tierras de colonización que se extienden al sur y al oriente, que son las que visitaremos a continuación.

Nuestro **segundo** recorrido delimitará la península yucateca por el sur y el oriente. Arrancará de la ya citada carretera 186 en el punto en que deja el espacio regional de Campeche y se dirigirá directamente al oriente por terrenos siempre planos hasta desembocar frente al Mar Caribe en Chetumal. La frontera guatemalteca está no muy lejos al sur, pero no habrá comunicación alguna con ese país a no ser por una dudosa terracería

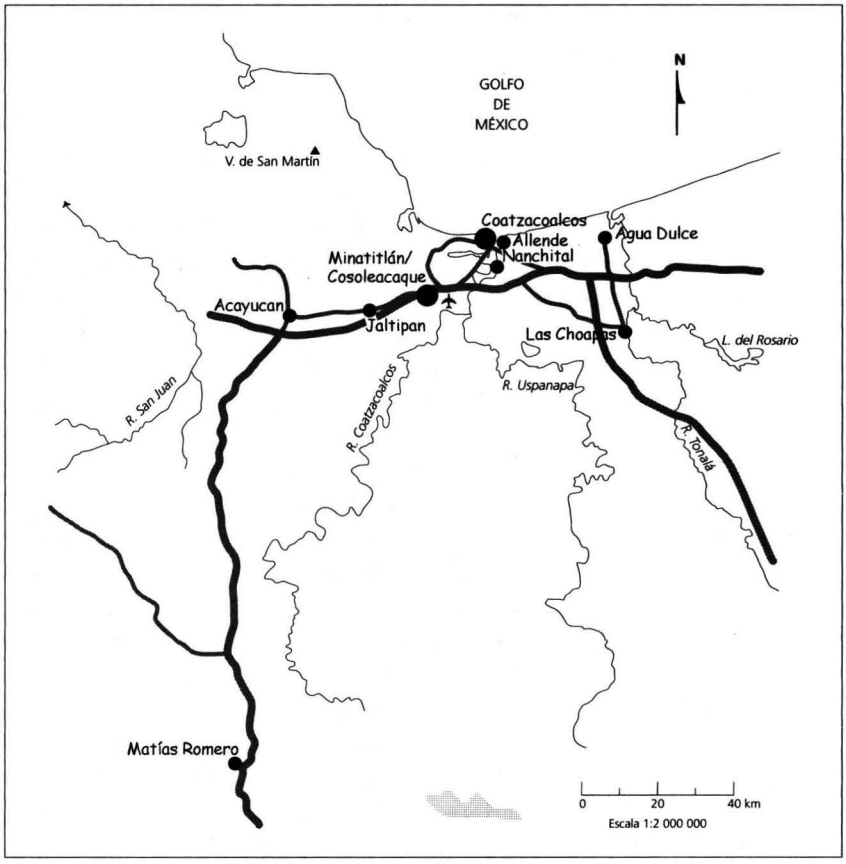
que desemboca en las cercanías de Flores, en el Petén. En cambio, sí habrá paso, al final, hacia Belice (y de ahí sí, dando una gran vuelta, a Guatemala). No dejemos de observar que en esta parte de nuestro recorrido haremos uso de las rutas troncales de más reciente construcción en el país. Fácilmente se verá que a su vera se desarrolla el paisaje apresurado y depredador que suele acompañar a las carreteras de penetración. Y por un entorno parecido doblaremos hacia el norte a partir del propio Chetumal, primero por tierras interiores desde donde hallaremos posibilidades de enlazarnos con la red yucateca, y luego bordeando el litoral del Mar Caribe hasta llegar a la región de Cancún. Ésta introducirá en nuestro recorrido una modalidad, pues hemos de recurrir a la vía marítima para llegar a Isla Mujeres y Cozumel, los únicos espacios mexicanos situados mar adentro que tienen desarrollo urbano y un poblamiento de consideración.

Como ambos recorridos se tocan en sus extremos, al concluirlos habremos cerrado un cuadrado que se corresponde de manera muy general con el contorno de la península de Yucatán.

Coatzacoalcos (mapa 41)

Nuestro recorrido por la Vertiente del Golfo llegó a su punto más oriental en la Sierra de los Tuxtlas, que describimos en su momento como la aislada zona montañosa de origen volcánico, abigarrada topografía y riquísima vegetación que ponía fin por el este a las tierras planas y bien regadas de la región de Sotavento. Del otro lado de esta sierra, como si se desdoblara la imagen en sentido opuesto, volvemos a hallar una región de perfil plano y abierto que abarca un pequeño tramo del litoral pero que se abre en abanico hasta extenderse por un inmenso arco en tierras del interior. El rasgo físico dominante de este espacio y elemento focal de su paisaje es el Coatzacoalcos, río de curso lento y lecho amplio que con su principal afluente, el Uspanapa, y otros vecinos (como el San Juan en su curso alto, que es tributario del Papaloapan, y el Tonalá, que alberga en su cuenca la Laguna del Rosario, anuncio del espacio tabasqueño), forman una extensa llanura aluvial surcada por meandros y matizada por algunas zonas pantanosas. Entre estas aguas, parte de la región está ocupada por una sucesión aparentemente interminable de lomas y colinas, o por dunas que marcan la línea del litoral. Así pues, no difiere mucho su medio físico del de Sotavento, excepto que más adentro (sobre todo en la cuenca del Uspanapa, que es extraordinariamente lluviosa) el paisaje crece en elevación y cubierta vegetal. Sin embargo hay una diferencia sustancial, y es que mientras Sotavento está recargado al interior sobre las tierras altas de las sierras vecinas, ascendiendo las cuales se llega a un punto del México Central (y de tal situación deriva su carácter de integrante de la Vertiente del Golfo), la región de Coatzacoalcos únicamente tiene a sus espaldas pequeñas elevaciones: por el suroeste, las últimas y más bajas estribaciones de la Sierra Mixe, que escurren hacia el San Juan y el Coatzacoalcos, y por el sureste la aislada, boscosa y húmeda Sierra de los Chimalapas, que alberga las fuentes del propio Coatzacoalcos —a muy poca distancia del Océano Pacífico— y da inicio a la cadena montañosa que forma la Sierra Madre de Chiapas y que se extiende a lo largo de América Central. Pero lo más llamativo es que en medio de estas elevaciones las montañas parecen hundirse y sólo queda un lomerío que no llega a los 400 metros de altitud: es la parte medular del Istmo de Tehuantepec, uno de los sitios más estrechos del continente americano. A sus espaldas se abre la región del mismo nombre.

Coatzacoalcos surgió como un espacio diferenciado desde los primeros años de la conquista, cuando era una región muy poblada y fue percibida por los españoles como una provincia relevante. Pero el terrible desplome demográfico que sufrió a lo largo del siglo XVI redujo drásticamente su importancia y la dejó en una posición marginal. El potencial del río homónimo como vía de navegación nunca se explotó. La región volvió a ocupar un lugar destacado en medio de los proyectos de comunicación interoceánica que se desarrollaron, sin mucho éxito, en el siglo XIX. Como consecuencia de esto le llegaron los beneficios a gran escala aportados por ferrocarriles y un puerto relativamente bien acondicionado, pero sus efectos en el entramado regional fueron pocos y muy relativos. La principal línea ferroviaria se pensó para cruzar el istmo, pero el



Mapa 41

enlace con el resto del país fue pésimo y en general todas las vías estuvieron siempre en condiciones deplorables. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo xx, en íntima relación con el petróleo y la industria petroquímica, que la región adquirió el perfil que hoy domina su parte más poblada y se pudo enlazar de manera más eficiente con las vecinas. Así, pocas regiones en México tienen como ésta un trasfondo histórico tan marcado por reordenamientos y discontinuidades. Sólo en Acayucan, ciudad que está situada al interior de la región en un punto de contacto con la de Sotavento, es posible hallar rasgos de un asentamiento que se ha mantenido relativamente estable a lo largo del tiempo.

El espacio regional está conformado como un abanico con su eje en el puerto fluvial de Coatzacoalcos, situado en la desembocadura del río.

Es el único de los puertos mexicanos del Golfo que tiene un hinterland inmediato de consideración; se asemeja a los demás, sin embargo, en que su litoral adyacente está prácticamente vacío. Su conglomerado urbano incluye un extenso parque industrial dedicado a la petroquímica y ha absorbido antiguos asentamientos rurales ahora industrializados como Allende y Nanchital. También se roza con el de las ciudades vecinas de Minatitlán y Cosoleacaque, sede de una importante refinería. Este núcleo regional disfruta de los beneficios de una economía dinámica, buenas vías de comunicación y en consecuencia muchas fuentes de trabajo y comercio muy activo, pero también de los males de un crecimiento desordenado y una contaminación muy marcada, especialmente en el río y otros cuerpos de agua.

El abanico de espacios regionales que se despliega desde Coatzacoalcos incorpora cinco áreas de población rural dispuestas a uno y otro lado, con la peculiaridad de que las hojas centrales de este abanico casi no están ocupadas. En otras palabras: el sistema regional se abre principalmente hacia el suroeste y el sureste de Coatzacoalcos, pero es mucho más tenue hacia el sur.

Las dos primeras áreas son las mejor integradas en el conjunto. La primera, al occidente, de ocupación más antigua y agricultura más rica y variada, se extiende cubriendo una franja que va de las orillas de los Tuxtlas al ya mencionado Acayucan y llega hasta Jaltipan. La segunda, orientada más hacia la ganadería, abarca el lindero oriental de la región hacia Agua Dulce y Las Choapas, que son asentamientos más modernos.

La tercera área se despliega hacia el suroeste y se desarrolló a principios del siglo xx con el tendido de vías férreas asociadas a los proyectos transoceánicos del Istmo de Tehuantepec. Sus pequeñas poblaciones nacieron como estaciones y son poco importantes, excepto una que está en el vértice sur de la región y en contacto con la de Tehuantepec, cerca del curso alto del Coatzacoalcos: Matías Romero. Su posición en un punto de enlace de rutas hacia las vertientes del Golfo y del Pacífico, desde el que se dominó por más de un siglo el casi único camino a Chiapas, le dio la oportunidad de formar un pequeño centro urbano. Uno se sentiría inclinado a hacer una comparación con otra estación ferroviaria convertida en ciudad, Torreón (en la Vertiente del Norte), pero el desarrollo de ambos lugares ha sido abismalmente diferente. Es muy significativo que el pequeño y oscuro Matías Romero no haya llegado a más, siendo como es un punto crítico en el entramado de comunicaciones del conjunto mexica-

no, un sitio de confluencia de líneas que amarran elementos fundamentales de su geografía.

Las áreas restantes son de colonización más reciente. La cuarta corresponde a la cuenca alta del río San Juan (tributaria del Papaloapan) y engloba el área que suele denominarse la Mixtequilla, asentada a lo largo de una carretera relativamente reciente trazada del entronque de Palomares (cerca de Matías Romero) a Tuxtepec (en Sotavento). La ocupación de esta zona deja sentir sus efectos hasta la Sierra Mixe, que hemos analizado como parte de la Vertiente del Golfo, aunque, bajo otra óptica, también la podríamos incluir aquí. Ya notamos que la Sierra Mixe es un elemento relevante en la estructura fisiográfica del país y punto en que se tocan los componentes fundamentales de su geografía, pero que al mismo tiempo es un elemento muy débil en el entramado regional.

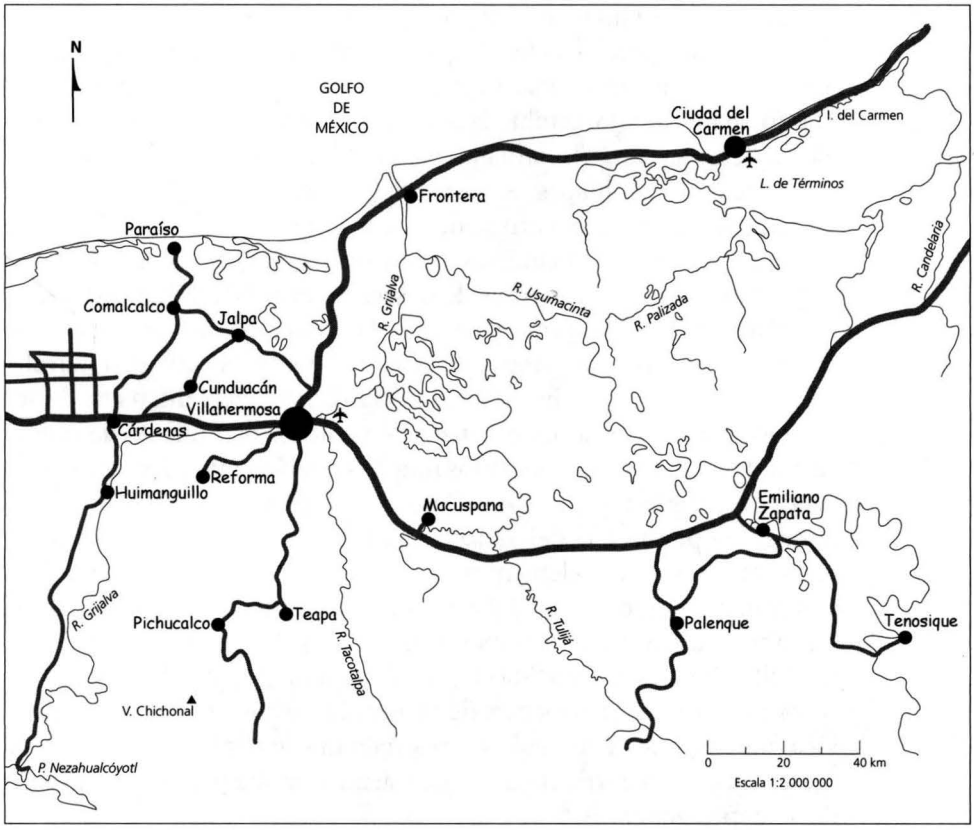
Población	*2005*	*Conurbación*
Coatzacoalcos	234 200	321 200
Nanchital	26 100	
Allende	20 500	
Minatitlán/ Cosoleacaque	131 550	293 600
Acayucan	50 000	
Las Choapas	40 800	
Agua Dulce	38 000	
Jaltipan	30 600	
Matías Romero	19 900	

La quinta área, mucho mayor en extensión que cualquiera de las anteriores, abarca lo que resta de la cuenca del Coatzacoalcos (o sea, casi todo) así como la del Uspanapa. Incluye asentamientos dispersos en las áreas conocidas como el Alto Uspanapa y los Chimalapas (que tienen un pequeño núcleo de población antigua ligada a la región de Tehuantepec). Se trata de zonas previamente desocupadas y cubiertas de bosque húmedo que han sufrido un desmonte considerable. En ambos espacios la apertura de caminos ha sido el detonador de procesos de colonización mucho más intensos que los que en su momento propició el ferrocarril. A diferencia de la clásica epopeya colonizadora del pionero perdido en un mundo que ha de construirse por sí mismo, los colonos contemporáneos se apoyan en una estructura de comunicaciones muy flexible que les permite asentarse y expandirse con relativa facilidad en poco tiempo. Con población de orígenes usualmente muy diversos, la identidad cultural, si llega a formarse, suele ser ambigua. La toponimia refleja el surgimiento casi mecanizado de las poblaciones: por ejemplo, Poblado Uno, Poblado Diez, El Once y El Catorce, entre otros. Es un buen escenario para el cultivo de plantas ilegales, muy extendido. Pero lo más importante de fenómenos de colonización como éstos es que van acompañados de un impacto brutal sobre el medio físico, que usualmente desemboca en una explotación irracional y desmedida de la biomasa y el concomitante desequilibrio ecológico.

Tabasco (mapa 42)

Tabasco ocupa la cuenca baja de dos ríos grandes y caudalosos, el Grijalva y el Usumacinta, que al llegar a las tierras planas se ensanchan, retuercen, reciben decenas de afluentes menores (como el Tacotalpa y el Chilapa o Tulijá), abren multitud de canales, inundan los espacios más bajos y se unen para entrar al mar por una desembocadura común. Otros ríos vecinos, aunque no del todo independientes (como el Palizada), desembocan en el cerrado recinto de la Laguna de Términos, la cual, separada del mar por la Isla del Carmen, domina un apéndice de la región al oriente. La vegetación natural combina manglares con pastizales y algunas áreas boscosas, remanentes de una cubierta vegetal que fue más densa en el pasado. Con tales características no es de extrañar que el medio físico de Tabasco sea inconfundible (pues sólo hay espacios comparables entre las regiones de Tepic y Mazatlán). Y sin embargo, paradójicamente, el paso de Coatzacoalcos a Tabasco es casi imperceptible. Sólo después de haber penetrado muchos kilómetros se nos hace evidente su paisaje dominado por corrientes fluviales y áreas anegables y cenagosas, pero no antes. La razón de esta primera impresión del paisaje radica en que el extremo occidental de Tabasco, una de varias áreas conocidas con el nombre de Chontalpa, fue deliberadamente alterado entre 1950 y 1970 como resultado de una política de transformación radical del sistema hidrológico. La acción a seguir (y supuesta fórmula para el progreso) consistió en canalizar las corrientes, desecar los pantanos y marismas y crear espacios agrícolas que se pensaron vanguardistas. Lo cierto es que resultaron más o menos como los de cualquier otro lugar de las tierras bajas y, por fortuna, el experimento no se repitió en otras partes de Tabasco. No, al menos, con la misma intensidad. A pesar de que en la actualidad se tiene una conciencia más clara del valor de un sistema hidrológico tan rico como el de esta región, el ímpetu desecador no se ha erradicado y avanza poco a poco, amenazando sobre todo los espacios anegables o cenagosos. A lo anterior hay que añadir los efectos del control de las variaciones estacionales del sistema (y la supresión de las inundaciones periódicas) a partir de la construcción de la Presa Nezahualcóyotl, o de Malpaso, en 1965. Situada para cerrar un punto estrecho de la cuenca del Grijalva, su embalse está inmerso en el espacio de Chiapas pero su cortina señala el punto más sureño de la de Tabasco. Y es que esta región abarca también las estribaciones, muy lluviosas, de las tierras más altas de donde descienden los ríos citados (provenientes de Chiapas y Guatemala). Son tierras montuosas que se extienden hasta alcanzar las primeras cumbres, como el Chichonal, pequeño volcán famoso por su erupción en 1982, pero no más allá, y están cubiertas de bosques húmedos muy compactos. Así, Tabasco, región predominantemente plana, tiene en su flanco meridional un asomo de sierra.

Tabasco desarrolló una cultura fluvial en mucho mayor medida que Sotavento o Coatzacoalcos. Sus poblaciones más antiguas —Villahermosa (antiguo San Juan Bautista), Huimanguillo, Teapa, Macuspana, Tenosique y otras que subsisten como pequeñas localidades— se asentaron en las riberas de los ríos, que eran la única vía practicable de comunicación, bien aprovechada por lo demás. Tabasco adquirió una personalidad política



Mapa 42

propia desde principios de la época colonial, y la hubiera perdido debido a que su muy nutrida población prehispánica se colapsó de manera radical, dejándolo como un espacio pobre y pequeño, pero su aislamiento recomendaba administrarlo precisamente como una especie de isla. En esta particularidad está el origen del actual Estado de Tabasco, que abarca la mayor parte del espacio regional, compartido también por los de Chiapas y Campeche. A este último pertenece el área que rodea la Laguna de Términos (antigua provincia de Acalán), cuyo despoblamiento fue aún más radical y derivó en un aislamiento y abandono tan absoluto que los ingleses pudieron ocuparla para explotar sus maderas por más de cincuenta años en el siglo XVII.

La geografía de Tabasco cambió radicalmente durante la segunda mitad del siglo XX como resultado de varios factores. La llegada del fe-

rrocarril en 1950 no tocó la región en su parte medular porque la bordeó por el sur, pero sus efectos fueron trascendentales: puso punto final a la comunicación marítima con el exterior (que se hacía por el puerto de Frontera) y cambió la orientación dominante en los intercambios, que se hacían primordialmente en dirección norte-sur y en estrecha relación con Chiapas. A partir de este momento, Tabasco entró a formar parte de un eje tendido de este a oeste, tal y como se mantiene a la fecha. El ferrocarril también dio entrada a las transformaciones que vendrían en seguida: las obras de desecamiento, el tendido de carreteras, el abandono de vapores y lanchas, la llegada de inmigrantes, la expansión de la frontera agropecuaria y, finalmente, la actividad petrolera, de todo lo cual se ha derivado una distribución diferente de los espacios y de las funciones urbanas. Elementos sobresalientes de la nueva red de comunicaciones son los muchos puentes que permiten cruzar los ríos en segundos, casi sin verlos, lo que supone una imagen diametralmente opuesta a la del Tabasco clásico que vivía prácticamente inmerso en ellos. Pocos elementos de la vida de relación, la funcionalidad y la tradición cultural del Tabasco antiguo tienen continuidad bajo el signo marcadamente contemporáneo de la región actual. A pesar de todo, Villahermosa, convertida en gran ciudad moderna y dinámica, conserva en su centro remanentes de su pasado fluvial y es la única en México que dispone de un malecón ribereño que le permite disfrutar de la presencia de una corriente que sigue siendo amplia y caudalosa a pesar de los represamientos.[1]

Un aspecto llamativo de la modificación ambiental vivida en Tabasco se advierte con sólo comparar en un mapa las líneas curvas del espacio natural y tradicional, determinadas por el trayecto serpenteante de los ríos y los caminos tendidos a su vera o sorteando pantanos y lagunas, con la retícula de líneas rectas creada por los canales de desagüe o riego en la zona desecada del occidente de la región. Carreteras rectas como calles se cruzan a intervalos periódicos en este paisaje de artificio, que después de tanta inversión alberga parcelas de agricultura campesina poco más o menos como las de cualquier lugar ordinario y hace cre-

[1] Villahermosa es el nodo desde donde se controla la mayor parte de las plataformas petroleras del Golfo de México y en particular de la llamada Sonda de Campeche. Esta circunstancia le da a Tabasco un significado muy particular en el espacio marítimo mexicano.

cer velozmente el proletariado mitad urbano y mitad rural de la vecina ciudad de Cárdenas.

Otros aspectos del desarrollo reciente de Tabasco saltan a la vista en el corredor industrial que se va desarrollando entre Villahermosa y Cárdenas y en los centros urbanos que cubren la parte central de la región: Paraíso, Comalcalco, Jalpa, Cunduacán, Huimanguillo, Reforma (que pertenece a Chiapas, al igual que el más antiguo Pichucalco) y Teapa. Todos ellos dominan sobre espacios agrícolas y ganaderos. Al oriente, Macuspana es el centro de una zona de actividad petrolera. Y más allá se despliega un amplio espacio que ha sido objeto de colonización intensa en los últimos años. De ahí se deriva el extraordinario crecimiento de Tenosique, Emiliano Zapata y, sobre todo, Palenque (en Chiapas), que virtualmente surgió de la nada alimentado por el turismo arqueológico, el comercio y la inmigración proveniente de los Altos de Chiapas.

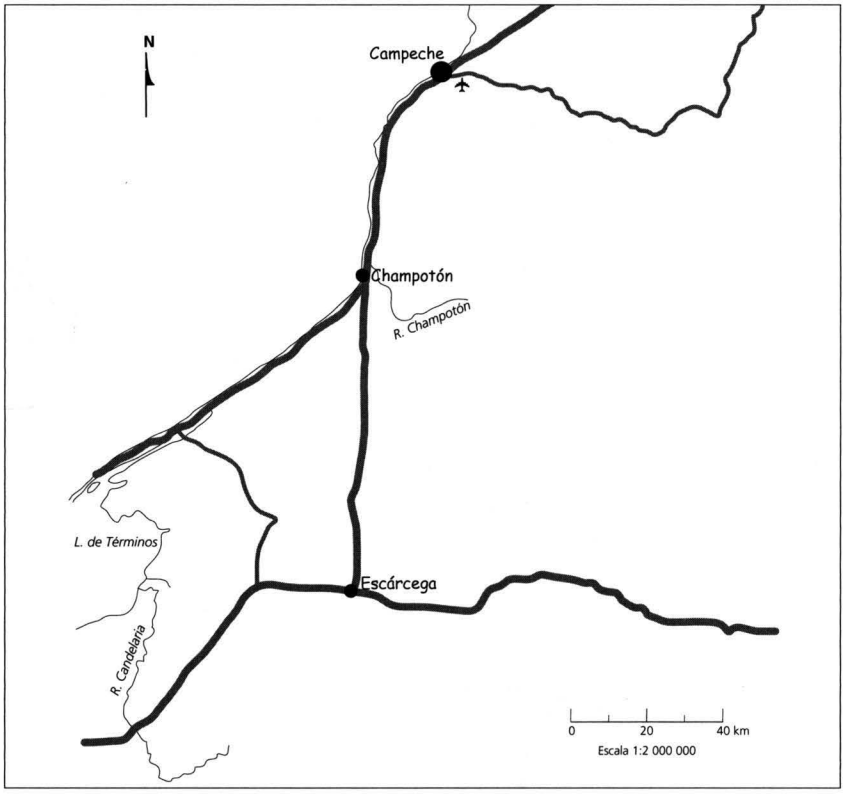
Población	*2005*
Villahermosa	335 800
Ciudad del Carmen	154 200
Cárdenas	79 900
Comalcalco	39 900
Palenque	37 350
Tenosique	31 400
Macuspana	30 700
Huimanguillo	26 450
Teapa	26 200
Paraíso	24 800
Reforma	23 500
Frontera	21 850
Cunduacán	17 500
Emiliano Zapata	16 800
Jalpa	14 750
Pichucalco	14 050

Ciudad del Carmen (que pertenece al Estado de Campeche) ocupa una posición excepcional por donde quiera que se le mire. Está ubicada en la parte del país que sufrió el caso más extremo de despoblamiento en el siglo XVI; es particular por su origen en el XVIII para evitar el regreso de los ocupantes ingleses expulsados, y es la única ciudad mexicana de tamaño considerable ubicada en una isla (que en rigor, más que isla —e isla costanera en todo caso— es una lengua de tierra separada del continente por dos barras relativamente profundas). Pero, si se puede decir que es la ciudad de gran tamaño más aislada del país, no es sólo por esto, sino porque no tiene ninguna otra población significativa que la acompañe en cien kilómetros a la redonda. Durante casi toda su historia estuvo comunicada precariamente con el resto del país, pero ya dispone de puentes que le permiten ignorar su posición insular y comercializar mejor sus productos pesqueros.

Campeche y su hinterland (mapa 43)

Pasando la Laguna de Términos y el río Candelaria (que recoge los escurrimientos de la parte más meridional de la península de Yucatán), el medio físico se hace aún más abierto. Poco a poco, las montañas que bordean el sur de Tabasco se van orientando hacia el sureste en dirección a América Central, mientras el litoral del Golfo de México dobla rápidamente hacia el norte. Este espacio abierto a los cuatro vientos, bordeado por el mar y sin límite definido hacia el interior, alberga el sistema regional de Campeche. El litoral es recto y bajo, acompañado de algunas zonas no muy extensas de marisma y de la desembocadura de algunos ríos de curso corto o irregular, como el Champotón, que merecen más bien describirse como canales de desagüe de multitud de lagunas de poco fondo desparramadas por el interior. Se les conoce con el nombre de aguadas, las cuales se encuentran en otras tantas cuencas semicerradas cuyos bordes son prácticamente imperceptibles en un espacio tan plano. El paisaje vegetal, a pesar de que sufre una desforestación acelerada, combina áreas de bosque húmedo tropical, en especial al oriente (ocupado por la sección norte de la Reserva de la Biosfera de Calakmul), con otras de selva baja, que predomina al norte. Hacia este último rumbo se observa la paulatina aparición de un ambiente más seco y algunos cenotes que anuncian la proximidad del paisaje típico del norte de la península.

Al igual que el de Tabasco, el sistema regional de Campeche combina elementos tradicionales y modernos, pero de manera muy diferente. El elemento antiguo está dado por la ciudad de Campeche y su entorno inmediato, extendido frente al mar por una cincuentena de kilómetros. Se trata de un conjunto de origen colonial que por sí sólo no ameritaría ser visto en forma separada de la región yucateca, con la cual ha estado ligado íntimamente desde su fundación y de la que se ha distinguido más que nada por una vieja rivalidad política que llevó en 1863 a la división de la península en dos estados independientes. Tal división se hizo trazando sobre el mapa una línea recta artificial que con el tiempo ha tenido que modificarse, primero con la separación, con líneas igualmente artificiales, del territorio de Quintana Roo, y más recientemente haciendo ajustes e introduciendo en todas esas líneas multitud de quiebres de modo que den lugar a las realidades demográficas y a las pretensiones jurisdiccionales de las entidades involucradas. Es un asunto no concluido que sigue causando discusiones y desacuerdos. No está por demás aclarar que la superficie del sistema regional de Campeche está estrechamente relacionada con la circunscripción política del estado del mismo nombre, pero que los linderos de éste abarcan áreas muy extensas que se encuadran en los sistemas regionales vecinos.



Mapa 43

Esto nos lleva al segundo de los elementos que forman el sistema regional de Campeche, el moderno, producto de un vigoroso proceso de expansión iniciado a mediados del siglo xx y que se ha extendido sobre tierras previamente deshabitadas, o casi deshabitadas, del interior de la península, tanto al sur como al oriente del área antigua. Esta expansión se inició hacia 1950, cuando la inauguración del Ferrocarril del Sureste estableció el primer enlace terrestre entre la península y el resto del país y al mismo tiempo abrió la puerta a la penetración de esas zonas deshabitadas. Con el tiempo, una de las estaciones del tren, Escárcega, se convirtió en el eje de varios caminos que enfilaban hacia Chetumal o doblaban por rutas interiores hacia el propio centro antiguo de Campeche. Es este espacio nuevo, de colonización, combinado con el viejo, el que da a Campeche el entramado propio que le permite diferenciarse y consolidarse como un sistema regional en sí.

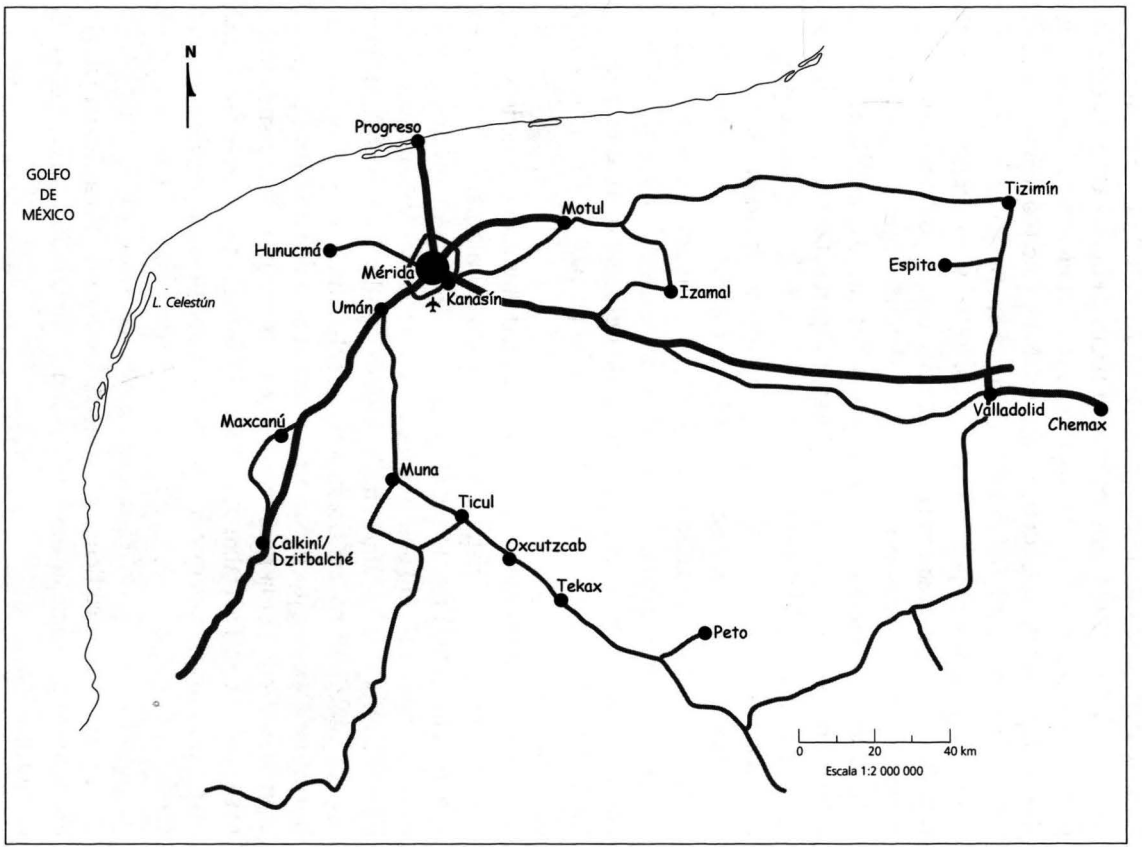
Población	*2005*
Campeche	211 700
Champotón	27 300
Escárcega	27 250

Ninguna otra región del país ofrece un contraste tan marcado entre sus elementos antiguos y nuevos. Éstos son muy extensos y se manifiestan en infinidad de asentamientos diminutos sembrados a lo largo de los caminos. Aquéllos forman un núcleo compacto que alberga a casi toda la población del conjunto. Su centro es, desde luego, la singular y amurallada ciudad de Campeche, descollante por la preservación de su casco antiguo y significativa como puerto pesquero. En su entorno no hay otros centros urbanos de consideración, excepto por Champotón, que es otro puerto pesquero a relativamente poca distancia al sur. Estos lugares, y sobre todo algunas pequeñas localidades del interior, participan de muchos de los rasgos culturales tradicionales de Yucatán, pero su fisonomía se ve modificada por los elementos que aportan, por un lado, la vecindad del mar y, por otro, la de las tierras de colonización que empiezan a pocos kilómetros hacia el interior.

Yucatán (mapa 44)

El ámbito regional de Yucatán ocupa el tercio noroccidental de la península y define su contorno con la línea del litoral al noroeste y el norte de la misma: un litoral sumamente bajo y arenoso a lo largo del cual se forman varias lagunas costeras muy estrechas y alargadas, ricas en manglares, separadas del mar por angostas lenguas de tierra, las más conspicuas de las cuales son las de Celestún y Río Lagartos (que no es un río a pesar de su nombre).[2] La región, cabe señalar, carece absolutamente de ríos o cualquier otra manifestación de aguas superficiales debido a la naturaleza extraordinariamente permeable de su suelo calcáreo. Pero las aguas subterráneas son abundantes y el manto freático aparece a la luz en infinidad de puntos donde la capa superior del suelo, formada de rocas quebradizas, se ha colapsado y ha formado, según su forma y tamaño, cuevas, pozos o pequeñas lagunas de paredes verticales —los inconfundibles cenotes— que tapizan el espacio yucateco. Una pequeña cadena de lomeríos al sur, la Sierrita del Puuc, marca la única alteración en el relieve, que es totalmente plano excepto por minúsculas ondulaciones, las cuales, aunadas a la cubierta vegetal dominante (que es densa y rica en matorrales aunque de poca altura) nos dan las más de las veces, paradójicamente, un horizonte muy reducido. Pero basta con disponer de una modesta elevación artificial (como por ejemplo alguna de las pirámides mayas) para elevarse por encima de todo ello y disponer de un paisaje inmenso y por completo horizontal.

[2] El fondo marino es muy bajo y aflora muchos kilómetros dentro del Golfo de México para dar lugar a los arrecifes de Alacrán, Cayo Arenas y Cayos Arcas, muy pequeños pero con gran significación para el contorno del mar patrimonial del país.


N
Progreso
GOLFO
DE
MÉXICO
Motul
Tizimín
Hunucmá
Mérida
Espita
L. Celestún
Izamal
Umán
Kanasín
Valladolid
Chemax
Maxcanú
Muna
Ticul
Calkiní/
Dzitbalché
Oxcutzcab
Tekax
Peto
0
20
40 km
Escala 1:2 000 000

Mapa 44

En claro contraste con los precedentes de cambios y discontinuidades que han perfilado las regiones de Coatzacoalcos y Tabasco, y en menor medida la de Campeche, la de Yucatán ha estado marcada por la continuidad y, hasta cierto punto, la permanencia. Su trasfondo histórico y, de ahí, muchos de sus rasgos presentes son únicos entre todas las regiones de la Cadena Caribeña. Por principio de cuentas, aquí no ocurrió un desplome demográfico tan fuerte y por lo tanto hubo continuidad entre el poblamiento precolonial y el español, fenómeno poco común en el área maya. Aunque con centros urbanos reubicados y una estructura más centralizada, el sistema regional prehispánico subsistió en lo esencial, así como muchos rasgos sustanciales (y no meramente folclóricos) de la cultura indígena. De todas las lenguas nativas mexicanas, la maya yucateca es la que ha llegado al presente con más dinamismo. Paralelamente, el proceso del mestizaje fue lento y conflictivo, al menos hasta mediados del siglo XX. No está por demás aclarar, como se ha hecho en otros casos equiparables, que la superficie del sistema regional de Yucatán está estrechamente relacionada con la circunscripción política del estado del mismo nombre, pero que los linderos de uno y otra coinciden sólo en parte y de manera muy aproximada.

Muchos rasgos particulares de la sociedad yucateca pueden considerarse producto del aislamiento. La sociedad colonial fue pobre y casi autosuficiente. El siglo XIX vivió el auge del henequén, que prosperó de maravilla en el suelo semiseco del noroeste de la península. Su exportación dio a Yucatán un breve pero significativo periodo de auge económico que le permitió superar muchas limitaciones, aunque sin borrar su aislamiento ni su problemática social. La única comunicación que la península tenía con el exterior era por mar, y sus enlaces principales con La Habana o Nueva Orleáns, que le resultaban más cercanos y accesibles que los puertos nacionales. La primera comunicación terrestre con México fue la vía férrea abierta en 1950, seguida después por la ruta carretera que hemos recorrido y más tarde por un camino secundario a Belice, flojamente extendido hasta Guatemala. En contrapartida, Yucatán desarrolló interiormente una excelente red de comunicaciones.

No es de extrañar, por lo tanto, que la región posea un sistema de relaciones espaciales complejo, estable y bien equilibrado. Mérida es una capital en todo el sentido de la palabra. Poseedora de un núcleo

antiguo bien conservado, ha sido desde su fundación un centro regional dominante y en algún momento llegó a ser la cuarta o quinta ciudad del país por su población. Su crecimiento se ha visto frenado, en parte, por la carencia de una actividad industrial importante, pero aun así se mantiene como la ciudad más grande de todo el México oriental. Su entorno incluye algunas poblaciones incorporadas a su zona urbana, como Kanasín y Umán, y el puerto de Progreso, que antiguamente fue esencial para las comunicaciones de la península con el exterior pero hoy día funge más bien como lugar de esparcimiento para la población de Mérida.

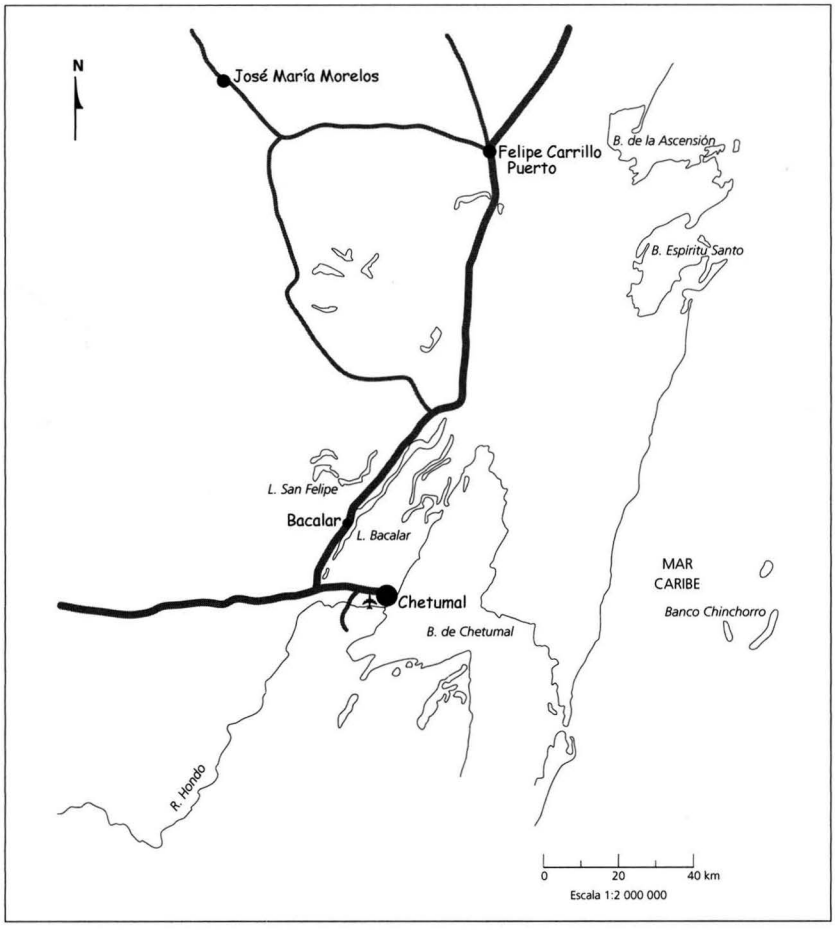
El entorno de la ciudad refleja la subsistencia de una estructura antigua y tradicional en la que no ha habido muchos cambios y se ve poco crecimiento. Las principales poblaciones que rodean Mérida —Hunucmá, Motul e Izamal haciendo un arco al norte y al este; Muna, Ticul, Oxkutzcab, Tekax y Peto un poco más lejos al sureste, a lo largo de la Sierrita del Puuc; y Maxcanú y la pareja Dzitbalché-Calkiní (bajo jurisdicción de Campeche) al suroeste— forman, junto con decenas de localidades menores, un conjunto muy compacto y bien amarrado. Más alejadas de la capital, Valladolid y Tizimín tienen una población ligeramente mayor, y les acompañan Chemax y Espita. Pero de todas estas ciudades, grandes y chicas, debe observarse que poseen la personalidad que les da un paisaje cultural muy característico, sea por sus rasgos sociales y arquitectónicos, sea por su disposición al lado de los cenotes y por un patrón de poblamiento notablemente concentrado. En efecto, el lindero entre campo y poblaciones es extraordinariamente nítido en Yucatán, y no hay casas dispersas entre las zonas de cultivo o de ganadería.

Población	*Nominal*	*Conurbación*
Mérida	734 200	897 750
Kanasín	50 400	
Umán	29 200	
Valladolid	45 900	
Tizimín	44 200	
Progreso	35 550	
Ticul	31 200	
Calkiní/ Dzitbalché	25 300	
Tekax	23 650	
Hunucmá	22 800	
Motul	21 550	
Oxkutzcab	21 350	
Peto	18 200	
Izamal	15 150	
Chemax	12 800	
Maxcanú	12 400	
Muna	11 000	
Espita	10 800	

Chetumal y su hinterland (mapa 45)

El paisaje de nuestro segundo recorrido por la Cadena Caribeña repite al principio el del sur de Campeche, con sus características aguadas y su vegetación dominada por un denso bosque húmedo tropical. Éste está protegido en parte por la sección sur de la Reserva de la Biosfera de Calakmul, pero no se libra de un acelerado proceso de desforestación. Es notablemente plano, pero poco a poco se hace ligeramente más quebrado. Al llegar al extremo oriental, en una zona inmediata a las tierras del Caribe centroamericano, se encuentran cuerpos de agua mayores y más profundos, como las lagunas de San Felipe y Bacalar, y asimismo aparece de nuevo un verdadero río, el Hondo, que aunque pequeño anuncia el principio del espacio fisiográfico de diferente perfil que alberga a Belice. La vegetación natural se enriquece con la variedad que le brinda la multitud de ciénegas y pantanos que cubren los espacios más próximos al litoral. Éste vuelve a ser bajo y arenoso, y en su contorno se dibujan tres amplias bahías: la de Chetumal, compartida con Belice, y las de la Ascensión y del Espíritu Santo (que contornean la Reserva de la Biosfera de Sian Kan). A poca distancia, en el mar, se ubican los arrecifes coralinos conocidos en conjunto como Banco Chinchorro. Es uno de los puntos extremos de la geografía mexicana.

En este segundo recorrido nos toparemos con un escenario que lleva a su máxima expresión los rasgos de expansión que vimos asomarse en la región de Campeche. Pero a diferencia de Campeche, aquí no hallaremos un elemento antiguo o tradicional. La región también sufrió el colapso demográfico que siguió a la conquista española, pero este espacio en su mayor parte ya estaba despoblado y desarticulado mucho antes del siglo XVI, como lo atestiguan las ruinas de numerosas ciudades del periodo clásico maya que, sin sucesoras de ningún tipo, fueron paulatinamente cubiertas por la selva. Los españoles no encontraron motivo para penetrar en estas tierras, de manera que quedaron, para todos los efectos prácticos, fuera del espacio novohispano e igualmente, después, del nacional. Los ingleses ocuparon Belice desde el siglo XVII y tiempo después la línea divisoria con Guatemala se trazó desde un escritorio como una línea recta a lo largo del paralelo 17°50', como sobre un espacio imaginario. Así, la discontinuidad en el poblamiento de estas tierras es muchísimo más significativa que la que se pudiera hallar en cualquier punto de Coatzacoalcos, Tabasco o Campeche. Más aún, desapareció cualquier elemento de integración regional que pudiera haber habido en el pasado lejano. Lo que quedó en su lugar fue uno de esos espacios que hemos visto en otras partes de México (parte de la cuenca del Balsas, el Bolsón de Mapimí o el Desierto Central de Baja California) en los que no se forma un sistema regional. En esta parte del país sólo



Mapa 45

llegó a haber algunos asentamientos de familias mayas huidas de Yucatán, aisladas explotaciones chicleras y un par de puestos militares. La guerra de castas en Yucatán dio pie a nuevos núcleos de refugiados, pero su número fue demográficamente insignificante.

Esto habría de cambiar. Cuando se creó el territorio federal de Quintana Roo se le dio como capital el aislado asentamiento militar de Chetumal (antiguo Payo Obispo), que prosperó a la sombra del contrabando con Belice. Hacia 1960 se consideró oportuno abrir un par de brechas para conectar Chetumal con Tabasco y Yucatán. En su carácter de caminos de penetración, estas precarias brechas, convertidas

poco a poco en carreteras troncales y origen de numerosos ramales que se fueron abriendo a uno y otro lado, fueron el detonador de un proceso de colonización que atrajo gente de prácticamente todo el país y de América Central, inició el desmonte de los bosques y abrió una frontera agrícola y ganadera que no ha cesado su expansión. Chetumal se convirtió en una verdadera ciudad con actividades administrativas, comerciales y pesqueras, y su crecimiento ha sido secundado por otro antiguo puesto militar, Felipe Carrillo Puerto (antiguo Chan Santa Cruz). En sus respectivas áreas de influencia han crecido Bacalar y José María Morelos. Las pequeñas dimensiones de estos y otros asentamientos no deben ocultar el hecho de su extraordinario y rápido crecimiento; adicionalmente, diferencias entre los estados de Campeche y Quintana Roo respecto de su línea divisoria han motivado que una y otra parte, pero sobre todo la primera, fomenten la ocupación del territorio que reclaman. Decenas de zonas arqueológicas se han dispuesto para el turismo con gran efervescencia. Las vías de comunicación, precarias y limitadas cincuenta años atrás, tienden ahora una red bastante tupida sobre la mayor parte de estas tierras. Sólo hay que señalar como excepción que los procesos de poblamiento han sido un poco más leves hacia la parte más occidental y que se han quedado lejos de la franja divisoria con Guatemala (la mayor parte de la cual está bajo jurisdicción del Estado de Campeche) y de la costa del Mar Caribe, lo que por fortuna ha dado lugar a la oportuna delimitación de dos grandes reservas de la biosfera. No han frenado la expansión de la frontera de colonización, pero al menos la han controlado un poco.

Con lo anterior surgieron los elementos que permitieron fundar y desarrollar un sistema regional sobre un espacio que antes carecía de los atributos necesarios para calificarse como tal. Lo designamos con el nombre de su principal ciudad a falta de un nombre propio tradicional o convenido por sus pobladores. Pero no es el nombre lo que hace a una región. Lo que importa destacar es cómo un proceso de poblamiento acompañado de actividad económica destacada que resulta en un espacio cultural y funcionalmente distinto del de sus vecinos puede desembocar en la transformación o, como en este caso, en la creación de un sistema regional.

Población	*2005*
Chetumal	136 850
Felipe Carrillo Puerto	21 550
José María Morelos	10 450
Bacalar	9 850

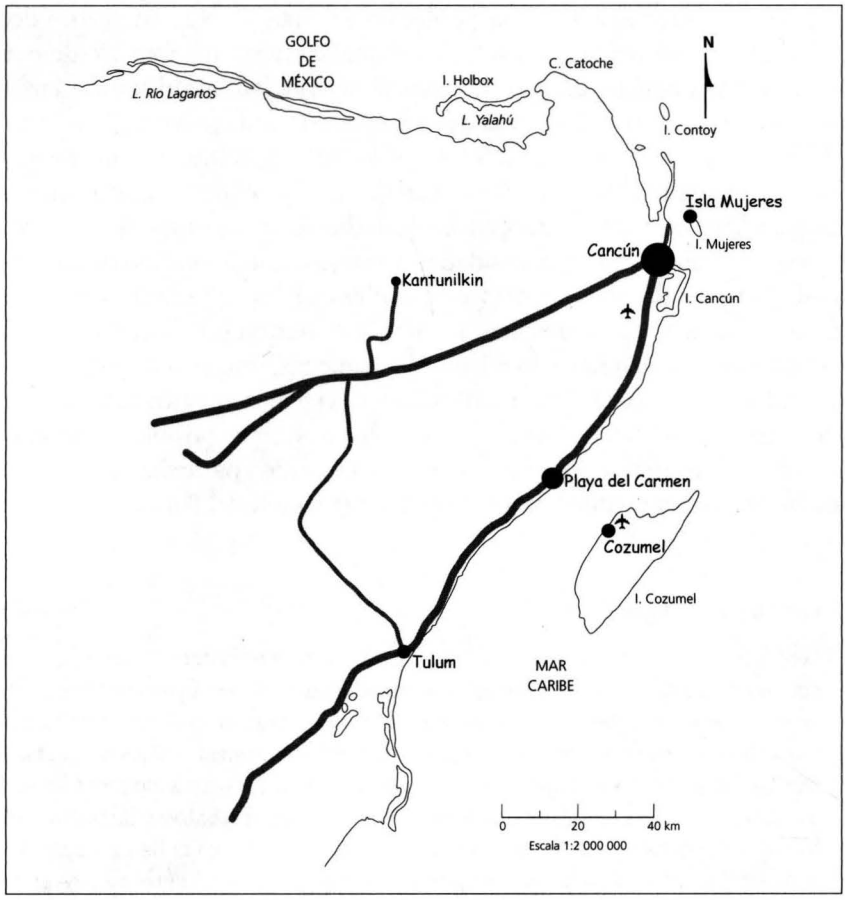
El proceso ha tenido repercusiones importantes en Belice, donde también se registra un

significativo crecimiento de la población a lo largo de las márgenes del Río Hondo, que sirve de frontera. Chetumal da frente a Belice, río de por medio, y la pequeña ciudad de Corozal se halla a corta distancia en la misma bahía. Pero, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las ciudades a lo largo de la frontera con Estados Unidos, la interacción es escasa y el comercio internacional muy modesto. Un pequeño centro comercial de libre acceso situado en suelo beliceño pero antes del control fronterizo cubre algunas necesidades o antojos de la población de Chetumal. Ninguno de estos elementos pesa más que las diferencias culturales y económicas entre los dos países, además de que en la conformación del espacio beliceño no hay precedentes hispánicos (aunque sí creciente presencia de población de habla española) y sí, en cambio, otros factores que no viene al caso referir aquí. Por estas razones no es posible considerar dentro del sistema regional de Chetumal a ninguna parte del vecino país del modo como hicimos, por ejemplo, en la región del Bajo Bravo.

Cancún y su hinterland (mapa 46)

Conforme nos dirigimos al norte de la península yucateca hallamos un ambiente ligeramente menos húmedo, vegetación natural más baja, menos áreas pantanosas y en cambio mayor densidad de cenotes, pero por lo demás no hay ningún cambio significativo en el medio físico, siempre plano, que se funde paulatinamente en el paisaje de la región propiamente dicha de Yucatán. El litoral del Mar Caribe, ya no tan recortado como en la de Chetumal, da lugar a algunos tramos rocosos enriquecidos con arrecifes coralinos que se prolongan hasta que el contorno de la península se quiebra bruscamente hacia el oeste en el Cabo Catoche para dejar el Mar Caribe y bordear el Golfo de México, donde el litoral (que ya visitamos) se vuelve bajo y arenoso. También aparecen lagunas y lenguas de tierra costaneras, algunas de las cuales se convierten en islas temporalmente como consecuencia de las mareas, las corrientes marinas o los huracanes, por ejemplo, las islas Cancún y Holbox. Por último, en este amplio espacio hay que incluir algunas verdaderas islas, ubicadas a poca distancia de la península, como las pequeñas Contoy y Mujeres (donde se halla el punto más oriental de la república) y, sobre todo, la de Cozumel, tercera de las islas mexicanas por su tamaño y la única considerable de las que están bañadas por aguas del Atlántico.

La última de las regiones que visitamos en la Cadena Caribeña reproduce en buena medida, y en un espacio más pequeño, las características de la anterior. Su historia es muy parecida, aunque nunca pasó por una etapa tan profunda y prolongada de despoblamiento, y la presencia española, aunque tenue y esporádica, dejó más huella. Los caminos de penetración,



Mapa 46

iniciados con la apertura de una ruta a los pequeños puertos que servían de enlace con las islas mexicanas del Mar Caribe (que se esbozaban como destinos de turismo), también tuvieron un papel en la apertura de polos de colonización. Al igual que ocurrió alrededor de Chetumal, aunque más tardíamente, surgieron elementos que permitieron fundar y desarrollar un sistema regional sobre un espacio que antes carecía de los atributos necesarios para calificarse como tal o era, en todo caso, un apéndice del encabezado por Mérida. Pero hasta aquí las similitudes. El detonador de la conformación y el desarrollo de esta región fue de naturaleza por completo diferente y el resultado ha sido un sistema estructurado de otra manera, alrededor de un centro único y extraordinariamente resaltante.

Cancún nació hacia 1970 en una de las islas costaneras del Caribe como enclave turístico diseñado para satisfacer la demanda del turismo masivo internacional. De hecho, en un principio, no fue mucho más que un conjunto de lujosos hoteles frente a playas casi vírgenes, algunas de ellas artificiosamente acondicionadas. Cerca, y no en la isla sino en tierra firme, se fundó un pequeño asentamiento de servicios. Pero el atractivo del lugar, al que se le añade la proximidad de algunas de las ruinas mayas más relevantes, aunado a la enorme derrama económica que generó, convirtió Cancún, en menos de dos décadas, en la segunda ciudad más poblada no sólo de la península sino de toda la Cadena Caribeña, poseedora también del segundo aeropuerto más activo del país. Con todo, debido en parte a que la ciudad se ha expandido relativamente lejos del área original, ha podido mantener su imagen de centro turístico. No deja de ser paradójico que la ciudad propiamente dicha de Cancún —cuyo nombre evoca una imagen de playas y trajes de baño— no tiene siquiera un malecón frente al mar. Ocurre aquí lo mismo que en otros centros turísticos de la misma naturaleza, que presentan una cara hacia el exterior y otra muy diferente hacia el interior.

Cancún amarra un pequeño conjunto de ciudades que refuerzan sus actividades turísticas y comerciales. Destacan por sobre todas Cozumel, en la isla del mismo nombre, y frente a ella Playa del Carmen, ciudad de meteórico crecimiento, réplica en pequeño y en versión más modesta del centro regional. Pero las demás son muy pequeñas y recalcan la estructura centralizada de la región. Algunas están acomodadas a lo largo de un corredor de instalaciones turísticas que se prolonga desde Isla Mujeres (que en la práctica es un suburbio de Cancún) y el litoral que le da frente, al norte, hasta Tulum, al sur, que ha prosperado a la sombra de una de las zonas arqueológicas más visitadas de México. Por otro lado, aparte del turismo, Cancún ha favorecido el desarrollo de un cinturón de nuevos asentamientos agrícolas y ganaderos, como Kantunilkin y muchos otros de menor tamaño, que se extienden principalmente al occidente hasta tocarse con las últimas poblaciones antiguas de Yucatán.

Población	*2005*	*Conurbación*
Cancún	526 750	586 300
Isla Mujeres	11 150	
Playa del Carmen	100 400	
Cozumel	71 450	
Tulum	14 800	
Kantunilkin	6 400	

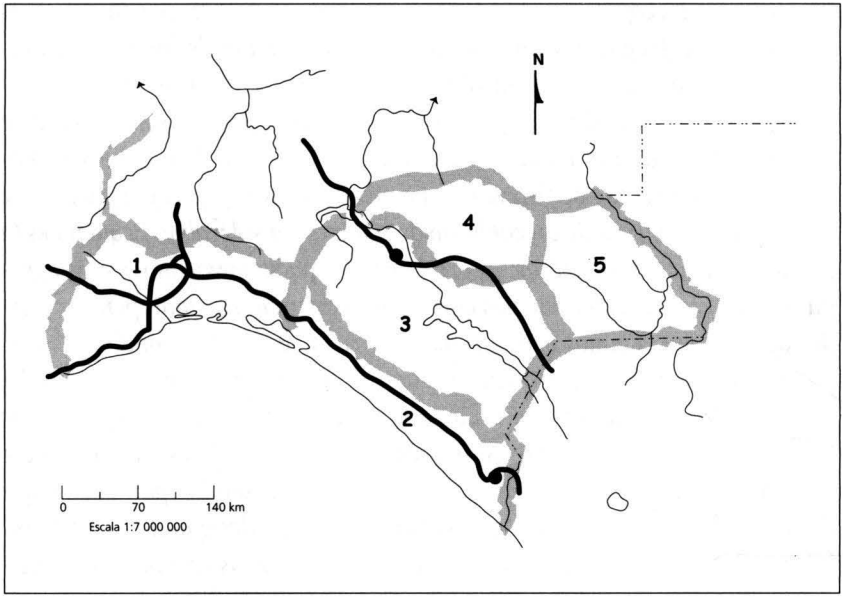
LA CADENA CENTROAMERICANA

Respecto de la Cadena Centroamericana deben señalarse las mismas razones expresadas acerca de la Caribeña para no equipararla con los espacios de las vertientes. Se trata de regiones cuya relación con el México Central ha tenido expresiones diferentes. Aquí, además, existe el precedente del predominio político y económico de Guatemala durante parte importante de su historia. Cuando Chiapas se integró políticamente a México tenía una estructura espacial influida por su experiencia colonial, diferente a la del resto del país. Así, la Cadena Centroamericana es un elemento pequeño pero complejo de la geografía mexicana. En rigor esa pequeñez es relativa, pues si omitimos la fragmentación que llevó a la formación de las naciones independientes de América Central y prestamos atención a los diversos elementos fisiográficos, históricos, culturales y de otro tipo que han amarrado o amarran el espacio comprendido de Tehuantepec a Costa Rica (y no debemos olvidar que todo él fue por breve tiempo integrante del Imperio Mexicano) se advertirá que se trata de un conjunto de tamaño considerable. Pequeña es la porción de él que hoy está incorporada en el espacio mexicano y su geografía, y es en este carácter que nos corresponde examinarla aquí, pero sin perder de vista que algunos aspectos de su estructura o su funcionalidad no se pueden explicar sin tener presente el conjunto centroamericano. En la Cadena Centroamericana también se advierte la disposición lineal, y no radial, de las rutas de intercambio, que establecen un enlace con el resto del país pero no específicamente con el México Central. Y hay que anotar, por último, que existe un cierto paralelismo —pero al mismo tiempo desigualdad y hasta incomunicación— entre las regiones de este conjunto y sus vecinas en la Cadena Caribeña.

Procederemos al examen de las regiones de esta parte del país haciendo tres recorridos paralelos. El **primero** *arrancará en Tehuantepec para seguir una ruta costera por el Soconusco. El* **segundo** *partirá de la región de Coatzacoalcos y se dirigirá con rumbo a Guatemala siguiendo una ruta interior por los Valles Centrales, y el* **tercero** *partirá de Tabasco y cubrirá los enlaces entre esta región y los Altos de Chiapas para concluir en los espacios de reciente colonización del Lacandón. El orden depende únicamente de la posición que*

cada parte ocupa en la Cadena, sin que de ello se derive el paso de espacios más antiguos o próximos al altiplano o más modernos o lejanos como ocurrió en nuestros recorridos por las Vertientes. Este tipo de sucesiones, como ya se dijo, no está presente en las Cadenas.

El orden descrito será el que nos guíe en las dos secciones principales de este capítulo. En la primera de ellas, inmediatamente a continuación de estas líneas, haremos un recorrido panorámico que nos permita conocer y evaluar las vías de comunicación y las conexiones entre unas regiones y otras. En la segunda sección, retomando el mismo orden, analizaremos con detalle los aspectos del medio físico y de la geografía humana de cada región en particular.



Regiones de la Cadena Centroamericana: **1.** Tehuantepec; **2.** Soconusco; **3.** Valles Centrales de Chiapas; **4.** Altos de Chiapas; **5.** Lacandón.

RECORRIDOS POR LA CADENA CENTROAMERICANA

NUESTRO **PRIMER** RECORRIDO POR LA CADENA CENTROAMERICANA se iniciará con una exploración de la región de Tehuantepec, examinando sus conexiones con Coatzacoalcos y el Valle de Oaxaca, y continuará a lo largo de una línea casi recta que se desprende de esa región y recorre el Soconusco de extremo a extremo hasta Tapachula y la frontera guatemalteca en el río Suchiate. Es el tramo más meridional de la carretera 200, la costera del Pacífico que hemos visitado en diversas regiones de la Vertiente respectiva, y de ella se desprenden cortos ramales que penetran un poco en las laderas de la Sierra Madre de Chiapas pero sin cruzarla, excepto por dos pasos ubicados uno al principio y otro al final. A su lado, también de extremo a extremo pero relativamente poco transitada, corre la única vía férrea que existe en la parte mexicana de la Cadena Centroamericana.

Nuestro **segundo** recorrido comenzará por echar mano de una de las rutas carreteras más modernas del país, abierta desde el extremo oriental de la región de Coatzacoalcos hasta el embalse de la Presa Nezahualcóyotl, el cual cruza por un puente para remontar en seguida la cuenca alta del río Grijalva. Inaugurada en 2003, ésta es la vía de comunicación más directa que se ha tendido jamás para establecer un lazo entre la Cadena Centroamericana y el México Central (aunque rodeando por las regiones de Coatzacoalcos y Sotavento). Aquí, ya en los Valles Centrales de Chiapas, entronca con carreteras más antiguas —una de ellas la "Carretera Panamericana" que ya hemos utilizado en otras ocasiones— y nos permitirá seguir nuestro trayecto hasta la frontera con Guatemala. Nos encontraremos también con algunos caminos más o menos paralelos y con ramificaciones secundarias que penetran en la parte sur de la cuenca cubriendo su parte más baja y las laderas septentrionales de la Sierra Madre de Chiapas. Casi todos éstos son caminos sin salida, excepto por dos pasos: uno se dirige al occidente (con dos variantes) y tiene ramificaciones hacia Tehuantepec y

el Soconusco; otro está orientado al sur y comunica también con el Soconusco muy cerca de la frontera.

El **tercero** de nuestros recorridos consistirá, de hecho, en un viaje en zigzag que nos llevará de los linderos meridionales de Tabasco, la región vecina en la Cadena Caribeña, a diversos puntos de los Altos de Chiapas —de Pichucalco a Bochil—, para luego regresar por una ruta un poco más al oriente —de San Cristóbal a Palenque— y concluir volviendo hacia el sur —de Palenque a la punta del territorio mexicano en la Zona Marqués de Comillas. Los dos primeros son caminos de montaña extremadamente sinuosos que por el lado norte se despliegan en plano inclinado por las cuencas de los ríos que desaguan en la parte central de Tabasco y por el lado sur bordean las partes más elevadas de los Altos de Chiapas. A su vera hay caminos más o menos paralelos pero de menor importancia, y otros permiten algunos limitados enlaces transversales. En el extremo sur el contacto con las rutas de los Valles Centrales es fácil y directo. El tercer camino, tramo final de todos nuestros recorridos, nos llevará por una carretera bastante recta, bien asfaltada y pudiera decirse que agresiva. Nos hará participar de golpe del gran impacto demográfico y ambiental que significa un camino de tal naturaleza en el corazón de un medio físico que hace cincuenta años se consideraba dominio de jaguares y monos. Si en muchos de nuestros recorridos nos hemos visto llamados a mirar hacia el pasado en busca de la comprensión de la geografía, en este último será inevitable que nos sintamos obligados a tratar de mirar hacia el futuro.

Tehuantepec (mapa 47)

Un rasgo fisiográfico muy llamativo individualiza el primer espacio regional que visitamos en la Cadena Centroamericana: su casi continuidad con la región de Coatzacoalcos, de la que en buena parte sólo la separan algunos lomeríos por los que corre casi imperceptible el parteaguas continental. Éste es el punto donde el continente se estrecha, como es bien sabido, para formar el istmo de Tehuantepec. Pero el parteaguas no se limita a esta parte baja sino que se prolonga a uno y otro lado por tierras de topografía muy accidentada que en varios puntos sobrepasan los 1 600 metros de altitud. Al occidente sirve de cabecera a la cuenca del río Tehuantepec hasta penetrar en la Sierra Mixe y dar inicio a la división entre las vertientes del Golfo y del Pacífico; al oriente marca la parte más alta de la Sierra Atravesada o de los Chimalapas a partir de la cual el parteaguas sigue en dirección a América Central, siempre a poca distancia del Océano Pacífico. Frente a éste, al sur del parteaguas, se extiende una franja estrecha de tierras llanas que se abren a uno y otro lado, pero sobre todo al oriente. Así, la región de Tehuantepec tiene un entorno serrano y otro costero. En el primero destaca la encerrada y árida cuenca media del río del mismo nombre —cuyos afluentes superiores recogen las aguas de parte de las sierras Mixe y de Miahuatlán— y una prolongación oriental de ésta, la Sierra de Nexapa, que obliga al río a dar un quiebre muy pronunciado. Ya se ha dicho que la Sierra Mixe es un punto de enlace fisiográfico entre la Vertiente del Golfo, la del Pacífico y las cadenas Caribeña y Centroamericana. Abajo, en las tierras llanas, se extiende una zona de riego gobernada por la Presa Benito Juárez, que recoge el caudal del Tehuantepec. El entorno costero de la región, célebre por los potentes vientos que barren sus suelos planos antes de estrellarse en la cara sur de la Sierra de los Chimalapas, es rico en tierras aluviales, pero gran parte de su espacio está ocupado por dos grandes lagunas costeras: primero el par que integran la Inferior y la Superior, y luego el Mar Muerto, que marca el principio de la región de Soconusco.

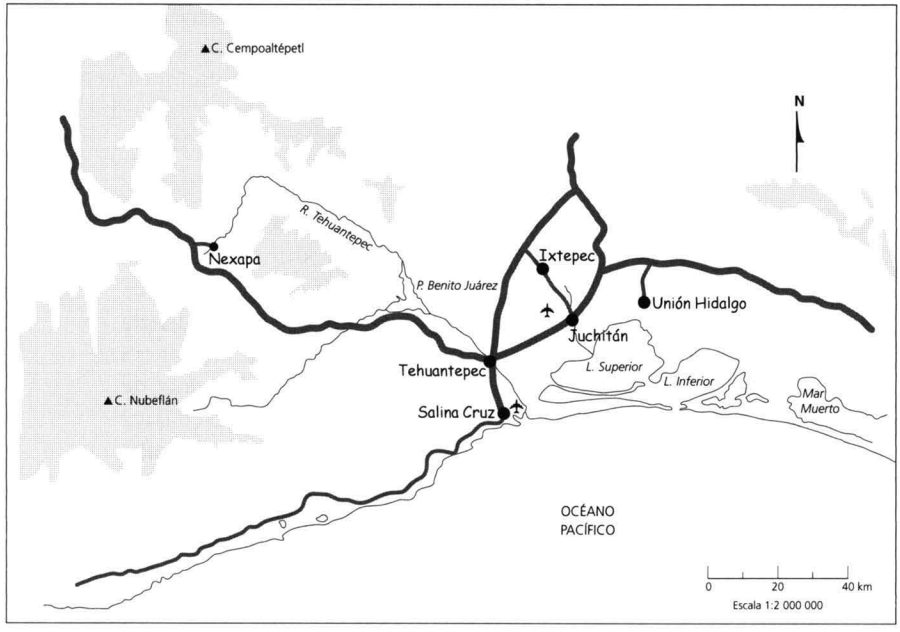
Tehuantepec es una región de conformación antigua, relevante en el mundo prehispánico, que se vio marginada después de la conquista conforme se enfriaron los nexos entre México y América Central —que habría de seguir una historia separada. Desligada del área de influencia de la ciudad de México, la de Guatemala conformó la suya de manera independiente incorporando en ella la provincia de Chiapa. El punto de fractura se ubicó entre ella y Tehuantepec, a consecuencia de lo cual esta última región quedó ubicada en uno de los extremos de la geografía mexicana y dependiente de Oaxaca. Esta situación cambió en el siglo XIX con la incorporación de Chiapas a la república, pero la marginación de Tehuantepec ya era un hecho y se mantuvo todavía por mucho tiempo.

Dos grandes proyectos de comunicación prometían poner la región en un primer plano de las redes globales de comunicación. El primero

fue el sueño de un enlace entre los océanos, que después de muchos proyectos fallidos se concretó en la construcción de un puerto y un ferrocarril a fines del siglo XIX. El puerto, Salina Cruz, creció hasta convertirse en la ciudad más poblada de la región y hoy vive de actividades pesqueras y un pequeño astillero. El ferrocarril ligó este puerto con el de Coatzacoalcos, al otro lado del istmo, y sirvió para enlazar una línea (precariamente mantenida) que se prolongó por el Soconusco a Guatemala. Pero hasta ahí llegó el impacto regional de los grandes proyectos interoceánicos.

El segundo proyecto fue el de la "Carretera Panamericana", realizado a mediados del siglo XX, parte de un plan continental del que ya hemos recorrido varios tramos, significativo para la región porque ésta era una de las pocas en el país a las que no llegaba la red carretera. Por primera vez hubo comunicación moderna con el Valle de Oaxaca y los Valles Centrales de Chiapas, negociando las pendientes de la cuenca del Tehuantepec a través de la Sierra de Nexapa, de modo que la región se pudo integrar un poco mejor en el espacio mexicano. Pero esto duró poco. El tránsito por ese eje troncal que ligaba México con América Cen-

Mapa 47



tral se redujo notablemente cuando se construyeron otros caminos trazados por vías por completo distintas, privilegiando la región de Coatzacoalcos pero no la de Tehuantepec.

La experiencia histórica de esta región le ha dado una identidad muy definida en la que resaltan varios elementos de tradición zapoteca y de cultura urbana. Muestra de esto último son las dos ciudades que consolidaron el espacio regional y encabezan su entramado social, Juchitán y Tehuantepec, coloniales por su origen y traza aunque poco relevantes arquitectónicamente. Alrededor de ellas, en un conglomerado de pequeñas localidades que se extiende tierra adentro, entre las cuales destaca Ixtepec, hay una población de campesinos tradicionales que mantienen una agricultura de subsistencia, salvo en las áreas de riego abajo de la Presa Benito Juárez, donde predomina el cultivo de la caña de azúcar. Del lado opuesto, hacia la Laguna Superior, merecen destacarse Unión Hidalgo, que es una fundación moderna, y sobre todo varios pueblos de pescadores artesanales de lengua huave —una de las colectividades humanas más singulares de México. Otra particularidad de esta zona son sus notables vientos, que se han tomado en cuenta desde 1994 para el desarrollo de energía eólica, pero todavía en pequeña escala.

El entorno serrano de Tehuantepec, encabezado por la pequeña localidad de Nexapa, sigue siendo una de las zonas más precariamente comunicadas en todo el país. De ella cabe decir lo mismo que anotamos respecto de la Mixteca Baja: que es marginada y poco conocida, y que está en vías de ser todavía más marginada y más desconocida. Para completar el panorama, colinda con dos espacios vecinos que no son menos pobres y marginados: la Sierra Mixe, que hemos analizado como una extensión de la Zapoteca, en la Vertiente del Golfo, y la de Miahuatlán, en la Vertiente del Pacífico.

El pequeño espacio interior de Tehuantepec que da frente a la Sierra de los Chimalapas no está menos marginado pero experimenta una dinámica diametralmente diferente. Se trata de un pequeño enclave antiguo que está siendo arrollado por un avance colonizador proveniente de las regiones de Coatzacoalcos y los Valles Centrales de Chiapas. Tal avance es en gran medida informal y va acompañado de

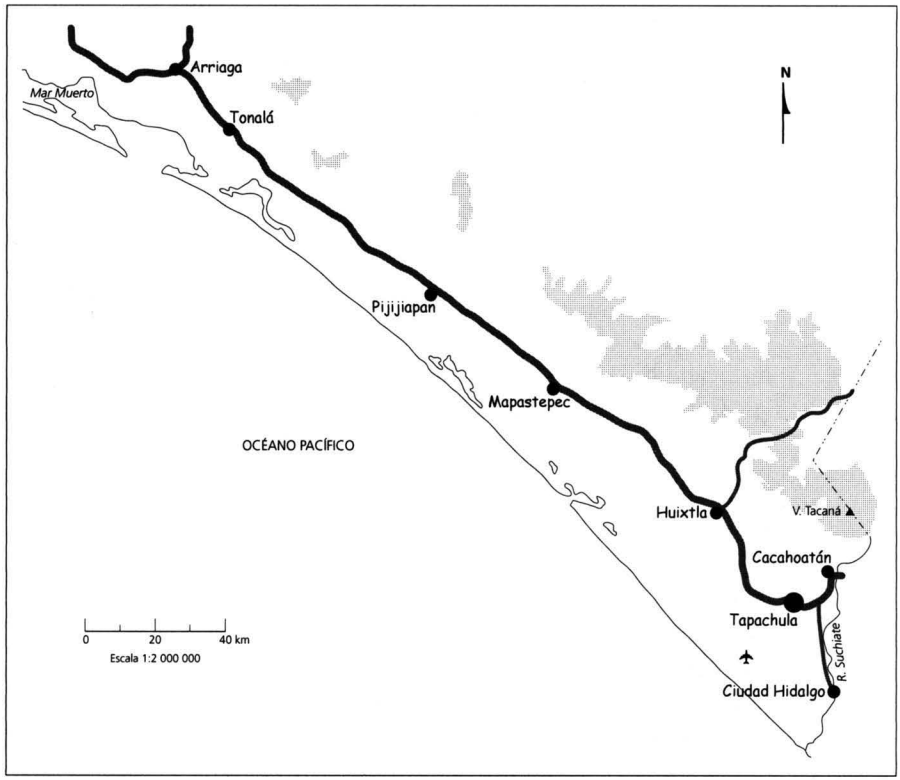
Población	*2005*
Salina Cruz	71 350
Juchitán	70 750
Tehuantepec	39 550
Ixtepec	23 700
Unión Hidalgo	12 850
Nexapa	1 900

graves problemas de propiedad, desforestación y violencia, pero está ocurriendo con tal ímpetu que es probable que en poco tiempo se haga necesario redefinir por esta parte el mapa regional. No sería de extrañar que Coatzacoalcos, que es una región extraordinariamente dinámica, gane espacio sobre su adormecida vecina.

No deja de ser paradójico que sean tan deficientes, o al menos anticuadas, todas las vías de comunicación que tocan una región supuestamente ubicada en un lugar crucial para las comunicaciones no sólo nacionales sino transoceánicas. La presencia de pequeños aeropuertos en Salina Cruz y Juchitán no compensa el hecho de que para ir de la ciudad de México a, por ejemplo, Juchitán, se requiere más tiempo en proporción a la distancia que para ir a cualquier otra ciudad de tamaño comparable o mayor. Quizá ha ocurrido que, en vez de dar a Tehuantepec el lugar que le corresponde en la geografía mexicana, se le ha empujado a formar parte de la quimera del "istmo".

Soconusco (mapa 48)

Soconusco, al que comúnmente se le dice también *el* Soconusco, es la prolongación de la llanura costera de Tehuantepec con dirección a América Central. Se trata de una tira angosta de tierra que en su parte más ancha apenas llega a los treinta kilómetros y en otras ni siquiera a veinte. Al sur tiene el litoral del Océano Pacífico, que es notablemente recto pero alberga pequeñas lagunas costeras. Sólo la primera de ellas, el Mar Muerto, es de tamaño considerable y puede contarse como continuación de las lagunas de Tehuantepec. Acompañando por el norte a todo esto, e iniciándose a la par que la región, se levanta la estrecha cadena de la Sierra Madre de Chiapas, que marca el lindero con los Valles Centrales que se extienden a su espalda. La pendiente es muy pronunciada y abre hacia la costa multitud de diminutos valles que dejan escurrir pequeñas corrientes de agua. Estas montañas rara vez rebasan los 1 500 metros, pero en el extremo oriental se elevan un poco más y culminan en el cono volcánico ligeramente activo del Tacaná (4 060 metros), la cumbre más alta de todo el México oriental y una de las más prominentes de América Central. La cordillera continúa en tierras de Guatemala, donde alberga una sucesión de hermosos volcanes, algunos de ellos activos. Entre litoral y montañas, la estrecha zona plana de Soconusco está surcada por áreas cenagosas, de modo que tiene poco terreno plano. Más arriba se suceden distintas capas de bosque húmedo tropical que culminan con la vegetación de altura que corona la cumbre del Tacaná: en ningún otro lugar de México se puede ascender en tan poca distancia de cero a cuatro mil metros y pasar en el trayecto por una gama tan grande de variaciones altitudinales en la vegetación.



Mapa 48

Arriaga y Tonalá son dos ciudades medianas que anuncian la entrada formal al Soconusco, si bien sus contactos con Tehuantepec son tan cercanos como los que tienen con otras localidades del propio Soconusco. Esto proviene de que esta región tiene una configuración bipolar, con dos núcleos principales de población y actividad económica en sus extremos pero un área relativamente vacía en medio. De hecho esta área central se conoció en la época colonial como el Despoblado, y las características de toda la región derivan en gran parte de su peculiar experiencia histórica. El Soconusco fue una de las metas más preciadas de la expansión de los mexicas, que valoraban sobremanera su producción de cacao, pero el desplome demográfico del siglo XVI lo condujo a una situación de casi total abandono. Luego se desarrolló de manera casi autónoma bajo el control de Guatemala y sólo gradualmente fue gravitando

hacia Chiapas hasta que se consolidó como parte del estado del mismo nombre. Aun así, su sistema regional se orientó siempre hacia uno u otro de los puntos que lo conectaban con el exterior: Tehuantepec al occidente, Guatemala al oriente. Los nexos con los vecinos Valles Centrales de Chiapas quedaron reducidos al mínimo, e igualmente se llevaron a cabo por los extremos. Esta disposición fue acentuada cuando se tendió a lo largo del Soconusco la vía férrea que enlaza ambos países. Pero, significativamente, no hubo antes de 1960 una carretera que permitiera trasladarse de Tehuantepec a Tapachula. En este sentido, el Soconusco se integró a la red nacional aun más tardíamente que Baja California. Se trata, sin duda, de una región cuya integración al espacio mexicano ha sido a todas luces peculiar.

Con estos antecedentes no es de extrañar que el Soconusco tenga una identidad muy bien definida y que la afirme frente a las otras regiones del Estado de Chiapas, no obstante que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se consolidaron los contactos y crecieron los intercambios de manera considerable.

Tapachula es, con mucho, el centro neurálgico de la región. No obstante que su ubicación en el espacio regional es totalmente excéntrica, funge como bisagra para el comercio con Guatemala y el resto del estado. Además, domina sobre la zona económicamente más productiva de la región, que son las pendientes de la Sierra, donde se extienden grandes plantaciones de café —cultivo que ocupa hoy día el lugar que siglos atrás perteneció al cacao.

Si bien Tapachula es la única ciudad mexicana que podría definirse como puerta a los países de América Central (descontando a Chetumal, que se halla en un contexto diferente), dista mucho de ser una población de ambiente fronterizo o estar animada por una cultura internacional. De igual modo, la casi insignificante Ciudad Hidalgo, en la ribera misma del Suchiate, delata su posición solamente porque por ella pasan convoyes de carga que transportan los diversos productos de un comercio no muy floreciente. A pesar de ello, esta parte del Soconusco está impregnada de la realidad centroamericana, que se deja ver no tanto en el medio urbano como en el rural. La presencia de trabaja-

Población	*2005*
Tapachula	190 000
Tonalá	32 000
Huixtla	30 450
Arriaga	23 150
Pijijiapan	15 450
Mapastepec	15 350
Cacahoatán	15 000
Ciudad Hidalgo	14 450

dores guatemaltecos, muchos de los cuales se emplean en el cultivo del café, es patente en poblaciones que no son rigurosamente fronterizas, como Cacahoatán. La frontera es muy porosa, especialmente conforme se remonta el Suchiate, que a los treinta o cuarenta kilómetros de su desembocadura es un pequeño arroyo. Un poco más adentro, las laderas del Tacaná están tapizadas de veredas que se recorren libremente en cualquier dirección, y los pobladores pasan sin mayor trámite de un lado a otro de la línea (que se reconoce por un simple desmonte de los árboles) como lo han hecho desde siempre. Este fenómeno se diluye al norte del Tacaná por la sencilla razón de que la población de ambos lados es mucho menor.

Todas las ciudades del Soconusco son muy pequeñas en comparación con Tapachula. Mapastepec y Pijijiapan presiden sobre los espacios principalmente ganaderos del centro de la región. Huixtla es el nodo de comunicaciones más activo con el resto del estado. Los puntos de contacto, como ya se vio, son limitados porque la Sierra marca un lindero muy visible.

Los Valles Centrales de Chiapas (mapa 49)

Desde su nacimiento hasta el punto en que negocia su paso por el Cañón del Sumidero, el río Grijalva está alojado en un recinto fisiográfico muy amplio pero igualmente recortado y de poca altura: la mayor parte está entre los 400 y los 800 metros sobre el nivel del mar. El río, que naturalmente corre por la parte más baja (denominada Depresión Central por algunos geógrafos), tiene que acomodarse a encajonamientos que hacen su curso muy quebrado y permiten represarlo, como se hizo en la Angostura, origen de uno de los dos embalses artificiales más extensos del país (el otro es el de la Presa del Infiernillo). El citado recinto está delimitado nítidamente al norte por el borde de los Altos de Chiapas, pero al sur está fragmentado por las estribaciones de la Sierra Madre de Chiapas que dan lugar a numerosas barrancas cuyos escurrimientos alimentan el Grijalva. El último de ellos, que forma el río de La Venta (que se origina en la Sierra de los Chimalapas), llega directamente a la Presa Nezahualcóyotl, más abajo del Sumidero. De ahí la formación más o menos nítida de una serie de valles, unos un poco más altos que otros, algunos relativamente planos y otros no tanto, y casi siempre muy diferenciados entre sí. Su conjunto constituye la región que visitamos ahora. Se trata de un espacio en general seco, pues está en zona de sombra de lluvia con respecto de ambos litorales, si bien los efectos de esta situación no soy muy acusados y se hacen sentir de manera intensa sólo en las partes más bajas y encerradas. Al sur, las estribaciones de la Sierra Madre son mucho más húmedas y albergan espacios con climas y vegetación muy variados.

Los Valles Centrales se distinguen entre las regiones de Chiapas por su población mucho mayor y el peso más notable de sus núcleos urbanos, si bien no fue siempre así. La región comenzó a perfilarse en la forma como la conocemos hoy a partir de que pasó a un primer plano económico dentro del contexto local durante la primera mitad del siglo XIX, si bien el hecho de desligarse de Guatemala y quedar en un extremo de la geografía mexicana se tradujo en un relativo aislamiento. El gobierno del estado se trasladó de San Cristóbal de las Casas a Tuxtla (que tiempo después adaptó su actual apellido con una eufonía rara en estos casos) y de ahí surgió una marcada rivalidad entre las dos ciudades, que todavía tienden a afirmarse culturalmente una frente a la otra, máxime que se hallan muy próximas. Las dos ocupan una posición excéntrica dentro de sus respectivos espacios regionales, pues Tuxtla está en el borde norte de su región y San Cristóbal en el extremo sur de la suya. Tuxtla tardó mucho en salir de su aislamiento y, por ejemplo, nunca llegó a disfrutar de los beneficios del ferrocarril. No fue sino hasta mediados del siglo XX que su situación cambió, pues la apertura de la multicitada "Carretera Panamericana", le brindó por primera vez un contacto expedito tanto con Guatemala como con el resto de México. A partir de este momento se aceleró su crecimiento, sostenido básicamente con actividades comerciales y de servicios.

Otros centros urbanos de los Valles Centrales incluyen, por una parte, el antiguo asentamiento de Chiapa propiamente dicha (hoy Chiapa de Corzo) y otras poblaciones consolidadas durante la colonia, como Comitán, San Bartolomé de los Llanos (hoy Venustiano Carranza), Ocozocuautla y Cintalapa, todas las cuales mantienen su tradición como puntos de comercio; por otra, una serie de localidades más modernas entreveradas con las anteriores, como Berriozábal y Las Rosas. Mención aparte merecen las áreas más meridionales de la región, donde se asienta Villa Flores. Este amplio espacio estuvo virtualmente deshabitado después del siglo XVII, pero se repobló a lo largo del siglo XX al abrigo de una intensa actividad ganadera y de producción de caña de azúcar.

Población	*2005*	*Conurbación*
Tuxtla Gutiérrez	490 500	576 900
Chiapa de Corzo	37 650	
Comitán	83 600	
Cintalapa	39 850	
Villa Flores	35 750	
Ocozocuautla	33 800	
Berriozábal	23 350	
Las Rosas	19 250	
Motozintla	17 550	
Las Margaritas	17 300	
Frontera Comalapa	16 900	
Venustiano Carranza	15 000	

En el extremo oriental, Motozintla, Frontera Comalapa y Las Margaritas son el punto focal

de dos actividades que, en sus respectivas esferas de acción, complementan el entramado regional de los Valles Centrales. Las dos primeras, aunque no están en una posición estrictamente fronteriza, son la expresión moderna de un pequeño comercio concentrado que ha sustituido los intercambios tradicionales llevados a cabo a lo largo de gran parte de la frontera guatemalteca, que en este punto es una línea recta y porosa que no afecta mayormente el espacio regional y que sin embargo coincide poco más o menos con sus límites funcionales. Hay que notar que el área por donde corre la línea divisoria está muy poco poblada y que del otro lado no hay ninguna población de consideración. La ciudad guatemalteca más cercana, Huehuetenango, ya se halla netamente dentro de un sistema regional diferente, el de los Cuchumatanes.

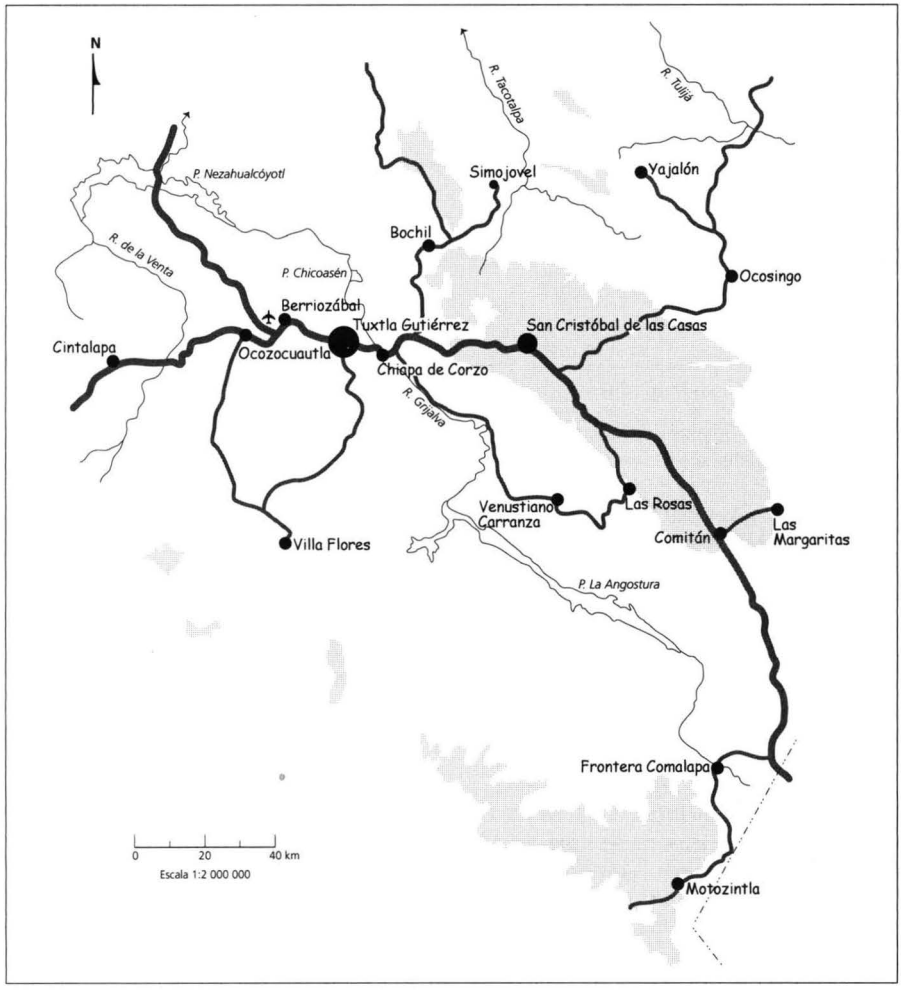
Las Margaritas (junto con Ocosingo, que juega un papel parecido en el contexto de los Altos) es una de las puertas de entrada a un área de intensa actividad colonizadora inaugurada a mediados del siglo XX en una zona inmediatamente a su oriente, en la cual se asentó población emigrada de los Altos, de otras regiones mexicanas y de Guatemala.

Los Altos de Chiapas (mapa 49)

Las cuencas del Grijalva y del Usumacinta tienen su origen en puntos casi inmediatos a la zona limítrofe entre Guatemala y México y desaguan juntos por una misma boca en el Golfo de México, pero sus derroteros son muy diferentes. El Usumacinta se dirige constantemente al noroeste por espacios siempre abiertos en busca de su desembocadura, pero el Grijalva se topa con espacios más cerrados y una difusa cadena de montañas relativamente aisladas que lo obliga a negociar un paso estrecho y espectacular (el Cañón del Sumidero, lleno ahora de agua por la Presa de Chicoasén). Pasado éste tiene que dirigirse al occidente, buscar otra salida (tras alimentar un embalse adicional, el de la Presa Nezahualcóyotl o de Malpaso), y finalmente trazar un gran arco para luego voltearse hacia el oriente en las tierras más bajas de Tabasco. Ahí se encuentra, primero, con afluentes que le llegan de esas mismas montañas pero por el lado opuesto (como el Tacotalpa y el Tulijá o Chilapa) y, por último, con el Usumacinta. La parte más elevada de esa cadena de montañas que se interpone en el curso del Grijalva —un poco por encima de los 2 500 metros— es la que da nombre a los Altos de Chiapas, pero la mayor parte de ella no es, en realidad, tan alta, y se despliega entre los 1 600 y los 800 metros. Se trata, pues, de un espacio de perfil serrano cuyas pendientes se orientan en su mayor parte hacia Tabasco. (De hecho, si siguiéramos un punto de vista estrictamente fisiográfico para la determinación de los espacios regionales, los Altos de Chiapas no serían otra cosa que el área serrana de Tabasco.) En contraste, la parte que da frente a los Valles Centrales de Chiapas presenta un borde brusco con pendientes pronunciadas y algunos farallones: de ahí la imagen de altura que proyecta por este flanco. El conjunto es muy lluvioso, con grandes desniveles y variedad de climas. Su vegetación natural abarca la gama de los bosques húmedos tropicales y culmina en zonas de coníferas.

Si los Altos de Chiapas reciben este nombre es por el influjo de la antigua Ciudad Real de Chiapas, hoy San Cristóbal de las Casas. Desde su fundación como capital provincial en el siglo XVI se hizo inevitable hacer notar su ubicación en uno de los puntos más altos de la provincia de Chiapa, a más de 2 000 metros de altitud, máxime que eso confirmaba su individualidad frente a otras poblaciones vecinas que competían por la preeminencia política y económica y consolidaban sus propios

Mapa 49



espacios regionales. San Cristóbal logró mantener sus privilegios durante la época colonial pero quedó dueña de un espacio regional reducido y poco dinámico. Sobre éste, sin embargo, ejerció un dominio casi total tanto en lo económico como en lo cultural. Esta área que tanto llegó a depender de la ciudad situada en lo alto llegó a ser conocida en conjunto como los Altos, a pesar de que prácticamente toda ella era mucho más baja.

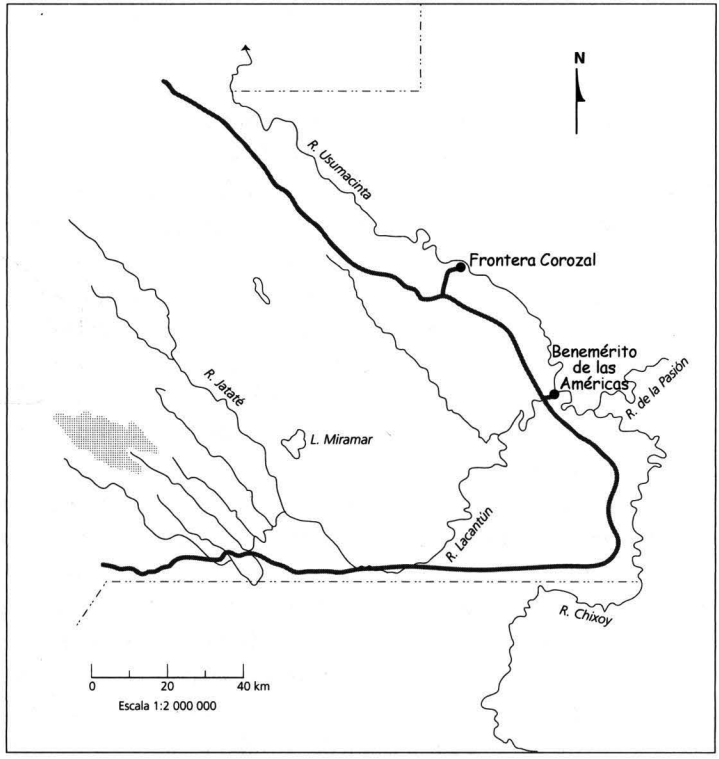
Población	*2005*
San Cristóbal de las Casas	142 400
Ocosingo	35 100
Yajalón	16 350
Bochil	11 000
Simojovel	9 600

Los Altos son una región de marcados contrastes no sólo por la gran disparidad que hay entre su única verdadera ciudad —ubicada en el borde sur de la región— y la gran cantidad de pequeñas poblaciones que tiene en su área de influencia, extendida sobre un gran arco que se despliega al norte, pero no al sur. De las que tiene más cerca, apenas una, Bochil (asentamiento moderno bien ubicado en las rutas comerciales), rebasa los diez mil habitantes. Otras dos de tamaño comparable, Simojóvel y Yajalón, más Ocosingo, que es un poco mayor, resultan hasta cierto punto excepcionales por estar en el extremo norte del conjunto y casi rozándose con Tabasco, con el que tienen contactos tradicionales. San Cristóbal acapara la mayor parte del comercio, los servicios y una muy lucrativa actividad turística, mientras que en su entorno se vive de agricultura de subsistencia y artesanías; goza, además, de buenas vías de comunicación al tiempo que la mayoría de las demás localidades sólo disponen de caminos secundarios, de trayecto sinuoso, con grandes tramos sin pavimento, pocas conexiones entre sí y a veces sin salida. Los contrastes también son evidentes en el entramado cultural de la región, pues frente al perfil mayoritario, de raíz maya y de habla tzeltal y tzotzil (y en menor medida chol y tojolabal), sólo San Cristóbal, y hasta cierto punto Ocosingo, tienen un núcleo importante de población no indígena. Además, en ambos grupos culturales hay una inclinación notable a conservar elementos tradicionales y poca disposición a interrelacionarse. El rezago económico sufrido por la región durante muchos años perpetuó el desequilibrio y desalentó las actividades industriales. No es de extrañar que los Altos de Chiapas hayan sido escenario a lo largo de su historia de varios conflictos de índole social, ni que una parte considerable de su población prefiera emigrar hacia otras regiones de Chiapas o hacia las áreas de colonización que se abren al oriente de Ocosingo y son conocidas en conjunto como las Cañadas.

En las Cañadas se asentó a partir de mediados del siglo xx una población que reprodujo algunas de las estructuras sociales de los Altos. Este fenómeno de reproducción social es muy singular porque, siendo en lo esencial muy moderno, ha desembocado en la reinterpretación fundamentalista de rasgos culturales indígenas. El proceso ha sido llamativo más que nada por la relevancia que adquirió tras los acontecimientos políticos de 1994, de los cuales lo que interesa señalar aquí, por sus implicaciones geográficas, son ciertos enclaves en los que se ha reclamado o hecho valer la conformación de un espacio explícitamente excluyente que demanda autonomía o impone elementos de soberanía territorial. Naturalmente, la conflictiva situación de los Altos y sus áreas vecinas ha desembocado en la alteración o la ruptura de diversos rasgos funcionales de esta parte de la región y de sus vecinas: por ejemplo, se han reubicado circuitos comerciales y se han frenado desplazamientos estacionales de trabajadores agrícolas.

El Lacandón (mapa 50)

El punto final de nuestros recorridos es un espacio que en su mayoría está delimitado por ríos. Su parte medular es la cuenca del Jataté, que desciende de los Altos de Chiapas en dirección noroeste a sureste y que, junto con otras corrientes de curso paralelo, da origen al Lacantún. Éste traza un inmenso semicírculo al final del cual se encuentra con el Usumacinta, que corre en dirección opuesta y se ha enriquecido con los caudales del Chixoy, proveniente de los Cuchumatanes, y del Río de la Pasión, nacido en el Petén. Reunidas así, todas las aguas de este enorme espacio entran por un único punto en la región de Tabasco. La tortuosa disposición de las corrientes está determinada por una serie de cadenas montañosas de poca altura que se desprenden de los Altos en forma paralela y que concluyen en terrenos ligeramente ondulados que albergan pequeñas lagunas, la mayor de las cuales es la de Miramar. Este espacio estuvo completamente cubierto por un denso bosque húmedo tropical hasta hace unos cincuenta años, y de ahí que se le conociese popularmente como Selva Lacandona, nombre que le dieron los exploradores de la primera mitad del siglo xx. Pero ya no es así. En la actualidad, la selva sólo ocupa manchones dispersos más o menos discontinuos, así como la mayor parte de la Reserva de la Biosfera de los Montes Azules y otras áreas (relativamente) protegidas. El resto ha sido desmontado y convertido en pastizales o sembradíos, muchos de los cuales son abandonados al poco tiempo debido a su pobre rendimiento, lo que ha dado por resultado que buena parte de la cubierta vegetal que hoy se ve sea tan sólo de bosque secundario. El proceso se ha desarrollado con velocidad pasmosa, sobre todo a lo largo de las vías de comunicación que se abrieron, y sigue avanzando con rapidez. El nombre de Selva Lacandona, a pesar de su popularidad, debe descartarse de la geografía del presente y acomodarse en la de los recuerdos.



Mapa 50

El elemento de unidad en este espacio tan amplio es su tenue poblamiento y, en consecuencia, la falta de sustento para un entramado regional, aunque esto es algo que apunta a un posible cambio en un futuro aún incierto. Pero por lo pronto el Lacandón (tal es su nombre original) debe sumarse a esos espacios mexicanos que no han merecido ser definidos como verdaderas regiones. De todos ellos era hasta hace poco el más vacío de ocupación humana, más incluso que el Desierto Central de Baja California. Así había permanecido desde el colapso de las ciudades del periodo clásico maya alrededor del siglo IX, y aunque después albergó alguna población, ubicada especialmente hacia el norte y en el contiguo Petén, no fue muy numerosa. La ocupación española llegó tarde, a fines del siglo XVII, y las epidemias subsecuentes consumaron el desplome demográfico y motivaron algunos movimientos poblacionales, en particular de grupos mayas de origen yucateco que se mudaron al Lacandón en el siguiente siglo y son el origen del reducido número de pobladores "lacandones", que

Población	2005
Benemérito de las Américas	6 400
Frontera Corozal	4 100

eran casi los únicos habitantes de la zona hasta mediados del siglo XX. La espesa cubierta vegetal impedía el paso y sólo con grandes esfuerzos se lograba aclarar un pedazo de selva para un espacio habitable. Las actividades tradicionales de la selva nunca dieron para sostener más que asentamientos irregulares, y lo mismo debe decirse de la explotación chiclera y maderera, por más que esta última se intensificó en los últimos años del siglo XIX por la extracción selectiva de maderas preciosas, especialmente caoba. Junto a estas actividades se llevó a cabo el deslinde de tierras y la delimitación de la frontera internacional, que nadie había definido hasta ese momento. De uno de esos deslindes, base de una de tantas concesiones madereras, se deriva el nombre —Zona Marqués de Comillas— que aún conserva el vértice del territorio mexicano entre los ríos Lacantún y Chixoy. Reclamada por Guatemala, esa zona quedó dentro del país una vez que la frontera se fijó en 1888, no sin agrias discusiones y algunos enfrentamientos.

El hallazgo de las ruinas mayas de Bonampak en 1956 fue considerado en su tiempo como un avance importante en el descubrimiento de lo que se consideraba un espacio desconocido en el que, aparte del puñado de lacandones que vivía en caseríos dispersos, sólo podían entrar exploradores intrépidos. No obstante, había cierto movimiento de lanchas por los ríos y en el Usumacinta se llevaba a cabo un modesto comercio de productos guatemaltecos.

El escenario cambió totalmente con unos programas de colonización auspiciados por el gobierno mexicano por esos mismos años. Al abrigo de éstos, y a partir tanto de Tabasco como de la zona de las Cañadas en los Altos de Chiapas, madereros, ganaderos y campesinos fueron desmontando metro tras metro la mayor parte de la cubierta vegetal. A la cuenta hay que añadir un número considerable de refugiados guatemaltecos (posteriormente reubicados en Campeche). El proceso se aceleró con la dotación de tierras y la apertura de caminos, en especial uno que se abrió hacia 1985 por razones supuestamente estratégicas siguiendo el vértice del territorio nacional a muy corta distancia de la línea divisoria con Guatemala y cerca de los ríos Chijoy y Usumacinta. Naturalmente, esta absurda ruta es impráctica para comunicar sus puntos extremos —Comitán (en los Valles Centrales de Chiapas) y Palenque (en la región de Tabasco)— pero ha sido una excelente vía para remachar y consolidar el proceso de colonización. Éste se ha frenado un poco en fechas

recientes, debido en parte a los esfuerzos por establecer zonas de protección, pero en su lugar se ha magnificado el crecimiento de las localidades establecidas. Así, el Lacandón cuenta con algo que no se había visto en sus tierras desde el siglo IX: concentraciones urbanas, si es que así se puede definir, con cierta tolerancia, a Benemérito de las Américas y Frontera Corozal (antes Frontera Echeverría), que funge también como precario puesto fronterizo frente a un camino que penetra el Petén. Ninguno de estos lugares, por fortuna, tiene el potencial de crecer como Chetumal o Cancún..., por ahora. Pero no se olvide que éstos también surgieron de la nada hace pocos años, y que en poco tiempo encabezaron sendos sistemas regionales tejidos sobre tierras que poco atrás también habían sido selva.

Del otro lado de la frontera, el Petén se extiende por un espacio mayor y está menos poblado y mucho menos comunicado; también su desforestación es mucho menor. Lacandón y Petén fueron, en rigor, una unidad vagamente diferenciada, pero sus experiencias históricas en los tiempos recientes han dado por resultado una separación que es tan impráctica como contundente. Una parte de la frontera internacional está marcada por una línea recta trazada sobre el paralelo 16°5' que comparte características con otras líneas de este tipo, excepto que ha experimentado la proximidad de una de las zonas de mayor violencia política en Guatemala. La otra, en cambio, está determinada por los ríos Chixoy y Usumacinta, que tradicionalmente fueron vías de comunicación y no fronteras. Luego fueron ambas cosas. Pero ahora, con las carreteras y el establecimiento de puntos de paso controlado, su papel en la organización del espacio está dando un giro de 180 grados. No es difícil imaginar el día en que estos ríos, otrora arteria fundamental de un espacio casi inaccesible y apenas controlados transversalmente en algunos puntos, se conviertan en un borde crítico, controlado longitudinalmente y cerrado a la navegación como no sea para algunas embarcaciones de recreo.

Pero habrá que preguntarse qué tan recreativos podrán ser los recorridos a lo largo de unos ríos que a cada paso den testimonio de la destrucción de los bosques y el aniquilamiento de los animales. Lo que hubiera brindado una experiencia única en el país, e incluso en el mundo, se está convirtiendo en un paisaje más o menos como el de cualquier otra parte que tenga el mismo clima. Quienes conocieron el Lacandón cuando era selva no desean regresar para verlo en el estado en que se halla ahora, y quienes lo vean ahora por primera vez no quedarán particularmente impresionados. Historia y geografía darán la respuesta en un futuro próximo.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Abasolo (Gto.), 69-71
Abasolo (o Santillana, Tams.), 264, 265
Abreojos (punta), 248, 250
Acajete, 47-49
Acalán (provincia), 291
Acámbaro, 69-71
Acaponeta, 224, 225
Acaponeta (río), 209, 223, 225
Acapulco, 127, 128, 131, 136, 137, 161-165, 167, 170
Acatlán, 128, 137, 139
Acatzingo, 47-49
Acayucan, 287-289
Actopan, 52, 59
Actopan (río), 92, 93
Acultzingo, paso de, 87
Acuña, *véase* Ciudad Acuña
Adolfo Ruiz Cortines (o Mocuzari, presa), 229, 230
Agua Dulce, 287-289
Agua Prieta, 222, 233, 235
Aguamilpa (presa), 158, 159
Aguanaval (río), 180, 181, 203, 205
Aguascalientes (ciudad), 45, 82, 122, 175, 177
Aguascalientes (estado), 81
Aguascalientes (región), 42, 68, **81**, **82**
Aguascalientes (río), 81
Aguayo (o Ciudad Victoria), 177, 261, 263-265
Aguililla, 147-149
Ahome, 228, 229
Ahuacatlán, 99
Ajalpan, 47-49
Ajuchitlán, 144, 145
Ajusco (cerro), 43, 52, 125, 128
Alacrán (arrecife), 296
Álamo, 99, 101, 102
Álamos, 229, 231, 232, 234
Alchichica (cráter), 46, 47
Aldama (Chih.), 190, 191
Aldama (o Presa del Rey, Tams.), 264, 265
Alemán, *véase* Ciudad Alemán
Aljojuca (cráter), 46, 47
Allende (Coa.), 272, 275
Allende (NL), 267, 268
Allende (Ver.), 287-289
Allende, San Miguel (o el Grande), 69, 70
Allende, Valle de, 185, 188
Alta California, 21, 160
Altamira, 119-121
Altamirano, *véase* Ciudad Altamirano
Altar (o del Pinacate, desierto), 236
Altata (bahía), 225, 226
Altepexi, 47-49
Alto Lucero, 93, 94
Alto Uspanapa, 289
Alto, Apaseo el, 69-71
Alto, Atotonilco el , 73, 74
Alto, San Miguel el, 78, 80
Altos de Chiapas (región), 30, 34, 279, 284, 291, 293, 309, 310, 312, 319, **321-324**, 326

Altos de Jalisco (región), 42, 68, 71-73, **77**, **78**, 79, 81
Altotonga, 98, 99
Alvarado, 110-112
Álvaro Obregón (u Oviáchic, presa), 229, 230
Amacuzac (río), 133, 136, 137, 140, 141
Amajac (río), 113, 115
Amatepec, 143, 144
Ameca, 74, 76
Ameca (río), 74, 75,158, 159
Amecameca, 52, 54, 55
América Central, 24, 286, 294, 302, 309, 313, 315, 316, 318
Amistad, de la (presa), 269, 272, 274, 275
Amozoc, 47, 48
Anáhuac, 190
Angangueo, 142-144
Ángel de la Guarda (isla), 249, 250
Angostura, de la (presa), 319, 322
Antequera, *véase* Oaxaca
Antigua, de la (o Jalcomulco, río), 92-94
Apan, 52, 55
Apan, Llanos de, 51, 55, 59, 87
Apaseo el Alto, 69-71
Apatzingán, 129, 150-152
Apizaco, 47-49
Apodaca, 267, 268
Apulco (río), 97, 99
Aquismón, 117
Arandas, 78, 80
Arcas, Cayos (arrecife), 296
Arcelia, 144, 145
Arenas, Cayo (arrecife), 296
Ario, 151, 152
Arizona, 222, 232, 234-236, 238-240
Armería, 154-156
Armería (río), 28, 153-157
Aros (o Papigochi, río), 189, 191, 212, 232, 233
Arriaga, 317, 318
Arteaga, 147-149
Ascensión, 190-192
Ascensión (bahía), 300, 301
Atenco, 52, 57
Atengo (o Huaynamota, río), 180, 181, 208, 209
Atizapán, 52, 53, 55
Atlacomulco, 52, 57, 58
Atlixco, 47-49
Atotonilco (laguna), 74, 75
Atotonilco el Alto, 73, 74
Atoyac, 162-164
Atoyac (Oax., río) 61, 62, 131, 132, 168, 169
Atoyac (Pue., río), 46, 47, 136-138
Atoyac, Sierra de, 146, 161, 163
Atravesada (o de los Chimalapas, sierra), 286, 313, 315, 319
Atzompa, 61, 63
Autlán, 130, 156, 157
Autopan, 52, 57
Axochiapan, 134, 135, 137
Ayutla, 165-167
Azúcar, del (o Marte R, Gómez, presa), 268, 269

Bacalar, 301, 302
Bacalar (laguna), 300, 301
Badiraguato, 225-227
Bahía Kino, 233-235
Baja California (península), 127, 164, 221, 224, 230, 236, 238, 240, 243, 248, 249, 262, 318
Baja California, Desierto Central de, 35, 244, **248-251**, 300, 325
Bajío, el (región), 18, 30, 31, 33, 34, 42, 56, 64, 65, 67, **68-71**, 72, 73, 77-79, 89, 116, 197, 199
Bajo Bravo (región), 30, 176, 253,

258, 259, 261, 262, 264, 268, **269-271**, 303
Balleza (río), 185, 187, 188
Balsas (o Mezcala, río), 46, 127, 128, 131-133, 135-138, 140, 141, 144-148, 150-152, 155, 161-163, 168
Balsas, Cuenca del, 34, 35, 125-129, 131, **135-137**, 138, 140-142, 144-149, 153, 163, 300
Balsas, Tierra Caliente del, *véase* Tierra Caliente del Balsas (región)
Baluarte (río), 223, 225
Banderas (bahía), 158, 159, 161
Barca, La, 73, 74
Barrancas, las (región), 34, 42, 45, 77, **79-81**, 82, 179, 180, 183, 210
Barrancas, Plan de, 130
Batopilas, 179, 212, 213
Batopilas (río), 211, 212
Bavispe (río), 189, 191, 232, 233
Bejucos (río), 141, 144
Belice, 285, 298, 300-303
Benemérito de las Américas, 325, 326
Benito Juárez (presa), 313-315
Berriozábal, 320, 322
Big Bend, 194, 196
Blanco (río), 90, 110
Blanco, Peñón, 184-186
Bobos (río), 97, 99
Boca del Río, 93, 95, 96
Bochil, 312, 322, 323
Bolaños (o Mezquitic, río), 79, 80, 180, 181, 208, 209
Bolaños (sierra), 79, 208
Bolaños, Tuxpan de, 179, 209, 210
Bolsón de Mapimí (*véase* Mapimí, Bolsón de)
Bonampak (ruinas), 326
Boquilla, de la (o Laguna Toronto, presa), 205, 206
Boquillas del Carmen, 195, 196, 262
Bravo (río), 176, 191-196, 206, 258, 262, 265, 266, 268, 269, 271, 272, 274
Bravo, Bajo, *véase* Bajo Bravo
Bravo, Valle de (o Temascaltepec del Valle), 142-144
Brawley, 237, 239, 240
Brownsville, 268, 270
Bucerías, 159-161
Burro, del (sierra), 195, 274
Bustillos (laguna), 189, 191

Cabo Rojo, 119, 120
Cabo San Lucas, 247, 248
Caborca, 233, 235, 236
Cabos, Los, 164, 247
Cacahoatán, 317-319
Cadereyta, 267, 268
Cajititlán (laguna), 74, 75
Cajón, El (presa), 158, 159
Cajonos (río), 105, 106, 108
Calakmul (Reserva de la Biosfera), 294, 300
Calera, 181, 182
Calexico, 237, 239
California (EUA), 239, 240, 251-253
California, Golfo de, 127, 221, 222, 227, 230, 236, 238, 240, 243, 245, 249
California, *véase* Alta, Baja California
Calkiní, 297, 299
Calpulalpan, 52, 55
Calvillo, 82
Camargo (o Santa Rosalía, Chih.), 195, 205, 207
Camargo (Tams.), 268, 270
Camino de Tierradentro, 20, 78, 81, 173, 175, 177, 179, 181, 183, 188, 195, 198, 201, 203, 204, 226, 261
Camino de Topia, 186, 226, 227
Camino, Santa Lucía del, 61, 63
Campeche (ciudad), 294-296
Campeche (estado), 293, 294, 299, 302

Campeche (región), 35, 280, 281, 283, 284, 291, **294-296**, 298, 300, 326
Campeche, Sonda de, 292
Cananea, 222, 233, 235
Canatlán, 184, 185
Cancún (ciudad), 164, 247, 304, 305, 327
Cancún (isla), 303, 304
Cancún (región), 31, 34, 35, 280, 281, **303-305**
Candelaria (río), 291, 294, 295
Carmen, del (isla), 290, 291
Cañada, la (región), 35, 45, 46, 60, 86, 88, **102-106**, 113
Cañadas, Las, 323, 324, 326
Cañitas (estación), 178
Capulhuac, 52, 57
Caracol (presa), 136, 137
Carácuaro, 147
Cardel, *véase* Villa Cardel, 93, 95, 96
Cárdenas (SLP), 198, 199
Cárdenas (Tab.), 291, 293
Caribe, Mar, 19, 23, 279, 284, 285, 300, 302-305
Carlos A, Carrillo (o San Cristóbal), 110, 111
Carmen (isla), 249, 250
Carmen, Ciudad del, 291, 293
Carmen, del (río), 189, 191
Carmen, del (sierra), 274
Carmen, Pico del (o Centinela, cerro), 194
Carmen, Playa del, 304, 305
Carmen, Sierra del, 194
Carretera 15, 221
Carretera 45, 45, 175
Carretera 57, 177
Carretera 80, 45
Carretera 90, 45
Carretera 180, 283
Carretera 186, 284
Carretera 200 (o carretera costera de Pacífico), 129, 130, 131, 132, 149, 165, 311
Carretera Panamericana, 45, 89, 114, 117, 138, 169, 261, 311, 314, 320
Casas Grandes, 234
Casas Grandes (río), 189, 191
Casimiro Castillo, 156, 157
Castaños, 272, 273
Catemaco, 110-112
Catemaco (lago), 109, 110
Catoche (cabo), 303, 304
Catorce, 199, 200
Catorce, El, 289
Cayo Arenas (arrecife), 296
Cayos Arcas (arrecife), 296
Cazones (o San Marcos, río), 97, 99, 100
Ceboruco (volcán), 158, 159
Cedral, 198-200
Cedros (isla), 249, 250
Celaya, 69, 70
Celestún (laguna), 296, 297
Cempoaltépetl (cerro), 105, 106, 108, 314
Centinela (o Pico del Carmen, cerro), 194, 195
Centroamérica, *véase* América Central
Cerralvo, 267, 268
Cerralvo (isla), 249, 250
Cerritos, 198, 199
Cerro Azul, 99, 101, 102
Cerro de Oro (presa), 88, 106, 109, 110
Chalchicomula (o Ciudad Serdán), 47, 48, 50
Chalco, 52, 53, 55
Champotón, 295, 296
Champotón (río), 294
Chan Santa Cruz (o Felipe Carrillo Puerto), 301, 302
Chapala, 74, 76

Chapala (lago), 27, 71-76
Chapala, Ciénega de, *véase* Ciénega de Chapala
Charcas, 198-200
Chemax, 297, 299
Cherán, 65-67
Chetumal (bahía), 300, 301
Chetumal (o Payo Obispo, ciudad), 284, 285, 295, 301-304, 327
Chetumal (región), 31, 34, 35, 280, 281, 284, 300
Chiametla, 223
Chiapa de Corzo, 320, 322
Chiapas, 24, 284, 288, 290-292, 318, 320, 323
Chiapas (estado), 293, 309, 313, 318
Chiapas, Altos de, *véase* Altos de Chiapas
Chiapas, Ciudad Real de (o San Cristóbal de las Casas), 311, 320, 322, 323
Chiapas, Depresión Central de, 319
Chiapas, Sierra Madre de, *véase* Sierra Madre de Chiapas
Chiapas, Valles Centrales de (región), 309-311, 314, 315, 318, **319-321**, 326
Chiautempan, 47-49
Chicharrona, La (entronque), 178
Chichihualco, 137, 140, 141
Chichonal (volcán), 290, 291
Chicnauhtécatl (o Nevado de Toluca, volcán), 43, 44, 52, 56, 68, 128, 129, 141, 144
Chicoasén (presa), 321, 322
Chicontepec, 115, 118
Chignahuapan, 98, 99
Chihuahua (ciudad), 175, 176, 178, 179, 189-192, 196, 206, 211, 222, 228
Chihuahua (estado), 184, 187, 190, 228, 230
Chihuahua (región), 173, 174, 178, 187, 188, **189-192**, 194, 206, 212, 222, 230, 232
Chihuahua al Pacífico, *véase* Ferrocarril Chihuahua al Pacífico
Chilapa, 137, 140, 141
Chilapa (o Tulijá, río), 290, 291, 321, 322
Chilpancingo, 128, 137, 140, 141, 146
Chimalapas, 289
Chimalapas, de los (o Atravesada, sierra), 286, 313, 315, 319
Chimalhuacán, 52, 53, 55
Chinchorro, Banco (arrecife), 300, 301
Chínipas (río), 211, 212, 228, 229
Chínipas, 179
Chixoy (río), 324-327
Choix, 228, 229
Cholula, 47, 48
Chontalpa, 290
Chuvíscar (río), 189, 191
Cíbola, 233
Ciénega de Chapala (región), 33, 42, 68, **71-74**, 75, 77
Cihuatlán, 154-156
Cintalapa, 320, 322
Citlaltépetl (o Pico de Orizaba), 27, 43, 46, 47
Ciudad Acuña, 272, 275, 276
Ciudad Alemán, 111
Ciudad Altamirano (o Pungarabato), 128, 144, 145
Ciudad Constitución, 247, 248
Ciudad Cuauhtémoc, 190, 191
Ciudad del Carmen, 291, 293
Ciudad del Maíz, 198-200
Ciudad Díaz Ordaz, 268, 270
Ciudad Fernández, 198, 199
Ciudad Guerrero, 190-192
Ciudad Guzmán (o Zapotlán), 74, 76, 77

Ciudad Hidalgo (Chis.), 317, 318
Ciudad Hidalgo (o Tajimaroa, Mich.), 143, 144
Ciudad Insurgentes, 247, 248
Ciudad Juárez, 175, 176, 191-193, 222, 253, 269, 275
Ciudad Lerdo, 204, 205
Ciudad Madero, 119-121
Ciudad Mante, 261, 264, 265
Ciudad Mendoza, 91, 93
Ciudad Miguel Alemán, 268, 270
Ciudad Obregón (o Cajeme), 229, 231
Ciudad Porfirio Díaz, *véase* Piedras Negras
Ciudad Real de Chiapas (o San Cristóbal de las Casas), 311, 320, 322, 323
Ciudad Sahagún, 52, 55
Ciudad Serdán (o Chalchicomula), 47, 48, 50
Ciudad Valles, 115, 118
Ciudad Victoria (o Aguayo), 177, 261, 263-265
Clipperton (o de la Pasión, isla), 249
Coacalco, 52, 53, 55
Coahuayutla, 147, 148
Coahuila, 176, 272, 274
Coahuila (estado), 201, 204, 267, 273, 275
Coalcomán, 147-149
Coalcomán, Sierra de, 146, 153
Coatepec Harinas, 143, 144
Coatepec, 93, 94
Coatlán, San Miguel, 169, 170
Coatzacoalcos (ciudad), 283, 284, 287-289, 314
Coatzacoalcos (región), 24, 34, 109, 112, 280, 281, 283, **286-289**, 290, 298, 300, 309, 311, 313, 315, 316
Coatzacoalcos (río), 286, 288
Coatzintla, 99, 101, 102
Cobre, del (barranca, o río Urique), 211, 212, 227
Cobre, Santa Clara del, 65
Cofre de Perote, 43, 46, 47, 87, 92, 153
Cohamiata, San Andrés, 209, 210
Colima (ciudad), 129, 153-156
Colima (estado), 32
Colima (o de Fuego, volcán), 153, 156
Colima (región), 30-33, 71, 74, 77, 125, 126, 131, 152, **153-155**, 157, 159
Colima, Nevado de, 74, 92, 129, 130, 153, 156
Colonias, San Pedro de las, 204
Colorado (río), 236-239
Colotlán (río), 79, 80
Colotlán, 79-81
Comalcalco, 291, 293
Comarca Lagunera, *véase* Laguna, la
Comitán, 320, 322, 326
Compostela, 159, 160
Concepción del Oro, 199, 202
Conchos (río), 185, 186, 189, 191, 195, 196, 205-207, 212
Conchos, Valle del, *véase* Delicias (región)
Concordia, 224, 225
Constitución, *véase* Ciudad Constitución
Contoy (isla), 303, 304
Coolidge (presa), 239
Córdoba, 87, 90, 91, 93, 95, 154
Córdoba (región), *véase* Orizaba y Córdoba (región)
Corozal, 303
Corrientes (cabo), 155, 156, 249
Cortázar, 69-71
Cosalá, Sierra de, 225
Cosamaloapan, 110-112
Coscomatepec, 91, 93
Cosolapa, 91-93
Cosoleacaque, 287-289

Costa Chica (región), 125, 126, 131, 140, 146, 164, **165-168**
Costa Grande (región), 125, 126, 131, 148, **161-164**, 165
Costa Rica, 24, 225, 226, 309
Cotija, 151, 152
Coyotes (punta), 246, 247
Coyuca de Benítez, 162-164
Cozumel (ciudad), 304, 305
Cozumel (isla), 19, 285, 303-305
Creel, 179, 212, 213
Cruces, Las, 191, 193, 194
Cruces, Sierra de las, 56, 58
Cruz Grande, 165-167
Cuañana (río), 166, 167
Cuatrociénegas, 272-274
Cuauhtémoc, *véase* Ciudad Cuauhtémoc
Cuautitlán Izcalli, 52, 53, 55
Cuautla, 134, 137
Cuba, 24
Cuchillo, del (presa), 268, 269
Cuchumatanes, los, 321, 324
Cuencamé, 181-183
Cuernavaca, 91, 127, 133-135, 137, 151, 201
Cuitzeo (lago), 64, 65, 67
Culiacán (ciudad), 176, 222, 225, 226
Culiacán (región), 185, 186, 188, 219, 224, **225-227**
Cunduacán, 291, 293
Cupatitzio (río), 150, 151
Cutzamala (río), 51, 136, 141, 144

Davis (presa), 239
Del Rio, 272, 275, 276
Delicias, 175, 178, 195, 205, 207
Delicias (región), 173, 174, 187, 190, **206, 207**
Depresión Central de Chiapas, 319
Derrumbados (cerros), 46, 47
Despoblado, el, 317
Díaz Ordaz (presa), 229
Díaz Ordaz, *véase* Ciudad Díaz Ordaz
Distrito Federal, 53
Doctor Arroyo, 198-200
Dolores Hidalgo, 69-71
Don Martín (o Venustiano Carranza, presa), 268, 269, 271, 272
Douglas, 233, 235
Duero (río), 71, 74
Durango (ciudad), 175, 176, 178, 179, 184, 185, 187, 201, 222, 224, 226, 230
Durango (estado), 183, 184, 187, 204
Durango (región), 30,173, 174, 176, 178, **183-186**, 187, 189, 203, 206, 208, 223-225
Dzitbalché, 297, 299

Eagle Pass, 272, 275, 276
Ébano, 120, 121
Ecatepec, 52, 53, 55
Eje Volcánico Transversal, 41, 43, 58, 60, 64, 68, 71, 72, 74, 92, 128, 129, 136, 155
El Centro, 237, 239, 240, 262
El Dorado, 225, 226
El Fuerte, 228,-230
El Grullo, 156, 157
El Maneadero, 252, 253
El Paso, 191-193, 253, 274, 275
El Paso-Juárez (región), 173, 174, **192-194**
El Pilón (o Montemorelos), 267, 268
El Rey, 195, 196, 273, 274
El Salto (Dgo.), 176, 184-186
El Salto (Jal.), 74, 76
El Salvador, 17
El Sueco (entronque), 178
Elephant Butte (presa), 194, 269
Emiliano Zapata (Mor.), 134, 137
Emiliano Zapata (Tab.), 291, 293
Empalme, 234, 235

Encantada, de la (cerro), 237, 238, 248, 252
Encarnación, 78, 80
Ensenada, 243, 251-253
Escandón (o Xicoténcatl), 264, 265
Escárcega, 295, 296
Escuinapa, 224, 225
Esperanza, 229, 231
Espíritu Santo (bahía), 300, 301
Espíritu Santo (isla), 249, 250
Espita, 297, 299
Estados Unidos, 22, 32, 176, 231, 234, 239, 245, 251, 253, 262, 269, 274, 276
Eugenia (punta), 249, 250
Extórax (río), 114, 115

Falcón (presa), 268-270
Felipe Carrillo Puerto (o Chan Santa Cruz), 301, 302
Fernández, 178, *véase* Ciudad Fernández
Ferrocarril Central, 175
Ferrocarril Chihuahua al Pacífico, 179, 191, 196, 211, 222, 228, 230
Ferrocarril del Sureste, 284, 295
Ferrocarril Nacional, 177
Flores, 285
Florida, 14
Florido (río), 185-187, 205
Frailes, Picacho de los, 223, 225
Francisco I., Madero, 204, 205
Francisco I., Madero (presa), 205, 206
Francisco Zarco (presa), 203, 205
Fresnillo, 181-183
Frontera (Coa.), 272, 273
Frontera (Tab.), 291-293
Frontera Comalapa, 320, 322
Frontera Corozal (o Frontera Echeverría), 325, 326
Frontera Echeverría (o Frontera Corozal), 325, 326
Fuego (o de Colima, volcán), 153
Fuerte, del (río), 211, 212, 227-229
Fuerte, El, 228-230

Gabriel Leyva, 228, 229
Galeana (o Labradores), 267, 268
Garza García, 267, 268
General Cepeda (o Patos), 199, 202
General Escobedo, 267, 268
Giganta, de la (cerro), 248, 250
Gila (río), 232, 234, 236-239
Golondrinas, Sótano de las, 117
Gómez Palacio, 204, 205
González (u Horcasitas), 264, 265
Grande (N de Oax., río) 105, 106, 108
Grande (S de Oax., río), 165, 166
Grijalva (río), 290, 291, 311, 319, 321, 322
Grullo, El, 156, 157
Guacamayas, Las, 161, 162, 164
Guachochi, 179, 212, 213
Guadalajara (ciudad), 44, 45, 67, 73-79, 81, 154
Guadalajara (región), *véase* Región Tapatía
Guadalcázar, 199, 200
Guadalupe (isla), 249
Guadalupe (NL), 267, 268
Guadalupe (Zac.), 181, 182
Guadalupe Victoria (BC), 237, 239, 240
Guadalupe Victoria (Dgo.), 184-186
Guadalupe y Calvo, 176, 185, 188, 222
Guamúchil, 228, 229
Guanaceví, 185, 188
Guanajuato (ciudad), 69, 70
Guanajuato (estado), 67, 116, 199
Guarisamey, 186
Guasave, 228, 229
Guatemala (ciudad), 313
Guatemala, 19, 24, 284, 285, 290, 298, 300, 302, 309, 311, 313, 314, 316-318, 320, 321, 326, 327

Guayalejo (río), 263-265
Guayameo, 147, 148
Guaymas, 223, 233-236, 245
Guaymas (bahía), 232, 233
Guerrero (estado), 135, 138, 140, 142, 145, 148, 163-165
Guerrero Negro, 250, 251
Guerrero Negro (laguna), 249, 250
Guerrero, *véase* Ciudad Guerrero
Gutiérrez Zamora, 99, 101, 102
Guzmán (laguna), 189, 191, 194
Guzmán, *véase* Ciudad Guzmán

Harlingen, 268, 270
Hermosillo, 233-236
Hidalgo (estado), 54, 113, 118
Hidalgo, Sierra de (región), 35, 58, 85, 86, 97, **113**, **114**, 117, 141
Hidalgo, *véase* Ciudad Hidalgo
Holbox (isla), 303, 304
Hondo (río), 300, 301, 303
Hoover (presa), 239
Horcasitas (o González), 264, 265
Huajuapan, 128, 137-139
Huamantla, 47, 48, 50
Huamuxtitlán, 137, 140, 141
Huasteca Baja (región), 30, 31, 85, 86, **119-122**, 263, 265
Huasteca, la (región), 31, 33, 85, 86, 113, 114, 116, **117**, **118**, 119, 197, 199, 261, 263
Huatabampo, 229, 231, 232
Huatulco (bahía), 168
Huatulco, Santa Cruz, 169, 170
Huatulco, Santa María, 169, 170
Huatusco, 91, 93
Huauchinango, 87, 98, 99
Huautla, 103, 105
Huaynamota (o Atengo, río), 180, 181, 208, 209
Huehuetenango, 321
Huejotzingo, 47, 48
Huejuquilla, 176, 179, 181-183
Huejutla, 115, 118
Huetamo, 144, 145
Huicholes, *véase* Sierra de los Huicholes
Huimanguillo, 290, 291, 293
Huites (presa), 227, 229
Huitzilapan (barranca), 92
Huitzuco, 134, 135, 137
Huivuilai (bahía), 229, 230
Huixquilucan, 52, 53, 55
Huixtla, 317-319
Huizache (entronque), 178
Humaya (río), 185, 225, 226
Hunucmá, 297, 299

Iguala, 134, 135, 137
Imperial Valley, 239
Inferior, Laguna, 313, 314, 316
Infiernillo (presa), 129, 136, 146, 147, 151, 319
Insurgentes, *véase* Ciudad Insurgentes
Irapuato, 69, 70
Isla, 110-112
Isla Mujeres, 304, 305
Iturbide, Estado de, 120
Iturbide, San José, 115, 116
Ixcaquixtla, 137, 139
Ixcuintla, Santiago, 159, 160
Ixhuacán de los Reyes, 92
Ixmiquilpan, 52, 59
Ixtapa, 159-161
Ixtapaluca, 52, 53, 55
Ixtapan de la Sal, 143, 144
Ixtepec, 314, 315
Ixtlán del Río, 159, 160
Ixtlán, 105, 108
Izamal, 297, 299
Iztaccíhuatl, 43, 46, 47, 51, 52
Iztaczoquitlán, 91, 93
Iztepec, 99
Izúcar, 134, 135, 137

Jabalí, del (cerro), 199, 200
Jacona, 72-74
Jalapa de Díaz, 103, 105
Jalcomulco (o de la Antigua, río), 92-94
Jalisco (estado), 77, 81, 82, 153-155, 161, 183, 210
Jalisco, Altos de, *véase* Altos de Jalisco
Jalisco, Sur de (región), 31, 35, 125, 126, 130, 131, **155-158**, 161
Jalostotitlán, 78, 80
Jalpa (Tab.), 291, 293
Jalpa (Zac.), 79-81
Jalpan, 115, 116
Jaltipan, 287-289
Jamapa (río), 90
Jamay, 73, 74
Jamiltepec, 166, 167
Janos, 176, 222
Jataté (río), 324
Jerez, 181, 182
Jesús María, 82
Jilotepec (montes de), 58
Jiménez (o San Bartolomé, Chih.), 185, 188, 205
Jiménez (o Santander, Tams.), 264, 265
Jiquila (río), 60, 61, 105
Jiquila, Cañón de, 60, 103
Jiquilpan, 73, 74
Jiutepec, 134, 137
Jocotepec, 74, 76
Jojutla, 134, 137
José María Morelos, 301, 302
Josefa Ortiz de Dominguez (presa), 227, 229
Juan Aldama, 181-183
Juan José Ríos, 228, 229
Juárez, *véase* Ciudad Juárez
Juárez, Sierra de, 238, 251, 253
Juchipila, 79-81
Juchipila (río), 79-81, 180, 181, 208, 209
Juchitán, 314-316
Junta de los Ríos (u Ojinaga, o Presidio), 176, 178, 195, 196
Junta, La, 176, 190-192, 222
Juventino Rosas, 69-71
Juxtlahuaca, 137, 139

Kanasín, 297, 299
Kantunilkin, 304, 305
Kino (bahía), 232, 233

La Barca, 73, 74
La Chicharrona (entronque), 178
La Cruz de Elota, 225, 226
La Habana, 298
La Junta, 176, 190-192, 222
La Paz, 243, 245-248
La Paz (bahía), 246, 247
La Paz (región), 243-245, **246-248**
La Piedad, 68-70
La Tinaja (entronque), 88
La Villita (presa), 136, 147, 148
La Zarca (entronque), 178
Labradores (o Galeana), 267, 268
Lacandón, el (región), 23, 34, 309, 310, **324-327**
Lacandona, Selva, *véase* Lacandón
Lacantún (río), 324-326
Lagartos, Río (laguna), 296, 304
Lagos de Moreno, 78, 80
Lagos, San Juan de los, 78, 80
Laguna, la (región), 30-32, 173, 174,178, 180, 195, **203-206**, 207, 272
Laguna, Sierra de la, 246, 247
Laja, de la (río), 68
Laredo, 267, 268
Las Cruces, 191, 193, 194
Las Choapas, 283, 287-289
Las Margaritas, 320-322
Las Rosas, 320, 322
Las Varas, 159-161

Laxaxalpan (río), 97
Lázaro Cárdenas (BC), 252, 253
Lázaro Cárdenas (Mich.), 129, 131, 161-164
Lázaro Cárdenas (o del Palmito, presa), 183, 205
León, 69, 70
Lerdo de Tejada, 110-112
Lerdo, *véase* Ciudad Lerdo
Lerma, 52, 57
Lerma (río), 52, 56, 64, 65, 68-74
Linares, 177
Llanos, San Bartolomé de los (o Venustiano Carranza), 320, 322
Llera, 264, 265
Loma Bonita, 110-112
López Mateos (presa), 223, 226
Loreto (Ags.), 82
Loreto (BCS), 250, 251
Los Mochis, 179, 222, 228, 229
Los Reyes (Méx.), 47-49
Los Reyes (Mich.), 151, 152
Los Reyes la Paz, 52, 53, 55
Loxicha, San Agustín, 169, 170

Macuspana, 290, 291, 293
Madera, 190-192
Madero, *véase* Ciudad Madero
Madre, Laguna, 263, 264
Magdalena, 233, 235
Magdalena (bahía), 246-248
Magdalena (isla), 246, 247
Maíz, del, *véase* Ciudad del Maíz
Malinche (o Matlalcuéyetl, volcán), 43, 46, 47
Malpaso (o Nezahualcóyotl, presa), 284, 290, 311, 319, 321, 322
Maltrata, paso de, 87
Manantlán, Sierra de, 157
Mante, *véase* Ciudad Mante
Manzanillo, 129, 153-156
Manzanillo (bahía), 153
Mapastepec, 317-319
Mapimí, 195
Mapimí, Bolsón de, 35, 174, 187, 189, 190, **194-196**, 201-203, 206, 262, 271, 274, 300
Mar Muerto (laguna), 313, 314, 316, 317
Maravatío, 69-71
Margarita (isla), 246, 247
María Madre (isla), 249
Marías (islas), 249
Marqués de Comillas, Zona, 312, 326
Marte R, Gómez (o del Azúcar, presa), 268, 269
Martínez de la Torre, 99, 101, 102
Mascota, 130, 156, 157
Mascota (río), 155, 156, 159
Matamoros (Coa.), 204, 205
Matamoros (o El Refugio, Tams.), 262, 268, 270
Matehuala, 177, 198-200
Matías Romero, 287-289
Matlalcuéyetl (o Malinche, volcán), 43, 46, 47
Maxcanú, 297, 299
Mayo (río), 229-231
Mayrán (laguna), 203
Mazamitla, 151, 152
Mazateca, *véase* Sierra Mazateca
Mazatlán (bahía), 223
Mazatlán (ciudad), 176, 222-225, 230, 245, 246
Mazatlán (región), 219, **223**, **224**, 225-227, 290
McAllen, 268, 270
Mendoza, *véase* Ciudad Mendoza
Meoqui, 195, 205, 207
Mérida, 284, 297-299, 304
Meseta Tarasca, 64-66, 71, 129, 151
Mesilla, la, 234
Mesoamérica, 16, 47, 49

Metepec, 52, 57
Metztitlán (laguna), 113, 115
Metztitlán, Vega de, 113
Mexicali, 237, 239, 253, 262
Mexicali, Valle de (región), 219, 222, **238-240**, 245, 266
Mexicanos (laguna), 189, 191
México (ciudad), 15-20, 27, 41, 44, 48, 50, 52-57, 59, 62, 67, 68, 70, 75, 78, 91, 127, 133, 134, 139, 142, 146, 201, 313
México (estado), 15, 16, 53, 134, 142
México (reino), 66
México, Golfo de, 14, 15, 23, 30, 46, 52, 92, 137, 153, 257, 263, 279, 283, 292, 294, 296, 303, 321
México, Valle de (región), 15, 16, 30, 32, 41, 42, 44, **50-56**, 58, 59, 64, 74, 127, 128, 141, 142
Mezcala, 136, 140
Mezcala (río), *véase* Balsas, río
Mezquital, 179
Mezquital (o San Pedro, río), 158, 159, 183, 185, 208, 209, 223, 225
Mezquital, Valle del (región), 42, 44, **58**, **59**, 70, 89, 113
Mezquitic (o Bolaños, río), 180, 181, 208, 209
Miahuatlán, 169, 170
Miahuatlán, Sierra de (región), 35, 62, 125, 126, 132, **168-170**, 313, 315
Michoacán (ciudad), *véase* Pátzcuaro
Michoacán (estado), 65, 70-72, 143, 145, 148, 163
Michoacán (provincia), 65
Michoacán (región), 31, 42, **64-67**, 68, 70-72, 150, 151
Michoacán (reino), 17, 18, 65, 66, 146
Michoacán, Sierra (región), 31, 64, 65, 71, 72, 125, 126, 146, **150-153**
Michoacán, Tierra Caliente de, *véase* Tierra Caliente de Michoacán (o del Tepalcatepec, región)
Mier, 268, 270
Miguel Alemán, 234, 235
Miguel Alemán (presa), 88, 105, 109-111
Miguel Alemán, *véase* Ciudad Alemán
Miguel Auza, 181, 182
Miguel Hidalgo (presa), 227, 229
Mil Cumbres, 147
Minatitlán, 287-289
Miramar, 119-121
Miramar (laguna), 324, 325
Misantla, 99, 101, 102
Mita (punta), 158, 159, 161
Mixe, *véase* Sierra Mixe
Mixquiahuala, 52, 59
Mixteca Alta (región), 34, 41, 42, 45, **60-62**, 63, 88, 102, 103, 128, 131, 138, 167
Mixteca Baja (región), 31, 45, 50, 60, 125, 126, 128, 133, 135, **138**, **139**, 140, 141, 167
Mixteca de la Costa (región), 45, 60, 125, 126, 128, **165-168**
Mixteco (río), 60, 61, 136-138
Mixtequilla, La, 289
Mixtón, Sierra del, 77, 79
Moctezuma (Hgo., río), 51, 54, 58, 113-115, 117, 119
Moctezuma (Son., río), 232, 233
Mocuzari (o Adolfo Ruiz Cortines, presa), 229, 230
Mohinora, de la (cerro), 185, 186, 188, 212, 225, 229
Molango, 114, 115
Monclova, 261, 262, 272, 273
Monclova y Piedras Negras (región), 258, 259, 269, **271-276**
Montaña, la (región), 125, 126, **140**, **141**, 146, 165
Monte Albán, 63

Montemorelos (o El Pilón), 267, 268
Monterrey, 119, 177, 198, 201, 202, 204, 261, 262, 266-268, 270
Montes Azules (Reserva de los Biosfera), 324
Morelia, 62, 65-68, 146
Morelos (estado), 32, 134, 135, 142, 146, 153
Morelos (región), 32, 34, 125, 126, 128, **133-135**, 136-138, 140, 142, 145, 266
Moreno, Lagos de, 78, 80
Moroleón, 65, 67
Motines (provincia), 148
Motul, 297, 299
Moyotzingo, 47, 48
Mujeres (isla), 285, 303, 304
Mulegé, 248, 250, 251
Muna, 297, 299
Múzquiz (o Sacramento, o Santa Rosa), 272, 273

Nacozari, 233, 235
Nanchital, 287-289
Naolinco, 93, 94
Naolinco, Sierra de, 92, 94, 100
Naranjos, 99, 101, 102
Naucalpan, 52, 53, 55
Nautla, 99, 101, 102
Nautla (río), 97, 99, 100
Nava, 272, 275
Navojoa, 229, 231
Navolato, 225, 226
Nayarit, 179, 210, 224
Nazas (río), 183, 185, 186, 203-206
Necaxa (río), 97, 98
Negra de Puebla, Sierra, 43, 46, 50
Nevada, 236
Nevada, Peña, 198, 199, 263, 264
Nexapa, 314, 315
Nexapa (río), 46, 47, 49, 133, 135-137, 140
Nexapa, Sierra de, 313, 314, 316
Nezahualcóyotl, 52, 53, 55
Nezahualcóyotl (o Malpaso, presa), 284, 290, 311, 319, 321, 322
Nicolás Romero, 52, 53, 55
Nieves, 181-183
Nochistlán, 78, 80
Nochixtlán, 61, 62
Nogales (Son.), 222, 253
Nogales (Ver.), 91, 93
Nombre de Dios, 184-186
Norte de Sinaloa (región), 219
Novillo, del (o Plutarco Elías Calles, presa), 229, 230, 232, 233
Nubeflán (cerro), 168, 169, 314
Nudo Mixteco, 60
Nueces (río), 268
Nueva España, 15, 18-20, 22, 47, 65, 70, 75, 120
Nueva Galicia, 75
Nueva Italia, 151, 152
Nueva Orleáns, 298
Nueva Rosita, 272, 273
Nueva Vizcaya, 20, 184, 187, 189, 201, 273
Nuevo Casas Grandes, 190-192
Nuevo Ideal, 184, 185
Nuevo Laredo, 267, 268, 270
Nuevo León (estado), 200, 267, 273
Nuevo León (región), 20, 201, 258, 259, 262, 263, **265-268**, 271
Nuevo México, 15, 20, 76, 192, 193, 236, 274
Nuevo Santander, 121, 263, 270

Oaxaca (área cultural), 17, 31
Oaxaca (ciudad), 48, 49, 61-63, 65, 104, 138, 139
Oaxaca (estado), 31, 92, 103, 112, 138, 139, 165, 168, 313
Oaxaca (provincia), 65

Oaxaca, Valle de (región), 41, 42, 45, 60, **62**, **63**, 88, 104, 107, 108, 128, 131, 138, 167-169, 311, 314
Obregón, *véase* Ciudad Obregón
Occidente, 64, 67, 74, 75, 125, 129, 149, 154
Ocosingo, 321-323
Ocotlán (Jal.), 73, 74
Ocotlán (Oax.), 61, 63
Ocozocuautla, 320, 322
Ojinaga (o Presidio, o Junta de los Ríos), 176, 178, 195, 196
Ojo de Liebre (laguna), 249, 250
Ojocaliente, 181, 182
Ojuelos, 82
Olinalá, 137, 140, 141
Ometepec, 165-167
Once, El, 289
Orizaba, 87, 91, 93, 95, 154
Orizaba, Pico de (o Citlaltépetl), 27, 43, 46, 47, 87, 88, 90
Orizaba y Córdoba (región), 31, 49, 85, 86, 88, **90-92**, 94, 95, 97, 103, 266
Oro, Concepción del, 199, 202
Oro, del (río), 185, 186, 205, 206
Oro, San Francisco del, 185, 187, 188
Oro, Santa María del, 185, 188
Ostimuri, 231
Otáez, 186
Oviáchic (o Álvaro Obregón, presa), 229, 230
Oxkutzcab, 297, 299
Ozolotepec, San Juan

Pabellón de Arteaga, 82
Pachuca, 52, 54, 55
Pacífico, Océano, 24, 52, 92, 135, 138, 146, 150, 153, 163, 170, 221, 245, 246, 248, 249, 251, 313, 316
Padilla, 264, 265
Padre, Laguna, 268
Paila, Sierra de la, 201
Palau, 272, 273
Palenque, 291, 293, 312, 326
Palizada (río), 290, 291
Palmarito, 47-49
Palmito (o Lázaro Cárdenas, presa del), 183, 203-205
Palomares (entronque), 289
Palomas (laguna), 194, 195
Pantepec (río), 97, 99
Pánuco (río), 51, 58, 114, 115, 117, 119-121, 263
Pánuco, 120, 121
Papagayo (río), 165, 166
Papaloapan (río), 46, 90, 102, 105-107, 109-112
Papaloapan, Comisión del, 110
Papantla, 99-102
Papasquiaro, Santiago, 184, 185
Papigochi (o Aros, río), 189, 191, 212, 232, 233
Paracho, 65-67
Paraíso, 291, 293
Paricutín (volcán), 64, 65
Parker (presa), 239
Parral (ciudad), 175, 176, 178, 179, 185, 187, 188, 195, 222
Parral (región), 173, 174, **186-188**, 203, 206, 211, 212, 227
Parras, 199, 202
Pasión, de la (o Clipperton, isla), 249
Pasión, de la (río), 324, 325
Patámban (cerro), 64, 65, 151
Patos (laguna), 189, 191, 194
Patos (o General Cepeda), 199, 202
Pátzcuaro, 65-67
Pátzcuaro (lago), 64-66, 73
Payo Obispo (o Chetumal, ciudad), 284, 285, 295, 301-304
Paz, San Luis de la, 115, 116
Pecos (río), 272, 274
Pénjamo, 69-71

Peña Nevada, 198, 199, 263, 264
Peñón Blanco, 184-186
Peribán, 151, 152
Perote, Cofre de, 43, 46, 47, 87, 92, 153
Perote, 46-48, 50
Perú, 18
Pesquería (río), 265, 268, 269
Pesquería Grande (o Villa de García), 267, 268
Petatlán, 162-164
Petén, El, 284, 285, 324, 325, 327
Peto, 297, 299
Peyotán, San Juan, 209, 210
Piaxtla (río), 185, 223, 225
Pichucalco, 291, 293, 312
Piedras Negras, 262, 272, 273, 275, 276
Piedras Negras y Monclova (región), 258, 259, 269, **271-276**
Pihuamo, 154, 156
Pijijiapan, 317-319
Pinacate (o de Altar, desierto), 236
Pinos, 181-183
Pinos, Sierra de, 81
Pinotepa Nacional, 131, 166, 167
Playa del Carmen, 291, 293
Plutarco Elías Calles (o del Novillo, presa), 229, 230, 232, 233
Poblado Diez, 289
Poblado Uno, 289
Pochutla, 169, 170
Popocatépetl, 43, 46, 47, 51, 52, 127, 128
Potosí (cerro), 177, 178, 199, 200, 268
Potosí, *véase* San Luis Potosí
Poza Rica, 99-102
Praxedis Guerrero (o San Ignacio), 191, 193
Presa del Rey (o Aldama), 264, 265
Presidio (río), 185, 223, 225
Presidio (Texas), 196
Presidio (u Ojinaga, o Junta de los Ríos), 176, 178, 195, 196
Progreso (Hgo.), 52, 59
Progreso (Yuc.), 297, 299
Puebla (ciudad), 47-50, 55, 59, 62, 70, 154
Puebla (estado), 48, 92, 97, 103, 135, 138, 139
Puebla (provincia), 65
Puebla, Sierra Negra de, 43, 46, 50
Puebla, Sierra Norte de (región), 51, 85, 86, 89, **97-99**, 100, 101, 113, 117
Puebla, Valle de (región), 27, 41-44, **46-50**, 51, 59, 60, 62, 74, 127, 128, 135, 136, 138, 266
Pueblo Viejo, 119-121
Pueblo Yaqui, 229, 231, 232
Puente de Ixtla, 134, 137
Puente Nacional (o del Rey), 94
Puerto Ángel, 132, 169, 170
Puerto Escondido, 132, 166, 167
Puerto Peñasco, 237
Puerto Rico, 24
Puerto Vallarta, 159-161, 246
Pulmo (cabo), 246, 247
Pungarabato (o Ciudad Altamirano), 128, 144, 145
Pungarancho (o Tuxpan, río), 51, 52, 141, 144
Purépero, 65, 67
Purificación (o Soto la Marina, río), 263, 264
Puruándiro, 65, 67
Putla, 128, 166, 167
Puuc, Sierrita del, 296, 299

Querétaro, 69, 70, 177
Querétaro (estado), 70
Quintana Roo, 294, 301, 302
Quiroga, 65-67

Ramos Arizpe, 199, 202
Reforma, 291, 293

Refugio, el (o Matamoros), 262, 268, 270
Región Jarocha, *véase* Veracruz (región)
Región Tapatía, 33, 42, 62, 73, **74-77**, 78, 129, 154, 183
Revilla, 268, 270
Revillagigedo (islas), 249
Rey, El, 195, 196
Reynosa, 268, 270
Rincón de Romos, 82
Rincón, San Francisco del, 69-71
Río Blanco, 91, 93
Río Bravo, 268, 270, 271
Río Grande (Oax.), 166, 167
Río Grande (Zac.), 181, 182
Rio Grande City, 268, 270
Rio Grande Valley, 269
Río Lagartos (laguna), 296, 304
Río Verde, 198, 199
Río, San Juan del, 69, 70
Río, Santa María del, 198
Río, Tepeji del, 52, 59
Río, Zumpango del, 137, 140, 141
Rocosas (montañas), 14, 238
Rodríguez Clara, 110-112
Roma, 268, 270
Romo, San Francisco de los, 82
Rosario, 224, 225
Rosario, del (laguna), 286, 287
Rosario, del (sierra), 203
Rosarito, 251-253
Ruiz, 159, 160
Ruiz Cortines, 228, 229

Sabinas, 272, 273
Sabinas (o Salado), río, 268, 269, 271, 272
Sabinas Hidalgo, 267, 268
Sacramento (o Santa Rosa, o Múzquiz), 272, 273
Sahagún, *véase* Ciudad Sahagún
Sahuaripa, 222
Sahuayo, 73, 74
Salada (laguna), 237, 238
Salado (o Sabinas, río), 268, 269, 271, 272
Salado (Oax., río), 46, 60, 102, 105
Salado Poblano, *véase* Seco, el
Salado Potosino, 180, 197, 200
Salamanca, 69, 70
Salina Cruz, 314-316
Salinas, 181-183
Saltillo (ciudad), 177, 178, 199-202, 261
Saltillo (región), 173, 174, 180, 194, **200-202**, 263, 266, 267, 272
Salvatierra, 69-71
San Agustín Loxicha, 169, 170
San Andrés (volcán), 64, 65, 129, 143
San Andrés Cohamiata, 209, 210
San Andrés Tuxtla, 110-112
San Antonio, 268, 270, 276
San Bartolomé (o Jiménez), 185, 188, 205
San Bartolomé de los Llanos (o Venustiano Carranza), 320, 322
San Blas, 159, 160
San Buenaventura, 272-274
San Carlos (bahía), 233, 235
San Carlos (sierra), 263
San Cristóbal (o Carlos A. Carrillo), 110, 111
San Cristóbal de las Casas (o Ciudad Real de Chiapas), 311, 320, 322, 323
San Diego, 251, 253, 262
San Diego (bahía), 251, 252
San Esteban (isla), 249, 250
San Felipe (BC), 222, 237, 239, 240
San Felipe (Gto.), 198, 199
San Felipe (laguna), 300, 301
San Fernando (río), 263, 264
San Fernando (Tams.), 264, 265
San Fernando de Austria (o Zaragoza), 272, 275

San Francisco de los Romo, 82
San Francisco del Oro, 185, 187, 188
San Francisco del Rincón, 69-71
San Ignacio (BCS), 248, 250, 251
San Ignacio (laguna), 248, 250
San Ignacio (o Praxedis Guerrero), 193
San Ignacio (Sin.), 224, 225
San José (isla), 249, 250
San José del Cabo, 247, 248
San José Iturbide, 115, 116
San Juan (NL, río), 265, 268, 269
San Juan (Ver., río), 107, 109, 110, 286, 287, 289
San Juan Bautista (o Villahermosa), 290-293
San Juan de los Lagos, 78, 80
San Juan del Río, 69, 70
San Juan Ozolotepec, 169
San Juan Peyotán, 209, 210
San Juanito, 212, 213
San Lázaro (cabo), 246-248
San Lorenzo (isla), 249, 250
San Lorenzo (río), 185, 225
San Lucas (bahía), 247
San Lucas (cabo), 246, 247
San Luis de la Paz, 115, 116
San Luis Potosí (ciudad), 119, 177, 197-199, 201
San Luis Potosí (estado), 118, 183
San Luis Potosí (región), 30, 68, 82, 114, 116, 117, 173, 174, 180, **197-200**, 263
San Luis Río Colorado, 237, 239, 240
San Marcos, 165-167
San Marcos (laguna), 74, 75
San Marcos (o Cazones, río), 97, 99
San Martín (volcán), 109, 110, 287
San Miguel (río), 232, 233
San Miguel Allende (o el Grande), 69, 70
San Miguel Coatlán, 169, 170
San Miguel el Alto, 78, 80
San Nicolás de los Garza, 267, 268
San Pablo del Monte, 47, 48
San Pedro (Chih., río), 185, 189, 191, 205, 206
San Pedro (o Mezquital, río), 158, 159, 183, 185, 208, 209, 223, 225
San Pedro de las Colonias, 204, 205
San Pedro Mártir, Sierra de, 238, 248, 251
San Rafael, 52, 54, 55
San Roberto (entronque), 178
San Salvador el Seco, 47, 48, 50
Sanalona (presa), 223, 226
Sangangüey (volcán), 158, 159
Santa Ana, 233, 235
Santa Bárbara, 185, 187, 188
Santa Bárbara, Valle de, 187
Santa Catarina, 267, 268
Santa Clara del Cobre, 65
Santa Cruz Huatulco, 169, 170
Santa Elena, Cañón de, 194
Santa Fe, 175, 192
Santa Lucía del Camino, 61, 63
Santa María (bahía), 225, 226
Santa María (Chih., río), 189, 191
Santa María (laguna), 189, 191, 194
Santa María (Nay., río), 208, 209
Santa María (o Tamuín, río), 114, 115, 117, 119, 120, 197, 199
Santa María del Oro, 185, 188
Santa María del Río, 198, 199
Santa María Huatulco, 169, 170
Santa Rosa (o Sacramento, o Múzquiz), 272, 273
Santa Rosalía (BCS), 245, 250, 251
Santa Rosalía (o Camargo), 195, 205, 207
Santander (o Jiménez), 264, 265
Santiago (Dgo., río), 183, 185, 186
Santiago (Jal., río), 72, 74, 75, 77, 79, 80, 130, 158-160, 180, 208, 209
Santiago Ixcuintla, 159, 160

Santiago Papasquiaro, 184, 185
Santiago Tuxtla, 110-112
Santiago, Valle de, 69-71
Santiago, 267, 268
Santiaguillo (laguna), 183, 185
Santillana (o Abasolo), 264, 265
Santo Domingo (río), 102-106, 109, 110
Saucillo, 195, 205, 207
Sayula, 74, 76
Sayula (laguna), 74, 75
Seco, el (región), 42, 43, **46-50**, 59, 87
Seco, San Salvador el, 47, 48, 50
Septentrión, 21
Serdán, *véase* Ciudad Serdán
Sian Kan (Reserva de la Biosfera), 300
Siberia, de la (cerro), 199, 200
Sierra Alta, 113
Sierra Baja, 113
Sierra de los Huicholes (región), 34, 79, 80, 108, 158, 160, 173, 174, 179, **208-210**, 211
Sierra del Sur (región), *véase* Sur, Sierra del
Sierra Fría, 81
Sierra Gorda (región), 85, 86, 113, **114-116**, 117, 197, 199
Sierra Madre de Chiapas, 286, 311, 316, 318, 319
Sierra Madre del Sur, 127, 129, 132, 140, **142**, **143**, 144-146, 148, 161, 165, 167, 168, 249
Sierra Madre Occidental, 14, 20, 160, 175, 176, 178, 180, 183, 184, 186, 188, 189, 194, 208, 211, 217, 221-227, 230, 232-234, 236, 238
Sierra Madre Oriental, 177, 178, 198, 200, 203, 257, 258, 261, 263, 265-267, 271
Sierra Mazateca (región), 30, 86, 88, **102-106**, 107, 111
Sierra Mixe, 28, 107-109, 168, 169, 286, 289, 313, 315
Sierra Mojada, 195, 196, 274
Sierra Negra de Puebla, 43, 46, 50
Sierra Norte de Puebla (región), *véase* Puebla, Sierra Norte de
Sierra Tarahumara (región), 34, 173, 174, 176, 179, 187, 188, 191, **211-213**, 227, 228, 230
Sierra Zapoteca (región), 30, 34, 62, 86, 88, 103, 104, **106-109**, 315
Sierrita de Enmedio, 197
Silao (río), 68
Silao, 69, 70
Simojóvel, 322, 323
Sinaloa (antigua), 228
Sinaloa (ciudad), 228, 229
Sinaloa (estado), 223, 226
Sinaloa (río), 212, 227, 229
Sinaloa, Norte de (región), 31, **227-230**
Sinforosa, Barranca de la, 187, 211
Soconusco (región), 19, 309-314, **316-319**
Soledad, 198, 199
Soledad de Doblado, 93, 95, 96
Solís (presa), 68
Sombrerete, 181, 182
Sonoíta, 237
Sonora (estado), 32, 234, 235, 238
Sonora (región), 32, 34, 176, 189, 219, 222, 230, **232-235**, 236
Sonora (río), 232, 233
Sonora, desierto de, 219, 222, **236**, **237**, 238, 249
Sotavento (región), 30, 85, 86, 88, 106, 108, **109-112**, 263, 283, 286, 287, 289, 290, 311
Soto la Marina, 264, 265
Soto la Marina (o Purificación, río), 263, 264
Suchiate (río), 311, 317-319

Sueco, El (entronque), 178
Sultepec, 142-144
Sumidero, Cañón del, 319, 321
Superior, Laguna, 313-316
Sur, Sierra del (región), 34, 56, 125, 126, 128, 133, 135, **141-143**, 144, 146, 150
Sureste, 23, 24, 279

Tabasco (estado), 32, 290, 291
Tabasco (región), 23, 32, 34, 35, 158, 280, 281, 283, 284, **290-293**, 294, 298, 300, 301, 309, 312, 321, 323, 324, 326
Tacámbaro (o Turicato, río), 136, 146, 147, 150
Tacámbaro, 151, 152
Tacaná (volcán), 316, 317, 319
Tacotalpa (río), 290, 291, 321, 322
Tacubaya, 52
Tajimaroa (o Ciudad Hidalgo), 143, 144
Tajín, el (ruinas), 101
Tala, 74, 76
Talpa, 156, 157
Tamaulipas (estado), 32, 121, 200, 263, 267, 268, 270
Tamaulipas (región), 32, 258, 259, 261, 262, **263-265**, 270
Tamaulipas (sierra), 263
Tamazula, 77, 154, 156
Tamazula (río), 225, 226
Tamazunchale, 115, 118
Tamesí (río), 119-121, 263, 264
Tamiahua (laguna), 119, 120
Tamiahua, 99, 101, 102
Tampico, 89, 94, 101, 118-122, 198, 262, 265
Tampico (región), *véase* Huasteca Baja
Tamuín, 120, 121
Tamuín (o Santa María, río), 114, 115, 117, 119, 120, 197, 199
Tancítaro (cerro), 64, 65, 129, 147, 150, 151
Tangancícuaro, 73, 74
Tanquián, 120, 121
Tantoyuca, 120, 121
Tantoyuca (río), 119, 120
Tapachula, 311, 318, 319
Tapatía, *véase* Región Tapatía
Tarahumara, *véase* Sierra Tarahumara
Taretan, 151, 152
Taxco, 34, 134, 135, 137, 142
Tayoltita, 224, 225
Teapa, 290, 291, 293
Tecalitlán, 77, 154, 156
Tecámac, 52, 53, 55
Tecamachalco, 47-49
Tecate, 243, 251-253
Tecocomulco (laguna), 51
Tecolutla (río), 97, 99, 100
Tecomán, 154-156
Tecpan, 162-164
Tecuala, 224, 225
Tehuacán, 44, 47-49, 88, 92, 103, 104, 128
Tehuacán (río), 46, 47, 102
Tehuantepec (ciudad), 283, 314, 315
Tehuantepec (istmo), 27, 286, 288, 313
Tehuantepec (región), 24, 62, 131, 288, 289, 309-311, **313-316**, 317, 318
Tehuantepec (río), 107, 168, 169, 313, 314
Tejupilco, 143, 144
Tekax, 297, 299
Telixtlahuaca, 61, 63
Teloloapan, 134, 135, 137
Temascaltepec del Valle (o Valle de Bravo), 142-144
Temascaltepec, 143, 144
Temixco, 134, 137
Tempoal, 120, 121

Tempoal (río), 115, 117
Tenango del Valle, 52, 57, 58
Tenochtitlan, 15-17, 51
Tenosique, 284, 290, 291, 293
Teocaltiche, 78, 80
Teotihuacán, 16, 17, 52, 54, 55
Teotitlán del Camino, 88, 103-105
Tepalcatepec, 151, 152
Tepalcatepec (río), 129, 135, 136, 146-148, 150, 151
Tepalcatepec, Tierra Caliente del, *véase* Tierra Caliente de Michoacán (o del Tepalcatepec, región)
Tepatitlán, 78, 80
Tepeaca, 47-49
Tepehuanes, 184, 185
Tepeji del Río, 52, 59
Tepexi, 137, 139
Tepic, 76, 122, 130, 151, 155, 159, 160, 179, 210
Tepic (región), 74, 75, 125, 126, 130, 131, 155, **158-161**, 208, 221, 223, 224, 290
Tepoztlán, 134, 137
Tepuxtepec (presa), 68
Tequila, 74, 76
Tequila (volcán), 74, 75, 130
Tequisquiapan, 69, 70
Términos, Laguna de, 19, 34, 283, 290, 291, 294, 295
Tesechoacán (río), 105, 106, 109, 110
Texas, 21, 193, 194, 201, 230, 257, 261, 267, 268, 270, 273-276
Texcoco, 52, 54, 55
Texcoco (lago), 51
Texmelucan, 47-49
Teyra, Pico de, 180, 181, 197, 199, 200
Teziutlán, 87-99
Tezonapa, 91-93
Tianguistenco, 52, 57
Tiburón (isla), 233, 235, 249, 250
Ticul, 297, 299
Tierra Blanca, 110-112
Tierra Caliente de Michoacán (o del Tepalcatepec, región), 18, 31, 125, 126, 145, 148, 149, **150-153**, 161
Tierra Caliente del Balsas (región), 125, 126, 133, 135, **144**, **145**, 146, 147, 150
Tierra Colorada, 165-167
Tierradentro, 19, 21
Tierradentro, Camino de, *véase* Camino de Tierradentro
Tihuatlán, 99, 101, 102
Tijuana, 196, 243, 245, 251-253, 262
Tijuana (región), 32, 243-245, **251-253**
Tixtla, 137, 140, 141
Tizayuca, 52, 54, 55
Tizimín, 297, 299
Tlacolula, 61, 63
Tlacotalpan, 110-112
Tlacotepec, 148
Tlacuiloteca, Sierra, 90
Tlahualilo, 204, 205
Tlahualilo (laguna), 203
Tlajomulco, 74, 76
Tlalnahua, 134
Tlalnepantla, 52, 53, 55
Tlaltenango, 79-81
Tlapa, 128, 137, 140, 141
Tlapacoyan, 99, 101, 102
Tlapaneco (río), 136, 137, 140
Tlapehuala, 144, 145
Tlaquepaque, 74, 76
Tlaquiltenango, 134, 137
Tlaxcala, 46, 48, 49
Tlaxcala (estado), 46, 49, 55
Tlaxiaco, 61, 62
Toluca, 44, 52, 57-59, 142, 143
Toluca, Nevado de (o Chicnauhtécatl, volcán), 43, 44, 52, 56, 68, 128, 129, 141, 144

Toluca, Valle de (región), 30, 41, 42, 44, 51, **56-58**, 68, 128, 141
Tomatlán, 156-158
Tonalá (Chis.), 317, 318
Tonalá (Jal.), 74, 76
Tonalá (río), 286, 287
Tónichi, 232
Tonto (río), 90, 93, 109-111
Topia, *véase* Camino de Topia
Topolobampo, 228-230, 245
Topolobampo (bahía), 227
Toronto (laguna, o Presa de la Boquilla), 205, 206
Torreón, 175, 178, 204, 205, 288
Tortugas (presa), 223, 225
Totolcingo (laguna) 46, 47
Trancoso, 181, 182
Tres Valles, 110-112
Tres Vírgenes (volcán), 248, 250
Triple Alianza, 16, 18, 146
Tucson, 222, 233, 234
Tula (Hgo.), 16, 17, 52, 59
Tula (río), 51, 52, 58
Tula (Tams.), 198-200
Tulancingo, 52, 54, 55
Tulcingo, 137, 139
Tulijá (o Chilapa, río), 290, 291, 321, 322
Tultitlán, 52, 53, 55
Tulum, 304, 305
Turbio (río), 68
Turicato (o Tacámbaro, río), 136, 146, 147, 150
Tuxpan (Col.), 154, 156
Tuxpan (Col., río) 153, 156
Tuxpan (Jal.), 77
Tuxpan (Nay.), 159, 160
Tuxpan (o Pungarancho, río), 51, 52, 141, 144
Tuxpan (región), 30, 31, 85, 86, **100-102**, 119
Tuxpan (Ver.), 87, 97, 99-102
Tuxpan (Ver., río), 97, 99, 100
Tuxpan de Bolaños, 179, 209, 210
Tuxtepec, 88, 110-112, 289
Tuxtla Gutiérrez, 283, 319, 320, 322
Tuxtla, San Andrés, 110-112
Tuxtla, Santiago, 110-112
Tuxtlas, Sierra de los, 28, 109, 111, 112, 263, 286, 288
Tzitzio, 147

Umán, 297, 299
Unión Hidalgo, 314, 315
Ures, 233, 235
Uriangato, 65, 67
Urique, 179
Urique (río, o Barranca del Cobre), 211, 212, 227
Uruapan, 129, 150-152
Uspanapa (río), 286, 287, 289
Usumacinta (río), 284, 290, 291, 321, 324, 326, 327

Valladolid, 297, 299
Valladolid, *véase* Morelia
Valle de Allende, 185, 188
Valle de Bravo (o Temascaltepec del Valle), 142-144
Valle de Santiago, 69-71
Valle de Zaragoza, 185, 188
Valle del Yaqui (región), 219, 228, **230-232**
Valle Hermoso, 268, 270, 271
Valles, *véase* Ciudad Valles
Valparaíso, 181-183
Valsequillo, 50
Venta, de la (río), 319, 322
Venustiano Carranza (o Don Martín, presa), 268, 269, 271, 272
Venustiano Carranza (o San Bartolomé de los Llanos), 320, 322
Veracruz (ciudad), 48, 50, 55, 87, 88, 91, 93-97

Veracruz (estado), 50, 92, 93, 97, 118, 121
Veracruz (región, o Región Jarocha), 30, 85, 86, **95**, **96**, 100, 119
Verde (Chih., río), 185, 187, 211, 212, 229
Verde (Jal., río), 77-81
Verde (Oax., río), 60, 62, 165, 166, 168, 169
Verde (SLP, río), 115, 117, 197, 199
Vicente Guerrero (presa), 263, 264
Vicente Guerrero, 184-186
Victoria, *véase* Ciudad Victoria
Viejo, del (cerro), 198, 199, 263, 264
Villa Alta, 105, 107
Villa de Álvarez, 154, 156
Villa de García (o Pesquería Grande), 267, 268
Villa de Reyes, 198, 199
Villa Flores, 320, 322
Villa Juárez (o Xicotepec), 98, 99
Villa Juárez (Son.), 229, 231, 232
Villa Unión (Dgo.), 184-186
Villa Unión (Sin.), 224, 225
Villagrán, 69-71
Villahermosa (o San Juan Bautista), 290-293
Villanueva, 181-183
Villita, la (presa), 136, 147, 148
Vinazco (río), 97, 99

Xalapa, 87, 93-95
Xalapa (región), 31, 85, 86, **92-95**, 97
Xalisco, 159, 160
Xico, 93, 94
Xicoténcatl (o Escandón), 264, 265
Xicotepec (o Villa Juárez), 98, 99
Xilitla, 115, 118
Ximulco (cerro), 178, 203, 205
Xochimilco (lago), 51
Xoxocotlan, 61, 63

Yagul, 63
Yahualica, 78, 80
Yajalón, 322, 323
Yalahú (laguna), 304
Yalalag, 105, 108
Yaqui (río), 229-233
Yaqui, Valle del (región) *véase* Valle del Yaqui
Yautepec, 134, 137
Yávaros (bahía), 229, 230, 232
Yécora, 222
Yerbanís, del (sierra), 203
Yucatán (estado), 32, 294
Yucatán (península), 14, 19, 24, 30, 279, 280, 283, 285, 294
Yucatán (región), 19, 24, 32, 279, 281, 283, 284, **296-299**, 301, 303, 305
Yucuyacua (cerro), 60, 61, 128, 131
Yuma, 237, 239, 240
Yurécuaro, 73, 74
Yuriria, 65, 67
Yuriria (laguna), 64

Zaachila, 61, 63
Zacapu, 65, 67
Zacapu (laguna), 64
Zacatecas (ciudad), 19, 20, 68, 173, 175-178, 181-183, 197, 198, 201, 210, 226
Zacatecas (estado), 32, 78, 81, 82, 182, 202
Zacatecas (región), 32, 79, 81, 173, 174, **180-183**, 184, 186, 189, 197, 200, 203, 208
Zacatelco, 47, 48
Zacatepec, 134, 137
Zacatlán, 98, 99
Zacoalco, 74, 76
Zacualtipan, 114, 115
Zamora, 72-74
Zapopan, 74, 76

Zapoteca, *véase* Sierra Zapoteca
Zapotiltic, 74, 76, 77
Zapotitlán, 99
Zapotlán (laguna), 74, 75
Zapotlán (o Ciudad Guzmán), 74, 76, 77
Zapotlanejo, 74, 76
Zaragoza (o San Fernando de Austria), 272, 275
Zaragoza, Valle de, 185, 188
Zempoala (río), 97, 99
Zihuatanejo, 128, 131, 161-164
Zimapán, 114, 115
Zimatlán, 61, 63
Zinacantepec, 52, 57
Zinapécuaro, 65, 67
Zirahuén (lago), 64, 65
Zitácuaro, 142-144
Zongolica, 91, 93
Zongolica, Sierra de, 90, 91, 103, 104
Zumpango, 52, 54, 55, 59
Zumpango (lago), 51, 52
Zumpango (río), 137, 140
Zumpango del Río, 137, 140, 141

Las regiones de México. Breviario geográfico e histórico
se terminó de imprimir en enero de 2008,
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.,
Presidentes 189-A, Col. Portales, 03300 México, D.F.
Tipografía y formación a cargo de
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidaron la edición Oswaldo Barrera y el autor.

Títulos de la Colección Tramas

1. Pilar Gonzalbo, *Introducción a la historia de la vida cotidiana.*

2. Luis Fernando Lara, *Curso de lexicología.*

3. Francisco Zapata, *Cuestiones de Teoría sociológica.*

4. Óscar Mazín, *Iberoamérica. Del descubrimiento a la independencia.*

5. Bernardo García Martínez, *Las regiones de México. Breviario geográfico e histórico.*

Todas y cada una de las regiones de México. El país entero recorrido paso a paso examinando con detalle las partes que forman el conjunto. Cada una de ellas es objeto de un análisis que desentraña las particularidades del medio físico, el desarrollo y las dimensiones de la población, la estructura de las comunicaciones, el origen y disposición de las ciudades, los rasgos generales de la producción, el perfil de la vida rural, la identidad regional y otros elementos que tienen expresión en el espacio mexicano del año 2007.

Tal es el contenido de este libro, que se introduce en la geografía de manera amena y con una visión moderna, dinámica e impregnada de retratos del paisaje cultural, producto todo ello de una perspectiva que se enriquece, en cada página, con un permanente diálogo con la historia.

Más de cincuenta mapas, originales y elocuentes, dan expresión gráfica de lo contenido en el texto. Se ofrecen también datos de población actualizados y un índice que hace de este libro una obra de referencia, un compañero de viaje y, sobre todo, un manual de estudio indispensable para el conocimiento de la historia y la geografía de México.

ISBN 968-12-1322-X
9 789681 213220

Colección Tramas

EL COLEGIO DE MÉXICO